

IMAGINARIOS
SOCIALES,
EN EL
DEPARTAMENTO
DE NARIÑO,
HASTA
MEDIADOS
DEL SIGLO XX

Ricardo Oviedo Arévalo



Editorial
Universidad de Nariño



Editorial
Universidad de Nariño

Imaginarios sociales, en el departamento de Nariño, hasta mediados del siglo XX

Ricardo Oviedo Arévalo



Editorial
Universidad de Nariño

Oviedo Arévalo, Ricardo

Imaginarios sociales, en el departamento de Nariño, hasta mediados del siglo XX / Ricardo Oviedo Arévalo. –1ª. Ed.-- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2024
173 p. : ilustraciones, fotografías blanco y negro, color.

Incluye referencias bibliográficas p. 165-171
ISBN: 978-628-7679-55-9

1. Nariño (Región, Colombia) --Historia 2. Comunidad Histórica—La conquista. 3. Fotografía en Nariño—Historia. 4. Centro de Historia—San Juan de Pasto (Nariño, Colombia). 5. Guerra mil días. 6. Medios de comunicación—Historia—Nariño (Colombia). 7. Investigación social. 8. Lenguaje, símbolos e imaginarios sociales. 9. Lenguaje simbólico de la República.

986.158 O969i – SCDD-Ed. 22



SECCIÓN DE BIBLIOTECA

Imaginarios sociales, en el departamento de Nariño, hasta mediados del siglo XX

© Editorial Universidad de Nariño

© Ricardo Oviedo Arévalo
rioviedo@yahoo.com

ISBN: 978-628-7679-55-9

Primera Edición

Fotografía portada: Ñapangas. Estudio Teófilo Mera. Sin año. Colección privada.

Corrección de estilo: Gonzalo Jiménez Mahecha

Diagramación: Armando Montenegro Guillén

Fecha de publicación: mayo 2024

San Juan de Pasto, Nariño, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

DEDICATORIA

Recordando las profundas enseñanzas del sociólogo ecuatoriano Jorge Ulloa Paz, quien me enseñó el valor de la música, los sueños y la fuerza de la palabra.

Para mis cómplices, colegas, estudiantes y amigos que me acompañaron en este trasegar de 40 años de ejercicio profesional en mi morada al sur.



Fotografía 1. Comparsa del Carnaval de Blancos y Negros. Cimarrones, Nariño 2023. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

CONTENIDO

Introducción 1

CAPÍTULO

1

Lenguaje, símbolos e imaginarios sociales 9

- Simbología del pasado 9
- Lenguaje, símbolos e imaginarios 14
- La imagen como referente en la investigación social . . 16

CAPÍTULO

2

Conformación de la comunidad histórica, colonialidad y modernidad 19

- Imagen de la comunidad histórica: La Conquista 21
- El imaginario de la Conquista 24
- Fuentes del imaginario regional 25
- Construcción de la imagen en las tierras altas 27
- Construcción de la imagen en las tierras bajas 31
- Construcción de la imagen en la Amazonía 34

CAPÍTULO

2

Construcción de imaginarios coloniales. 38

- La visión de los cronistas. Pedro Cieza de Leó (1520-1554) 39
- Felipe Huamán Poma de Ayala (1536-1616). 40
- La visión de los funcionarios coloniales 42
- Levantamientos sociales antiborbónicos, siglo XVIII-XIX. Don Francisco Rodríguez Clavijo 46

CAPÍTULO

3

Construcción del imaginario republicano de nación. Influencia de la ilustración en Colombia 49

- El surgimiento de la República 51
- La construcción de imaginarios regionales 56
- La Iglesia en el imaginario de la Independencia y la República 59
- El origen de un imaginario nacional 66
- La educación 72
- El lenguaje simbólico de la República 74
- Los íconos divinos 78
- El bautizo de Ipiales 80
- Juan Montalvo (1832-1889). 80

CAPÍTULO

4

Siglo XX, intelectuales, poder y región	85
El siglo de las guerras	85
La generación de comienzos del siglo XX	90
Imaginario de poder y región	92
El intelectual en el periodo de la regeneración	93
La generación de la “Regeneración”, a comienzos del siglo XX	96
El imaginario académico.	98
La historia como etnogénesis y esencia de la comunidad imaginada.	100
Centro de Historia de Pasto.	102
Fisuras en el pensamiento señorial	105
Gonzalo Bravo Pérez (1909-1929).	105
La guerra con el Perú: héroes, imagen, renovación y sentimiento nacional	107

CAPÍTULO

5

Medios de comunicación, modernidad y fotografía	113
La imagen rebelde, la fotografía	113
Referentes teóricos de la fotografía.	118
La fotografía en Colombia.	123
La fotografía en Nariño	124
Teófilo Mera, el fotógrafo de la <i>belle époque</i>	126
Los medios de comunicación y la creación de imaginarios sociales	135
La imprenta después de la guerra.	140
La revista <i>Ilustración Nariñense</i>	141
Periódico <i>El Derecho</i>	142
El <i>Boletín de Historia</i> de la Academia Nariñense de Historia	142
6. Conclusiones	147
7. Referencias	153



ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS



- Fotografía 1. Comparsa del Carnaval de Blancos y Negros. Cimarrones, Nariño 2023. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.6
- Fotografía 2. Comparsa del carnaval de Ipiiales, 1937. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.1
- Fotografía 3. Carroza, estudiantes de Derecho, Universidad de Nariño, 1969. Foto Bravo, Pasto.8
- Fotografía 5. Danzante, Festival Andino, Pasto, 2010. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.9
- Fotografía 6. Marceliano Vallejo. Simón Bolívar, Plaza central, municipio de La Florida, Nariño.15
- Fotografía 7. La sublimación de la sociedad igualitaria, entre desiguales, “Comparsa “los nadie”, Carnaval de Negros y Blancos, 2023, Cimarrones, Nariño.16
- Fotografía 8. La Isla del Gallo en el siglo XVII. Terra Firme et Novum Regnum Granatense et Popayán (detalle). Guiljemus Blaeuw, 1635. Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República.17
- Fotografía 9. Aviadores aeropuerto de Ipiiales. Sin año. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.19
- Fotografía 10. Mapa de la circunscripción geográfica de islas y el puerto de Tumaco, finales del siglo XVIII. Archivo General de la Nación, Bogotá.21
- Fotografía 11. Danzante, Festival Andino, Pasto, 2010. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo22
- Fotografía 12. Foto familiar, Ipiiales. Foto: Teófilo Mera. Sin año. Colección privada.26
- Fotografía 13. Distribución espacial de los principales asentamientos urbanos en el siglo XVI, en el sur de Colombia y Ecuador. Fuente: Felipe Guamán Poma de Ayala. *El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*. México: Siglo XXI. 1992.26
- Fotografía 14. Llamas, artesanía, Plaza de Bomboná, Pasto, 2021. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.28
- Fotografía 15. Rodríguez Guerrero, Ignacio. *Tipos delincuentes del Quijote*. Bogotá: Editorial Temis, 2018.29
- Fotografía 16. Construcción del tren de Nariño, vía Tumaco El Diviso. Sin año, Colección privada.30
- Fotografía 17. Casa de la aduana, puente de Rumichaca, frontera colombo-ecuatoriana, 1937. Foto: Martin Horst32
- Fotografía 18. Representación gráfica de la cultura Tumaco. Foto: <https://www.cultura10.org/tumaco/>.33
- Fotografía 19. Máscara zoomorfa, Carnaval de Negros y Blancos, 2020. San Juan de Pasto. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.34

Fotografía 20.	Herbolario de comunidad ingana, Valle de Sibundoy, Putumayo. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.....	35	Fotografía 34.	Celebración del día de la independencia, Ipiales, 1920. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.....	58
Fotografía 21.	Carátula de la novela <i>La Vorágine</i> . El Magolo, prensa cultural.....	37	Fotografía 35.	Primera comunión, Ipiales. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.....	59
Fotografía 22.	Colectivo cultural, Tumaco, Carnaval de Negros y Blancos, 2013, Pasto. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.....	38	Fotografía 36.	Sacerdotes, ciudad de Pasto. Sin Fecha. Colección privada.....	61
Fotografía 24.	Pedro Cieza de león, Parte primera de la <i>Crónica del Perú</i> . 1553.	40	Fotografía 38.	Convento de las madres de la Concepción, Foto: Martín Horst. 1940. Pasto. Colección, Julián Bastidas Urresti.	65
Fotografía 25.	Los trece de la fama en la isla del Gallo, Tumaco. Óleo del pintor peruano Juan B. Lepiani (1902).....	41	Fotografía 39.	Parque central, municipio de La Florida, Nariño. Escultor: Marceliano vallejo.	67
Fotografía 26.	La ciudad de Atriz (San Juan de Pasto) según Felipe Huamán Poma de Ayala, <i>Crónica de buen gobierno</i> (1992).....	42	Fotografía 40.	Escuela pública, municipio de Pupiales, Nariño 1935. Colección privada.	72
Fotografía 27.	Comparsa, Carnaval 2013. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.....	45	Fotografía 41.	Izada de bandera, Escuela pública, Ipiales, 1960. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	74
Fotografía 28.	Escuela pública, Pupiales, Nariño. Colección privada.....	49	Fotografía 42.	Desfile religioso, Tulcán, Ecuador. Sin año. Foto-estudio: Endara.	76
Fotografía 29.	Miembros del Centro de Historia de Pasto, 1943.	50	Fotografía 43.	Sacerdote Francisco de la Villota. Dibujo.....	77
Fotografía 30.	Tumaco 1950. Foto: Robert Gertsmann.....	53	Fotografía 44.	Mosaico escolar, Ipiales. Foto: Teófilo Mera. Sin año. Colección privada.	80
Fotografía 31.	Manifestación cívica, 1970. Ipiales, Nariño. Colección privada.	55	Fotografía 45.	Libro la pluma de fuego, Juan Montalvo Biblioteca Nacional, Madrid 2022.....	81
Fotografía 32.	Camino a la ciudad. Autor: Jairo Buesaquillo.	56	Fotografía 46.	Plaza 20 de Julio, Ipiales, Nariño. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	82
Fotografía 33.	Comparsa de Carnaval de Ipiales. Foto: Teófilo Mera, 1950. Colección privada.	57	Fotografía 47.	Al centro, vestido de negro, el general Avelino Rosas, con el ejército Mambisi, en lucha por la independencia de Cuba. Revista Credencial, noviembre 2022.....	84

Fotografía 48.	Soldado del Cuerpo Mecanizado Cabal, Ipiales, 1934. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	85	Fotografía 60.	Primera página del periódico <i>El Derecho</i> , Pasto, marzo de 1932.	108
Fotografía 49.	Ingeniero, Fortunato Pereira Gamba, primer rector de la Universidad de Nariño. 1904.	86	Fotografía 61.	La vorágine, Ilustración, artista plástico, Canen García. https://canengarcia.jimdo.com/	110
Fotografía 50.	Entrada principal, Universidad de Nariño, sede centro. Foto: Martin Horst, 1940.	88	Fotografía 62.	El héroe nacional José María Hernández (1892 1933).	111
Fotografía 51.	Al centro, Ezequiel Moreno Díaz. Pasto, 1900. Colección privada.	89	Fotografía 63.	Soldado del Cuerpo Mecanizado Cabal, Ipiales, 1967. Foto-estudio: Teófilo Mera.	112
Fotografía 52.	Revista mensual Azul, 1925. Director Carlos Cesar Puyana, Biblioteca Banco de la República.	92	Fotografía 64.	Malecón, Tumaco. 2020. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.	112
Fotografía 53.	Nina S. de Friedemann. Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño. <i>Revista ICANH</i> , 1974.	95	Fotografía 65.	Carnaval de negros y blancos, 2019, San Juan de Pasto. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.	115
Fotografía 54.	Rafael Troya, La conquista; óleo sobre lienzo. Colección privada de Gloria y Martha Rosales. Quito, Ecuador, 1918.	97	Fotografía 66.	<i>Boletín Diocesano</i> , Diócesis de Pasto, No. 80. Banco de la República, Sala regional, Pasto.	116
Fotografía 55.	Parque Colón, Carrera de ciclistas, Tumaco, Nariño, sin año. Anónima, Colección privada.	100	Fotografía 67.	Autorretrato de Martín Chambí, en Machu Picchu, Cusco. Foto: Colección fotográfica fundación Martín Chambí, Cusco, Perú.	117
Fotografía 56.	<i>Boletín de Estudios Históricos</i> de la Academia de Historia de Nariño. Números, 54 y 65. Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango. Banco de la República.	103	Fotografía 68.	Estudio de Foto Mera, Ipiales, Nariño, 2011. Foto: Ricardo Oviedo A.	119
Fotografía 57.	Monos en Carnaval, Pasto, Nariño. Sin año. Foto Bravo.	105	Fotografía 69.	Manifestación de estudiantes, Programa de Sociología, Universidad de Nariño. Udenar Periódico.	121
Fotografía 58.	Estudiante Gonzalo Bravo Pérez. Fotografía: Periódico, Testimonio de Nariño. Año 2021.	106	Fotografía 70.	Retratos, Isaac Santacruz. 1894. Colección privada.	123
Fotografía 59.	Afiche para el financiamiento del conflicto colombo-peruano. Museo Militar. Bogotá.	107	Fotografía 71.	Afiche exposición sobre la obra de Teófilo Mera, Udenar, 2013.	126
			Fotografía 73.	Diario <i>El Derecho</i> , febrero de 1946.	128

Fotografía 72.	Don Julián Mera, en el estudio de Foto Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo, 2011.	129	Fotografía 83.	Entierro, Ipiales, sin fecha, Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	135
Fotografía 73.	Foto-Studio Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo, 2014	129	Fotografía 84.	Portada del periódico <i>El Guátara</i> de 1874, en su segunda época. Colección de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. (Sandoval, 2017).	136
Fotografía 74.	Don Julián Mera, junto a la cámara de Estudio Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo A., 2011.	130	Fotografía 85.	Portada del periódico <i>La Unión Liberal</i> , de 1884. Colección de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. Fuente: Cuadernos tipográficos, 2017.	138
Fotografía 75.	Sin título. Foto: Teófilo Mera. Sin fecha. Colección privada.	130	Fotografía 86.	Portada del periódico <i>El Termómetro</i> de 1882. Colección de la Biblioteca Nacional. Fuente: Cuadernos tipográficos, 2017.	139
Fotografía 76.	La bella época. Sin título, Teófilo Mera. Colección privada.	131	Fotografía 87.	Tarjeta conmemorativa del político conservador Caucaño Julio Arboleda (1817-1862), asesinado en Berruecos, Nariño. Fue un esclavista, escritor, abogado, periodista, poeta, comerciante miembro del Partido Conservador Colombiano.	145
Fotografía 77.	Fotografía familiar, sin fecha, Teófilo Mera. Colección privada.	131	Fotografía 88.	Cantaoras, Tumaco, 2019. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.	146
Fotografía 78.	Revista <i>Don Quijote</i> , director Sergio Elías Ortiz, Número 1, 1929. Banco de la República.	132	Fotografía 89.	Conjunto coreográfico, carnaval de negros y blancos, Pasto, Nariño, 2020. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.	149
Fotografía 79.	Hermanas, año 1955. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	132			
Fotografía 80.	Comparsa carnestoléndica, Ipiales, sin fecha. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	133			
Fotografía 81.	Hermanas, año, 1957. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.	134			
Fotografía 82.	Hermanos, Teófilo Mera. Sin fecha. Colección privada.	134			



INTRODUCCIÓN

«El pasado es por definición algo dado que ya no será modificado por nada.

Pero el conocimiento del pasado es una cosa en progreso que no deja de transformarse y perfeccionarse».

Marc Bloch

Colombia fue uno de los pocos países en Latinoamérica que no tuvo una revolución liberal en el siglo XIX. Con la expedición de la Constitución política de 1886, se institucionalizó un Estado hispanista, católico, centralista, bipartidista y excluyente, que desconocía su propia etnogénesis indígena y mestiza en que, según el investigador inglés Malcolm Deas (1993), hablar y escribir bien se convirtieron en dispositivos de poder y, por tanto, de dominación.



Fotografía 2. Comparsa del carnaval de Ipiales, 1937. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

El manejo del idioma, como un legado colonial, fue uno de los factores ideológicos que identificaron a las élites conservadoras en todo el país, para crear nuevos imaginarios sociales, como lo señala el escritor William Ospina (2020), al criticar el mundo europeo construido a partir de la literatura, donde: Miguel Antonio Caro (1843-1909), José Manuel Marroquín (1827-1908) y otros literatos que, en sus relatos, reemplazaron a la fauna nativa, que no conocían, por ciervos, alces, alondras y demás fauna exótica, de un mundo encantado, pero que desconocían y que se proponían a “regenerarlo”:

No viven en el mundo, viven solo en la lengua; pero el gran desafío de la historia es vivir en la lengua en el diálogo con el mundo creyendo en él. Aquí lucharon siempre con el mundo: había que domesticarlo, transformarlo, convertirlo en Europa, civilizarlo, cristianizarlo, modernizarlo.

Convertir a América en Europa fue la tarea descomunal que se propusieron; para ello, con respeto, con admiración, sin advertirlo deformaron a Europa y desgarraron a América. (Ospina, 2020, párr. 3-4)

Con razón el escritor se lamenta de que Caro fue un buen traductor y un modesto creador:

Por eso no pudo hacer un poema, como Dante, si no apenas una constitución; la constitución que contuvo a Colombia en el molde del siglo XIX, permitiéndole vivir pero incapaz de liberar sus fuerzas creadoras, porque era apenas la expresión de un mundo que se negaba a aceptar plenamente: su memoria indígena, la sensualidad, el colorido y el ritmo de su memoria africana, y esta naturaleza que había deslumbrado a Humboldt, sus

complejas regiones que querían pegar un grito pero tenían que bajar la voz. (Ospina, 2020, párr. 12)

Por lo tanto, este periodo “regenerativo” constituye el abandono, por parte de la dirigencia conservadora, de las teorías positivistas y del evolucionismo social en moda para la época y el abrazo con fuerza del hispanismo como teoría fundante del débil y naciente Estado nacional, que preservaba, a futuro, los privilegios y asimetrías sociales y económicas de las clases señoriales provenientes del antiguo régimen, al dirigir todas sus baterías intelectuales e ideológicas a la construcción de los imaginarios nacionales y locales, utilizando, en el sur del país, como dispositivos ideológicos a: la iglesia, naciente Gobernación de Nariño, su imprenta departamental y la Academia de Historia de Nariño.

Tenemos por tanto, que la guerra de los Mil Días (1899-1902), que dejó más de cien mil muertos y la separación del departamento de Panamá, que modificó el mapa político del país, estos dos eventos tocaron las fibras más íntimas de los colombianos, lo que llevó al surgimiento, en diferentes regiones, de grupos de intelectuales interesados en repensar y aportar con sus puntos de vista sobre el relato de lo nacional y el ingreso del nuevo siglo en el país, para aprovechar este breve periodo de postconflicto y en contravía de la mayoría de las naciones latinoamericanas.

Estas élites gobernantes no bebieron de la fuente de las ideas liberales, sino abrazaron las ideas más conservadoras y excluyentes del espectro político vigente, que salió triunfante tras el conflicto civil, conocido como la “regeneración”.

En últimas, el sur de Colombia se convirtió en un “cinturón sanitario” contra el ingreso de las ideas modernistas y liberales provenientes del convulsionado y libertario Ecuador, encabezado por Eloy Alfaro (1842-1912) y sus descamisados.

Por lo tanto, según Anderson (1993):

El racismo, las exclusiones y las preocupaciones raciales y étnicas son productos del elitismo de grupos de poder que buscan diferenciarse por un legado colonial que no regresará, pero añoran y, además, en algunas ocasiones, se convierte en combustible del nacionalismo y/o regionalismo; ante un país profundamente mestizo, la cultura se torna un actor protagónico y las características genotípicas pasan a un segundo plano; hablar y escribir bien se convierten en un requisito para acceder al mundo de lo político y, por tanto, al ejercicio del poder. (Anderson, 1993, p. 27)

Para este autor, la modernidad es un factor indispensable para la creación del Estado moderno, con la aparición de los medios masivos de comunicación en manos de particulares, surgió lo que este autor denomina una comunidad imaginada, que antecede a la comunidad histórica, que tiene como base el monopolio de la información en manos del Estado; estos nuevos imaginarios de nación pasaron por el baño de sangre de la guerra y del fortalecimiento de los aparatos coercitivos del Estado, con la creación de un ejército y una policía profesional, pero, en el caso colombiano, este Estado jamás pudo mantener el monopolio de las armas (Anderson, 1993, p. 27).

Para Max Weber (2002), la creación de imaginarios de un grupo social con fines nacionalistas es el resultado de una construcción social permanente y, por tanto,

cambiante; para su análisis debemos tener en cuenta estas variables: un relato histórico, una lengua, una coincidencia religiosa y, en algunas ocasiones, un territorio, en últimas, define el Estado más por sus medios que por sus fines (Weber, 2002, p. 661).

Teniendo en cuenta, que todos estos factores se convierten en hitos identitarios y soportes de inclusión cultural y diferenciadores de sus vecinos inmediatos; en este estudio de caso, el Ecuador.

Según el sociólogo polaco Zigmunt Bauman (2005), el concepto de modernidad es una categoría contrastante de lo que él denomina la modernidad líquida y sólida; esta última se venía construyendo desde finales del siglo XVIII, a partir de la Revolución francesa, la Revolución Industrial y fundadores del quehacer sociológico, como: Augusto Comte, Carlos Marx y Max Weber; de esta forma, la categoría de la modernidad pasa por la laicidad del Estado y sus instituciones, por el reconocimiento del sujeto en la construcción de ciudadanía, de las minorías sociales como fundamento de la democracia contemporánea, con el reconocimiento del “otro” como base de la democracia y el crecimiento del pensamiento científico, que va a construir sociedades “prósperas”, a partir de la posguerra mundial de mediados del siglo pasado.

Por tanto, en la modernidad sólida, el individuo se identificaba con el Estado, como futuro promotor de la sociedad, y del individuo; lo líquido de esta categoría surge del tránsito de una sociedad “señorial” a una sociedad “contemporánea” y, por ende, en permanente cambio, donde la redefinición del papel benefactor del Estado da paso a nuevos contratos sociales.

Para este sociólogo, una de las características de la modernidad es la “vida líquida”, en sociedades de permanente cambio de formas y de rumbos, donde estas transformaciones son inquebrantables y se filtran por todas las porosidades de su piel; son sociedades que se resisten a preservar sus formas en rígidos recipientes y menos oscuros; la liquidez es, ante todo, transparencia, luz brillante, mutación permanente, cambio y resiliencia, que sobrepasa la rigidez de ideologías y estructuras; son sociedades con horizontes y propósitos “líquidos”, que definen nuestras vidas por la precariedad y la incertidumbre permanente del cambio que, en muchas ocasiones, nos impide interpretar los acontecimientos y no entender que las sociedades, como el poder, tienen etiqueta de caducidad, que no podemos pasar por alto.

Este descuido histórico nos lleva a cargar sobre los hombros, como el dios mitológico maya del tiempo, instituciones, bienes y objetos y demás antiguallas que, con su transcurrir, se convierten en un pesado fardo que nos lleva a perder el rumbo como sociedad; así, lo “sólido” aplasta y no deja surgir a lo “líquido” fluidamente, sino a cuentagotas, para dejarnos rezagados ante un medio ambiente que cambia aceleradamente y nos estigmatiza y castiga ante la borrasca del cambio.

Para Bauman, La «vida líquida» es la forma habitual de vivir en nuestras sociedades modernas contemporáneas. Esta vida se caracteriza por no mantener ningún rumbo determinado, puesto que se desarrolla en una sociedad que, en cuanto líquida, no mantiene mucho tiempo la misma forma, mutando permanentemente su contenido.

Y ello lleva a que nuestras vidas se definan por la precariedad y la incertidumbre constantes. Así, nuestra

principal preocupación es el temor a que nos sorprendan desprevenidos, a no ser capaces de ponernos al día respecto a unos hechos que se mueven a un ritmo vertiginoso, a pasar por alto las fechas de caducidad y vernos obligados a cargar con bienes u objetos inservibles, a no captar el momento en que se torna perentorio un replanteamiento y quedar relegados.

Al tomar en cuenta todo esto, y dada la celeridad de los cambios, la vida consiste hoy en una serie inacabable de nuevos comienzos, pero también de incesantes finales. Así se explica que procuremos, por todos los medios, que los finales fuesen rápidos e indoloros, sin los cuales los nuevos escenarios serían impensables. Entre las artes del vivir el “líquido moderno” y las habilidades necesarias para ponerlas en práctica, librarse de las cosas cobra prioridad sobre adquirirlas. Una vez más, el sociólogo Bauman brinda un diagnóstico certero, agudo e inmensamente conmovedor sobre nuestras sociedades (Oviedo, 2019, p. 252).

Para la mexicana Jazmín Hernández Moreno (2016), “actualmente (el Estado) ha tomado el papel de mediador entre los poderes fácticos y los individuos; ha cedido sus facultades de decisión. El Estado y la nación han tomado caminos distintos en la modernidad líquida”, lo que ha obligado al individuo a refugiarse en sí mismo y producir expectativas de cambio en el tiempo (Moreno, 2016, p. 1).

De este modo, cada momento histórico de estas regiones se ha acompañado por expresiones sociales y artísticas específicas, que han creado sus propios supuestos sobre la sociedad, su visión de poder, el Estado, sus imaginarios y sus relaciones entre individuos.

Así, el concepto de lo moderno no se desarrolló en forma homogénea en el mundo y en el país; cada región

tuvo sus propias características y manifestaciones; en las zonas más cercanas al desarrollo capitalista agroexportador y de enclaves económicos (Antioquia, el Caribe, el centro y la zona cafetera) ingresaron al debate temprano de estas nuevas relaciones sociales, mientras que en el sur de Colombia, fundamentado en una arraigada tradición agrícola y en los “reales de minas”, la economía extractiva del oro, su ingreso a las corrientes de modernidad fue más tardío y lento; por tanto, la influencia de instituciones pre modernas como la Iglesia se mantuvo durante más en el tiempo.

Entonces, tenemos que el triunfo de la modernidad constituye la victoria de lo “líquido” sobre lo “sólido” del pasado.

También se analizó los aportes teóricos, entre otros de: Antonio Gramsci (1967) y sus estudios sobre la cultura y la formación de los intelectuales, Benedict Anderson (1993) sobre el origen de las comunidades imaginadas y del nacionalismo como referente teórico del surgimiento del concepto de comunidad, Stuart Hall (1999), sobre identidad cultural y diáspora, Zygmunt Bauman sobre sus estudios de los efectos y alcances de la modernidad como fuerza incontenible de cambio, Pierre Bourdieu (1979), sus aportes sobre el estudio de nuevas técnicas de investigación, como la imagen y fotografía, Malcolm Deas (2017), el análisis crítico sobre la relación de la gramática y el poder, en especial, en la época “regeneracionista” en Colombia, Enrique Dussel (2008) y Aníbal Quijano (2013), sobre el nuevo estado en Latinoamérica y de nuevas categorías de análisis como el eurocentrismo y la reinterpretación de la teoría marxista, Erick John Ernest Hobsbawm (1993) y sus aportes sobre la invención de la tradición como un

factor cohesionador de grupos y comunidades, Víctor Murra (2002), sobre el estudio del mundo andino y los orígenes del Estado en los andes, Hugo José Suárez (2008) su trabajo sobre la fotografía como fuente de los sentidos y sus aportes a las ciencias sociales, y Milton Santos (2000), sus investigaciones sobre la naturaleza del espacio social.

A nivel nacional y regional, se tuvieron en cuenta, entre otros: los aportes a la historiografía regional realizada por el historiador, Jairo Gutiérrez (2007) sobre el “realismo” popular y sus efectos en las comunidades indígenas Pasto, de Rafael Sañudo (1925), su análisis sobre los efectos de la campaña libertadora en la sociedad nariñense, de Jorge Orlando Melo, sus opiniones sobre la nueva historia en Colombia, Javier Ocampo (2001), y los orígenes de las universidades republicanas en la Gran Colombia, Sergio Elías Ortiz (1928), sus aportes al estudio a la historia regional y el origen de la imprenta, Juan Montalvo (1898) y sus escritos sobre los nariñenses, Luis López de Mesa y la formación del Estado colombiano, Jorge Zalamea y su informe sobre la Comisión Aldeana, Fortunato Pereira Gamba (1919) y sus vivencias como primer rector de la Universidad de Nariño y sus escritos sobre su experiencia sociológica de su vida en los Andes y Patricia Londoño (1985) y sus aportes al estudio de la fotografía en Nariño y de María Teresa Álvarez | (2007) y sus investigaciones sobre el origen de las élites intelectuales en el sur de Colombia.

Además, se entrevistaron y se revisó los álbumes familiares del fallecido Eduardo Mera, hijo del fotógrafo ipialeño, Teófilo Mera, inspirador de este trabajo, de Ricardo Concha, dirigente cívico y cultural de la ciudad de Ipiales, de la familia del fotógrafo ecuatoriano, Alfonso Endara, en la ciudad de Tulcán, Ecuador, de Henry Manrique y Oscar

Sarasti, de la Fundación, los chasquis, de las fronteriza ciudad de Ipiales, Nariño, de Jaime Rodríguez Pantoja, destacado fotógrafo y pintor de la misma ciudad, del álbum fotográfico familiar de la familia Muñoz y Burbano en Pasto, de la casa museo de José Nicolás, en Samaniego, Nariño, se consultó la colección de fotografías antiguas de Nariño, de la sala regional de la biblioteca del Banco de la República de Pasto e Ipiales y del coleccionista Isidoro Medina.

Se realizó una detallada revisión documental de los fondos de prensa de las bibliotecas del Banco de la República, de la casa de la Cultura Ecuatoriana de: Tulcán, Ibarra y Quito, de la biblioteca central de la Universidad de Nariño, Alberto Quijano Guerrero, también del Archivo General de la Nación, de Colombia y de Quito, Ecuador, se consultó periódicos y revistas de circulación nacional y regional, para analizar, de esta forma, sus aportes como región a la conformación del Estado nacional y sus imaginarios regionales, en el Pacífico sur de Colombia. Por tanto, esta investigación se enmarca dentro de las metodologías cualitativas de investigación.

Como tema central de esta investigación se desarrolló en la interpretación sociológica de lo cultural-simbólico, a través del estudio y análisis de la conformación de las imágenes y de los imaginarios generados por un colectivo regional a partir de sus propias experiencias históricas y sociológicas, que busca reconstruir un mundo simbólico a partir de la exploración de sus propias fuentes de información, generadas en su cotidianidad y en la reinterpretación de su historia y cómo las élites regionales las interpretan para crear escenarios de juegos políticos ante el hegemonismo de las élites nacionales, acudiendo

a los estudios históricos y a la iglesia como bastiones ideológicos que lo sustentan y que a su vez pueden ser parte de la construcción de un meta relato que sustente sus frustraciones como “clase señorial” en la conducción del naciente departamento de Nariño, “satanizando”, de esta manera, el origen de la república, encarnada en ese héroe supranacional que es Bolívar, haciéndolo parte de su infortunio, exclusión y estigmatización, que influye en la formación de un relato nacional a partir de la gesta libertadora y sus héroes, que los obliga a refugiarse en un discurso “realista”, de profundo sabor “hispanista” desarrollado en la regeneración conservadora de fin del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

Para ello, se examinó la bibliografía especializada sobre el tema, entre otros: los conceptos de las prácticas y representaciones sociales y su dinámica social de Jean- Claude Abric, J. (2001), los imaginarios sociales y Memorias y esperanzas colectivas, de Baczkó (1999), los ensayos de: Baeza (2000) sobre los caminos invisibles de la realidad social, el análisis sobre sociología profunda sobre los imaginarios sociales y la resistencia de los excluidos, de Carretero (2001), la función de los Imaginarios sociales y crítica ideológica, como una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social, de Cornelius Castoriadis (2007), sus aportes teóricos sobre la institución imaginaria de la sociedad y de Juan Luis Pintos (1995), Los imaginarios sociales, en la nueva construcción de la realidad social.

Por lo tanto, se hace necesario puntualizar que el concepto de imaginario social, es un tema profundamente estudiado en las últimas décadas, en especial, por el

surgimiento de numerosos movimientos nacionalistas e independentistas en casi todos los continentes, en Colombia es recurrente periódicamente que algunas regiones del país, como es el caso de Antioquia y su área de influencia o en el sur del país, como es el departamento de Nariño, se oyen voces de separarse de Colombia con los más dispares argumentos, los primeros, por su desarrollo económico que supera al resto de los departamentos y en el caso del sur del país, por la escasa presencia del Estado y su pobreza estructural crónica, manifestado en protestas cívicas como el Tumacazo en 1989, donde en su proclama de protesta, manifiestan su intención de separarse de la república para unirse junto a la limítrofe provincia de Esmeraldas, Ecuador y realizar un proyecto nacional en conjunto (Oviedo, 2009).

Este esfuerzo investigativo quedaría inconcluso, si paralelamente del contenido teórico y de trabajo de campo, no se le sumara una exposición exhaustiva sobre las imágenes producidas en las diferentes etapas del desarrollo de una sociedad en transición entre la colonia y la naciente república, teniendo como referente que desde sus primeros pininos del poblamiento regional, las imágenes nos acompañaron como una lectura semiótica de nuestros sentimientos y temores simbólicos, como nos explica el profesor Osvaldo Granda (2010), en su texto: *Arte rupestre en Colombia*, entonces, como afirma el profesor Catalán, Salabert: “la cultura es esa trama que la imaginación a urdido con los signos y donde la casa del lenguaje no tiene puertas (Salabert, 1997, p. 41).

Esta sociedad sureña, profundamente estratificada, verticalista, donde la utilización de las imágenes definía desde su cosmovisión mágica-religiosa, hasta su posición en la estructura social. La exclusiva pintura al óleo,

dio paso a la popular fotografía y con ello, las imágenes bajaron de los altares de las clases señoriales al mundo de lo cotidiano, en una sociedad mayoritariamente, sin una tradición de lectura, las imágenes se convirtieron en el camino más corto para explicar desde el origen de Dios, hasta los protagonistas destacados de esta sociedad.

Una de las intenciones de esta investigación es, analizar la influencia de instituciones como: la iglesia, la academia (Universidad de Nariño), los partidos políticos, el arte (escultores, pintores y fotógrafos) y como influyeron estos, en la creación de imaginarios sociales, que construyeron un relato sobre la historia y el surgimiento de supuestos sociales, en las márgenes de la naciente república y en la formación de referentes ideológicos de orden sociológico, construidos desde la marginalidad y la resistencia regional frente a poderosos poderes centrales.

Esta dualidad semiótica entre lo escrito y lo pictórico, hace parte del corpus de este trabajo que hoy presento, la combinación de estos dos factores nos hace comprender los alcances e influencia de lo simbólico frente a la exclusiva escritura. Por lo tanto, las fotografías no solo son un recurso a lo escrito en este texto, sino por sí misma son un factor de análisis visual independiente que captura una realidad simbólica que las palabras aprisionadas en los signos de la escritura no pudieron visualizar.

En el primer capítulo, se despliega el contexto teórico sobre el lenguaje, los símbolos y la creación de imaginarios sociales y sus efectos en la construcción de lo local, además, el análisis del poder de la imagen en la construcción de imaginarios sociales, a partir de la decodificación del relato nacional sobre la campaña libertadora y sus protagonistas.



Fotografía 3. Carroza, estudiantes de Derecho, Universidad de Nariño, 1969. Foto Bravo, Pasto.

En el Segundo capítulo, se analiza el tema sobre las fuentes de la creación de la comunidad histórica como un elemento indispensable de la generación de un sentimiento nacional y regional ligado al Estado colonial, los levantamientos sociales y el fortalecimiento de sus lazos coloniales, que originan el espíritu “realista” de sus actores sociales. También, se estudia el contenido de los

iconos identitarios en la sociedad colonial y su importancia para mantener el espíritu de una sociedad armónica en medio de las asimetrías sociales, además de las primeras impresiones sobre el territorio y sus potencialidades.

En el capítulo tercero, se investiga la construcción del imaginario republicano de nación y la influencia de la ilustración en Colombia, el surgimiento del movimiento de la “Regeneración” y la influencia de la Iglesia católica en los imaginarios regionales.

El Capítulo cuarto estudia el ingreso del siglo XX a partir de la llamada guerra de los Mil Días, el surgimiento de nuevas entidades territoriales y de élites políticas e intelectuales, que se expresan a través de la configuración de nuevos hitos históricos de poder y región de mano de la Iglesia y de la clase señorial, y el impacto del conflicto con el Perú, en el redescubrimiento del sur del país, hasta mediados del siglo XX.

El quinto capítulo plantea la influencia de la fotografía y los principales medios de comunicación en la creación de imaginarios regionales y cómo esta nueva propuesta en el manejo de imágenes se incorpora como técnica de investigación en las Ciencias Sociales, como un medio visual autónomo de los nodos de poder regional, a partir del estudio de Teófilo Mera, en la ciudad de Ipiales, y el rompimiento del monopolio religioso con el ingreso del protestantismo en la región, para ser uno de los factores más importantes del ingreso de la modernidad en un Departamento profundamente influenciado por el periodo de la “Regeneración” hasta mediados del siglo XX.

Y, por último, un acápite de conclusiones sobre las principales hipótesis planteadas y su desarrollo en el transcurso de este trabajo.

CAPÍTULO

1

LENGUAJE, SÍMBOLOS E IMAGINARIOS SOCIALES

SIMBOLOGÍA DEL PASADO

El historiador holandés Johan Huizinga (1872-1945) definió la historia como la forma intelectual en que una civilización se rinde cuentas en el análisis de su pasado. Y, por tanto, el verdadero estudio de la historia incluye a nuestra imaginación y conjura nuestras concepciones, imágenes y visiones; en ese retiro hegeliano de la realidad podemos reconstruir nuestros propios relatos y experiencias, en muchas ocasiones sepultadas irremediabilmente por el tiempo y, en otras, por las manos maliciosas de sus intelectuales e historiadores, como fue la obsesión del misionero franciscano Diego de Landa (1524-1579) de incinerar los códices mayas, con el único propósito de desaparecer el conocimiento y el relato escrito de una civilización que había colapsado debido a la incomprensión de su compleja cosmovisión cultural, pero, ante todo, por la dicotomía de sus dioses que, como el Dios cristiano,



Fotografía 5. Danzante, Festival Andino, Pasto, 2010. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

surgieron en medio del sufrimiento y el sacrificio, donde la sangre era un elemento vital divino, para la conexión con el mundo “real”, con el supra mundo (cielo) y, para el mundo maya, con su oscuro inframundo, donde permanentemente debía complacerse a los dioses con sacrificios humanos realizados desde sus gigantescas y bien adosadas pirámides, pues las cenizas del sacrificio de sus guerreros y gobernantes servían para vulcanizar el caucho para el juego de pelota en que sus semidioses se reencarnaban en la competencia divina para regular el equilibrio de su universo.

De esta forma, su arquitectura de estilo faraónico no solo era una demostración del poder de sus gobernantes, sino, ante todo, donde se realizaba el ciclo del supra e inframundo y, con un elaborado lenguaje simbólico, el mundo conocido revalidaba su existencia día tras día y con ello el poder de sus representantes sobre la tierra, sus reyes y toda su parafernalia de plumas, jade, joyas e instrumentos utilitarios construidos de la concha del bivalvo spondylus y de todo tipo de abalorios, proyectaban la inmortalidad de un sistema de dominación al que no le fue suficiente su largo tiempo de existencia para no sucumbir ante la racionalidad occidental de la guerra y de sus normas.

A cada momento histórico de humanidad lo acompañan expresiones artísticas que lo preservan en el tiempo. Cada una de estas inventivas, utilizadas desde los primeros tiempos del hombre, demuestra lo mejor de su momento técnico y cultural: en paredes de cuevas y acantilados se expresa el arte rupestre; en numerosas tabletas de greda, su escritura cuneiforme; en extensos papiros quedó atrapado el conocimiento de la cultura egipcia, con su hermosa escritura jeroglífica; en nudos

de cortezas de árboles y lanas multicolores de camélidos andinos los célebres y aún indescifrables quipús de la cultura incaica.

Los mayas esculpieron sus intrincados y hermosos glifos; en papel y tinta, se escribió la historia en ideogramas del transcurrir del mundo chino y sus mandarines, que incluye en su mundo simbólico una gran variedad de esculturas, algunas de gran tamaño, como las diversas pirámides que se repiten en cada una de las civilizaciones que han existido en todas las partes del mundo y que conectaban al hombre con sus dioses, para demostrar el poderío de sus gobernantes; en casi todos estos lenguajes, se preservaban para el futuro las virtudes de sus gobernantes, pero también las advertencias de sus castigos, para no referirse a las diferentes pinturas y tintes multicolores que las recubrían y que representaban la estructura social y religiosa de cada una de estas civilizaciones, por lo que, debido a ello, hoy podemos reconstruir sus momentos de gloria y ocaso; este inventario artístico se ha convertido en un invaluable material arqueológico e histórico de primer orden para los investigadores modernos.

El actual departamento de Nariño, desde los inicios de la República, es el resultado de las luchas intestinas de un país que se resiste a ingresar al siglo XXI. Su acervo histórico lo han escrito los vencedores de las interminables guerras civiles; estos sobrevivientes han creado sus propios relatos de nación y región, que sirvieron de sustento para crear los imaginarios locales de poder y dominación que, hasta el día de hoy, aún prevalecen, donde a sus clases subalternas las reducían a la tropa informe y anónima para defender los propios intereses de sus dirigentes políticos y

económicos, como una imagen borrosa de su composición social y de dominación.

Desde siempre, a negros, mulatos, mestizos e indígenas, desde las bases fundacionales del Estado nacional, los marginaron del gobierno y, como protagonistas de su propia historia, el mítico camino de Barbacoas no era importante por sus cargadores, sino por la mercancía que transportaban; el tren de la costa es importante por las imágenes del presidente Benjamín Herrera (Ilustración Nariñense : 1931) , cuando coloca el clavo de oro inaugural para su construcción, pero no por los miles de trabajadores que posibilitaron su obra; lo mismo ocurrió con la construcción de la vía al mar, o el incesante proceso de colonización en las riberas del río Mira o Mexicano y de la actual provincia de Esmeraldas (Ecuador); la tragedia del narcotráfico le interesa a los gobiernos y a muchos medios de comunicación por el volumen de dinero que mueve este negocio ilícito, pero no por los efectos trágicos sobre sus víctimas, los campesinos pobres que cultivan y recolectan coca y que son objetivos predilectos de todo tipo de actores violentos.

Aunque el área de la costa es el 55% del territorio total del actual departamento de Nariño, su sociedad y actividad económica ha girado, desde su fundación, en torno a los llamados “reales de minas”, ubicados en el piedemonte costero; esta actividad profundamente extractiva ha generado grandes desigualdades sociales y económicas; paradójicamente, por su territorio ingresaron los primeros artilugios de la modernidad: automóviles, pianos, la moda, las primeras máquinas y también los extranjeros y aventureros que tenían como profesión el

comercio, pero estos sujetos también trajeron los símbolos de la modernidad, que representaba una sociedad mundial que cambiaba en forma acelerada y mostraba los aportes del desarrollo económico, frente a sociedades “señoriales” que aún no rompían con su pasado colonial.

Según el brasilero Milton Santos (1926-2001), esta apropiación social del espacio es una consecuencia de la globalización de la sociedad y de la economía, en la que cada uno de sus actores se especializa en funciones y actividades independientes una de otra y, por tanto:

El espacio debe considerarse como el conjunto indisociable del que participan, por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y por otro, la vida que los llena y anima, la sociedad en movimiento. El contenido (de la sociedad) no es independiente de la forma (los objetos geográficos): cada forma encierra un conjunto de formas, que contienen fracciones de la sociedad en movimiento. Las formas, pues, tienen un papel en la realización social. (Santos, 2000, p. 28).

Según Santos, para el estudio de este sistema de realidades espaciales, conformado por las cosas, los objetos y la vida que los anima, se debe partir del concepto kantiano de la pluralidad como unidad o la unidad de la diversidad; por lo tanto, es mucho más integrador estudiar su composición y movimiento a partir de lo simbólico y ¡qué mejor para ello que la fotografía! que, según Bourdieu, es un arte intermedio entre lo clásico de las técnicas de investigación social y lo novedoso de sus avances técnicos, que deben incorporarse al discurso social.

Hoy este inventario artístico y tecnológico se ha convertido en un invaluable material arqueológico de

primer orden para los investigadores modernos; por tanto, el símbolo contiene un gran significado polisémico y de representación semiótica de cualquier civilización:

Siendo un mecanismo fundamental en la memoria de la cultura, los símbolos transportan textos, esquemas de argumentos y otras formas semióticas de un estrato a otro de la cultura. Al atravesar la diacronía de la cultura, los conjuntos constantes de símbolos, en una medida significativa, adoptan la función de mecanismos de unidad; al realizar la memoria que el colectivo tiene de sí, estos impiden que la memoria se disperse en estratos aislados cronológicamente. La unidad del conjunto básico de símbolos dominantes y su permanencia en la vida cultural, definen de manera esencial las fronteras nacionales y territoriales de una cultura. (Lotman, 2002, p. 91)

Al contrario de estas civilizaciones pretéritas, el trasegar de las civilizaciones actuales, según el francés Edgar Morin, pasa por la construcción de un pensamiento complejo que, antes que traer soluciones, trae más problemas; de esta forma: “es que el pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento” (Morin, 1994, p. 22).

Por tanto, lo holístico del conocimiento supera la especialización académica obsesiva de estudiar el objeto antes que el todo; es decir, que es mejor urdir redes que crear hilos sueltos y, por tanto, es más creativo en la investigación social explorar nuevas fuentes de investigación que representen, en el mundo de la semiótica, la complejidad de civilizaciones actuales, en

que la información se acumula en forma exponencial en un cosmos infinito digital y, al contrario de la costosa y elitista creación de imágenes de todas las anteriores civilizaciones, se popularizó, a partir de mediados del siglo XIX, por la creación de artilugios, como la cámara fotográfica, que hoy, aunque nadie lo creyera hace 20 años, ha llevado a una unión indisoluble con el teléfono móvil, otro invento de la modernidad que ha transformado el arte de la comunicación de masas. (Oviedo, 2020, p. 256)

Para los estudiosos de la sociología moderna, como el francés Pierre Bourdieu, hoy la fotografía se puede considerar como un arte intermedio y como una fuente alternativa para la investigación social (Bourdieu, 1979, p. 135), en especial por las transformaciones sociales generadas a través de los adelantos científico-técnicos de las civilizaciones surgidas a partir de la Revolución Industrial y la revolución social francesa, donde no solo se le arrebató a la nobleza y a la Iglesia el derecho casi exclusivo de generar sus propias representaciones y, por tanto, reproducir los símbolos del poder y la creación de nuevos imaginarios de autoridad, para lograr desde el arte la diferenciación de los variopintos imaginarios sociales que expresaran los acartonados sentidos de pertenencia de la rígida estratificación de los Estados monárquicos, incluso en sociedades en las que la premodernidad se mantuvo más en el tiempo, como en el caso de la sociedad del sur de Colombia, donde al fotógrafo ipialeño Teófilo Mera lo excomulgó el obispo de la ciudad de Pasto, Antonio María Pueyo de Val (1917-1929), por considerar que la fotografía era un arte diabólico que hurtaba el alma de sus feligreses y, en sus propias palabras, era “un invento protestante contra el catolicismo” (Oviedo, 2013, p. 155).

Malcolm Deas (1993), cuando estudia el poder en Colombia, concluye que Literatura y política van de la mano, en especial a finales del siglo XIX y, bien entrado el siglo XX, el lenguaje y sus símbolos no solo sirven para comunicarse, sino, ante todo, como un factor de diferenciación y reafirmación de aquel que ostenta el poder por vías del conocimiento del idioma en la construcción del “otro dominado”, inculto e incapaz de conocer la métrica y demás componentes fonéticos de un idioma, que habla más por instinto que por un conocimiento estructural y académico. Esta relación es parte fundamental para diferenciar el mundo urbano, culto e hispano, del rústico e inculto entorno rural, que debe dominarse por la vía del estudio profundo y sistemático de la lengua como vía de comunicación y de poder; casi todos estos estudiosos son descendientes de la sobreviviente “clase señorial” colonialista y casi todos ellos de origen conservador y tradicionalistas, como es, entre otros, el caso de Miguel Antonio Caro (1843-1909), uno de los fundadores y presidente de la Academia Colombiana de la Lengua (1873), vicepresidente, redactor de la Constitución de 1886, traductor de clásicos griegos como la *Eneida* (1870), hispanista consumado y uno de los referentes intelectuales de la República.

Los intelectuales nariñenses no fueron ajenos a estos planteamientos ideológicos, el caso del periodista Alejandro Santander, del humanista Leopoldo López Álvarez, juristas y polemistas como José Rafael Sañudo, todos ellos con gran reconocimiento nacional, de estirpe conservadora y de ese mundo hispanista “Regeneracionista” creado como elemento de dominación, también fueron instrumentados como parte de los dispositivos diferenciadores entre el

mundo culto y el “bárbaro”, cada una de sus obras, eran verdaderas “armas arrojadas”, dirigidas a un selecto grupo de lectores manipuladores del poder local, para comienzos del siglo XX, solo un tercio de su población era alfabetada, la preocupación de la élite intelectual iba dirigida fundamentalmente, a crear nuevos imaginarios sociales, a partir de la construcción de un nuevo relato de los sucesos de la guerra de la independencia y sus posteriores consecuencias y que terminan con la creación del departamento de Nariño y de su universidad.

Pero, también se debe destacar a los “disidentes” locales de estas corrientes hispanistas, como lo fue el ipialeño Teófilo Mera (1889-1972), profesor de artes, creyente luterano, miembro destacado del Partido Liberal, contestatario y anticlerical confeso, de lejos uno de los mejores fotógrafos de Colombia para su época y, hasta el día de hoy, casi totalmente desconocido; con su obra, llevó a que sus clientes soñaran con pertenecer a los movimientos de “La Belle Époque”, de origen francés, lo que los apartaba momentáneamente de las predominantes corrientes conservadoras hispánicas y los conectaba, desde su estudio, al mundo liberal europeo .

Otro disidente es el desconocido escultor Marceliano Vallejo (1910-1982), nacido en el municipio de El Contadero, autodidacta, se inicia en la escultura religiosa alrededor de la iglesia de Las Lajas, Ipiales, con obras periféricas de su fachada, en concreto y marmolina, pero es más conocido por sus enormes, elegantes y delicadas esculturas dedicadas al libertador Simón Bolívar, en pose de cabalgata celestial, donde, en mínimos puntos de contacto con el pedestal,

el Libertador y su caballo vuelan en sostenido por las montañas de los Andes, como si desafiaran a sus enemigos en la tierra; según el historiador Armando Oviedo (2005):

Lo más extraordinario del maestro Vallejo es que sin cálculos aritméticos de peso y equivalencias, genera y produce la obra escultórica en el mismo sitio donde va a ir, si se trata de una estatua pública, lo cual arrancaba apasionadas exclamaciones de elogio al artista, al creador. (p. 261)

Con su obra, don Marceliano Vallejo representa al hombre de dos mundos, conservadurismo y modernidad, que van a influir en el trasegar de la creación de una comunidad imaginada en el sur de Colombia; la religión, como protagonista arquitectónica ritual ancestral, y otra política, en la construcción de los imaginarios del Estado nacional, en torno a la visibilización de su mayor protagonista, el polémico Simón Bolívar, al que representa como aquel héroe que ya no pertenece a la tierra, sino al Olimpo de los dioses, mientras cabalga en los cielos, sobre suelo “realista”, acompañado de sus valerosos llaneros, espada en alto.

La estructura de sus conjuntos esculturales, (como el de la plaza central del municipio de La Florida) se armaba sobre el terreno; en muchas de estas esculturas, utilizaba como columna estructural los viejos rieles del fallido Ferrocarril de Nariño, que revivían en la gesta libertadora.

Con su arte religioso decoró fachadas de iglesias en Nariño, Popayán y el norte del Ecuador; sus trabajos religiosos, de gran magnitud artística, los podemos apreciar en la fachada y plazoleta de la iglesia de Las Lajas (Ipiales); la Virgen del Carmen (1938), en el altar del templo del

municipio de Ancuya; el monumental Cristo Rey (1940), de la iglesia homónima, en Pasto; Nuestra Señora de los Andes (1942), de los Hermanos Maristas, en Cali, (Valle); en Popayán, San José (1944), en la iglesia homónima y la Virgen del Perpetuo Socorro (1945), en la misma ciudad, y, en Pasto, la escultura de Marcelino Champagnat (1945), en el colegio homónimo.

Su faceta patriótica, se centró en la imagen de El Libertador. En la ciudad de Túquerres realizó la primera escultura ecuestre de Bolívar (1944), hoy parte de la identidad de los municipios de la sabana; en el municipio de El Contadero (1953), su ciudad natal; en Tulcán, provincia del Carchi, Ecuador, realiza un busto sobre el héroe de la independencia ecuatoriana Abdón Calderón (1954); Bolívar, con espada en alto, en el parque del municipio de Potosí, (Nariño, 1955); el mismo homenaje al Libertador lo realizó en: San Pablo (1959), Puerres (1966), La Florida (1971), entre otros municipios.

Entonces, tenemos que el arte logró lo que la política no pudo, unir el cielo y la tierra en una propuesta estético-política, en que cada una de ellas convive sin ningún tipo de conflicto ideológico de estos dos ejes formativos del imaginario ideológico del nariñense: religión e independencia. Lo monumental de su obra y su fresca y atrevida propuesta artística llevan a que a Vallejo se lo conociera hoy como “el escultor de los vientos”.

LENGUAJE, SÍMBOLOS E IMAGINARIOS

La modernidad va de la mano del desencantamiento del mundo, que se entiende como la racionalidad cultural de la sociedad occidental modernizada, burocratizada,

secularizada y, por tanto, la pérdida de la influencia del misticismo religioso, que fue un elemento fundacional para la creación de ese continente cultural que se llama Europa y para explicar y gobernar el mundo por su creciente intelectualidad y racionalización de todo tipo de actividades económicas y científicas, como nos explica Max Weber, en su texto: política y ciencia:

... En consecuencia, la intelectualidad y la racionalización crecientes no significan un mayor conocimiento general de nuestras condiciones de vida. Significa algo diferente, a saber, el conocimiento o la certeza de que, en caso de quererlo, siempre podemos saber que en nuestra vida no intervienen fuerzas ocultas o imprevisibles, sino que en principio todo puede ser controlable y calculable. Esto significa que se expulsa la magia del mundo. Ya no hay que apelar a medios mágicos ara controlar los espíritus o moverlos a lástima, como hace el salvaje, para quienes existen esos poderes misteriosos. (Weber, 1989, p. 114)

Entonces, este mundo cambiante se puede explicar a partir de acciones racionales preestablecidas, como nos lo explica el sociólogo alemán en su texto sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo (1991), donde dos factores, uno económico (el capitalismo), y el otro ético (el protestantismo), posibilitaron modificar el relato del Edén paradisíaco, en que el hombre pierde el afecto contemplativo de los dioses al romper las reglas divinas y lo condenan a ganarse la vida con el sudor de su frente; de esta forma, el trabajo como castigo se convirtió en una penitencia sobre la tierra.

Al contrario, el éxito de los comerciantes venecianos y del centro de Italia mostraron que el trabajo ascético y permanente dignifica al hombre, y de paso a Dios, con sus aportes a la construcción de grandes obras religiosas, para superar el grisáceo “gótico” por la variopinta y cromática arquitectura renacentista, en la que el repudiado becerro de oro sube a los altares reencarnado entre inciensos y santos, muchos de ellos con votos de pobreza extrema, como lo es Francisco de Asís.



Fotografía 6. Marceliano Vallejo. Simón Bolívar, Plaza central, municipio de La Florida, Nariño.



Fotografía 7. La sublimación de la sociedad igualitaria, entre desiguales, “Comparsa “los nadie”, Carnaval de Negros y Blancos, 2023, Cimarones, Nariño.

Aunque el “lavado” divino de la riqueza por parte de la Iglesia fue posible en la España del siglo XVI, no tuvo su misma acogida el reconocimiento del trabajo como un factor productivo y progresista y, por tanto, el concepto weberiano de profesión, como una vocación divina y, por ende, íntima y de obligatoriedad individual, se relega a hidalgos pobres o venidos a menos, casi siempre condenados a estudiar las llamadas carreras liberales, como nos relata de la mejor forma Cervantes Saavedra en su texto *Don Quijote*, en el que este hidalgo es el primer hombre que

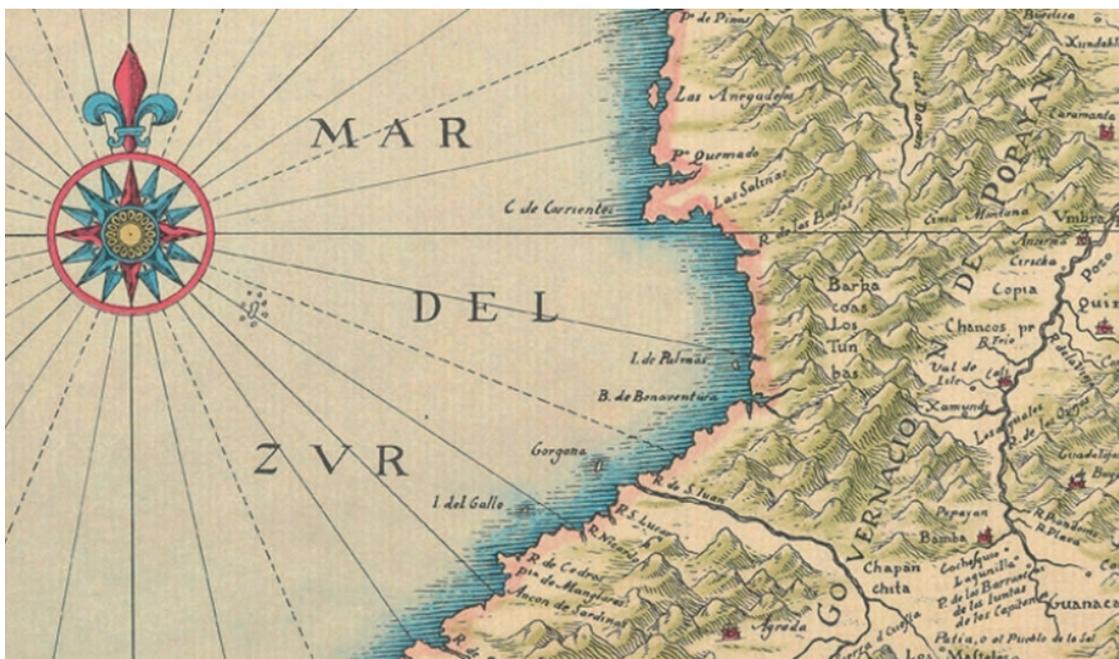
enloquece por ser un lector empedernido de las novelas caballerescas medievales, que describen un mundo que se resiste a cambiar, pero no entiende los nuevos tiempos que se avecinan, lo que lo resume magistralmente el politólogo italiano Antonio Gramsci, cuando señala: “el viejo mundo se muere, el nuevo mundo tarda en aparecer, y en ese claro oscuro aparecen los monstruos” (Meneses, 2015, p. 149).

Por tanto, este imaginario teológico del trabajo y de la profesión se anida en Latinoamérica y con mucha fuerza en el sur del país, en una sociedad que gira en torno a los reales de minas de Barbacoas y sus alrededores y la perenne hacienda en sus tierras altas; con una fuerte presencia de actores afrodescendientes e indígenas que mixturán un nuevo mundo simbólico, reflejado, entre muchas manifestaciones en sus coloridos y alegres carnavales.

De estos “monstruos” gramscianos es que nos ocuparemos en este estudio.

LA IMAGEN COMO REFERENTE EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

La palabra imagen tiene su origen etimológico en la palabra *imitari*, que se puede definir actualmente en la palabra *imitar* que, como ocurre con el efecto de un espejo, refleja sin ningún tipo de crítica a su original, este fue el origen de la llamada “caja oscura” en pleno Renacimiento de mediados del siglo XV, en los talleres de pintores tan célebres, como Leonardo da Vinci o Rafael; este invento permitió perfeccionar las dimensiones y la aplicación de colores, para originar la conocida escuela “naturalista”, que ha influido el arte hasta el día de hoy.



Fotografía 8. La Isla del Gallo en el siglo XVII. Terra Firme et Novum Regnum Granatense et Popayán (detalle). Guiljemus Blaeuw, 1635. Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República.

Según el investigador francés Roland Barthes, la pregunta más importante que debe hacerse radica en si las imágenes analógicas (copia) generan un conjunto de signos o solo reproducen una aglomeración de símbolos al no concebir un lenguaje semiótico propio y de doble articulación entre el original y su copia. (Oviedo, 2020, p. 253)

Por lo tanto: “Sabemos que los lingüistas consideran ajena al lenguaje toda comunicación por analogía, desde el “lenguaje” de las abejas hasta el “lenguaje” por gestos, puesto que esas comunicaciones no poseen una doble articulación, es decir, que no se basan, como los fonemas,

en una combinación de unidades digitales, al no existir una comunicación “física”, entre el emisor y receptor y solo se puede concebir como una re-producción de la realidad: “De este modo, por ambos lados se siente la analogía como un sentido pobre: para unos, la imagen es un sistema muy rudimentario con respecto a la lengua y, para otros, la significación no puede agotar la riqueza inefable de la imagen”. (Barthes, 1986, p. 127)

De esta forma, la imagen no tendría un código ni podría constituir un sistema de signos; solo sería un reflejo inmutable de la realidad de la que ha surgido, pero Barthes considera, al contrario, que la imagen construye su propio conjunto de símbolos, que los puede ordenar y, en contravía de la realidad, le agrega

toda la “carga valorativa” del artista que la genera, lo que produce un cambio morfológico y de contenido inmediato; entonces, la imagen no representa toda la realidad, solo la que ha escogido su autor, para darle una relevancia e importancia que transforma su origen; de esta forma, la imagen creada es diferente a la realidad de donde se ha extraído, lo que refleja los nuevos códigos estéticos de su autor; no es casual que el paisaje representado en una pintura o en una placa fotográfica solo representa un instante irrepetible de una realidad efímera, pero que, al capturarla el ojo humano, se eterniza en el tiempo; eso lo saben muy bien los cazadores de amaneceres o atardeceres y los coleccionistas de bosques y rocas multicolores: ese paisaje que se quedó en los recuerdos ya no existe, solo le

pertenece al artista que lo ha posibilitado, para convertir, de esta forma, la realidad en un mensaje eternizado por el individualismo de un artista (Suárez, 2008, p. 29).

Según Stuart Hall, la cultura, con su carga semiótica, se considera parte del pensamiento productivo presente y futuro de la sociedad y, por tanto, en permanente construcción y decodificación, que tiene un referente pretérito, pero no cosificado, sino en permanente rediseño y cambio y que obliga a una deconstrucción de términos como: cultura, identidad, identificación:

La deconstrucción se ha realizado en el interior de varias disciplinas, todas ellas críticas, de una u otra manera, de la noción de una identidad integral, originaria y unificada. La filosofía planteó en forma generalizada la crítica del sujeto autónomo situado en el centro de la metafísica occidental poscartesiana. El discurso de un feminismo y una crítica cultural influidos por el psicoanálisis desarrolló la cuestión de la subjetividad y sus procesos inconscientes de formación. Un yo incesantemente performativo fue postulado por variantes celebratorias del posmodernismo. Dentro de la crítica antiesencialista de las concepciones étnicas, raciales y nacionales de la identidad cultural y la «política de la situación» se esbozaron en sus formas más fundadas algunas aventuradas concepciones teóricas”. (Hall y Du Gay, 2003, p. 13)

De esta manera, el concepto de cultura, identidad e identificación, de construido, no es arqueología, se convierte en un viaje de redescubrimiento interno y grupal en pleno movimiento por los diferentes actores que la construyen.

Entonces, para Halls, la identificación es uno de los conceptos menos comprendidos y más complejos en definir,

de un rico legado semántico, que en muchas ocasiones, proveniente del psicoanálisis y de su relación entre el yo y el “otro”, con todas las complejidades de exclusión y de amores (complejo de Edipo), moldeado en la percepción en la construcción en la imagen del otro como sujeto de intercambio y diferenciación:

En el lenguaje del sentido común, la identificación se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o con un ideal, y con el vallado natural de la solidaridad y la lealtad establecidas sobre este fundamento. En contraste con el «naturalismo» de esta definición, el enfoque discursivo ve la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado: siempre «en proceso». No está determinado, en el sentido de que siempre es posible «ganarlo» o «perderlo», sostenerlo o abandonarlo. (Hall y Du Gay, 2003, p. 14)

Por lo tanto, en el sur de Colombia, la imagen ha sido un elemento importante para su tipificación como grupo social, desde las vasijas y esculturas precolombinas, pasando por los libros, revistas y periódicos de las imprentas de sus élites y de la rebelde fotografía, todos ellos, hacen parte de un componente importante para la creación de imaginarios sociales que urden los hilos de diferentes relatos y lenguajes de sus diferentes actores y que hace del sur de Colombia una región de encuentros y desencuentros de estas narraciones y que tiene como columna vertebral la decodificación de su historia y la construcción de un imaginario regional que está más cercano al pasado que al futuro, resistiéndose, desde lo cultural, al gran meta relato nacional de la conformación del Estado nacional, creado desde el centro del país.

CAPÍTULO

2

CONFORMACIÓN DE LA COMUNIDAD HISTÓRICA, COLONIALIDAD Y MODERNIDAD

La modernidad es un periodo de ideas políticas y filosóficas generadas a partir del surgimiento del antropocentrismo del Renacimiento y, luego del descubrimiento de América, se caracteriza por un conjunto de ideas, cambios y rupturas profundas en la sociedad occidental, encarnadas en el movimiento de la ilustración, donde se formaron las categorías de un “otro”, dominado, sumiso, a histórico, el Calibán shakesperiano iluminado, a su vez, por “Próspero”, constructor y ejemplo en los ámbitos de la filosofía, la ciencia, la política y el arte y los modos de vida en general.

En esta separación, respecto a otros periodos históricos, la Edad Antigua, Media y Moderna, no solo implica lo tecnológico o estético; es, ante todo, una disociación de origen religioso, entre lo sagrado (Dios), lo humano (Hombre) y la naturaleza; lo sagrado, por su grado superior de divinidad, es incuestionable, eterno y separado de su creación: el hombre y la naturaleza; el hombre, creado a su imagen y semejanza y ubicado por encima de su entorno biótico e incluso entre ellos, se focaliza en su pueblo escogido y abandona a su suerte al resto de su mejor creación, lo que crea una grieta ontológica entre la razón y



Fotografía 9. Aviadores aeropuerto de Ipiales. Sin año. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

el mundo, que justifica posteriormente la dominación de los “escogidos” sobre los bárbaros o salvajes.

Según Weber, la definición de la modernidad cultural se debe, ante todo, a la separación entre: la religión, la razón y la metafísica, que se empezaron a escindir a partir del siglo XVIII, con la consolidación de la ciencia y su aplicación en el surgimiento de una tecnología que incentivaba la llamada Revolución industrial, alma del capitalismo moderno, que sirvió de sustrato ideológico para la organización colonial del mundo y, por tanto, de sus pueblos y culturas, para convertirse en la única posibilidad civilizatoria y la única forma de vida posible.

De esta forma, Europa va moldeando el concepto de modernidad que articula cada uno de los saberes en torno a sus propias necesidades de dominación: el Derecho, la filosofía, la economía, el arte y la arquitectura, retoman el concepto aristotélico entre lo “civilizado” y lo “bárbaro”, este último como el “otro”, aquel a quien conquistar y colonizar; un papel importante de esta nueva visión del mundo corrió a cargo de la Iglesia, organización hierocrática, supranacional, que tiene como objetivo central ganarse el alma de los fieles, con la incertidumbre y con el monopolio del dominio del más allá. (Weber, 1991)

En el caso de América, la Iglesia fue una organización fundante del Estado colonial, de sus instituciones y de su posterior validación, que tiene como modelo la conformación belicista del Estado nacional hispano, cuya réplica se aplica en el Nuevo Mundo, teniendo como referente la lucha contra los moros y judíos en el proceso de unificación nacional a partir de la guerra y no de las ideas o de un nuevo proceso de producción económico y

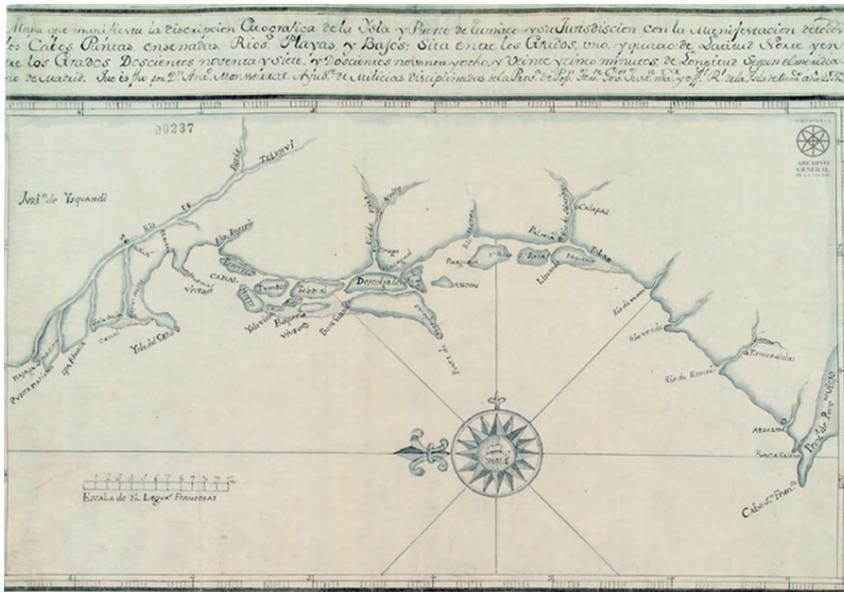
científico derivado de la actividad asceta y racional de sus actores.

Al tomar en cuenta que, en la construcción del relato sobre el Nuevo Mundo, según el filósofo alemán Hegel, el continente americano se queda fuera de la Historia, por ser nuevo y, por tanto, inmaduro, y donde la filosofía y la Historia tardarían en llegar, se justifica lo que el filósofo Enrique Dussel ha definido como el eurocentrismo, que no es otra cosa que la construcción de una macro-visión del mundo en torno a su propia experiencia europea, “colocando su especificidad histórica-cultural como patrón de referencia superior y universal”, que es el elemento aglutinador del resto de culturas conquistadas y sometidas. (Lander, 2005, p. 41)

Según Dussel, la definición de la modernidad se encuaderna entre un sistema mundo de grandes relatos civilizatorios, que surgen en las riberas de grandes ríos, como el Nilo, en Egipto, el Tigris y el Éufrates en la Mesopotamia y, luego, se desarrolla en una Europa occidental donde surgen sistemas como el feudalismo y posteriormente el capitalismo; según el mismo autor, este relato está incompleto, pues no tiene en cuenta a América y el aporte de sus pueblos, que en muchas ocasiones los superaba, como es el caso de las culturas mesoamericanas; surgiendo un concepto errado de un mundo superior y dominador europeo, lo que Dussel llama eurocentrismo. (2008, p. 18)

Según dicho autor, no es casual que la modernidad surgiera con el “descubrimiento” de América, que posibilita el origen del primer Estado con las características y requisitos culturales, sociológicos e históricos weberianos, que se requiere para la formación del Estado moderno: España inicia este camino, lo que incluye su brazo

coercitivo “policial” de la Inquisición, que homogeniza, en torno al naciente Estado, a esa colcha de retazos de pueblos, costumbres y lenguas, en torno a los Reyes Católicos y fortalece la nueva burocracia surgida de esa confederación ibérica, que lleva a que la empresa conquistadora fuese una empresa de particulares y, por tanto, privada, pero supervisada de cerca por la Corona, como lo podemos inferir de las crónicas de Cieza de León y de la visita de López Medel, cuando se delega desde la metrópoli al bachiller Tomás López Medel (1520-1582) para realizar una de sus más célebres visitas de tasación al sur de Colombia, en especial, el que después sería el departamento de Nariño (Oviedo, 2005, p. 36).



Fotografía 10. Mapa de la circunscripción geográfica de islas y el puerto de Tumaco, finales del siglo XVIII. Archivo General de la Nación, Bogotá.

IMAGEN DE LA COMUNIDAD HISTÓRICA: LA CONQUISTA

Para poder realizar sus sueños, los españoles tuvieron que destruir los sueños de cientos de hombres en América, en lo que llamamos conquista.

Al llegar a Norteamérica, los franceses y los ingleses llevaron su obra de colonización a regiones que, por el clima, la conformación del suelo y el mundo vegetal y animal, coincidían o presentaban cierta semejanza con el norte de Europa occidental, es decir, con su patria de origen. En cambio, los españoles, cuando llegan a las Indias occidentales, al centro y sur de América, encontraron realmente un mundo nuevo, ignoto, desconocido, el mundo que años atrás había descubierto el lusitano Vasco de Gama en las costas africanas, donde los días son iguales a las noches, donde el verde es de todas las tonalidades, no hay estaciones, pues en estas tierras hay todas las estaciones en cualquier época del año. (Friederici, 1973, p. 13).

Desde el inicio del “descubrimiento” y posterior conquista de las Indias, se trató de una obra eminentemente del pueblo y predominó más el esfuerzo privado e individual que la acción oficial del Estado. Jurídicamente, tenían como base las Capitulaciones, que fijaban “los derechos que se reservaba la corona en los nuevos territorios a descubrir y las mercedes concedidas a los diferentes participantes en la empresa descubridora”. El financiamiento de la misma empresa casi siempre recaía sobre el individuo que organizaba la expedición, al que se le daba un carácter de inversionista, empresario o caudillo militar (Friederici, 1973, p. 13).



Fotografía 11. Danzante, Festival Andino, Pasto, 2010. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo

Estas mismas Capitulaciones sirvieron de base para la creación del Derecho Indiano, que generó un dispositivo lleno de casuística jurídica, que se trató de reparar con la publicación de la *Recopilación de las leyes de Indias* de 1680, en la que se trataba de generalizar la experiencia conquistadora, para darle un carácter de unidad jurídica a esta empresa.

Este carácter individual y privado lleva a que, en la construcción del imaginario americano, surgieran los privilegios excesivos de los conquistadores, forma de reconocer el Estado, el riesgo y la inversión que habían hecho ellos. Se otorgaron títulos, que llevan a recordar las batallas contra los moros, como el título de Adelantado con carácter vitalicio o hereditario, por el que tenían facultad:

Para repartir tierras y solares y, en ocasiones, también para hacer repartimientos de indios; se le autorizó para la erección de fortalezas y para gozar, vitalicia y hereditariamente, de la tenencia de las mismas; se le permitió la provisión de oficios públicos en las ciudades de su jurisdicción, y se unieron a estas lucrativas recompensas de carácter patrimonial. (Friederici, 1973, p. 13)

De esta forma, el Derecho medieval, surgido en la reconquista ibérica y en distribución de la tierra, se extendía a América, se adoptó con las características propias del nuevo continente, llamándose el derecho indiano, que influyó siglos después en la construcción jurídica de las nuevas repúblicas, en el caso colombiano en las relaciones entre los pueblos originarios y afrodescendientes, que mantuvieron su visión lascasiana sobre la propiedad de la tierra y el mantenimiento de sus organizaciones étnicas.

Con estas características, la aristocracia se marginó de la Conquista y no participó ni como inversionista ni

como caudillos militares; en muchas ocasiones, se impidió el paso de cultivadores y artesanos, pues se veía perjudicada por la emigración de mano de obra indispensable para el mantenimiento de sus feudos castellanos.

Pero las mismas normas medievales sirvieron para que los excluidos por instituciones como el mayorazgo (en que solo hereda el primogénito varón), aún vigentes en España para la época del “descubrimiento”, llevaba a que los segundones quedasen en una situación económica difícil, lo que en muchas ocasiones generaba la división familiar y su empobrecimiento, que llevó a que el Estado autorizase su traslado a América, donde existía toda una serie de posibilidades de crear fortuna propia, aún en un territorio inhóspito y desconocido, de muchos riesgos personales; esta nueva cruzada era la de los desheredados de Europa, de los pobres de la tierra.

En los años de 1492 y 1497, se autorizó el reclutamiento de delincuentes; rápidamente, por Real Cédula del 11 de abril de 1505, se prohibió su traslado a las Indias; luego, también se extendió esa prohibición “a los descendientes de moros y judíos, los herejes reconciliados o castigados por la inquisición, los negros ladinos o a los gitanos” (Ibíd.). Aun a los españoles no castellanos los trataron como extranjeros, hasta el año de 1596, cuando se les reconoce a todos los ibéricos los mismos derechos.

En el caso de los judíos, especialmente de origen lusitano, se vincularon rápido a la trata de esclavos en el siglo XVI y XVII, y permanentemente hay acusaciones de herejía, en los archivos de la Santa Inquisición de Cartagena, donde, en allanamientos de morada, se encontraban candelabros y demás símbolos de la religión mosaica.

Temprano, los Reyes Católicos diseñaron una política de poblamiento para el Nuevo Mundo, a partir de la fundación de ciudades para manejar el nuevo espacio, cada centro urbano creado, generaba sinergias de dominación sobre el paisaje y los pueblos conquistados. El modelo de ciudad implementado por los españoles, fue el del pueblo castellano que tenía como antecedentes la distribución de los viejos campamentos romanos, especialmente de las regiones de Castilla, Andalucía y Extremadura, que giraba en torno a una plaza central y sus calles adyacentes.

En el actual territorio de Colombia, los conquistadores fundaron numerosos centros urbanos desde los cuales ejercían su poder, delimitados por un complejo sistema de circunscripciones de lugares, parroquias, villas y ciudades. La necesidad de mantener vínculos estrechos con la metrópoli hizo que los españoles otorgaran considerable importancia a ciertos núcleos urbanos, tales como puertos marítimos y fluviales, que actuaban como enclaves económicos y militares. Además, la distribución de los recursos económicos y demográficos también constituyó un criterio nada despreciable en el proceso de fundación de ciudades (Zambrano y Bernard, 1993).

Luego, este criterio de dominación del espacio, se desarrolla, a partir del pensamiento del padre Bartolomé de las Casas y de San Pedro de Claver, tanto en el Caribe como en lo profundo de los valles interandinos, con obispos como Juan del Valle, de la gobernación de Popayán, que abraza rápidamente la protección de “naturales” que tanto disgustaba a las nacientes élites locales, los encomenderos en el sur de Colombia, pero que garantizaba el sometimiento y el vasallaje de la población nativa y no su extinción total. (López Medel et al., 1989, p. XVIII).

EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA

Los europeos que llegaron a América, a finales del siglo XV, reflejaban una época en que el desencantamiento del mundo era evidente; el Renacimiento produjo la revolución cultural más importante hasta nuestros días; este desencantamiento conmovió los cimientos ideológicos en los cuales se estaba construyendo Europa; desde las Ciencias Naturales hasta las Ciencias Sociales, lo que hoy era un anatema, mañana era una duda evidente; el cristianismo, que tuvo como base fundamental la negación de la esclavitud y la ganancia y promulgaba la igualdad del hombre ante Dios, poco a poco se tornaba una religión que la justificaba, al evocando a Santiago, el mayor opositor de los infieles, los mismo que habían ocupado la península Ibérica desde el siglo VIII, en plena expansión del islamismo.

España era inexistente:

Dos reinos, Castilla, empotrado en el centro del territorio, que tenía como base económica el latifundio y la actividad agraria, y Aragón. Desde el siglo XI, en un reino conformado por grandes conquistadores y comerciantes, de sus entrañas surgió el primer gran gobernante de la península: Jaume I. Casi todos los conquistadores provenían de Castilla y, por tanto, trajeron no solamente sus enfermedades; con ellos llegaron sus instituciones, sus temores, trajeron la visión de una Europa que se negaba a ser la misma, pero España, ante el temor a sumarse a ese sentimiento de cambio, se refugió en la religión y en la tierra y posteriormente, con Portugal, establecieron la crítica más profunda a las redes comerciales construidas desde la Baja Edad Media, especialmente por los venecianos en el mar Adriático; encontrar nuevas vías de comunicación con las Indias, aquellas que habían

posibilitado el surgimiento de poderosas ciudades portuarias, que llevaban a que los toscos caballeros medievales se inclinaran poco a poco por los lujos y los nuevos gustos traídos de Oriente. (Oviedo, 2012, p. 72)

“Estos eran los caminos que conocía Marco Polo, era la Europa que navegaba con Federico de Finchal, un continente cada vez más influenciado por la vida burguesa y el comercio” (Pirenne, 1975, p. 41).

Por tanto, España prefirió ensimismarse en su pasado, huir del pecado, del capitalismo naciente; el resultado de estos temores fue el “descubrimiento” de América: primero su fortuna y posteriormente su perdición.

Esta es la visión de su descubridor, Colón, que, al llegar a las costas del Caribe y al entrar en contacto con el hombre y su entorno, vislumbró un Nuevo Mundo, aunque murió sin saberlo; esto escribía el almirante entre el 11 y el 17 de octubre, en su diario de navegación:

Y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros y dellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra... que es la mayor maravilla del mundo... Aquí son los peces tan disformes que maravilla. Hay algunos hechos con gallos de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras; y los colores son tan finos, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos.

También hay ballenas: bestias en tierras no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. (D Olwer, 1963, p. 63)

En palabras del historiador Germán Arciniegas (1965), Colón llegó al continente de los siete colores; según él, este era el paraíso terrenal, el Edén. Encontraba un Nuevo Mundo, pero lo observaba con los ojos de la vieja Europa, pero él abrió la puerta a la utopía; después llegó Américo Vespucio y descubrió un continente, el nuestro, y Magallanes y Elcano comprobaron la redondez de la tierra; la mesa estaba servida y América empezaba a revelar sus recónditos secretos.

Pero, también, esa exuberancia de lo desconocido obnubiló al descubridor y su pensamiento medieval; al morir, nunca entendió que lo descubierto no era la prolongación del Asia, sino un nuevo continente, posteriormente llamado América.

Esta diversidad y abundancia de las apreciaciones colombinas, ante el surgimiento de esta nueva tierra, se contagió al contactarse con los primeros grupos humanos; en el Caribe, conoció la diversidad étnica del hombre americano, además de sus riquezas bióticas. (Ibídem).

El hombre americano, tenía su propia cultura, lazos de parentesco y poblamiento, reflejado en muchas ocasiones en la impresión de Américo Vespucio cuando navegaba en el año 1500 por el Mar Caribe: “Se dice que en el mundo, no hay más de 77 lenguas, yo digo que son más de 1000, porque solo las que yo he oído son más de 40”. (D Olver, 1963, p. 46.)

La torre de Babel también era americana, como sus hombres; luego de estos primeros contactos llegó la conquista, los “nadie”, que jamás regresaron a Europa, que se quedaron y pusieron los nombres a cordilleras, ríos mares y hombres y, en conjunto con los nativos, surgió el sincretismo cultural y un nuevo continente y hombre: América.

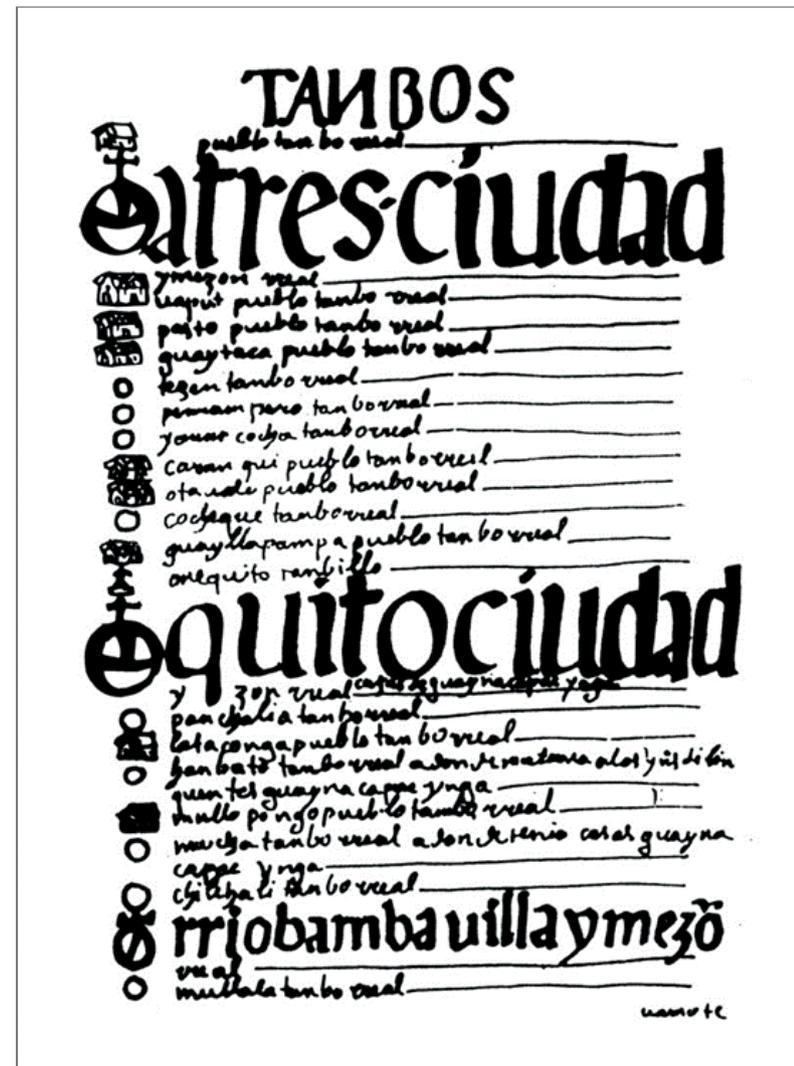
Por lo tanto, la construcción renacentista de un discurso sobre Europa, pasaba por discutir el discurso humanista de América, que tenía como base central el pensamiento humanista del padre de Las Casas y sus dos repúblicas, una de los indios y otra de los blancos. Mientras tanto, el viejo continente estaba construyendo un nuevo lenguaje que encajara en el tránsito de la vieja época feudal con el renaciente capitalismo y que tenía como esencia el etnocentrismo y el eurocentrismo, todo ello arropado en el antropocentrismo cultural del naciente mundo científico; la invención de este nuevo lenguaje, fue primordial para validar estos rápidos acontecimientos históricos, aunque progresistas en sus inicios, terminaron convirtiendo a Europa en un continente excluyente, próspero y dominante que hasta el día de hoy se conoce; como afirma Zabala: “Que mediante un dominio de la retórica y transposiciones, metáforas y metonimias, se evidencia en la escritura de los conquistadores (desde las cartas de Colón), un afán de inventar para apropiarse el mundo”. (Zabala, 1992, p.12).

FUENTES DEL IMAGINARIO REGIONAL

El departamento de Nariño contiene las características geográficas y culturales que el antropólogo John Victor Murra (1906-2006), identificó para definir lo que él denominó el mundo andino: una economía que tiene como base la micro-verticalidad y aprovecha los nichos climáticos producidos en las altas montañas de los Andes, lo que permitió un intercambio de cosas y objetos fluido y, también, un comercio con las otras dos regiones que componen ese mundo: el oriente (la Amazonía) y la llanura del Pacífico (Murra, 2002, p. 86).



Fotografía 12. Foto familiar, Ipiales. Foto: Teófilo Mera. Sin año. Colección privada.



Fotografía 13. Distribución espacial de los principales asentamientos urbanos en el siglo XVI, en el sur de Colombia y Ecuador. Fuente: Felipe Guamán Poma de Ayala. El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno. Siglo XXI. México. 1992.

En cada una de esos tres espacios, unas macro-regiones, se generaron sociedades con características y tecnologías propias que, a su vez, construyeron imaginarios culturales que posibilitaron su cohesión y la explicación de su cosmovisión como comunidad, a lo que se suma el ingreso de europeos y comunidades afrodescendientes; esta mixtura, con el tiempo, creó las principales características de la sociedad actual del departamento de Nariño, como lo vemos en la clasificación por servicios y uso del suelo hecho tempranamente por Huaman Poma de Ayala (Ver fotografía 13).

CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN EN LAS TIERRAS ALTAS

La naciente descripción, de primera mano, sobre el Valle de Atríz, corresponde al sevillano Cieza de León (1520-1554), en la que se reseña la fertilidad de las tierras, la abundancia de sus aguas y alguna característica del temple de su gente:

El pueblo está asentado en un muy lindo y hermoso valle, por donde se pasa un río de muy sabrosa y dulce agua, y otros muchos arroyos y fuentes, que vienen a dar a él. Llamase éste el valle de Atrís. Fue primero muy poblado, y ahora se han retirado a la serranía.

Está cercado de grandes sierras, algunos de montañas, y otras de campaña. (Cieza de León, 2005, p. 95)

En otro aparte, se lee:

Los españoles tienen en todos estos valles sus estancias y caserías, donde tienen sus granjerías, y las vegas y campiña de este río está siempre sembrado de muchos y muy hermosos trigos y cebadas, y maíz y tiene un molino en que muelen el trigo, porque ya en aquella villa no se come pan de maíz, por la abundancia que tienen de

trigo. En aquellos llanos hay muchos venados, conejos, perdices, palomas, tórtolas, faisanes y pavas. Los indios toman de aquella caza mucha. La tierra de los pastos es muy fría en demasía, y en el verano hace más frío que no en el invierno, y lo mismo en el pueblo de los cristianos. De manera que aquí no da fastidio al marido la compañía de la mujer, ni el traer mucha ropa. Hay invierno y verano como en la España. (Cieza de León, 2005, p. 95)

Y la otra visión corresponde al Licenciado Tomás López Medel (1520-1582): hijo de labradores, nacido en Tendillas, Castilla, estudió Derecho Canónico en Alcalá de Henares; en 1549, fue oidor de la Real Audiencia de Guatemala, posteriormente visitador de la provincia de Yucatán, ejerció el gobierno en la actual Guatemala y sur de México entre 1552 a 1553; su misión central fue la de “catequizar” a las diversas comunidades mayas, dispersas después del colapso de sus ciudades-Estado, modificando sus sistemas de poblamiento.

En 1557, López Medel pasó a la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, donde se le encomendó la tarea de efectuar la visita de tasación en las tierras altas del actual departamento de Nariño, con el fin de evitar la evasión del pago de impuesto realizado por los fuertísimos encomenderos; esa visita comenzó en un pueblo “fronterizo”, entre la costa y la sierra, en el municipio de Ancuya, donde prontamente observó las diferencias culturales y de actividades económicas de las comunidades indígenas allí asentadas; le llamó la atención especialmente una: la comunidad Pasto, primero por su actividad frenética para el comercio y, dos, por su habilidad para hablar varios idiomas, entre ellos el abad y el quechua, idiomas básicos para que su visita tuviera éxito y así evitar la intermediación de los encomenderos sospechosos.



Fotografía 14. Llamas, artesanía, Plaza de Bomboná, Pasto, 2021. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

Aunque López Medel traía sus propios “indios lenguaraces” de Centroamérica, el descubrimiento del sur de Colombia lo efectuó a través de los ojos de los pastos, quienes detallaron la visión del mundo andino del siglo XVI; los pastos tenían una élite comercial que cubría todo el territorio de la época y que abarcaba desde los empinados Andes, hasta la lluviosa y espesa selva amazónica y la rica llanura del Pacífico; esa élite se conocía como “mindala” (en quechua, comerciantes); a los abades, comunidades del piedemonte costero dedicadas a la agricultura, la pesca y la minería, la podemos considerar como una comunidad de pueblos y aldeas; los quillacingas, pueblos amazónicos y belicosos que bordeaban el Valle de Atriz, donde años antes otro conquistador, Sebastián de Belalcázar, había fundado

la ciudad de Pasto, en el territorio de dicho pueblo, que era agricultor.

Pero la actividad del acucioso bachiller López Medel nos mostró más allá y, sin querer, una de las características fundamentales de las tierras altas del sur: su posición geoestratégica de ser siempre frontera con otros “países”, que requiere una actividad permanente de intercambio de hombres, cosas y objetos: el comercio, elemento indispensable para los procesos transformadores de la modernidad y que va a ser una actividad que hasta hoy caracteriza a esta región, pero, también, a esta actividad se le suma el intercambio de hombres, como fue el caso que vieron cronistas como Cieza de León y el mismo bachiller López en el Valle de Atriz, donde los quillacingas habitaban en los bordes altos del valle y los laboriosos “mitimaes” cultivaban sus pampas. (Oviedo, 2005, p. 38)

Esta característica tan particular de comercio y poblamiento, que no entendieron los primeros conquistadores, ha llevado a que el nombre del pequeño asentamiento fuese disléxico y, en vez de ser San Juan de Quillacinga, ha sido San Juan de Pasto, lo que ha distorsionado desde su fundación este tipo de relaciones sociales y, por tanto, la construcción de su imagen, desde su acto fundante, se ha distorsionado.

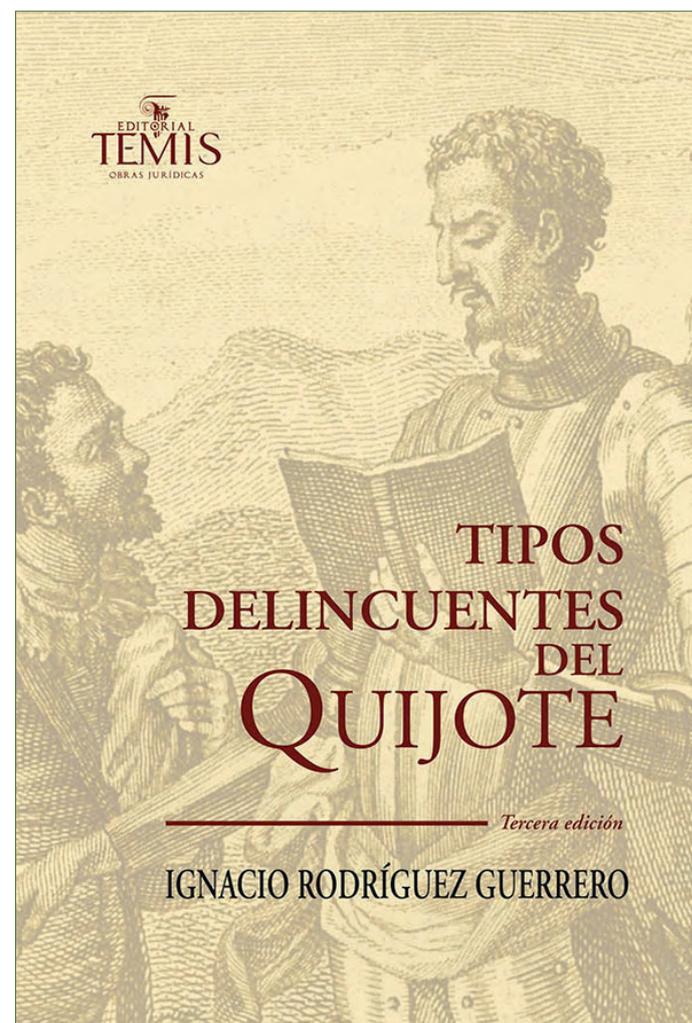
Además, López Medel, con su visión, construida desde Guatemala, de repoblar el territorio a partir de un modelo ideal de lo que debía ser el tránsito de vivir dispersos en behetrías a vivir en el mundo ideal lascasiano de “pueblos de indios”, aislados del entorno impuro del conquistador, donde la explicación de esta nueva cosmovisión como sujeto subalterno giraba en torno a la plaza, y como eje central su iglesia como la construcción más robusta y

perenne del poder divino, representado en la tierra por la magnificencia del Rey y de sus representantes en América, recinto que servía de “marcador” de los acontecimientos más importantes de su vida: el nacimiento, el bautizo, el ingreso al ritual católico, el matrimonio y la muerte, para convertirse, de esta forma, la Iglesia, en la llave o la retranca para su salvación y, por ende, era el ingreso del mítico Valhalla cristiano.

Por tanto, esta imagen de pequeños y bucólicos pueblos, regados en las laderas del valle, en su arquitectura y ritos mestizos, que, como una corona, rodea el asentamiento principal, la ciudad de Atriz, va a ser la característica más importante de las tierras altas del sur de Colombia hasta el día de hoy.

Entonces, tenemos que estas primeras impresiones no solo distorsionan la imagen toponímica de Pasto, sino contrastan con las primeras crónicas y visitas y el primer dibujo que realizó en forma magistral Felipe Huamán Poma de Ayala (1535-1616), en su texto: *Nueva crónica y buen gobierno* (1615), donde perfila por primera vez, con magistral inocencia, la ciudad de Atriz e ilustra su construcción más valiosa, la iglesia de San Andrés, con sus dos torreones de ladrillo de forma hexagonal en su fachada, su fuente de agua vecinal en medio de su patio y al frente su poderoso atrio, donde se catequizaba en Historia Sagrada a sus nuevos fieles, todo ese paisaje bañado por el actual río Mijitayo; la imagen construida por Huamán Poma de Ayala refleja un paisaje armónico de paz total; como él mismo señala: “Todos los caballeros y vecinos y soldados, son gente de paz cristianísimos, gran servidor de Dios y de su magestad y son caritativos con los prójimos. Y tienen bastante comida de pan y vino y poca carne y pobre de

plata y oro” (Huamán Poma de Ayala, 1992, p. 921). (Ver fotografía 26)-



Fotografía 15. Tipos delincuentes del Quijote, Ignacio Rodríguez Guerrero, Editorial Temis. 2018. Bogotá.



Fotografía 16. Construcción del tren de Nariño, vía Tumaco-El Diviso. Sin año, Colección privada.

Por tanto, cronistas, funcionarios y escritores construyeron la imagen de las tierras altas del actual departamento de Nariño a partir de sus propias experiencias e intereses burocráticos y de relatos lejanos, lo que contrasta con la riqueza de una naturaleza que surge ante sus ojos,

con el desprecio y la visión colonial de los grupos humanos que lo pueblan; en mi forma de ver, esta dicotomía aún permanece en el tiempo.

Este sistema de poblamiento, en pequeñas reducciones, que propuso el bachiller Tomás López, fue el origen de la posterior ocupación y desarrollo territorial actual, base de su sistema de poblamiento y de construcción de territorio del actual departamento de Nariño y de la creación de sus imaginarios culturales, solo superado, muy entrado el siglo XX (años 70), cuando se construyen los primeros edificios de mampostería moderna, que sobrepasan el techo colonial y, poco a poco, con la construcción de los centros comerciales; de esta forma, los disciplinados y temerosos fieles giran sus miradas de salvación ya no hacia sus históricas iglesias, sino hacia los “perversos templos” del consumo, de sus centros comerciales.

La gran influencia de la cultura Pasto en la formación del imaginario social del departamento de Nariño es evidente y actual; su orfebrería y cerámica así lo demuestran; esta última, denominada negativo del Carchi, por sus colores ocre y negro, sus perfectos motivos geométricos de triángulos y rombos, de monos, serpientes, felinos y aves, que representan el mundo encantado zoomorfo andino y amazónico, además de una innumerable cantidad de utensilios utilitarios y ceremoniales de escudillas, platos y esculturas de sus más representativos caciques, donde sus abultadas mejillas nos representan el uso sagrado de la coca y de su origen fundante, la selva amazónica.

En estos diseños complejos, es posible inferir la cosmovisión de su mundo lleno de simbologías, lo que nos da la relación entre cultura e individuo, con su rico entorno biótico en que se plasma su percepción y explica

las características de la floresta y sus habitantes, para elevarlas al mundo mítico de los dioses y sus divinidades pasan a la eternidad y se convierten en un referente cultural distintivo de sus comunidades y base posterior de la naciente República.

Este nuevo sistema de poblamiento, que llevó a cabo el licenciado López, es el origen del régimen de hacienda, que se mantuvo casi incólume por cerca de cuatrocientos años, para crear lo que el sociólogo Fals Borda denominó la “clase señorial”, que pasó, como la luz sobre el cristal, desde la Colonia hasta la débil República.

CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN EN LAS TIERRAS BAJAS

La formación geológica del Pacífico sur surge en medio de una lucha y confrontación entre dos placas tectónicas: una, la del Pacífico y la otra, la Continental, lo que da como resultado la creación de una nuevo sistema tectónico, que hoy se conoce como la Placa de Nazca, la culpable del surgimiento de la Cordillera de los Andes y de la actual Llanura del Pacífico y su complejo sistema ecológico compuesto por natales, guandales, manglares, bocanas, playones y la selva tropical de su piedemonte costero, lo que permitió que, en su proceso de poblamiento, se desarrollara lo que el brasilero Josué de Castro denomina la “cultura hidráulica”.

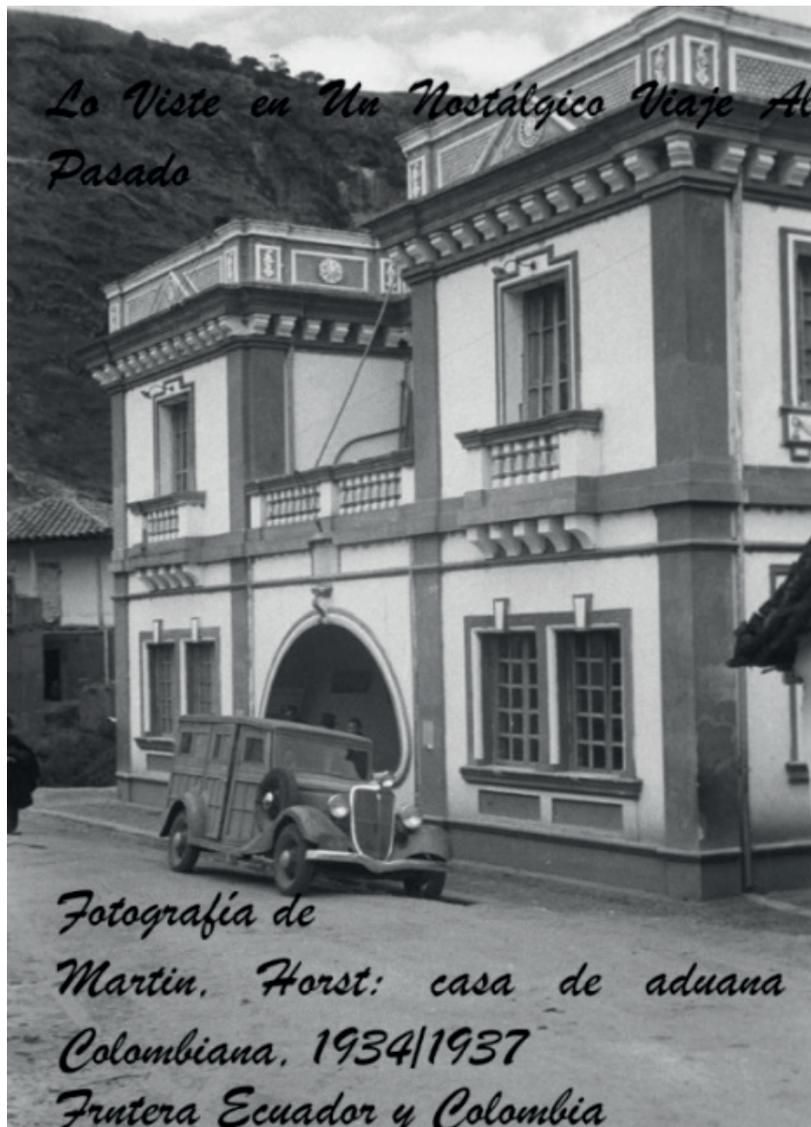
Este sistema geomorfológico es lo que el geógrafo norteamericano Robert West denominó las Tierras Bajas del Pacífico sur, que se pobló inicialmente, desde hace más de tres mil años, por diferentes procesos migratorios desde el sur, de la poderosa Cultura Chorrera (1330-300

a. C.), que abarcó desde la península de Santa Helena, las actuales provincias de Manabí y Esmeraldas, en el Ecuador, hasta la bahía de Tumaco, y que tenía como característica fundamental su laboriosa actividad como alfareros y orfebres.

Como alfareros, elaboraron en sus vasijas jarras y vasos, su fauna, la representación de las viviendas, sus hermosas Venus y una no despreciable figuración muy detallada de su vida erótica, conocida hoy como “amatorios”; su cerámica de exquisito diseño, con sus colores terracota, nos muestra una civilización que creció debido a la riqueza de alimentos traídos por las corrientes marinas, con grandes pescadores y comerciantes, lo que influyó profundamente en la cultura Tumaco-Tolita, formada a partir de la bahía de Tumaco y sus alrededores, por lo que, según el arqueólogo colombiano Diógenes Patiño:

Los Tumaco-Tolita fueron grupos humanos que alcanzaron desarrollos notables en sus aspectos políticos, sociales y económicos; no existe en la región, ni en el noroeste de Suramérica, otra cultura que se parezca a esta y haya alcanzado tales desarrollos, bajo el dominio de importantes caciques y chamanes con altos poderes religiosos y políticos en las regiones costeras de Colombia y Ecuador. (Patiño, 2017, p. 44)

Como orfebres, trabajaron tempranamente los metales, como plata, cobre y oro; en este último se representaba en rica filigrana su entorno ecológico; ambas actividades, alfarería y orfebrería, serían las bases utilitarias y del entorno mágico-religioso de la cultura Tumaco-Tolita, como nos muestran la gran riqueza y variedad de objetos reunidos por la escasa actividad arqueológica y la abundante “guaquería”.



Fotografía 17. Casa de la aduana, puente de Rumichaca, frontera colombo-ecuatoriana. 1937. Foto: Martin Horst.

Entonces, tenemos que esta cultura surge como un resultado de grandes e intensos procesos migratorios del rico litoral Pacífico, que tiene como su centro ceremonial y poblacional una isla, en la desembocadura del río Cayapas, en la frontera con la actual provincia de Esmeraldas, Ecuador; por la gran cantidad de entierros, en forma de pequeñas lomerías, que tiene esta isla (en quichua, tolas), toma su nombre: La Tola (Ver fotografía 18).

Si, para poder explicar el surgimiento de la sociedad moderna, se necesita el estudio del desencantamiento del mundo, para explicar las sociedades precolombinas debemos estudiar el encantamiento de su mundo, asociar su simbología etnográfica y mágica con sus actividades cotidianas, lo que da como resultado el análisis y estudio de su cultura, de sus actividades cotidianas y de la construcción de su cosmovisión en torno a su medio ecológico y humano, que queda plasmado en sus representaciones antropomorfas y zoomorfas, donde no solo se destaca la verticalidad del poder de sus cacicazgos, la belleza de sus mujeres o sus actividades eróticas, sino, también, la explicación de hechos asombrosos e inexplicables, como el surgimiento de las deformaciones genéticas, de enfermedades catastróficas o tan simples como un dolor de muelas, lo que nos lleva a analizar los mensajes codificados y estudiar su sistema semiótico, que representa la estructura, burocrática y religiosa, la actividad económica y política de esta sociedad, lo que podríamos denominar el surgimiento de una “realidad remitente”, que representa, antes que el presente, un pasado ligado totalmente a sus antepasados, representado por lo que conocemos hoy como las “guacas”. En ese diálogo con el pasado se construye su futuro.



Fotografía 18. Representación gráfica de la cultura Tumaco. Foto: <https://www.cultura10.org/tumaco/>

El primer contacto con los europeos en el actual departamento de Nariño, se efectuó en el año 1526 y, por tanto, tenemos las primeras impresiones sobre sus gentes por parte de estos navegantes, provenientes del istmo de Panamá, que iban detrás de la conquista del mítico Dorado, representado en las leyendas de un gran imperio en las costas sur de Suramérica; Salahonda y Diego de Almagro se refugian en la Isla del Gallo, correspondiente actualmente al municipio de Francisco Pizarro, “pequeña, habitada, y de una legua de contorno” con el fin de calafatear sus naves y recomponer a sus más de cien acompañantes y, aunque exploraron los ríos Patía y Micay, la belicosidad de los

pueblos que habitaban la región les impidieron contactos más cercanos; tras muchas peripecias con las autoridades coloniales, Pizarro decide seguir con su expedición hacia el Perú, para tener el primer contacto con el Tahuantinsuyo, lo que permitió posteriormente hacerse con la conquista y destrucción del incario, como lo ilustra el pintor peruano Juan B. Lepiani (Jurado, 1990). (Ver fotografía 25).

La ambición de estos conquistadores nos dejó unas impresiones más profundas sobre sus primeros habitantes que, posteriormente, con la fundación de Santa María de las Barbacoas (1637), y la reducción de sus habitantes por don Francisco de Prado y Zúñiga, cien años después, a los que llamó genéricamente Sindaguas-Barbacoas (Jurado, 1990).

Aunque este levantamiento es uno de los más importantes sucedido en el país, durante el siglo XVII, poco se estudia y conoce regionalmente y termina con la reducción y empalamiento de más de cien caciques y con la toma de la tierra del oro por parte de los europeos, para cerrar en forma sangrienta el dilatado ciclo de conquista e iniciar con los reales de minas, lo que abre, de esta forma, una nueva etapa en la ocupación del territorio en las Tierras Bajas, que pasaron de su conquista a la explotación por la búsqueda de los placeres del oro, para que surgiera una nueva élite económica y social, “los señores del oro”, y su contraparte, la esclavitud de las comunidades afrodescendientes; estos “señores” tuvieron que compartir el poder con los poderosos hacendados de las Tierras Altas, en un imaginario que se mantuvo hasta mediados del siglo XX, solo alterado por el ingreso de los cultivos ilícitos en este territorio.



Fotografía 19. Máscara zoomorfa, Carnaval de Negros y Blancos, 2020. San Juan de Pasto. Foto: Ricardo Oviedo A.

Pero, al tomar en cuenta que el territorio es, ante todo, una construcción social y, por tanto cultural, que incluye el estudio detallado de sus procesos de producción y reproducción del capital, pero, también, de las relaciones sociales e imaginarios que produce, y tomar en cuenta que, en la génesis del Estado colonial, se define por ser un sistema profundamente desigual, fuertemente estratificado y excluyente, según Duverger (2012), es la esencia misma de esa génesis: el sistema occidental se formó en el interior de un sistema absolutamente diferente, que podríamos llamar “aristo-monarquía”, que tenía como base la igualdad de los hombres frente a la ley, pero no frente a sus semejantes (Duverger, 2012, p. 168).

Se produce, de esta forma, una apropiación del imaginario territorial desigual, desequilibrado, por esencia excluyente y opresor que, por su carácter social, es móvil y mutable, lo que, al derrumbarse y surgir la República, arrastró a sus instituciones y relaciones coloniales, transformándolas, para sobrevivir, ante las nuevas realidades políticas, pero, en últimas, permitir que los grupos fundantes de estas desigualdades siguieran gozando de privilegios históricos y mantener en el tiempo el poder, político, económico y cultural, de estas “clases señoriales” sobre las clases subalternas, que viven en paralelo realidades económicas y sociales que, con algunas variedades, perduran hasta hoy y que sólo han sido alteradas en los últimos 30 años, por el ingreso del narcotráfico y sus diversos y violentos actores, que aunque han tenido un gran protagonismo económico y social, el monopolio político sigue siendo de la corrupta “clase” política tradicional.

CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN EN LA AMAZONÍA

El estudio de la Amazonía gira en torno a la oralidad y la escritura: la primera construida por sus pueblos originarios: quillacingas, kamentsás, kofanes, mocoas y los recién llegados inganos, a través de sus ritos, leyendas y cultura profundamente ligados a la magnificencia de la floresta amazónica, de la zoomorfización de sus dioses y de su vida, que giraba en torno al conocimiento críptico y secreto de su vegetación y a la fuerza del jaguar como manifestación del poder de la naturaleza sobre el hombre, elementos esenciales para la construcción de su cosmovisión, influida profundamente por este entorno biótico, lleno de dioses y plantas “sanadoras” que, desde antes de la Conquista, visitaban viajeros de comunidades de diferentes y lejanos lugares, que buscaban, en su conocimiento, la paz del

cuerpo y el alma por sus eficaces “remedios”, entre ellos el consumo controlado del yagé.

La segunda, la escritura, se inicia con el encuentro temprano con los europeos, desde las primeras excursiones de los conquistadores en el Valle de Atriz y sus alrededores, en el año 1535, hasta que a los indígenas los redujeron los capitanes Juan de Ampudia, Pedro de Añasco, Lorenzo de Aldana, Sebastián de Belalcazar, entre otros, que fundaron la ciudad de San Juan de Pasto (1537) (Cieza de León, 2005); al huir los indígenas hacia el Oriente, se encuentran las dos culturas en el actual Valle de Sibundoy, en la alta Amazonía que, según los cronistas: “estuvieron de acuerdo sobre la existencia de los poblados de Putumayo, Manoy y Sebundoy y no escatimaron calificativos para este “valle de cabañas y mucha poblazón”. Piedrahita alabó lo grato que resultaron los maizales para los conquistadores que llevaban un año de hambre; Aguado y Cieza de León describieron las sementeras de los indígenas; y el poeta Castellanos ensalzó aquella “provincia que tenía sus terrenos de buenos alimentos proveídos” (Bonilla, 2019, p. 43).

A los sibundoyes, ingas y kamentsás, desde 1577, los asistieron los frailes capuchinos anexos a Pasto, asistencia que duró hasta mediados del siglo XX y que se resume muy bien en el título del libro del antropólogo Víctor Manuel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios*, donde relata la conquista, reducción y posterior colonización de la Alta Amazonía por parte de los españoles y sus descendientes, camino obligatorio para la conquista del resto de la región; en 1563, Gonzalo de Avendaño, funda la ciudad de San Miguel de Mocoa, para crear una nueva vía de comunicación con el valle alto del Magdalena, con el aprovechamiento de los caminos ancestrales precolombinos.



Fotografía 20. Herbolario de comunidad ingana, Valle de Sibundoy, Putumayo. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

“Según Bonilla, citando al historiador Ortiz:

Los indios del pueblo de Sibundoy tenían activo comercio no sólo con Pasto sino con la provincia de los Pastos y los objetos de tal comercio, por parte de ellos consistía, en la venta de manteca de cerdo, aves, maíz, huevos, tablas de cedro, artesas, bateas, recinas, barnices, cera de palma y oro en polvo de que cambiaban anualmente gran cantidad; que todo lo reducían a dinero con lo que tenían sobradamente para pagar el tributo (Ortiz 1935) (Bonilla, 2019, p. 62).

Por la activación del Camino Real Patía-Popayán, con la consolidación de los centros urbanos del actual Valle del Cauca y eje cafetero, el paso por la Amazonía cayó en el olvido por más de trescientos años, pero los

indígenas reducidos pasaron de fieles a ser siervos de una teocracia que se extendió por gran parte del sur de Colombia y, paradójicamente, el país dirige su mirada a la Alta Amazonía cuando, a comienzos de la década de 1930 se declara la guerra con el Perú.

Según el antropólogo Víctor Daniel Bonilla, una de las instituciones que más influyó en el poblamiento y construcción de imaginarios en la Alta Amazonía, fue la comunidad de los sacerdotes capuchinos, creada en Italia, en 1525, e inspirada en el pensamiento de San Francisco de Asís, según la Iglesia el santo amante de la naturaleza, que habían llegado a América con el descubrimiento; se asentaron en el Caquetá y el Putumayo, en 1893, como misioneros y como parte de un proyecto “civilizador” del Estado colombiano orientado hacia la región amazónica, para hacer las veces de gobernadores civiles al regentar la educación, construir carreteras, otorgar tierras y dirigir la moralidad de las gentes. Entonces, los misioneros obraron como intermediarios de la ampliación de la frontera colombiana y de la defensa de la frontera interna (Bonilla, 2019, p. 131).

Entonces, tenemos que, ante el olvido de cientos de años de soledad por parte del Estado, las universidades y sus investigadores visibilizan nuevamente la región cuando realizan los primeros estudios académicos sobre la selva amazónica, pero también se halla que los aportes para la construcción de la imagen regional se han realizado paradójicamente desde la literatura, como es el caso de la novela *La Vorágine* (1924), escrita por José Eustasio Rivera (1888-1928), que nos relata magistralmente, a partir de una historia de amor, de Arturo Cova y su amada Alicia, como en el infierno de Dante, se introducen en un mundo

agreste, lejano y desconocido para los moradores del mundo urbano: es la Amazonía, donde impera la “Ley de la selva”, la explotación de hombres y naturaleza de forma abusiva por parte de los caucheros, representados en el malvado Barrera.

Rivera relata, a través de los ojos inexpertos de los amantes bogotanos, los abusos producidos por la ambición de la explotación del caucho, de las comunidades indígenas y colonos, por parte de las empresas caucheras; la ausencia histórica del Estado y sus instituciones. Ante la ceguera de conocimiento de la Amazonía por sus dos principales protagonistas, don Clemente Silva, pastuso, le pone las oprías necesarias para entender un mundo, construido en buena parte a partir de la colonización tardía de la manigua debida a los valientes colonizadores de origen nariñense.

Pero esta visión tiene sus antecedentes en las crónicas y relatos de conquistadores, aventureros y colonizadores, que transitaron por sus grandes ríos y extensa selva, donde, ante sus ojos foráneos y codiciosos, no observaron más allá de la floresta inhóspita, visión opuesta a los vivaces ojos de sus aborígenes que, en medio de la intrincada maraña del bosque, ven el sentido fitoterapéutico de sus grandes árboles o sus frágiles bejucos; ven la selva culta, que trasciende de lo local a lo universal; ese imaginario permanece hasta hoy y, paradójicamente, se ha elevado a las aras de la formación de imaginarios regionales, en la máxima expresión cultural del departamento de Nariño, su Carnaval y, también, en el uso de los secretos del poderío de la selva mediante el conocimiento sanador de sus “taitas”, y en el poder y la fuerza del jaguar, que se proyecta en la toma ritual del yagé, como un bebedizo que conecta al mundo ignoto de la floresta con el espíritu subliminal y cromático

de las visiones de “limpieza” del alma, como lo revela el pintor indígena ingano Carlos Jacanamijoy (1964-), con sus vivaces pinturas, con grandes contrastes cromáticos, que reflejan la biodiversidad de la floresta amazónica, para recrearnos, con la fuerza y belleza de la selva tropical, lo que el historiador de arte Álvaro Medina denomina una “abstracción realista”.

En los años treinta del siglo pasado, y debido a la emblemática novela *La Vorágine*, de Rivera, el Estado dirige su mirada a la olvidada Amazonía, para pasar, de esta forma, de ser un territorio a conquistar a un territorio a defender, ante los abusos de parte de la peruana casa Arana contra los indígenas de los territorios fronterizos del Putumayo y Amazonas; así, se declara, en 1932, la guerra con el Perú, que tiene su escenario más importante entre los puertos de Leguizamo y Leticia, donde predominan las imágenes de la guerra, barcos acorazados, soldados, que invaden las páginas de los periódicos locales y nacionales; el patriotismo se convirtió en una voluntad para la defensa de la patria; esta gesta, desconocida por muchos, se adelantó mayoritariamente desde Nariño, como nos lo recuerda el sacrificio de uno de sus héroes, el luchador José María Hernández (Ver fotografía 62).

Pero el imaginario actual de la selva se construye a partir de una visión mucho más académica, a partir del bastimento de discursos preservadores y de la introducción de nuevos conceptos, que se fundan a partir de la redefinición de la relación- conflicto-entorno biótico, con una nueva relación-aprendizaje y preservación ecológica, pero, eso sí, el discurso colonizador y depredador sigue como telón de fondo (Descola, 1988).



Fotografía 21. Carátula de la novela *La Vorágine*. El Magolo, prensa cultural.



Fotografía 22. Colectivo cultural, Tumaco, Carnaval de Negros y Blancos, 2013, Pasto. Foto: Ricardo Oviedo A.

Por tanto, el estudio de la imagen va de la mano con el devenir histórico de un pueblo. Cada cultura, en su origen y posterior desarrollo, construye imaginarios simbólicos que le otorgan sentido y valores a lo cotidiano, ya fuesen estos objetos o cosas que, a partir de sus percepciones, los convierten en “marcadores” distintivos de su constructo social y, por ende, referentes de su civilización: la naturaleza, la fauna y flora, las costumbres, lo erótico y también su concepto sobre el mas allá, que se refleja en el estudio detallado de sus necrópolis por parte de la arqueología moderna, que nos permite reconstruir ese concepto sobre el mas allá como símbolo de salvación.

En la construcción de estas imágenes sociales, la iconografía producida por estas sociedades precolombinas

es muy importante; aunque ágrafas, son muy ricas en la escultura, el manejo de los metales y del barro, lo que nos revela la cosmovisión sobre su existencia; muchos de estos marcadores han perdurado hasta hoy, en muchas ocasiones mixturados con los cambios producidos por el desarrollo social. Eso sí, al tomar en cuenta las particularidades regionales de los grandes macro-sistemas ecológicos que, según el antropólogo John Victor Murra, componen el mundo andino: costa, sierra y oriente. (Murra, 2002).

CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS COLONIALES

Como ya vimos, con el derrumbe de las civilizaciones precolombinas, también lo hicieron sus símbolos identitarios, provenientes de la fuerza de la naturaleza y de sus espíritus, que revelaban sus secretos y protección en largas jornadas rituales donde se consumía yagé, coca y otros alucinógenos, que obligaba a sus chamanes no solo en dialogar con ellos, sino en muchas ocasiones vencerlos en franca lid, con complicados y elaborados ritos, que garantizaban la protección individual y grupal contra los avatares del tiempo y del medio ambiente. Muchos de estos ritos y religiones animistas, posteriormente se sincretizaron con la religión de los “blancos”, en una mezcla que les permitía acomodar su cosmovisión prístina del origen de la vida, su tránsito en la tierra y el más allá, con los ritos religiosos del cristianismo, originado en las márgenes del Mar Mediterráneo; sus iconos se centraban en la sangre, el dolor y el sufrimiento de su maestro, apóstoles y millares de mártires, además de una adoración cada vez más fuerte en torno a María, la madre de Jesús, que encarnaba la inocencia, el valor y el amor de los nuevos salvadores.

Por otra parte, a los españoles del siglo XVI aún no los iluminaban las luces del Renacimiento y del cisma luterano; la recién creada España era un conjunto de pueblos unidos fundamentalmente por la religión y las ansias de enriquecerse con las tierras conquistadas, lo que da como resultado una sociedad profundamente estamental y rígida, dividida en tres grandes cuerpos sociales: la nobleza, el clero y el estado llano, en que la pureza de sangre era indispensable para su sobrevivencia. El “descubrimiento” de América fue una oportunidad para lograr ascender, por méritos militares y de riqueza, y romper, de esta forma, la rueda del viejo estamento feudal, para que surgiera una nueva categoría de nobleza, llamada “criolla”; muchos de sus miembros, en el transcurso del tiempo, formaron parte de la intelectualidad latinoamericana y colombiana.

Según el historiador colombiano Germán Arciniegas (1980), el descubrimiento de América les permitió a los europeos tener por primera vez una visión completa del mundo y de sus gentes, pero donde la construcción del “otro”, el Calibán shakesperiano, se invisibiliza por la hazaña de reducir con la cruz y la espada a los pueblos originarios, en los que el paisaje, la selva, la aventura multitudinaria se devora al personaje nativo protagonista, el indígena, se desecha su cultura y civilización, para construir una imagen acomodada a sus intereses de conquista, que llevó a que el encomendero, cronista, escritor, historiador y sacerdote Bartolomé de las Casas (1474-1566), escribiera su libro: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias e Historia de las Indias* (1552), donde trata de replantear la imagen de los vencedores sobre los vencidos, para mostrar las atrocidades cometidas por los primeros colonos contra

los pueblos de Centroamérica, pero sin analizar los efectos negativos de su reducción en “pueblos de indios”, verdadero efecto negativo para su preservación y convivencia, y la falta de generosidad para reconocer los aportes tecnológicos y culturales de los vencidos, pues, al contrario, los declaró interdictos de su propio destino.

LA VISIÓN DE LOS CRONISTAS. PEDRO CIEZA DE LEÓN (1520-1554)

Sin duda, uno de cronistas más importantes para construir históricamente una visión sobre el territorio del sur de Colombia es el sevillano Cieza de León (1520-1554), quien llegó muy joven a América y fue el primero en perfilar una imagen integral sobre el virreinato del Perú, incluido el actual departamento de Nariño y su área de influencia, cuando relata en forma épica, con su estilo discursivo y con intención de contar verdades ocurridas, cómo fue la guerra civil entre conquistadores y, también, en informar sobre la fauna y la flora andina y amazónica, obras arquitectónicas, como sus pukarás y caminos que, compara como tan importantes y complejos como los que existen en Roma. Se considera como el primer cronista moderno y el primero que describió la vida en los Andes.

En su libro *Crónica del Perú* (1553), establece la relación que tiene el territorio del actual departamento de Nariño con el Imperio incaico, al pertenecer al denominado Chinchaysuyo, junto con Quito, y describe a sus primeros habitantes y la llegada del inca Huayna Cápac a su territorio, pero, también, destaca a la ciudad de Pasto como una de las villas importantes recién fundadas.



Fotografía 24. Pedro Cieza de León, Parte primera de la Crónica del Perú. 1553.

El cronista también detalla las características, que aún se mantienen en este territorio, de ser frontera y estar en medio de dos grandes fundaciones: Popayán y Quito; de ser poblado por una gran variedad y número de comunidades indígenas; muchos de estos asentamientos sirvieron para ser el núcleo urbano actual:

Y concluyendo con esta villa de Pasto, digo que tiene más indios naturales sujetos a sí que ninguna ciudad ni villa de toda la gobernación de Popayán y más que Quito, y otros pueblos del Perú. Y cierto sin los muchos naturales que hay, antiguamente debió ser muy más poblada, porque es cosa admirable de ver, que, con tener grandes términos de muchas vegas y riberas de ríos, y sierras y altas montañas, no se andará por parte (aunque más fragosa y dificultosa sea) que no se vea y parezca haber sido poblado y labrado del tiempo que digo. (Larraín, 1980, p. 16)

Además, refiere lo relativo a la riqueza de su suelo y naturaleza: “En aquellos llanos hay muchos venados, conejos, perdices, palomas, tórtolas, faisanes y pavas” (Ibídem), algo que va a ser recurrente para los cronistas y viajeros que van a visitar estas tierras y que van a destacar la dicotomía entre una naturaleza muy rica y diversa con un poblamiento muy pobre y rústico.

FELIPE HUAMÁN POMA DE AYALA (1536-1616)

Pero otra visión del territorio se construye desde “fuera”, también a comienzos del siglo XVII, con la obra del peruano Felipe Huamán Poma de Ayala, autor del texto Primera nueva crónica y buen gobierno, escrita entre los años 1600 hasta 1615.



Fotografía 25. Los trece de la fama en la isla del Gallo, Tumaco. Óleo del pintor peruano Juan B. Lepiani (1902).

Nacido en el actual departamento de Ayacucho, Perú, proveniente de las élites del incario, al servicio de los conquistadores españoles, traductor del quechua para funcionarios coloniales, fue un cronista amerindio de ascendencia incaica de la época del virreinato del Perú.

Huamán Poma se dedicó a recorrer durante varios años parte del territorio del virreinato, lo que le permitió conocer de primera mano relatos e impresiones de sus habitantes; otra fuente importante era los funcionarios y viajeros que lo recorrían y que terminaban por entregar sus informes en el Cusco, o en la ciudad de Lima; estos relatos fueron la base para escribir su texto, construido sobre la base de 397 dibujos y 1180 páginas, escrito en español antiguo y en quechua, donde se relata e ilustra el surgimiento de la sociedad colonial, desde las raíces del

poderoso Imperio incaico y de las acciones de sus primeros conquistadores, además de la visión sincrética de estos dos mundos, para convertirlo en uno de los libros más originales y enriquecedores de la historiografía latinoamericana y mundial.

Para Huamán Poma de Ayala, su buen gobierno tenía como bases la estructura económica, social y las costumbres incas, la tecnología y el gobierno de los conquistadores y la cosmovisión cristiana sincretizada con las culturas precolombinas, pero, también, en el texto formula denuncias sobre los excesos de los europeos contra los habitantes andinos, que redacta como denuncias que debía leer de primera mano el Rey Felipe III.

Sus dibujos de fino trazo van acompañados con textos que precisan sus denuncias y descripciones de lugares y hechos, para nuestro caso; aunque nunca estuvo en el actual departamento de Nariño, ni en Pasto, fue el primero en dibujar la imagen de esta ciudad y de su mayor obra arquitectónica, la iglesia de San Andrés, que queda actualmente en la Plaza de Rumipamba, sitio fundacional de la ciudad y célula vital para su crecimiento; el autor dibuja, de oídas, con gran detalle, la fachada de esta iglesia, con los torreones colocados a cada lado de sus naves, su cúpula y ante todo el amplio atrio con doce salas, que servían de “aulas”, rematadas por dos torreones de ingreso y salida, para catequizar a los nuevos cristianos; en el centro un gran patio con su fuente de piedra colonial, que se surtía del agua del llamado, por el fraile Francisco de la Villota, el río Jesús y hoy conocido como el río Mijitayo; este primer gráfico de la ciudad de Atriz refleja:

Todos los caballeros y vecinos y soldados, son gente de pas y nunca se ha revelado desde la dicha fundación. Y

tiene conventos y monasterios, iglesias muy aderesados y hordenado y jamas ha tenido jueces ni pisquicidores. Y entre ellos se quieren y aman como hermanos y no abido mentiras. (Guamán Poma de Ayala, 1992, p. 921)

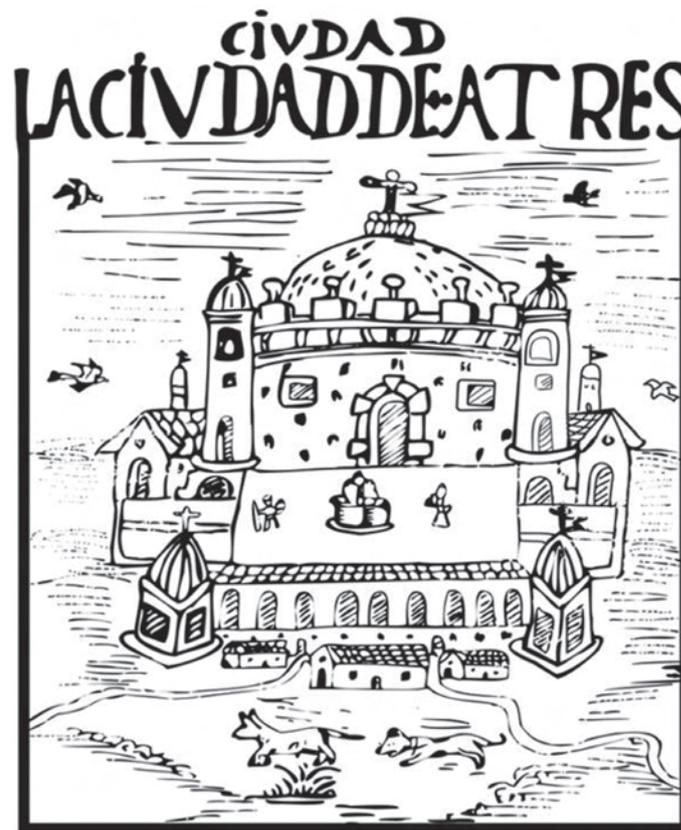
Esta misma visión de armonía y de convivencia cristiana la compartía con otros cronistas, como Cieza de León, que recorrieron a pie su territorio, pero también se debe destacar la importancia de la naciente ciudad en la estructura urbana y de intercambio que estaba surgiendo como una red controladora del territorio, cuya estructura de servicios e intercambios dibuja Huamán Poma en forma precisa y donde destaca a Pasto como un tambo real, junto a asentamientos como Bogotá, Popayán, Cuenca (Ecuador), Quito, Guayaquil y Lima.

Esta obra tenía como destinatario al rey Felipe III y se envió a España; sin embargo, nunca llegó a las manos de su ilustre destinatario; aunque no se saben a ciencia cierta los motivos, se extravió en el camino y hoy descansa en la Biblioteca Real de Dinamarca.

LA VISIÓN DE LOS FUNCIONARIOS COLONIALES

Uno de sus seguidores más aventajados fue el Bachiller Tomás López Medel (1520-1582), nacido en La Alcarria, España, hijo de campesinos, uno de los primeros funcionarios coloniales que ingresó a la Universidad de Alcalá de Henares; en 1539 lo nombran como oidor de la Real Audiencia de Guatemala, hasta donde se trasladó años después; imbuido del pensamiento “lascasiano” de la protección, antes que el exterminio de las comunidades indígenas, recorrió la actual península de Yucatán para relatar minuciosamente el conflicto y convivencia entre

las comunidades mayas y los encomenderos españoles; esta experiencia queda escrita en sus célebres Ordenanzas, donde explica los efectos poblacionales y estructurales de las llamadas reducciones indígenas, que creaban los pueblos de indios separados de los pueblos de blancos, los nacientes pueblos urbanos creados por el Estado español y desde donde se ejercía el poder de la Conquista.



Fotografía 26. La ciudad de Atriz (San Juan de Pasto) según Felipe Huamán Poma de Ayala, Crónica de buen gobierno (1992).

En 1557, lo trasladan a Bogotá, desde donde dirige, como funcionario, las visitas de tasación de la Nueva Granada, en especial en el actual departamento de Nariño, pues el Imperio español requiere información veraz sobre el número de indígenas tributarios, datos que, aunque reunían los encomenderos, el Estado tenía serias dudas sobre su veracidad; además, por las contradicciones entre el obispo de Popayán Juan del Valle, que había abrazado abiertamente las políticas lascasianas de protección de indios y las estaba aplicando en su área de influencia; además, en varias cartas, dirigidas desde 1548, pedía la visita de un funcionario para aplicar las distintas cédulas de protección de indígenas, de prohibir a esclavitud, de fijar una tasa justa y sobre los tamames; estas solicitudes no se respondieron hasta la llegada de Medel. Luego de la intervención de altos funcionarios, como la del bachiller Luis Sánchez en Valladolid, que logra que designaran a Tomás López como visitador y tasador, quien debía adelantarla en compañía del obispo de la gobernación, Juan del Valle; la pugna entre estos actores llevó a que López escribiera una carta desde Cali, donde señala que una de sus misiones a cumplir durante la visita era precisamente aclarar y mejorar las relaciones entre la Iglesia, el Estado y los encomenderos (Oviedo, 2005, p. 36).

... Una de las causas porque yo vine a esta provincia fue esta y por dicha la principal para tratar de estos negocios con el obispo porque hay tanta desgracia de parte de sus feligreses para con él y él para con ellos que ni los han querido confesar ni administrar sacramento a su tiempo y no ay ombre que no tenga tres o cuatro procesos por parte de la justicia eclesiástica y pudiera ser que a no poner remedio en el negocio pasara más adelante con algún mal

porque el desabrimiento de los vecinos es grande. (Ares, 1989, p. 633)

El obispo Juan del Valle, en el año de 1559, parte hacia España para tratar de explicar los problemas de su jurisdicción al Rey, cosa que lleva a que López escribiera, el 28 de octubre de 1559, al Rey sobre la misión de la visita del funcionario eclesiástico:

... Yo trate dello e hize lo que pude. Falta de medios an causado mucha parte de esas barajas/ Aunque el obispo por çierto ha mostrado y tenido buen zelo para con los naturales y a procurado su defensa y los españoles es gente de dura çerviz y para con los yndios muy desmandados y por eso ay neçesidad de rigor en la justiçia con particular cuydado les vaya a la mano el va la corte de vuestra majestad a dar cuenta de su persona y negoçios. Vuestra magestad sabrá ya lo que pasa. (Ares, 1989, p. 600)

Tomás López comienza su visita a Pasto el 9 de noviembre de 1558, en compañía del obispo de Quito, García Díez Arias, cuya jurisdicción comprendía la provincia de los Pastos, Abades y Quillasingas; luego, se dirigiría a Almaguer (actual departamento del Cauca) acompañado por el obispo Juan del Valle, quien tenía jurisdicción sobre ese distrito minero y finalizó a mediados de julio en la ciudad de Cartago (actual departamento del Valle del Cauca), para convertirse en la visita de mayor cobertura en todo el siglo XVI, en Colombia.

En estudios posteriores sobre la importancia de estas visitas, de analizar el impacto más allá de su actividad fiscal e impositiva, los investigadores contemporáneos sobre el mundo andino, como John Víctor Murra, Frank Salomon y Udo Oberem, entre otros, ingresaron nuevas variables para

el estudio de las comunidades andinas precolombinas, como son sus actividades económicas que, en el caso de los pastos, se fundamentaba en una élite de comerciantes, denominados mindalas, que aprovechaban al máximo su posición geográfica de frontera, entre el mundo del incario, las comunidades costeras del Pacífico y la Amazonía, donde su población formaba parte de estos tratos comerciales como “mitimaes” y que desarrollaron su espíritu de crear colonias extraterritoriales, que servían de punta de lanza para sus avanzadas comerciales.

Aún se preserva esta imagen de los pastos y sus actividades de frontera, como lo observamos hoy en el intenso comercio con Ecuador, con la colonización de la Alta y Baja Amazonía, del piedemonte ecuatoriano, el Valle del Lili, en el Valle del Cauca, actualmente, por el incesante tráfico de sus tracto-camiones y “mindalas”, espina dorsal de su comercio moderno, por lo que hoy podemos decir sin equivocarnos que la ciudad de San Juan de Pasto es la capital comercial del suroccidente colombiano, ya que prácticamente todo su primer piso arquitectónico se dedica al pequeño comercio y al intercambio, todo esto reflejado culturalmente en su Carnaval, como expresión máxima de esta cultura mestiza.

La Conquista no fue solo la única y más importante empresa colonial; fue más significativa la creación de la toda la maraña burocrática y legal para crear legitimidad de poder sobre los territorios descubiertos. La creación de normas, consejos y cargos que revelará esa nueva realidad, fue la labor más importante de España; muchas de ellas aún subsisten en nuestra vida republicana.

Es sabido que en España fue considerada como una regalía de la corona, la provisión de toda clase de oficios... En

la etapa histórica de los descubrimientos, fue el Asiento o Capitulación el Título Jurídico a través del cual se nombraron Adelantados y Gobernadores, Corregidores y Alcaldes Mayores, Capitanes Generales y Alcaldes de Fortaleza. (Ots Capdequí, 1982, p. 15)

Con la implementación, a finales del siglo XVIII, de las llamadas “reformas borbónicas”, este criterio se mantuvo; el arrendar las rentas estancadas (aguardientes y mistelas) le garantizaba al Estado un ingreso importante de rentas fijas de mejor control financiero; al vender este cargo, caía sobre el corregidor toda la responsabilidad del pago del asiento, como fue el caso de don Francisco Rodríguez Clavijo, que utilizó durante su administración toda una serie de artimañas legales para evadir este compromiso financiero, para llevar a que la gobernación de Popayán lo sancionara, en varias ocasiones, con cárcel y, además, a que reconociera y cancelara las deudas contraídas por su incumplimiento del arrendamiento, para que, meses después, lo reintegraran nuevamente en el cargo de Corregidor de rentas.

El actual departamento de Nariño no se sustrajo de esta maraña administrativa colonial, pues pertenecía a la gobernación de Popayán para estudiar algunos casos administrativos, para rendir cuentas financieras a la presidencia de Quito y para casos eventuales de la fe, a la Santa Inquisición en la ciudad de Lima, virreinato del Perú. Tenía un solo Cabildo, el de Pasto, y pertenecía a una Provincia, la de los Pastos; esta dispersión administrativa, ante todo, buscaba disolver el poder colonial por sus vastos territorios para impedir de este modo una concentración peligrosa de los poderes coloniales, que llevaran a la independencia de sus colonias.

En este teatro de relaciones burocráticas se movía el funcionario colonial, un poder lejano con representantes locales, quienes realmente ejercían y llevaban a que se cumplieran las normas; cuando estos funcionarios tenían un arraigo popular fuerte o aceptable, en general la población obedecía las normas coloniales, así fuera la norma de los

estancos, pero también fue la base de la creación de una red de afectos burocráticos, con las comunidades indígenas que se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XX, y para autores como Jairo Gutiérrez, son la base de lo que él llamó “el realismo popular” (Gutiérrez, 2007, p. 113).



Fotografía 27. Comparsa, Carnaval 2013. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

LEVANTAMIENTOS SOCIALES ANTIBORBÓNICOS, SIGLO XVIII-XIX. DON FRANCISCO RODRÍGUEZ CLAVIJO

Natural de Ibagué, su padre, don Pedro Rodríguez Clavijo, y su madre, Sebastiana de Guevara y Frías, natural de la Provincia de Mariquita, actual departamento del Tolima, pertenecientes a una familia de agricultores, comerciantes y de funcionarios coloniales, desde muy joven, en conjunto con sus hermanos, desempeñó cargos en las rentas estancadas del centro del país, en especial las de Tocaima (departamento de Cundinamarca), Ambalema, Honda y Mariquita que, para el año de 1780, eran las más importantes del país por la calidad de su producto y el volumen de producción.

Posteriormente, con su familia se trasladan a la ciudad de Cartago y, a finales de los años 60 del siglo XVIII, a Popayán, donde Francisco Rodríguez se casa con la señora María Joaquina Sarasti y Ante.

Casi desde su llegada lo nombran como uno de los alcaldes provinciales y regidor perpetuo de la ciudad de Popayán; el 11 de octubre de 1787, lo nombran contador fiscal en Popayán; el 27 de mayo de 1790, lo nombran como administrador de aguardientes de Túquerres, Pasto, Barbacoas, Iscuandé y Tumaco y, como lo dictaban las normas, para este tipo de rentas tenía a su mando su propia guardia, que le cancelaba un peso al mes; recolectaba el impuesto a las tercenos (carnicerías) y les pagaba a los curas párrocos de su jurisdicción, además de cancelar impuestos, como al hospital de Cartagena, en la costa Caribe, que le adeudaba \$ 300, para el año de 1793.

Esta red de “funcionarios” la aprovechó Rodríguez Clavijo para poder resguardarse de las críticas permanentes de los habitantes de Túquerres y poder resistir, durante casi diez años, la recaudación de impuestos y no sucederle lo que a su homólogo, el doctor Ignacio Peredo, a quien asesinaron cuando apenas entraba a la ciudad de Pasto en 1781 (Oviedo, 2002).

El 10 de junio de 1795, lo apresan por orden de don Diego Antonio Nieto, juez subdelegado de rentas, por el incumplimiento del arrendamiento de las rentas estancadas y por adeudar más de \$ 25.000 pesos (pagaderos a tres plazos a la gobernación); solicita Clavijo que se le embarguen bienes como libros, muebles y armas por el anterior valor; las autoridades de la gobernación le niegan esa solicitud y comisionan a don Salvador Ortiz para que, en conjunto con Cosme Bermúdez (antiguo subteniente de dotación de la ciudad de Popayán y su mayor contradictor), para que actuaran: lo apresaron el 16 de julio de 1795; el 22 de agosto ingresa a la cárcel de Popayán y lo restituyen a su cargo el 1 de octubre de 1795, con la oposición de su anterior subordinado Bermúdez, y con el apoyo del Cabildo de la ciudad de Pasto, el que incluso envía 30 hombres armados para restituirlo en su cargo. Se posesiona una vez más meses después, cuando cesan los escándalos, cargo que mantiene hasta el día de su asesinato.

Francisco Rodríguez Clavijo, en conjunto con su hermano Atanasio y con su hijastro Francisco Sarasti y Ante, hacen de las Rentas Estancadas un proyecto familiar, donde a los tres los nombran en los puestos más destacados de este ramo, por lo que monopolizan uno de los ingresos más importantes de la provincia, hecho que motivó, desde

el comienzo, una resistencia radical, en especial de algunos funcionarios locales, que aprovecharon su influencia para “desprestigiar” al Corregidor Rodríguez Clavijo, como era el caso del señor Miguel Ángel Palacios, administrador de Correos, al que le siguen causa criminal en la Presidencia de Quito, hasta el año de 1810, pues lo acusaban de haber sido uno de los principales instigadores de la población el día del asesinato del Corregidor.

Si tomamos la remisión de presos que están involucrados en el proceso, que reposa en el Fondo Popayán, del Archivo Histórico del Ecuador, vamos a ver que más de la mitad de los reos remitidos eran blancos pobres (que, para la época, los asimilaban como indios) y la minoría indígena sufría los mayores castigos, como el descuartizamiento y el destierro.

Magistralmente, los juglares de la época relataron este suceso:

Indios y blancos unidos,
al corregidor mataron
Y todos se amotinaron
sin que les valgan gemidos
¡Oh qué ayes, Oh, qué alaridos!
Daba el infeliz Clavijo,
sirviendo de regocijo
A todos sus enemigos,
sin que le valgan amigos
Porque ni uno tuvo hijos.

Toda la noche veló,

su corazón, con qué angustias
Y las palabras ya mustias,
hasta que el día amaneció.
El templo entonces abrió
(que fue a las ocho del día)
Las puertas, con qué alegría,
habiendo acabado la misa
Con grande algazara y risa,
lo mataron, ¡qué osadía!

Sobre el ara cayó muerto,
todo el sagrario bañado,
Ya triste cadáver yerto,
aún el velo estaba abierto,
El Señor sacramentado,
de los indios ultrajados
Y violando su santo templo,
sirviendo a cuento de ejemplo
Desde que el mundo fue creado.

En un instante, en un momento,
perdió bienes y caudal,
Y la vida en especial,
el hombre de más talento.
Causa fue el recudimiento,
para tanta tiranía,
Qué lástima que murió,
me priva el entendimiento,
Con el mismo sentimiento,
le recé una Ave María.

(Archivo General del Ecuador, Fondo Popayán)

Entonces, tenemos que, en una provincia donde las quejas permanentes de sus habitantes y de las autoridades por el alto grado de impunidad de un sistema judicial, caduco y de hondas preferencias casuísticas, que protegían los privilegios locales frente al poder central, eran evidentes, como sucedió con el caso del asesinato del anterior Corregidor de Rentas Estancadas el Dr. Ignacio Peredo, destacado funcionario de la gobernación, asesinado antes de su posesión a la salida de la ciudad de Pasto en el año de 1781. Su crimen fue una verdadera confabulación contra la implementación de las rentas estancadas, como se puede leer en el juicio criminal que se le sigue al sargento Gabriel Valdés, en la ciudad de Popayán, donde se le acusa por negligencia al enviar primero a los fusileros y posteriormente las balas, de modo que dejó sin escolta al Corregidor, lo que le acarreó su posterior asesinato; aunque al indio de apellido Naspírán, que lo lanceó a las puertas de la iglesia de Catambuco, lo castigaron, en cuanto al sargento Valdés, su juicio se dilatado hasta que pudo salir libre de cualquier acusación de complicidad en este hecho.

Por tanto, el origen de la distorsión del manejo del Estado no es una obra exclusiva de la República, sino sus orígenes los debemos encontrar en las entrañas mismas del régimen colonial; es su ADN constitutivo, que crea un imaginario en el tiempo referente a que así es como funciona la “cosa pública”, lo que establece un consentimiento de impunidad sobre los abusos de los funcionarios y un imaginario generalizado sobre la privatización del aparato burocrático en pocas manos, en este caso, de la clase señorial.

Por último, podemos concluir que el proyecto administrativo de Rodríguez Clavijo consistente en hacer de la ley su mejor empresa y enriquecerse sin límites a través del arrendamiento, el cobro de impuestos y su proyecto personal de acumular poder económico y político con su entorno familiar más cercano, Atanasio y su hijastro Francisco Sarasti y Ante, no era cosa extraña en esa época ni en la nuestra, como tampoco es extraña la respuesta del “común” contra este tipo de visión de lo público frente a lo privado y aquí se puede ubicar el origen y validación del movimiento cívico y la protesta popular cuando los fines son justos, acciones que en el departamento de Nariño se han utilizado recurrentemente frente a la ausencia permanente del Estado. Lo que nos debe llamar la atención es que hoy, más de doscientos años después, siguiera sucediendo este tipo de hechos que, además, generan casi el mismo rubor y comentarios de la época; lo que los diferencia es el final, que hoy casi siempre es feliz para los funcionarios y, si no, miremos hacia nuestro entorno político.



CAPÍTULO

3

CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO REPUBLICANO DE NACIÓN. INFLUENCIA DE LA ILUSTRACIÓN EN COLOMBIA

La independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, la Revolución Francesa, el surgimiento del movimiento de la Ilustración, las conquistas napoleónicas y la revolución industrial en Europa, habían creado un nuevo escenario político, económico y social que tuvo fuertes repercusiones en los territorios de América; estas ideas surgieron desde el pensamiento racional y se fueron irradiando a diversos campos del poder y del conocimiento, que tradicionalmente se reservaban a las monarquías arbitrarias y absolutas de la época, como eran la economía, la educación, la religión y la justicia.

Este movimiento intelectual era el resultado de un debate contestatario a la filosofía aristotélica ortodoxa y a la teología doctrinaria, cada vez más cuestionada desde el Renacimiento, movimiento que dirigió el debate de las ideas en torno al antropocentrismo y al estudio de la naturaleza; también, bebió de las fuentes de las matemáticas, en especial, con los avances la Física experimental de Newton, que tuvo repercusiones hasta en la forma de estudiar la sociedad, con los intentos de crear una Física social, que explicara el surgimiento de las desigualdades y del poder.



Fotografía 28. Escuela pública, Pupiales, Nariño. Colección privada.

La gran cantidad de información generada por estos nuevos vientos se fue sistematizando en lo que se llamó el enciclopedismo, que ya no observaba a la naturaleza exclusivamente como una fuente extractiva de valor, sino como un reservorio de conocimiento, donde el hombre interactuaba como un actor científico, que cuestionaba los cimientos de la antigua y vetusta sociedad feudal.



Foto Centro de Historia de Pasto, 1943

Los académicos sesionan en el Palacio Episcopal, en el verano de 1943. Primera fila: José Rafael Zarama, Ignacio Rodríguez Guerrero, Monseñor Juan Bautista Rosero y C., Monseñor Diego María Gómez T., Sergio Elías Ortiz, Pbro. Ángel María Medina. Segunda fila: Juan Álvarez Garzón, Víctor Sánchez Montenegro, Luis Perdomo Torres, Capitán Miseno Martínez Nates, Pbro. Alejandro Ortiz López, Pbro. Fernando B. Jurado, Ricardo Gómez A., Manuel Quiñónez Guzmán, Nemesiano Rincón.

Fotografía 29. Miembros del Centro de Historia de Pasto, 1943.

Según el escritor Germán Arciniegas, en su libro *El continente de los siete colores* (1965), paradójicamente, los Borbones, a los cuales se los había repudiado por sus tendencias fiscalistas, facilitaron el ingreso de España y de América a este movimiento cultural paneuropeo, que trataba de enmendar el alejamiento de las élites peninsulares a estos movimientos intelectuales; en Lima, sede del virreinato del Perú, en el año 1771, se aprobó en la Universidad de San Marcos un nuevo Plan de estudios que incluía las ideas de grandes pensadores, como Descartes, Bacon y Leibniz, entre otros.

En el caso de Colombia, la actividad de José Celestino Mutis (1732-1808) se centró en construir una nueva visión sobre la naturaleza, para crear la primera Expedición Botánica en el territorio nacional, cuando afirmaba: “El conocimiento es bueno cuando es útil”, lo que desmitificaba a la naturaleza como una fuente inacabable de recursos, de los cuales la metrópoli se había lucrado por centurias; esta iniciativa comenzó en 1783 y se extendió hasta 1810, en pleno periodo revolucionario, para iniciar, de esta forma, el estudio e inventario de las Ciencias Naturales en Colombia; alrededor de Mutis, se consolidó una pequeña, pero fructífera, élite intelectual que, luego, fue base para la ideas independistas, como: José Félix de Restrepo, Francisco José de Caldas, Francisco Antonio Zea, Eloy Valenzuela, Jorge Tadeo Lozano, Fermín de Vargas, Francisco Moreno y Escandón, Manuel del Socorro Rodríguez, Antonio Nariño y Camilo Torres.

Con la llegada de los vientos de la independencia y el fin abrupto de la Expedición de Mutis, solo se pudieron publicar 38 de sus 52 tomos, en el año 1952, donde se plasma, en sus ricas ilustraciones policromadas, la riqueza

biótica del país y con ello el origen de la ciencia de las publicaciones ilustradas en Colombia.

EL SURGIMIENTO DE LA REPÚBLICA

El surgimiento del Estado moderno es el resultado de un trasegar histórico de grupos humanos, que se fueron identificando en un pasado y presente común, una lengua y una religión, pero, ante todo, por ejercer el monopolio legítimo de la violencia en determinado territorio, quien ejerce el poder a partir de una burocracia racional, profesional e impersonal, donde se origina un derecho formal, en que a los jueces los valida la justeza de sus sentencias y los bienes del Estado se separan de los bienes particulares de sus funcionarios (Weber:2002, p.178); nada de esto se cumple en blanco y negro en la formación el Estado colombiano; aquí prima más el *sfumato* renacentista de llevar a creer en la existencia de algo que no es real, pero se siente que existe.

Este “tipo ideal” weberiano del Estado moderno se cumplió parcialmente en Latinoamérica y menos en Colombia, lo mismo que el concepto de líder político, en que este es el único responsable de sus actos, que son indelegables a otros actores; lo común en Colombia es que el líder solo reconoce sus éxitos y los fracasos son culpa de otros. Una de las cualidades de las democracias modernas es crear el político profesional, el “demagogo”, líder, con gran capacidad de comunicación con sus correligionarios sobre la base de una oratoria que convence y adoctrina adeptos, que mueve imaginarios utópicos societales o ideas políticas de construcción de ciudadanía; a falta de estas cualidades “innatas” del político profesional, de

esta manera, en Colombia se construyó un imaginario del dirigente más parecido a los héroes de la independencia, cuando se hablaba poco y se cabalgaba mucho y lo más importante era la diferenciación contra el colonialismo, que las propuestas de construcción del Estado y la relación con sus ciudadanos, para reemplazar, de esta forma, al demagogo locuaz y pacífico, por un dirigente intolerante, belicoso, intrigante y de bajo nivel intelectual, en que la “lengua” se ha reemplazado por el fusil, por lo que podemos decir que “la política con sangre entra”.

Entonces, no resulta casual que la novela más importante escrita en Colombia, *Cien años de soledad* (1967), empiece su relato con uno de los episodios más sórdidos de la historia nacional, el fusilamiento de los obreros de las bananeras, con protagonistas como el coronel Aureliano Buendía que, aunque vive a comienzos del siglo XX, aún tiene un pie en el siglo XIX, para recordarnos sus eternas guerras civiles, lo que genera este espíritu belicoso y tardío que impide los cambios que requiere el ingreso a la modernidad; esto es lo que va a caracterizar el origen del Estado nacional y sus élites, lo que el sociólogo Orlando Fals Borda denominó la “clase señorial”, que no es otra cosa que los sectores tradicionales de propietarios de tierras y minas, que pasaron, con buena parte de sus privilegios, del régimen colonial a la República para preservar todas prerrogativas y exclusiones.

Por tanto, tenemos que el siglo XIX es la continuación de los grandes movimientos anticoloniales y levantamientos sociales generados por las reformas borbónicas y la crisis de un Estado colonial deficiente; es un periodo de grandes transformaciones en toda América Latina, lo que incluye a Colombia, pero, además, es el surgimiento de

las regiones como característica importante de la creación del sentimiento y cultura local que, en su sumatoria, nos da ese “espíritu nacional” que, según el sociólogo Weber, (Weber, 2002), es fundamental para crear el imaginario de nación que nos cohesiona internamente a partir de esta diversidad, lo que crea un acumulado social inmaterial que conforma el contenido de nación y de nacionalidad que nos lleva a diferenciar con nuestros demás vecinos internos y externos.

El surgimiento de la región, en su génesis, es la mixtura de culturas que se asentaron en las cordilleras, en sus diferentes valles interandinos, las costas Pacífica y Caribe, como nos lo define el sociólogo Fals Borda:

Lo que todos sabemos y sentimos: que Colombia es un país de regiones, provincias y territorios indígenas, caracterizados por la diversidad cultural, étnica y ecológica. Acercarnos a esta realidad para comprenderla mejor es contribuir a solucionar los problemas que nos afectan como pueblo.

De allí la importancia de volver los ojos a la cultura e historia regionales, y al papel de la memoria colectiva.

Donde derivamos en Colombia el modelo provincial, que vieron el florecer unidades (territoriales) relativamente pequeñas constituidas por “países” que, a diferencia del sentido nacional que hoy damos a esta palabra, eran simples lugares, aldeas o territorios campestres muy reducidos, como la ínsula Barataria de Sancho Panza, en donde los habitantes se identificaban entre sí por costumbres, dialectos y estilos de vida propios. (Fals Borda, 1981, pp. 27-28).

Por tanto, estas regiones e imaginarios locales se venían construyendo de acuerdo a las condiciones

generadas por cada uno de los territorios históricos que surgieron desde la Colonia, por la imposibilidad de crear una red de vínculos espaciales permanente entre ellos, lo que impidió la creación de un mercado nacional de alguna importancia y generó una autarquía económica regional, que tenía como fuente a la micro-verticalidad de sus nichos bioclimáticos, que nos explicaba el ya citado John Victor Murra en su definición del mundo andino.

A esto se le suman los rasgos comunes que venía desarrollando cada uno de los grupos humanos que formaban parte de estas regiones que, al tener poca movilidad y corrientes migratorias internas y externas, crecieron prácticamente a partir de un “incesto social” que reproducía fuertes lazos de parentesco excluyentes que, con el pasar el tiempo, se volvieron marcadores clasistas con el resto de la población, lo que origina las denominadas “castas regionales”, que compartían poder político y económico regional y que, como grupo de presión, entraban en negociaciones para la toma del poder central; cuando estas contradicciones eran extremas, se declaraba al contradictor político como enemigo y estallaba una nueva guerra civil.

Si le sumamos esto a la débil maquinaria estatal heredada de la Colonia, como nos dice el profesor Alfonso Múnera:

En 1734, el intendente general Bartolomé de la Tienda captó mejor que nadie la esencia de la política interna de la Nueva Granada. “Cada gobernador en su distrito, —dice—, sea o no su jurisdicción grande, con el carácter de Capitán General, es absoluto y no conoce superioridad en otro para corregir sus yerros”. (Múnera, 1998, p. 29)



Fotografía 30. Tumaco 1950. Foto: Robert Gertsman.

También, Francisco Silvestre, fiscal de la Real Audiencia, al referirse a la ausencia de una autoridad central en la Nueva Granada, decía:

Cada gobernador era un Capitán General de su provincia, que se creía independiente [...] y como no había correspondencia frecuente ni comercio de unos [gobernadores] a otras [Reales Audiencias] y aquellos tenían la fuerza, obedecían o no sus providencias [de las Audiencias] [...] cursaban mal ejemplo, y todo andaba trastornado, triunfando el que más podía, aunque cada cual en el nombre de la autoridad del Rey. (Múnera, 1998, p. 29)

Probablemente en ninguna otra parte de Latinoamérica esta autonomía regional mostró manifestaciones más extremas que en lo que es ahora el territorio de Colombia o la vieja Nueva Granada.

Se puede decir que uno de los éxitos del sistema colonial en el sur de Colombia fue el mantenimiento de la visión lascasiana de las dos repúblicas, compuesta una de blancos y otra de indígenas, al tomar en cuenta que, por la presencia, especialmente en los Andes, de una gran cantidad de “blancos pobres” que, para algunas actividades, los consideraban españoles, pero para otras, como las reivindicaciones económicas, los asimilaban a indígenas, como se puede observar en el expediente judicial contra los verdugos del corregidor Rodríguez Clavijo, en la ciudad de Túquerres, o como “blancos” en algunas actividades especializadas, como eran las artesanales y artísticas, como es el caso de don Joseph Betancourt en Guaitarilla, uno de los “blancos” levantiscos apresado como uno de los actores materiales del asesinato del corregidor Rodríguez Clavijo y, luego, preso, lo dejaron escapar (Oviedo, 2002, p. 38).

Este corretaje interétnico llevó a que las fronteras de “castas” cada vez fueran más porosas, lo que permitió elevar la rebeldía social al altar de los imaginarios culturales; por ejemplo, la instauración de lo “justo” en los levantamientos

contra los Rodríguez Clavijo en la sierra (1800), de Vicente de la Cruz en Tumaco (1801), o de Ignacio Peredo (1781) en las goteras de la ciudad de Pasto, nos muestra esta visión mixta contra el Estado decadente y opresor colonial y la validación de la protesta social tras el abuso generado por las leyes borbónicas en el territorio (Oviedo, 2002)

Esta visión de justeza hizo tránsito en la República y, a mediados del siglo XX, nuevamente se invocan estos hechos contestatarios contra el abandono del gobierno central y el abuso en la prestación y tarifación de algunos servicios públicos, lo que origina, a comienzos de los años 80's, el triunfante Movimiento Cívico, agrupado en el Comité Cívico por Nariño, que tuvo una cobertura en toda la región, donde se agrupaban los principales actores sociales, religiosos y económicos del Departamento, que luego alcanzó expresión política en movimientos regionales con representación política territorial, como fueron el Movimiento de los Inconformes (1981), el Frente Nariñense Revolucionario (Frenar) y el Frente Patriótico Revolucionario (Frepár); estas fueron las bases del surgimiento de movimientos alternativos contra la dirigencia política tradicional que, precisamente, se había originado en el aparato colonial y que hoy constituye una fuerza decisoria en la conducción político-administrativa del departamento de Nariño.

Este espíritu contestatario contra los abusos llevó a que movimientos insurgentes, como el Ejército de Liberación Nacional (ELN), le pusiera a uno de sus frentes guerrilleros el nombre de “Comuneros del Sur” (1995) y, en el caso de los llamados paramilitares, su bloque adoptó el nombre de “Libertadores del Sur” (1999), para recordarnos las gestas cívicas contra las políticas borbónicas de finales del siglo XVIII.



Fotografía 31. Manifestación cívica, 1970. Ipiiales, Nariño. Colección privada.

Por tanto, el espacio regional no solo fue un territorio de conflicto y de construcción de relaciones económicas y sociales, sino, ante todo, un espacio que definía las relaciones culturales entre los diferentes actores, donde se construía y se codificaba su mundo simbólico de creencias culturales, religiosas y políticas; en esta “superestructura” surgen y se funden sus imaginarios diferenciadores e identitarios de poder local y su relación con el gobierno central, tendencia que se mantiene, con algunos cambios, hasta el día de hoy.

Este Estado, con fuerte influencia rural, débil, pobre y fuertemente personalizado, dio como resultado

una sociedad ultraconservadora y frágil, como diría Marx, “resistente al cambio”, características de una sociedad en transición vigorosamente agrícola y autárquica en todos sus niveles; en lo regional, creó sus propios imaginarios locales, con fuerte ascendencia andina, donde se ubicaba históricamente su polo administrativo y cultural más importante, Pasto, y donde lo amazónico y costero se construyó paralelamente una imagen de “frontera” por conquistar y por lo tanto, ignoto e inacabado, con algunas variantes, la imagen construida en el pretérito desde los relatos de los primeros cronistas y novelistas, lo que potenció la glorificación de un pasado notorio e idílico, como el que pinta el contemporáneo y realista pintor nariñense Jairo Buesaquillo que, con gran maestría en el detalle y con un gran colorido andino de su fino pincel, nos muestra ese Edén de paz, armonía y tranquilidad de sus gentes en su vida cotidiana, casi siempre relacionada con la tranquilidad de esa sociedad agraria que sobrevive y resiste debido a su aislamiento y sus fuertes lazos, con su “aillu” (lazos familiares); esa sociedad, que nunca existió, aún hoy es el imaginario más importante y predominante referido a que todo lo pasado fue mejor, así no fuera cierto (Ver fotografía 32).

De esta forma, las comunidades indígenas defendieron sus costumbres como recurso para garantizar el acceso a la propiedad, al reconocimiento jerárquico tradicional y su inclusión en el sistema colonial como un cuerpo social con algún nivel de reconocimiento.



Fotografía 32. Camino a la ciudad. Autor: Jairo Buesaquillo.

LA CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS REGIONALES

Aunque el gobierno colonial llevaba más de trescientos años rigiendo en América, en Colombia, en el proceso de la independencia afloraron múltiples contradicciones económicas y sociales originadas en el proceso traumático de su ocupación del territorio y la creación de un mercado nacional y regional, reflejado en las contradicciones entre los diferentes Cabildos de sus provincias, como es el caso de Nariño, del Cabildo de Ipiales, que tempranamente simpatizó con la Junta Patriótica de Quito y uno de sus dirigentes más destacados fue don Francisco Sarasti y Ante, hijastro del defenestrado corregidor Rodríguez Clavijo, al que ya nos referimos, y los Cabildos de Pasto y Barbacoas, donde sus élites terminan por apoyar a la Corona como medio de mantener sus privilegios, y la prevención de todos ellos contra la poderosa Gobernación de Popayán, (Chaves, 1983) que administraba más de una tercera parte del virreinato y, por ende, con más experiencia en el manejo político y administrativo y con una dirigencia de guerra mucho más combatiente y con un gran arraigo popular; muchas de estas contradicciones se mantienen latentes hasta el día de hoy.

El final del periodo de la guerra contra España mostró el impacto que la guerra de la independencia dejó en el sur del país, en especial, en el actual departamento de Nariño, donde se había destruido parte de su centro administrativo más importante, Pasto, y algunos de sus centros urbanos más pequeños, para afectar, de esta forma, gravemente la frágil economía heredada desde la Colonia y que aún se basaba en sus reales de minas, la esclavitud y la hacienda,

en particular esta última actividad, uno de cuyos actores fundamentales era la Iglesia como un gran terrateniente, que controlaba casi en su totalidad el abasto de carnes a partir de las haciendas jesuíticas que rodeaban el valle de Atríz y también influía profundamente en la educación de sus élites desde el añejo Colegio de San Francisco Javier, fundado por la compañía de Jesús en 1723. (Colmenares, 1969, p. 39)

Como podemos ver, la incertidumbre y desconfianza frente al movimiento independentista tenía unas bases sólidas, ya que su economía aún dependía de toda la estructura colonial de acumulación de capital y Bolívar insistía en la reforma a la tenencia de tierra por las comunidades indígenas (Gutiérrez, 2007. p. 153), lo que afectaba de paso a los poderosos Cabildos y Resguardos, base de las redes clientelares coloniales, que el Rey había visibilizado con la entrega de reconocimientos y el mantenimiento de normas a su favor; a esto se sumaba el poder de la Iglesia, no solo en lo espiritual, sino en lo material, por su poder como terratenientes en ascenso y las reiteradas promesas bolivarianas sobre un nuevo pacto social con la institución de la esclavitud, que necesariamente pasaba por su liquidación en forma gradual, lo que afectaría a los “señores del oro”, élite de blancos ricos que sustentaban en el aspecto tributario a buena parte del presupuesto de la Gobernación de Popayán.

Según el historiador Jairo Gutiérrez, desde el comienzo de la campaña libertadora, la Junta de Popayán trató de atraer a los vecinos de Pasto al prometerles, en 1811: restituir a Pasto su antigua dignidad y esplendor; les

ofrecían conservar ilesa nuestra Sagrada Religión Católica, sostener los derechos del señor don Fernando Séptimo y precaver la patria del impío yugo francés, ante la tozudez de su clase señorial en mantener sus privilegios coloniales; un año después, la misma Junta de gobierno ya se refería a la necesidad de gobernar “con dureza a unas gentes estúpidas que necesitan ser manejadas con mano de hierro”...; y, muy poco después, trataban a los pastusos de “pueblo estúpido, perjuro e ingrato”, digno de ser “como el Pueblo Judío, entregado al saqueo y a las llamas”, mientras que a Pasto se la calificaba como una “ciudad inicua, infame y criminal”, merecedora de ser “reducida a cenizas” (Gutiérrez, 2007, p. 154).



Fotografía 33. Comparsa de Carnaval de Ipiales. Foto: Teófilo Mera, 1950. Colección privada.



Fotografía 34. Celebración del día de la independencia, Ipiales, 1920. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

Las decisiones “realistas” de los vecinos pastusos iban acompañadas por una exitosa campaña militar, apoyada desde Quito, que buscaba asegurar sus abastos en los reales de minas y la resistencia empeñada de sus habitantes, corroboradas un año después cuando fusilaban en la plaza pública al presidente de la Junta de Popayán, don Joaquín de Caicedo y Cuero, primo del hombre más rico de la región don Tomás de Santacruz, junto al brigadista inglés Alejandro Macaulay, lo que llevó a que el presidente encargado de la Gobernación calificara a Pasto de “infame ciudad refractaria” [a la República, por supuesto], y a sus habitantes como “bárbaros y feroces bandidos incitados por el fanatismo religioso”, incentivado por los clérigos y frailes “en nombre de la divinidad y de un rey fantástico” (Gutiérrez, 2007, p. 154).

Como nos lo recuerda el historiador nariñense José Rafael Sañudo, Pasto fue una de las ciudades a las que más afectó física y económicamente la guerra de la independencia, pues sus campos lucían prácticamente arruinados, a muchos de sus habitantes los desterraron o incorporaron al ejército insurgente y trasladaron a la fuerza a ciudades lejanas, como Guayaquil o Lima; en palabras del historiador Sañudo, Pasto retrocedió más de cincuenta años debido al conflicto armado; de tener 10000 habitantes en 1822, tres años después apenas albergaba 4460; su economía, dependiente de la exportación de harina de trigo y ganado, estaba en la quiebra; los reales de minas, en las Tierras Bajas del Pacífico Sur (TBPS), se vieron afectados por la crisis del esclavismo y el estancamiento del comercio internacional (Sañudo, 1925. pp. 175-176).

Desafortunadamente, los beneficios económicos de la independencia no fueron inmediatos; la nueva política

económica trajo como consecuencia una reducción considerable de los impuestos, al suprimir los diezmos eclesiásticos, la abolición del monopolio del comercio, del estanco, la creación de una banca privada y la liberación de los esclavos (Sañudo, 1925, pp. 175-176). Esta situación anómica se mantendría hasta mediados del siglo XIX; para el año 1859, el liberal radical tolimense Manuel Murillo Toro (1816-1880) se lamentaba de que las trabas para modernizar el país aún seguían vigentes: “lo que no nos deja levantar el vuelo en la política, en industria, en instrucción, son las costumbres y las instituciones que nos dejó España”.

LA IGLESIA EN EL IMAGINARIO DE LA INDEPENDENCIA Y LA REPÚBLICA

Cualquier relato sobre creación de imaginarios locales quedaría incompleto sin establecer un análisis sobre el papel de la Iglesia en la creación de estos “nacionalismos”.

Como ya pudimos ver, el papel de la Iglesia no solo se circunscribía a su mundo litúrgico y pastoral, sino, por la misma estructura colonial, la Iglesia era una de las columnas vitales que sostenían este mundo y, por tanto, también era un jugador importante en la escena política, en especial al formar parte de toda la red de clientelismo ligado a las rentas estancadas (Oviedo, 2002), fuente importante de ingresos al erario virreinal, y por ser la única institución que había podido sobrevivir; en los siglos de ocupación de este territorio, por encima de los periódicos escándalos de sus funcionarios o de las políticas reales, esta combinación entre religión y política era el componente más importante de la cosmovisión que trajeron los españoles al Nuevo Mundo.



Fotografía 35. Primera comunión, Ipiales. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

En el caso de la América hispánica, la Iglesia dirigió protagónicamente su poblamiento; al contrario, el célebre debate entre el padre Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, entre esclavitud y encomienda, que reformó la visión aristotélica de “bárbaro”, para darles la oportunidad a los vencidos de que los reconocieran como seres poseedores de alma y de un “raciocinio limitado”, como ya vimos, sirvió para diseñar una política de poblamiento de largo aliento, que tenía como base las teorías del padre de las Casas y sus dos mundos: el mundo de los blancos y el mundo de los indios, visión que se aplicó con buenos resultados en todo el país, lo que incluye al actual departamento de Nariño, para originar el imaginario mestizo, base cultural del hombre del sur.

La experiencia espiritual que trajo la Iglesia a América, y que tenía como referente la Reconquista española que terminó con la expulsión de los moros de su territorio, cumplía no solo con funciones de evangelización, sino también atendía asuntos políticos, administrativos, de salud y educación, lo que tenía como sustento la firma del patronato, que garantizaba, en el tiempo, la reproducción de su ideología y la del Reino, en todos los estratos de la sociedad, en especial para los individuos que habían tenido el “privilegio” y la vocación para que los escogieran, para formar parte de su cuerpo burocrático y jugarían un papel fundamental en la creación de nuevos imaginarios culturales sincréticos, como nos lo ilustra el peruano Felipe Guamán Poma de Ayala, referente a que el indio y el mestizo americano forman parte del panteón cristiano del Edén y de la felicidad (Guamán Poma, 1992, p. 63).

Por tanto, estas políticas, generadas desde el reino y transmitidas a la administración colonial, debían

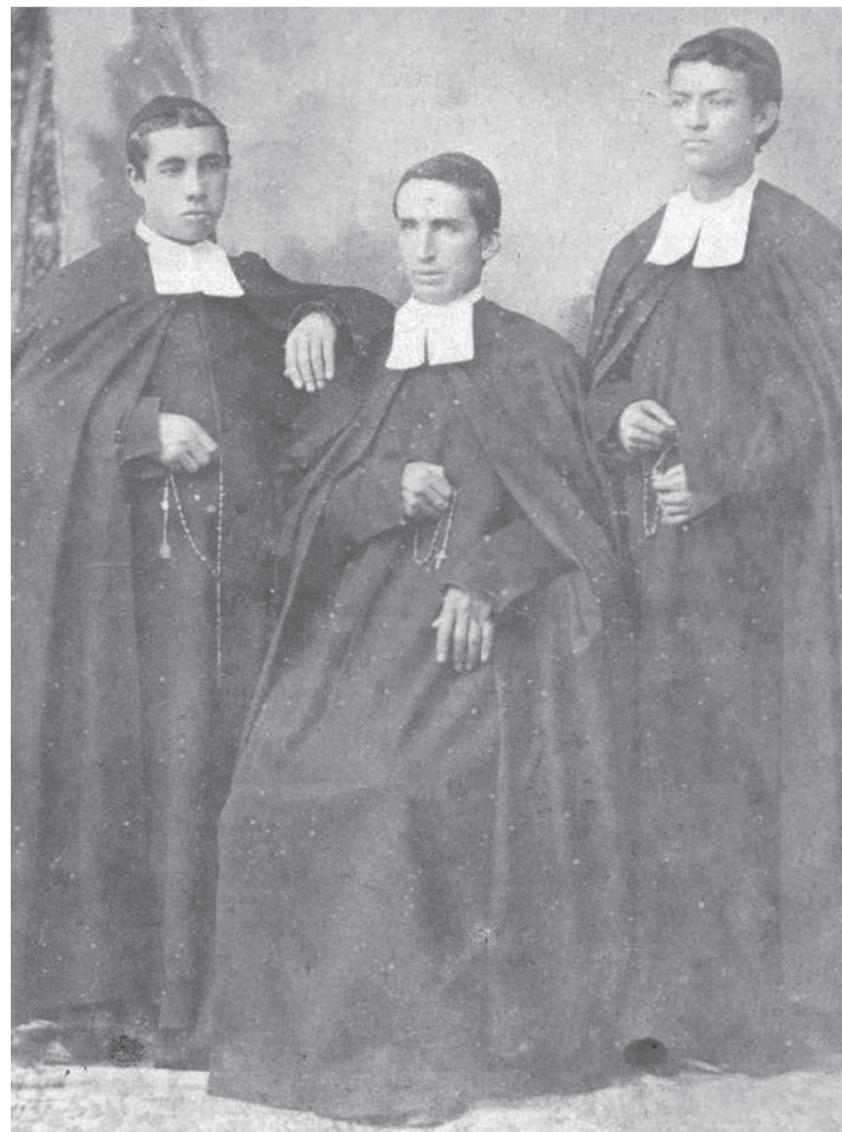
“socializarse” en las comunidades que atendía la Iglesia, pero, además, le correspondía velar por la recaudación del diezmo y de rentas estancadas, que sufragaban el sostenimiento del cuerpo sacerdotal y parte del valor del costo del culto religioso, el sostenimiento de iglesias, conventos, abadías, colegios, etc., para convertir los fines del Estado en los mismos fines de la Iglesia, lo que puede llevar a afirmar que la Iglesia estaba dentro del Estado y el Estado estaba dentro de la Iglesia, algo que, a mediados del siglo XVII, resolvió el protestantismo luterano al plantear la separación entre la Iglesia y el Estado, para originar el surgimiento de la sociedad civil como una de las características fundantes del Estado moderno (Idem).

Este contubernio Iglesia-Estado se mantiene en buena parte hasta el día de hoy, legalizado ya no en torno a los patronatos, sino a los célebres “concordatos”, que contenían, entre otros aspectos, la regulación de relaciones civiles, como las referidas a la composición familiar, el matrimonio, el divorcio, el bautismo, los derechos de herencia, el aborto, etc.

Esta simbiosis, entre Estado e Iglesia, se sustentaba ante todo en la concepción del origen mismo del reino de España y su posterior desarrollo; en la visión de conversión espiritual de los vencidos, en nuestro caso, del indio americano y del negro africano, ambas “castas” sostenían toda la estructura del aparato de dominación colonial, para validar, de esta forma, las desigualdades y abusos cometidos en su proceso de inclusión a la burocracia del poder; como en las gráficas de Huamán Poma, el imaginario cristiano de salvación es la imagen misma de la sociedad colonial que se construye, pero, también, justifica y aplica todo su peso valorativo con respecto a la intolerancia y exclusión cuando

se oponen a su misión espiritual, pero lo cierto es que, en América, el cristianismo dejó de ser exclusivamente una religión mediterránea, para enriquecerse con la visión de los vencidos, en especial a partir de los siglos XVII y XVIII, con las apariciones marianas, que “criollizaron” el Olimpo cristiano y tornaron como suyo el suelo americano, para ampliar su panteón de mártires y santos, como es el caso de la aparición de la Virgen del Rosario de Las Lajas, en las afueras de la ciudad de Ipiales (Oviedo, 2013).

Pero, en una sociedad bucólica, excluyente, fuertemente estratificada y con pocas oportunidades de ascenso social, como la colonial, uno de los pocos espacios en el que existía algún tipo de oportunidades de movilidad social era la Iglesia, en la que se podía hacer carrera eclesiástica y ascender por cada uno de sus peldaños burocráticos, tener respeto en la sociedad e influir en las decisiones políticas y espirituales; los sacerdotes eran uno de los pocos actores que tenían algún acceso al conocimiento de la época, a practicar la lectura y las habilidades de la escritura; muchos de ellos dominaban el latín u otra lengua; en no pocas ocasiones, eran los únicos que habían podido visitar o conocer los demás “países” que conformaban el Virreinato, y se la consideraba una carrera profesional, que podían ejercer los estratos bajos y medios de la población y, además, se los consideraba como personalidades muy importantes; entre 1750 y 1800, el 43.1% de los prelados era de criollos y el 53% tenía grados académicos de doctor y, como en el caso de los jesuitas, “eran deseosos de introducir la razón tanto en la enseñanza como en las actividades productivas” (Carrera, 2003, p. 275).



Fotografía 36. Sacerdotes, ciudad de Pasto. Sin Fecha. Colección privada.

Desde 1757, la curia diocesana manejaba las parroquias, mientras que a las órdenes religiosas se las confinaba a las zonas de misiones:

Las parroquias eran dirigidas por uno o dos curas. Enriquecidos por su parte del diezmo, por su salario (el sínodo) obtenido del tributo indígena, por las limosnas, por el pago de los sacramentos y de las fiestas y por el servicio personal de los indios, estos sacerdotes pertenecían a la élite de la sociedad colonial y los más ambiciosos podían tener la esperanza de formar parte del capítulo episcopal. (Carrera, 2003, p. 275)

Estos sacerdotes eran los verdaderos agentes de la Corona a nivel local.

El mestizaje de todo tipo fue ajeno a la estructura burocrática de la Iglesia, por la permanencia en el tiempo de costumbres arraigadas que impedían el ingreso al cuerpo sacerdotal; en el caso de los indígenas, el celibato y, por tanto, la prohibición de vivir en pareja, era incompatible con las costumbres de sus comunidades, donde la convivencia en pareja no solo era una actividad reproductiva, sino también de sobrevivencia, por ende, al soltero lo consideraban un perpetuo menor de edad, con alto grado de fragilidad social y, por ello, en la práctica lo excluían de la estructura social y económica de estas comunidades. (Oviedo, 2013, p. 239)

En cuanto a las comunidades negras e indígenas, siempre se las miraba con recelo por su insistencia en mantener su propio panteón de dioses y, por considerarlos proclives al sexo y a la zarabanda, se los vinculaba más como un integrante auxiliar de la liturgia y del mantenimiento y de las actividades de la fábrica de las iglesias, para ser

cantores, músicos, sacristanes, sirvientes, esclavos de curas o de conventos, artesanos y artistas (ídem).

Aunque relativamente cercana la Iglesia a esos neófitos, la Iglesia no los acogió y se mantuvo como una institución socialmente externa a las poblaciones autóctonas, salvo tal vez, parcialmente, en el caso de la nobleza indígena.

Para la misma época, las cinco principales órdenes religiosas asentadas en América: dominicos, franciscanos, mercedarios, agustinos y jesuitas (todos ellos con fuerte presencia local), habían acumulado un poder inmenso a partir de la enseñanza en colegios y seminarios; en la práctica, construyeron una sociedad paralela, que tenía como sustento sus grandes extensiones de tierra, sus conocimientos en la enseñanza y, en algunos casos, en la aplicación de la medicina y la beneficencia, además de la dote por adquisición de hábitos religiosos, las capellanías, las herencias, etc.

Su número era significativamente grande en relación con sus habitantes; aunque no hay cifras del número de sacerdotes en la ciudad de Pasto para la época, no puede ser diferente a las ciudades de Lima o Quito, donde eran abundantes, por su población de indígenas; detrás de sus muros se recreó el pensamiento predominante de la época, pero también se tejieron toda clase de intrigas palaciegas para preservar sus privilegios.

Pero se debe destacar que, ante todo, el poder territorial de la Iglesia se sustentaba por su presencia en todos los vericuetos y rincones de la comunidad, en especial en las comunidades rurales y más apartadas y, por tanto, de escasa presencia de las autoridades virreinales, cosa contraria a la que sucedía con el sector administrativo

colonial que, desde su fundación, jamás abandonó los poblados centros urbanos, lugar predilecto para las intrigas políticas (Oviedo, 2013).

Estos rígidos y conflictivos antecedentes coloniales eran elementos básicos para la creación en el tiempo, de una visión rígida y estática de la sociedad, que era contraria a la visión contestataria de los fines independistas, donde la percepción predominante de la élite revolucionaria era la de una Iglesia que, desde la génesis del reino, era una institución que compartía el poder y la gloria del Estado colonial, para ser, por tanto, una de las entidades que mejor representaba el antiguo régimen y que se había enriquecido al eludir en no pocos casos sus votos de pobreza y humildad.

Como en los sucesos de México, en Colombia, la Iglesia tampoco fue una institución homogénea frente a las propuestas y sucesos subversivos; de los 53 firmantes del Acta de la independencia de 1810, un tercio eran sacerdotes; en 1814, el clérigo Juan Fernández de Sotomayor publica su célebre catecismo político, en el que criticaba la falta de un espíritu de concordia y de cultivar las relaciones con las colonias y en el que la exclusión social justificaba el sentir libertario neogranandino; para su difusión utilizaron todos su recursos propagandísticos; para

Ventilar la discusión se emplearon mecanismos religiosos como sermones, catecismos, pastorales, oraciones, rogativas y plegarias, entre otros. La controversia fue latente desde finales de la primera década del siglo XIX hasta cuando la Independencia era un hecho consumado, es decir en los primeros años de la década de 1820. (Cortés, 2019, p. 1)

Según Luis Carlos Mantilla, la participación de la Iglesia en el naciente movimiento libertario se regó como pólvora por los principales centros urbanos de la época, donde:

La influencia de los conventos era poderosa y se hacía sentir principalmente en las ciudades en donde se organizaron las primeras juntas supremas de gobierno: en Cartagena, el 22 de mayo de 1810 el guardián de San Francisco era el reconocido patriota fray José María Barragán y el 11 de noviembre de 1811 este convento fue el punto de partida de la memorable jornada que culminó con el acta de independencia y el establecimiento del Estado soberano, libre e independiente de Cartagena. La Junta patriota de Cali, que firmó el acta de la independencia el 3 de julio de 1810, lleva la firma de dos franciscanos, y sesionó en el convento de San Francisco de esa ciudad. Los franciscanos del pequeño convento de Pamplona, con ser pocos, tuvieron su participación en la constitución de la Junta patriota el 4 del mismo mes y año y, por supuesto, entre los miembros de la Junta de Santafé figura el agustino fray Diego Padilla y con él firman el acta un dominico y un franciscano. (Mantilla, 2010, p. 1)

Este fenómeno contestatario llegó hasta la ciudad de Ipiales; el 28 de septiembre de 1810, el corregidor, afecto a las ideas republicanas, Francisco Sarasti (hijastro del encomendero Rodríguez Clavijo), cita a eclesiásticos y seculares para que certifiquen la asistencia a la rúbrica del Acta de independencia de esa ciudad; entre los firmantes están los sacerdotes: fray Mariano Andrade, los Presbíteros Joaquín Pío Torresino y José Gómez Jurado, e Ignacio Pío Martínez, que eran partidarios a acogerse al espíritu libertario del naciente Estado de Cundinamarca.

Según el historiador Jairo Gutiérrez, en pleno desarrollo de la campaña libertadora, desde 1822, en el sur de Colombia, sacerdotes, como: Santacruz, Torres y Gallardo y otros, “se comportaban como “agitadores”, es decir, simpatizantes e impulsores de la rebelión. Estos gozaban del respeto y acatamiento de los sublevados” (Gutiérrez, 2007), y a aquellos que se oponían a estos argumentos libertarios, eran rey de burlas y desprecio. Estos intentos de independencia de las autoridades religiosas fueron duramente reprimidos por las autoridades españolas y, en muchas ocasiones, no los respaldaron sus feligreses (Ibídem), para que aflorara temprano la contradicción entre los Cabildos que componían la provincia de los Pastos, que nos demuestra que el “realismo” tampoco fue una visión homogénea en el territorio.

Pero el debate en el movimiento independentista también subió al imaginario religioso de los altares, como es el caso de la Virgen de los Remedios, traída originalmente de Cataluña, España, a Cali por los curas mercedarios en 1541; una segunda imagen se traslada al convento de esa orden, en la ciudad de Pasto, en 1545, donde la rebautizan con el nombre de la Virgen de la Merced; al contrario de su origen catalán, de acompañar a los cruzados en Tierra Santa, la traen a la ciudad en la que, por su posición geográfica, sus vecinos le redefinen sus virtudes milagrosas y la declaran protectora de los temblores y desastres naturales, para nombrarla tempranamente como patrona de la ciudad y denominarla cariñosamente sus habitantes como la “Michita Linda”.

Siglos después, en pleno conflicto armado, por su bien ganado carisma protector ante los continuos temblores que azotaban a la ciudad y ante el inminente terremoto

independentista, las autoridades la nombran patrona de las tropas realistas y defensora de la ciudad de Pasto, ante los avances de las tropas patriotas; paradójicamente, en 1823, por proposición que realiza el mariscal Antonio José de Sucre, el Congreso Constitucional del Perú la nombra patrona de los ejércitos patriotas: “Reconociendo la especial protección del ser supremo por la mediación de la santísima Virgen de Las Mercedes en los acontecimientos felices por las armas de la patria, con la tenaz contienda de la América con la España por la independencia” (Broseta, 2002, p. 577).

Cuando la República se consolida en el sur de Colombia, la Virgen de las Mercedes, pasó a recibir el título de “Gobernadora de Pasto”, dignidad que mantiene hasta el día de hoy.

De esta manera, los dirigentes revolucionarios se dieron cuenta tempranamente, del poder no solo de la iglesia como institución, sino ante todo, en el poder que los iconos tenían sobre el total de la población y sus castas, en especial, en la defensa de la religión como parte esencial del ADN ciudadano y que era reverenciado no solo por “realistas”, sino también por sus propias tropas y simpatizantes, casi todas estas imágenes traídas de España, servían además, de vínculo histórico con sus propios orígenes como sociedad, como es el caso de la virgen de Atocha en Barbacoas y la misma virgen de Las Mercedes en Pasto; en el caso de la virgen de Las Lajas, es fruto de los llamados aparecimientos marianos y se identificaba más con los mestizos e indígenas de la frontera con el Ecuador, bien adentrada la república, su culto se amplió y se extendió a cada lado de la frontera llegando a desplazar los santos en disputa en la independencia.



Fotografía 38. Convento de las madres de la Concepción, Foto: Martín Horst. 1940. Pasto. Colección, Julián Bastidas Urresti.

Hoy la virgen de las Lajas es un icono reconocido mundialmente y su templo uno de los más valiosos arquitectónicamente, según revistas y literatura especializadas en el tema (Salas, 2021).

Aunque la guerra de la independencia cubrió buena parte del territorio del actual departamento de Nariño, los efectos religiosos sobre él no siempre fueron protagonistas principales, como en el caso de las tierras altas con la Virgen de las Mercedes, como sucedió en los reales de minas asentados en torno a Santa María del puerto de las Barbacoas, en el piedemonte costero, cuando, en 1616,

en medio una dura lucha contra los belicosos indígenas Sindaguas-Barbacoas, los señores del oro trajeron tempranamente, desde España, la imagen de la Virgen de Atocha, para asentarla en la población de Barbacoas, a la que veneraba la élite minera y, posteriormente, la adoptaron, como su patrona, las comunidades negras, pero su fervor nunca pudo tener el impacto de la “Michita Linda”, en la sierra. Lo mismo sucedió con el Señor Jesús Nazareno de Magüi-Payán que, según la leyenda, lo encontraron en medio de la selva y, en su lugar, se fundó su actual cabecera municipal, aunque con gran cantidad de devotos, no jugó un papel polarizante para esta época.

Lo mismo sucedió con la imagen de gran acogida popular de la Virgen del Rosario de Las Lajas (1754), que es, como en el caso de la Virgen de Guadalupe mexicana, una imagen mestiza surgida en las entrañas del territorio Pasto en la frontera con el Ecuador; como nos lo relata fray Juan de Santa Gertrudis, se le apareció a una indígena llamada María Muses de Quiñónez, quien llevaba a sus espaldas a su hija sordomuda, quien, al ver a la Virgen, pronuncia sus primeras palabras y, por tanto, se le adjudica su primer milagro; aunque actualmente es uno de los principales lugares de adoración mariana en Latinoamérica, en esa época no jugó un papel protagónico en la lucha libertadora, pues ese lugar lo ocupó, con creces, el liberal Cabildo de Ipiiales.

Entonces, tenemos que prácticamente desde el nacimiento de la República se crean estos referentes intangibles, de amar más el pasado imperfecto que el presente promisorio del nuevo Estado, un razonamiento acorde con su origen rural, clasista y teocrático de las instituciones coloniales, que eran los pilares que sostenían a esta sociedad

que, como ya se dijo: era autárquica, profundamente tradicionalista y religiosa, como, a comienzos del siglo XX, nos describe la permanencia de estas características el primer rector de la naciente Universidad de Nariño, Fortunato Pereira Gamba, en su obra: *La vida en los Andes colombianos*. (Pereira Gamba, 1919, p. 174)

Así, la costumbre y la tradición, entre el cielo y la tierra, reconstruyen el relato de un “pasado mejor”, como garante de los privilegios conseguidos por las llamadas clases subalternas ante la maquinaria de poder colonial, en contravía al futuro incierto de la modernidad. Por tanto, cualquier cambio se entiende como una agresión a la estabilidad y armonía social, pues genera inseguridad e incertidumbre y, por ello, al o a los osados individuos que se atreven a romper este tabú, los sancionan con la exclusión, en tanto significa una ruptura simbólica con la comunidad.

De esta forma, se consiguió contener socialmente el ascenso de los ambivalentes mestizos en la estructura del poder colonial y se privilegiaron las relaciones bipolares y directas del orden colonial, a partir de la inmutabilidad de la costumbre. Con estas premisas, las comunidades indígenas, cuya presencia era numéricamente mayoritaria, lograron un espacio de reconocimiento, que garantizó el acceso a los recursos (Gutiérrez, 2007).

Además, en el proceso fundacional de las Repúblicas en América Latina, casi todas tienen el mismo origen, ya que surgieron de los cascos de los caballos en dilatadas campañas libertadoras; el clásico origen europeo de crearse en torno al surgimiento de imaginarios culturales y de partidos políticos casi se desconoce y lo que podemos inferir es que, en el tablero de poder de los actores del siglo

XIX, estaban en juego la vigencia de la “tradición y moral” vigente o las “ideas liberales y desconocidas” heredadas de la Revolución Francesa, con que estremecía, desde Francia, Napoleón Bonaparte, que calificó a este tipo de temores, cuando definió a España como unos campesinos gobernados por sacerdotes.

Lo cierto es que estas sociedades bucólicas le habían apostado más a la seguridad de lo conocido, que las promesas de un futuro mejor del movimiento revolucionario. La generalidad de las castas confiaban más en las autoridades coloniales, que habían mantenido en el tiempo, con un relativo éxito la paz el territorio, que al aventurerismo de una revolución, que era la antípoda de sus creencias, las cuales les había permitido, siendo minoría, el manejo de una sociedad compleja, pobre y lejana al poder real, como es el caso del complicado departamento de Nariño y que lo reencarnaba ideológicamente ese movimiento independista afín al pensamiento de la modernidad, que no se identificaba con sus privilegios y mucho menos con sus imaginarios.

EL ORIGEN DE UN IMAGINARIO NACIONAL

Según el historiador británico John Lynch, las revoluciones latinoamericanas fueron repentinas, violentas y universales; en solo 17 años, España perdió un continente, del que pudo retener solo a Cuba y Puerto Rico:

La independencia, aunque precipitada por un choque externo, fue la culminación de un largo proceso de enajenación, en el cual Hispanoamérica se dio cuenta de su propia identidad, tomó conciencia de su cultura, se hizo celosa de sus recursos.

Esta creciente conciencia de sí movió a Alexander Von Humboldt observar: “los criollos prefieren que se les llame americanos esta creciente conciencia de sí, los criollos prefieren que se le llamen americanos; y desde la paz de Versalles, y especialmente desde 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: “yo no soy español. Soy americano” palabras que descubren los síntomas de un antiguo resentimiento. (Linch, 1976, p. 9)

Por tanto, estas revoluciones tenían diferentes fuentes, que echaban leña al fuego independentista: la primera, externa y más poderosa, la Revolución Francesa de 1789, acompañada del movimiento modernizador de la Ilustración, con todos sus pensadores e instituciones democráticas; la segunda, interna y perturbadora, las reformas borbónicas, aquí ya analizadas, que pretendían refundar el Imperio con un mayor control en lo económico, político y social, lo que alteraba las “costumbres” locales, en especial, las de tributación, y perturbaba los viejos “contratos” de sobrevivencia; y la tercera, los Borbones, al activar la economía y el mercado interno crearon una élite criolla, educada e intelectualmente cada vez más cuestionadora e independiente de las política oficiales, que mostraba las grietas entre la Corona y sus súbditos, para hacer los primeros pininos del concepto de lo propio, base conceptual de ciudadanía y de nación.

Esta contradicción entre lo americano y lo europeo la definió muy bien el Libertador Simón Bolívar, en el discurso pronunciado en el Segundo Congreso de Venezuela, celebrado en la ciudad de Santo Tomás de la Nueva Guayana, en la Angostura del Orinoco –actual Ciudad Bolívar–, el 15 de febrero de 1819:



Fotografía 39. Parque central, municipio de La Florida, Nariño. Escultor: Marceliano vallejo.

... No somos Europeos, no somos indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento, y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es

el más extraordinario y complicado. (Correo del Orinoco, 1818)

La importancia de este “discurso de Angostura” es el punto de arranque de las nuevas repúblicas, en que se anunciaron sus principales particularidades: los soportes institucionales, ideológicos y morales, que reconocían al pueblo como célula viva de la república, junto con el poder moral de sus dirigentes, componentes indispensables para su estabilidad política, la división de poderes y la defensa de su soberanía. Pero, además, Bolívar plantea, en este discurso, el surgimiento de una nueva nación, que no es exclusivamente americana, pero tampoco hispánica, y nos dice que el mestizaje étnico y cultural será una de sus peculiaridades fundamentales, como fue, en nuestro caso, el surgimiento de Colombia y del departamento de Nariño.

Según Anderson, tenemos que el concepto de nación es, ante todo, una comunidad construida socialmente por todos o por lo menos por la mayoría de sus actores, que se conciben como pertenecientes a un grupo de personas con poco contacto entre ellos, desconocida, pero que logran crear rasgos identitarios colectivos que los identifican y también los diferencian de otros grupos (Anderson, 1993, p. 25).

Y que construye el concepto imaginario de soberanía en medio del debate ideológico de la ilustración y la revolución, ambos conceptos cuestionaban desde su estructura ideológica, la jerarquía de los viejos reinos dinásticos europeos, que tenían como referente principal su validación divina.

A este grupo lo acompañan inquietudes y horizontes compartidos que, en algunas ocasiones, superan las fronteras del Estado y que, en su versión más doctrinaria,

el nacionalismo, se origina en la modernidad europea que, además, ha creado una élite dirigente educada en patrones y principios de la metrópoli colonial, que han validado los nuevos imaginarios sobre nación, surgidos del debate político, pero también del combate militar de la independencia- (Anderson, 1993, p. 25)

Mientras tanto, para el sociólogo Aníbal Quijano (2013), nos dice que:

Los términos de «moderno/estado/nación» es una de las más entrañables expresiones del actual carácter eurocéntrico de la colonialidad del poder y de la colonial/modernidad/eurocentrada, planetariamente hegemónicas aún, no obstante su actual proceso de crisis, ya que en este contexto cada uno de tales términos expresa e insiste en el carácter inherentemente ambivalente y paradójico del fenómeno histórico específico al cual procuran nombrar para definir, pero al cual nunca han logrado desenvolver de los pliegues que lo asedian en tanto que una cuestión histórica siempre abierta.

Esta cuestión del «moderno/estado/nación» fue producida, primero, en el proceso de eurocentramiento del control de este patrón de poder, después de la falencia histórica de la hegemonía ibera inicial. Es decir, en el proceso de constitución de la nueva id/entidad histórica que hoy reconocemos como Europa occidental. Y se desarrolló y desplegó en el curso de la expansión planetaria del colonialismo de esa nueva identidad histórica, como una de las expresiones del eurocentrismo o colonial/modernidad/eurocentrada. (pp. 19-20)

Y, por ende, es un resultado de la expansión del espacio colonial, para crear un nuevo mundo, con nuevos relatos históricos que validan el eurocentrismo como

forma de justificar el poder y sus abusos, en el nuevo orden mundial colonial, en especial en Latinoamérica, que tiene sus miradas en la metrópoli como polo ideológico.

Según el sociólogo Weber (1985) y el geógrafo Harvey (2000), los elementos identitarios pasan por el reconocimiento de lo propio, lo que constituye las diferencias semióticas entre el yo y el “otro” y entre nosotros y “ellos”, al tener que la construcción del “otro” como referente de diferenciación se necesita para la formación de la identidad colectiva del orden nacional o regional, que tiene como factores aglutinantes la creación de una historia imaginada, pero, también, la identificación política, la lucha por la independencia e incluso la defensa del régimen monárquico anterior; estos elementos aglutinantes constituyen, además, el concepto de ciudadanía, en torno a la definición de lealtades, como son: la defensa de la religión, de la nación o de la misma monarquía, elementos regionales que reafirman esa identidad.

Al sumar esto, se tiene que el sentimiento nacional o la idea de nación prácticamente se desconocían; según Berrío (2013):

En los inicios de la formación de la idea de la nación en Colombia, el demo de la República era muy frágil y los ciudadanos antes de pertenecer a la nación pertenecían a las comunidades locales. Esto se debía básicamente a que, tras la Declaración de Independencia, las lealtades de los nuevos ciudadanos hacia las villas, las ciudades, las etnias, las comunidades y diferentes estamentos eran muy fuertes, pues no estaban dispuestos a disolverse y perder sus antiguas prebendas ante la idea de una comunidad política abstracta. Por este motivo, cuando fue

declarada la independencia y roto el antiguo orden, las comunidades locales y regionales lucharon por su derecho a la autonomía regional y local, y así se trenzaron en las guerras civiles que dieron origen a la vida republicana. (p. 91)

Esto no era ajeno a nivel regional; en la Provincia de los Pastos, al contrario del criterio de Hall (1999) de un pretérito en permanente cambio, “el realismo” se validó socialmente a partir de un imaginario errado de un pasado “perfecto” e inmutable, lleno de virtudes y seguridades grupales emanadas del “viejo régimen”, contrario a la realidad, donde, como ya se vio en esta investigación, en el sur del país se construyó una sociedad llena de conflictos, unos aparentes y otros agudos, como lo vemos en todo el proceso de los levantamientos sociales que periódicamente explotaban, lo mismo en las innumerables quejas contra los protectores de naturales, que reposan en los archivos del Cauca, Quito y Bogotá, y también en los abusos cometidos en los reales de mina de Barbacoas, como es el caso del temido y recordado amo Casimiro Cortés.

Entonces, este constructo de imaginarios regionales surgió a partir de las costumbres de una sociedad mestiza, excluyente, circular y fuertemente estamental que, al enfrentarse a nuevas realidades y con el afianzamiento de la República y de sus instituciones, no buscó su génesis, como en el caso mexicano, en el poderío precolombino del imperio azteca o en las ruinas mayas, o el caso de Venezuela, en sus caudillos militares; en el sur de Colombia se validó su génesis cuando se reconoce como una vieja élite (clase señorial), que tenía en su pasado realista el mejor de sus referentes societales, que construye su propio paraíso en

la tierra, a imagen de la sociedad divina promulgada por la iglesia, para dejar por fuera, de un solo plumazo, a la aplastante mayoría indígena y de afrodescendientes, ambos sectores étnicos columnas vertebrales de su menguada economía autárquica y de sus luchas sociales, lo que reafirma su carácter de ser una “sociedad mestiza”, pero de origen exquisito y casi divino.

Como corolario, a finales del convulsionado siglo XIX y ante la inminencia de la sangrienta guerra de los Mil Días, su clase señorial, que requería referentes heroicos que la diferenciaban de los señores de la guerra, de pensamiento liberal, de Popayán y Quito, elevó tardíamente a los altares de la gloria a un representante de la visión heroica de esta “clase señorial”, el mestizo, de breve carrera militar, Agustín Agualongo, gran devoto, también, de la mestiza Virgen de Las Lajas, ambos relatos descritos en detalle por la Academia de Historia de Nariño.

Pero el actual departamento de Nariño no era una estrella solitaria en el apoyo al “monarquismo popular”, pues, en el lejano Perú, en las primeras décadas del siglo XIX, ante el avance de las tropas independistas, surgieron diferentes focos realistas, compuestos fundamentalmente por los restos del ejército español, indígenas y mestizos; el personaje más célebre fue el general de brigada José Antonio Navala Huanchaca, indígena, originario de Iquicha, actual provincia de Huanta, Perú, que durante más de treinta años defendió sus ideas monárquicas, hasta morir en 1848, lo que supera con creces a su par, el coronel Agualongo, en Colombia (Cervera, 2019):

Huachaca fue un humilde arriero procedente de la localidad de **San José de Iquicha**, perteneciente a la Región

Ayacucho, territorio que en su momento se había revuelto contra el dominio inca y tenía fama de irreductible. En 1813, este caudillo indígena se dio a conocer en una protesta contra los impuestos decretados por el intendente iqueño, que, en contra de las instrucciones de las Cortes de abolir el tributo indígena y la minka (una versión de la mita que consistía en la prestación laboral obligatoria para obras públicas), aumentó la presión recaudatoria como represalia por los disturbios ocurridos el año anterior entre liberales y absolutistas. (párr. 4)

Todo ello a pesar de que los indios habían apoyado la autoridad real, lo que movió a Huachaca a desafiar abiertamente al intendente regional recordándole que «si el señor intendente es juez yo también tengo buena vara, él manda en la ciudad yo mando en mi aldea». (párr. 5)

En 1822, con las capitulaciones del Cabildo de Pasto, firmadas por Simón Bolívar y el comandante realista, Basilio García. En junio, Bolívar apertrechado en Berruecos, al norte del actual departamento de Nariño, se dirige a las derrotadas tropas realistas y sus aliados pastusos enviando un mensaje conciliador a los perdedores,

Según el historiador Gutiérrez, Bolívar, entre otras palabras, les ofreció a los vencidos la adscripción a una sociedad imaginada, la Gran Colombia y por lo tanto llena de dudas y temores y su renuncia a la sociedad histórica de fuerte raigambre religiosa y tradicionalista, que garantizaba un libreto conocido en una sociedad fuertemente excluyente y socialmente inmóvil (Gutiérrez, 2007, p. 210).

De esta manera, las élites locales comprendieron que la pérdida del antiguo régimen era irreversible y que debían apropiarse y recrear un nuevo imaginario de nación, que tuviera en cuenta las nuevas realidades del

lenguaje republicano, que tenía como argumento central el reconocimiento del “otro”, representado en la igualdad del hombre ante la ley, una nueva relación ciudadano-Estado, el surgimiento de nuevas narrativas, culturales, jurídicas, educativas y territoriales, que reconocía los derechos de los vencedores y el poder de nuevas élites gobernantes, pero, también, en su derrota, era el triunfo de Popayán, que las obligaba a convivir casi un siglo con su eterno enemigo ideológico y económico, la liberal gobernación del Cauca.

Al no reconocer su pasado indígena y mestizo y al perder como referente cultural a la monarquía y con ella la tradición hispánica, la naciente nación tampoco había construido un lenguaje y símbolos propios; entonces, el imaginario de nación se creó a partir de la reconstrucción de la gesta libertadora y de sus héroes, lo que cohesiona al nuevo ciudadano con el meta discurso reformista libertador; de esta forma, se produjeron grandes vacíos ideológicos y de validación política y social, que se daban por descontados en el anterior régimen, que había logrado aglutinar a los diversos actores sociales a través de la figura del Rey.

Por tanto, en el tránsito de una forma de gobierno a otra, el discurso liberal de la independencia tuvo que asociarse con su antiguo rival, la conservadora Iglesia, para utilizar la influencia que mantenía sobre la sociedad de la época; esta institución, que había sobrevivido a mil y una batallas a través de los siglos, aún mantenía un gran prestigio y altos niveles de validación ciudadana, además de ser uno de los pocos establecimientos que tenía una cobertura en todo el territorio y un contacto permanente con sus fieles y seguía siendo un referente moral e ideológico del “nuevo

ciudadano” republicano, sin querer decir esto que los debates aplazados se hubieran terminado (Oviedo, 2013).

Durante todo este periodo decimonónico, la Iglesia revalidó su poder al oponerse a los procesos de reorganización y racionalización del gasto público; en 1837, se expide la Ley que prohibía el funcionamiento de los conventos menores y, ante la supresión de tres de ellos en Pasto (la Merced, San Francisco y San Agustín), se genera un estallido social protagonizado por el sector más conservador e intolerante de la Iglesia en Pasto, liderado por el influyente sacerdote Francisco de la Villota (1790-1864), una mezcla entre Savonarola y Pedro el Ermitaño, quien rechazó el decreto de inmediato:

Éste se llenó de escrúpulos, montó a caballo con el estandarte de San Francisco en la mano y seguido de una masa como de 5000 personas, las excitó a la defensa de la religión, logrando la no publicación del decreto y la rotación del ejército acantonado en la ciudad; ante este fuerte rechazo, la Iglesia pudo mantener su estructura unos años más. (Gutiérrez, 1929, p. 41)

De esta forma, al no poder la naciente y débil República establecer mecanismos de producción y circuitos de comercialización expeditos en sus territorios, la implantación de los procesos de homogenización ideológica del nuevo orden le correspondió a la vieja clase señorial, que reprodujo una vez más la visión de dominación del antiguo régimen, lo que fortalece nuevamente la visión colonial de orden social, apoyada desde los púlpitos, como fue la permanente zozobra producida por la expedición de leyes que trataban de racionalizar los gastos generados en el mantenimiento de la estructura eclesiástica.



Fotografía 40. Escuela pública, municipio de Pupiales, Nariño 1935. Colección privada.

Durante toda esta centuria, la lucha contra el conservadurismo casi siempre estalla en pequeñas y grandes guerras civiles que conmueven a la débil República, que se debate entre el federalismo y el centralismo; con la expedición de la Constitución de 1886, ganó este último que, a finales del siglo la bautiza con la más cruenta guerra civil en la historia de la nación, la llamada guerra de los Mil Días, en la que se asesinó una tercera parte de la población y se modificó el mapa político, con la separación del departamento de Panamá.

LA EDUCACIÓN

Aunque el régimen colonial era cosa del pasado, la Iglesia, como institución, seguía siendo un elemento indispensable como hilo conductor de las ideas y privilegios de las “clases

señoriales”, que buscaban su lugar en la República, sin perder los privilegios adquiridos por siglos de colonización; por tanto, la difusión del pensamiento liberal encontró en la Iglesia una gran resistencia, en primer lugar, porque su cuerpo sacerdotal era predominantemente blanco y monárquico y, en segundo lugar, porque aún no aceptaba los adelantos de la ciencia y los rápidos cambios económicos y políticos producidos en Europa y norte América, en especial durante el papado de Gregorio XVI, quien consideraba la vacuna contra la viruela como una introducción de los demonios en las provisiones de la divina Providencia,

Durante el pontificado de Pío X, se creó en el interior de la Iglesia una sociedad secreta, la *sapinière*, para descubrir y denunciar a los reales o supuestos modernistas y, por medio de un decreto de la Santa Inquisición Romana expuesto en la encíclica “Enciclica Lamentabili Sane Exitu Pascendi”, se condenó toda idea moderna que atentara contra la ortodoxia cristiana, prohibiéndose cualquier mención al modernismo, presbiterianismo o laicismo, lo que condujo a un estancamiento de la vida intelectual de los eclesiásticos de ese periodo del siglo XIX”. (Acevedo, 2007, p. 516)

En el sur de Colombia, estos pensamientos anti-modernidad encontraron el camino expedito, ante la reforma educativa propiciada por el general Francisco de Paula Santander para masificar la educación laica, universal y libre, que creara nuevos vínculos de ciudadanía; a la educación se la consideraba como una de las fuentes principales para fomentar la unidad nacional, la cohesión natural de los hombres que tienen un pasado común, y la formación de ciudadanos conocedores de sus derechos y obligaciones; según Santander, la instrucción pública,

“prepara la felicidad de los pueblos que, cuando más ilustrados, conocen mejor sus derechos y se hacen más dignos de su libertad”; por tanto, la educación era esa fuerza espiritual para la formación de las nuevas generaciones en el pensamiento moderno, que tenía como base las ideas modernizantes de Jeremy Bentham (1748-1832) y Claude Destutt (1754-1836). (López, 1992, p. 5).

Desde 1819, Bolívar y Santander expiden los decretos para promover y controlar la educación en todo el territorio nacional, al tomar en cuenta las realidades regionales y el poder de la Iglesia en este campo; la inquietud inicial de la República no era solo controlar los poderosos colegios y seminarios de las órdenes religiosas, sino crear ese espíritu de libertad en los ciudadanos; en el primer gobierno de Santander (1819-1827), en 1826, el Congreso aprueba el Código de la enseñanza pública, origen de universidades como la Central de Quito, Caracas, la de Tunja y la del Cauca, entre otras.

Durante este periodo, los colegios imparten la cátedra en español y no en el vernáculo latín, se nombran profesores por concurso y, ante su falta, se recurre a nombrar a sacerdotes patriotas como directivos y docentes; en el mejor espíritu lancasteriano de mutua enseñanza, se incluyen cátedras “prácticas”, como mineralogía y medicina; entre los años 1823 y 1839, se crean colegios y universidades en toda la Gran Colombia, como son, entre otros: el Colegio de Boyacá, en Tunja (1822), San Simón, en Ibagué (1822), Antioquia, en Medellín (1822), el Santa Librada en Cali (1823). (Ocampo, 2001, p. 32)

En 1827, se funda el Colegio Provincial de Pasto, un verdadero esfuerzo republicano, si se toma en cuenta su lejanía, la pobreza de la región y, ante todo, el monopolio

que por siglos había tenido la poderosa y conservadora Iglesia católica, con sus innumerables conventos y el añejo Colegio jesuítico de San Francisco Javier (1712), institución religiosa que no solo se había ocupado de los problemas del alma de sus feligreses, sino también había sido un protagonista de primer orden en la lucha realista contra la independencia y seguía siendo, para la época, la Iglesia, según el historiador Germán Colmenares (1969), uno de los mayores propietarios de haciendas y predios urbanos y uno de sus actores económicos fundamentales; de esta forma, el gobierno amplía la oferta de educación en la región y se inicia el desmonte del monopolio que poseía la Iglesia desde el inicio de la Colonia, al crear, desde la educación pública y laica, nuevas lealtades republicanas.

Con la fundación del Colegio de Popayán y el Provincial de Pasto, el general Santander reconoce a los dos centros urbanos más importantes del viejo departamento del Cauca, pero, también, la necesidad de capacitar a sus élites, que se habían enfrentado en bandos diferentes en la guerra por la independencia.

De las bases del Colegio Provincial, hoy llamado Liceo de la Universidad de Nariño (y, actualmente, uno de los mejores colegios públicos del país), surgiría, en 1904, la Universidad de Nariño, lo que da continuidad al espíritu santanderista de la educación laica en el sur del país, y fuente de los imaginarios republicanos en la región, que nos recuerda, que por más que quieran distorsionar la aplicación de las políticas de la república, estas aun brillan en medio de grandes nubarrones “realistas”.



Fotografía 41. Izada de bandera, Escuela pública, Ipiales, 1960. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

Con la implementación del sistema de educación laica en el país, se dio al traste con la visión segregacionista impuesta por siglos de dominación colonial de las “dos repúblicas”, del padre de Las Casas, para imponerse lentamente la visión “líquida” (Baumiana) republicana de ciudadanía y de nación, donde se educa ciudadanos.

Con la consolidación de la República, y ante la abolición de la esclavitud, a mediados del siglo XIX, en los antiguos reales de minas, muchos de los antiguos amos y la mayoría de los afrodescendientes, se afiliaron al Partido Liberal, para romper así la hegemonía política de los conservadores, lo que permite, por primera vez, el debate frente a la visión eclesiástica de la sociedad, pero, también, se debe destacar que muchos de los “señores del

oro”, ante estos cambios estructurales, prefirieron ir a vivir a ciudades como Guayaquil, Quito, Popayán y Cali, centros urbanos que se habían fortalecido con la nueva visión de ordenamiento territorial surgida en la República, en que se desconocían los privilegios fundacionales a las antiguas “reales y muy leales” ciudades coloniales (Jurado, 1990)

EL LENGUAJE SIMBÓLICO DE LA REPÚBLICA

Al carecer la naciente República de su propio lenguaje simbólico, retomó el imaginario de la Revolución Francesa, que, desde muy temprano, fragua un movimiento pedagógico y político de las representaciones públicas a partir de la fiesta del símbolo de la razón como sustituto de lo divino, para resaltar, de este modo, en forma rápida y eficaz, la nueva visión de poder y bienestar republicano, que impone y difunde un modelo de sociedad que tiene como base la igualdad, la solidaridad y la fraternidad, contra la sociedad de privilegios de lo que Robespierre denominó el “Antiguo Régimen”.

Ante estas debilidades semióticas, el gobierno tuvo que recurrir, entonces, a la recreación del escenario de la gesta libertadora como referente originario de todas las bondades del “nuevo régimen”. Esto es lo que el sociólogo inglés Eric Hobsbawn denomina la “tradición inventada”, que:

Incluye por igual tradiciones efectivamente inventadas, elaboradas y formalmente establecidas, y aquellas que emergen en forma no tan fácilmente rastreada dentro de un periodo breve e identificable cronológicamente... Que implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza

simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. (Hobsbawm, 1983, pp. 97-98)

Esta era la metodología aplicada para unir el pasado colonial con el presente liberal, y que utilizaba la técnica de la repetición como metodología pedagógica. El culto a la bandera y su juramento de fidelidad al gorro frigio, compromiso con la libertad y los cuernos de la abundancia, formaba parte del arsenal de propósitos de la nueva República, que posteriormente se incluyeron como una utopía a cumplir en el escudo nacional.

Estos símbolos se teatralizan en diferentes actos públicos; la blanda con los tres colores de la República representa la transparencia del poder de sus gobernantes; a una mujer, elegida entre la multitud, la visten de blanco, con un gorro frigio o una corona de laureles sobre su cabeza, para llevar a recordar el culto a la razón de Robespierre y que, con mucha maestría, el fotógrafo Teófilo Mera captura en la lente de su cámara a comienzos del siglo XX, en un desfile de la independencia en la ciudad de Ipiales; (Ver fotografía 42), en casi todas las poblaciones del país se siembra el “árbol de la libertad” y se ubican en caminos y carreteras placas conmemorativas del paso del Libertador, que aún podemos observar en municipios como La Florida, Consacá y La Unión, entre otros. (Oviedo, 2013, p. 245)

Se organizan masivamente actos públicos, con participación de gobernantes y excombatientes, en los que se jura defender a la República y sus ideales, para crear, de esta forma, un nuevo compromiso con la patria, que genera gestos de soberanía colectiva; en 1828, acuña Eloy Valenzuela, en Bogotá, una medalla en homenaje al Libertador; en una de sus caras se representa el símbolo

de la masonería, el triángulo con el ojo y los rayos que se dirigen hacia el público; por otra parte, en las exequias de uno de sus héroes, Atanasio Girardot (1791-1813), Bolívar le organiza un gran funeral, en que se destacan los principales ideales republicanos, la entrega a la patria y la libertad; así, la República se funde con el naciente culto bolivariano, que tiene como base el unanimismo frente a la figura de su más destacado protagonista, el mismo Bolívar, que poco a poco se encarna como el verbo de la independencia. Según el historiador Sañudo, estas ideas de un demagogismo frenético, habían deshonrado la causa de la libertad y hecho más pernicioso que útil la conquista de la independencia. (Oviedo, 2013, p. 245)

Pero no solamente en la calle se resolvía la escasez de símbolos patrios; en la iconografía de las Bellas Artes, fue uno de los espacios preferidos de los artistas, que explicaron esta labor de elaboración de nuevos significados y significantes de la naciente República, con pintores como: Pedro José Figueroa (1770-1838), José María Espinosa (1796-1883), Luis García Hevia (1816-1887), artistas contemporáneos del periodo de transición entre el periodo colonial y las primeras décadas de la República, que pintaron a sus más destacados héroes: Antonio Nariño, Simón Bolívar, Policarpa Salavarrieta y Francisco de Paula Santander, entre otros, además de representar hechos que habían conmovido a la naciente nación, como fue el asesinato del Mariscal Sucre. (Oviedo, 2013, p. 245)

Esta parafernalia revolucionaria formaba parte de un componente barroco; los símbolos y gestos de los nuevos protagonistas no eran suficientes; en cada lugar donde se exhibía el ritual independentista, se homenajeaba, también, a la Virgen o al Santo del lugar, se retiraba el retrato del rey y se ponía el retrato de Bolívar, con su

séquito de militares; las ninfas del lugar se vestían de la razón, los jóvenes de descalzos lanceros y, en algunas ocasiones, se representaba la detención del brigadier José María Barreiro en la Batalla de Boyacá; por lo tanto, el teatro hacía su aporte pedagógico, ante la escasez de escritores e historiadores, para recordarnos la dramaturgia elaborada, a comienzos de la Colonia, en los atrios de las iglesias. (Oviedo, 2013, p. 245)



Fotografía 42. Desfile religioso, Tulcán, Ecuador. Sin año. Foto-estudio: Endara.

Por ley de la naciente República, todos los municipios debían tener una plaza en homenaje a sus héroes, en la que se realizarían los eventos libertarios, para recordarnos la deliberante ágora griega, génesis de los Cabildos Abiertos que originaron el movimiento independentista; a muchos de esos lugares, luego los rebautizaron con el nombre de

Bolívar; esta tendencia la acogieron muchos municipios de Nariño; en el caso de Pasto, con el traslado de las instituciones del poder de la Plaza de Rumipamba a la Plaza de la Constitución, cambió nuevamente su nombre por el del naciente Departamento, para llamarse Plaza de Nariño.

Durante toda esta centuria, la creación de un imaginario regional se permeó por la diferenciación ideológica con los cabildos de Ipiales, Túquerres y Barbacoas, los tres mucho más cercanos y menos radicales en la defensa del antiguo régimen y, también, por la lucha por preservar su autonomía administrativa y de privilegios contra la presidencia de Quito y la Gobernación de Popayán; ambas instituciones abrazaron tempranamente los llamados de la independencia, pero las élites pastusas recorrieron todos estos años de la mano de la Iglesia católica, que se resistía fanáticamente al cambio y al ingreso de la modernidad.

Durante estos convulsos años, los actores políticos cambiaron de roles según la conveniencia de sus intereses; durante este periodo decimonónico, la “clase señorial” capituló en Berruecos frente a Bolívar, en 1822; la ferviente curia, que se opuso a los mandatos de la naciente República, aceptó su inclusión en el nuevo gobierno siempre y cuando sus privilegios y propiedades se mantuvieran intactos, pero, meses después, el coronel español Benito Boves azuzó y dirige los levantamientos campesinos y populares en Pasto contra las Capitulaciones de Berruecos, firmadas por las partes, lo que lleva a que reaccionaran en forma violenta a la comandancia independentista, para generar los sucesos de la llamada “Navidad negra”, en la que se victimiza a los actores que insistían en restablecer la monarquía, incluso en busca de aliados con los “negros” del Valle del Patía.

La opinión de Bolívar sobre estos sucesos era la siguiente:

En primer lugar la capitulación de Pasto es una obra extraordinariamente afortunada para nosotros, pues estos hombres son los más tenaces, más obstinados y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se puede dar un paso sin derrocarse. Cada posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros, que habiéndoles leído aquí mi terrible intimación, exclamaban que pasarán sobre sus cadáveres; que los españoles los vendían, y que preferían morir a ceder. Esto lo sé, hasta por los mismos soldados nuestros que estaban aquí enfermos. Al obispo le hicieron tiros porque aconsejaba la capitulación. (Gutiérrez, 2007, p. 200)

Por tanto, la situación geopolítica de frontera y sitio de paso, que siempre estuvo al lado de la ciudad y su entorno, en esta ocasión la convirtió en campo de batalla, para sufrir grandes pérdidas en vidas humanas y económicas, por quedar la ciudad casi destruida; aún hoy, escritores, como Evelio José Rosero, nos recuerda en formato de novela (*La carroza de Bolívar* (2012)), la llamada “Navidad Negra” (1822), cuando el ejército libertador, comandado por el Mariscal Sucre, retoma la ciudad a sangre y fuego, lo que resulta en numerosas bajas, entre militares y civiles, de casi medio millar de soldados y habitantes de Pasto, y el desplazamiento de decenas de sus pobladores a Quito, Guayaquil y Lima; estos hechos cambiaron para siempre la imagen de Bolívar, como lo relata el historiador nariñense José Rafael Sañudo, en su libro *Estudios sobre la vida de Bolívar* (1925).

Pero, de lejos, el actor más activo e influyente de este periodo fue el sacerdote Francisco de la Villota (1790-1864); hijo de ricos hacendados, desde temprana edad ingresó en el Seminario de Lima; en 1815, regresa a la ciudad de Pasto, donde construye la Capilla del Señor del Río a orillas del río Mijitayo, para convertir a esta arteria fluvial en el Jordán de la ciudad; participó en los sucesos insurreccionales de Boves, en el lado realista; desarrapado, fanático, fue el fundador de la Congregación de los señores del Oratorio, en 1834; según sus biógrafos, predijo el temblor que destruyó gran parte de la ciudad e impidió la destrucción de su obra al amarrar con lazos sus edificaciones; según sus fanáticos seguidores, tenía poderes sobrenaturales, movía piedras con una vara que siempre lo acompañaba, hacía largos periodos de ayuno en cuevas cercanas a Pasto; en 1837, montado a caballo y con el estandarte de San Francisco en la mano y con miles de seguidores, participó activamente en el levantamiento de los conventillos, (Gutiérrez, 1929, p. 41).



Fotografía 43. Sacerdote Francisco de la Villota. Dibujo.

Como ya se dijo, de la Villota era una mezcla entre el espíritu renacentista, Savoranola y el cruzado, Pedro el Ermitaño, para utilizar la categoría sociológica entre mago y sacerdote, que no solo se satisface con convencer a los dioses, sino dominarlos para vencerlos (como en el caso del terremoto y en levantar piedras), en la mejor definición weberiana, en definir los roles diferenciadores de mago y sacerdote (Weber, 2002, p. 328).

Este santón, en todo su apostolado, jugó un protagonismo político importante, tanto por su apoyo popular y su riqueza religiosa y personal; intolerante, fanático y carismático, el mago-sacerdote, ante la ausencia real del Estado, moldeó a Pasto como una ciudad teológica y recreó el concepto ideológico de los “vencidos” en la tierra por las hordas bolivarianas, pero “vencedores” como guerreros en el cielo, realista y fanático de los altares; estas premisas fueron las bases para la creación, a fines del siglo XIX, del mito mestizo de Agustín Agualongo (1780-1824), figura simbólica que aglutina las contradicciones y virtudes en la construcción de una “comunidad inventada” respecto a una “comunidad real histórica”, al subir a los altares a uno de los suyos y, ponerle, de esta forma, carne al verbo realista.

A este testigo ideológico lo recoge, años después, el otro sacerdote fundamentalista español, Ezequiel Moreno Díaz (1848-1906), a comienzos del siglo XX, a quien le correspondió la construcción del otro punto de vista, el de los “vencedores” de la cruenta guerra de los Mil Días a comienzos del siglo XX, que se resume en el epitafio en su tumba: “El liberalismo es pecado”.

LOS ÍCONOS DIVINOS

Quien no tenía ningún interés de crear puentes sobre el abismo ideológico era el sacerdote español fray Ezequiel Moreno Díaz (1848-1906); su historia de vida es breve: en 1864, ejerció en los Agustinos Recoletos, en Monteagudo (Navarra), donde llegó a ser director del monasterio; se ordenó como sacerdote en Manila (Filipinas) el 3 de junio de 1871, donde tuvo una intensa actividad misional; trasladado a Colombia, en 1893, fue Vicario Apostólico de Casanare; el 2 de diciembre de 1895, se posesiona como obispo de la ciudad de Pasto; retorna a España y fallece por un cáncer en la garganta.

A Ezequiel Moreno lo traen al país como parte del proceso religioso de la etapa de la “Regeneración”, en el gobierno conservador de Miguel Antonio Caro; rápidamente se convierte en confesor y guía espiritual de la familia del presidente y de las altas damas de la sociedad bogotana; su pensamiento radical lo expuso en público en el momento de su posesión como obispo de Pinara:

Confieso, una vez más, que el LIBERALISMO ES PECADO, enemigo fatal de la Iglesia, y reinado de Jesucristo y ruina de los pueblos y naciones; y queriendo enseñar esto, aun después de muerto, deseo que en el salón donde expongan mi cadáver, y aun en el templo durante las exequias, se ponga, a la vista de todos, un cartel grande que diga: ‘EL LIBERALISMO ES PECADO’ (...). (Deas, 1993)

Este sacerdote traslada a la región la controversia que en ese momento se vivía en Europa, entre los cambios que trae el proceso de la modernidad, con la construcción de los Estados nacionales, la democracia, el fortalecimiento

de la ciencia, que produjo un cambio en la visión del mundo, que el sociólogo Weber (1985, p. 5) resume muy bien cuando lo define como un “desencantamiento del mundo”; Moreno Díaz centró su debate político y pastoral en imponer la visión de su “mundo encantado”, en su lucha contra el liberalismo, no solo el partidista, sino ante todo el ideológico, para señalarlo que formaba parte de una gran conspiración de la francmasonería contra la Iglesia católica; Milcíades Chaves, lo define muy bien cuando dice que:

El obispo Moreno, era un cruzado, un penitente flagelante, con infinito desprecio del cuerpo humano, él mismo se azotaba hasta sangrar y fue uno de los últimos prelados que utilizó el silicio en busca de purificación... Fue en estos diez años de Moreno Díaz cuando se conservatizó aún más el departamento de Nariño. (Chaves, 1983, p. 205)

Entonces, tenemos que el siglo XIX es la centuria en que la Iglesia refuerza su poder en el sur de Colombia, pero, también, se inmiscuye en la Revolución liberal (1895) de Eloy Alfaro, en Ecuador, lo que lleva a que el prestigioso obispo de Ibarra, Federico González Suárez, protestara ante la intromisión del obispo de Pasto, quien justificaba su intervención por los avances del liberalismo:

Los liberales y los masones acechan por todas partes, y en gran número y tan peligrosos como los modelos europeos. Los hijos del siglo amenazan a los hijos de la luz. En Pasto, es claro que “la imprenta de Ramírez de Gómez Hermanos” está “puesta siempre, por lo visto, [...] al servicio del diablo, pues ya son varias las obras salidas de ella que nos hemos visto precisados a prohibir”. Al sur, el Ecuador está gimiendo bajo la revolución radical de Eloy Alfaro, que amenaza a Pasto con su prensa peligrosísima,

con las noticias de sus sacrilegios y hasta con su tropa en apoyo a los liberales colombianos. (Deas, 1993)

Según el humanista Ignacio Rodríguez Guerrero, uno de los pocos disidentes de la doctrina del silicio a comienzos del siglo, el aislamiento y la intervención extremista de la Iglesia habían moldeado a un prototipo de pastuso, fanático, ultra-tradicionalista, excesivamente retraído, tímido y misógino, con la propensión a la crítica personal y malévola, intolerante político, con un exagerado individualismo y clasismo, que se traducían en una falta de espíritu público y de cooperación ciudadana (Chaves, 1983, p. 207).

Con esta caracterización de Rodríguez Guerrero sobre el pastuso, podemos extrapolarla a la creación de un individuo ensimismado en el más allá, antes que tener los pies en la convulsionada tierra, donde los problemas cotidianos y políticos se dejan en manos de lo sagrado para su resolución.

Aunque el obispo Moreno Díaz intervino radicalmente en la diócesis de Pasto, le fue más difícil influir a los Cabildos de vieja estirpe liberal, como eran los de Tumaco e Ipiales, donde intelectuales como Rosendo Mora, rector del Colegio San Luis Gonzaga de Ipiales, venía, desde el obispado de Manuel José Caicedo, en contradicciones con la curia; el obispo Moreno Díaz clausura el colegio, se condena al rector Mora a la cárcel y proclama la excomunión de esta institución; el rector se asila en la ciudad fronteriza de Tulcán (Ecuador), donde entró a regentar el Colegio Bolívar; la buena reputación de este educador lleva a que las familias prestantes de Ipiales y Túquerres, matriculen a sus hijos en el colegio ecuatoriano, aunque Moreno

quiso intervenir a la curia en la vecina Tulcán, el obispo González Suárez lo impidió, al acusarlo de intervención en los asuntos internos del Ecuador, y envió una misiva al presidente Caro informándole sobre estas irregularidades:

Excmo. Señor Don Miguel Antonio Caro. Me dirijo a usted para pedirle su oportuna intervención como primer magistrado de Colombia en un asunto grave y de consecuencias desagradables. El excelentísimo señor Moreno ha excomulgado a los padres de familia que tienen hijos suyos en el colegio de Tulcán, y yo no he podido menos que reclamar contra la violación de mi jurisdicción, y suplico a usted que se digné hacerme el servicio de poner la adjunta reclamación en manos de Ilmo. y Rmo, metropolitano de Bogotá... (Giraldo, 2011, p. 33)



Fotografía 44. Mosaico escolar, IpiALES. Foto: Teófilo Mera. Sin año. Colección privada.

Esta tradición de la Iglesia católica, desde el célebre cura Francisco de la Villota, de parir “censores sociales”, para dirigir e intervenir en los comportamientos de sus pobladores, se repitió hasta finales del siglo XX, con la muerte del influyente sacerdote jesuita Jaime Álvarez (1917-2001), fundador de la Emisora Mariana, actualmente emisora Ecos de Pasto, de la Tipografía Javier, el Museo Juan Lorenzo Lucero y El Hogar de Cristo, entre otras obras sociales.

EL BAUTIZO DE IPIALES

Si a finales del siglo XIX, en el sur de Colombia llovía de ideas conservadoras, en el Ecuador no escampaba; el autocrático presidente Gabriel García Moreno (1858-1875) enarbolaba las banderas del catolicismo extremo, ideología que quedó plasmada con la expedición de la Constitución Política del año 1869, en que se restituían los tribunales eclesiásticos, contemplaba un período presidencial de seis años, se refirmaba la religión católica como la única legal y oficial, negaba la libertad de culto, facultaba, entre otros, los allanamientos domiciliarios en caso de declaratoria de Estado de sitio o conmoción interna, además de la pena de muerte por delitos políticos; su espíritu constitucional se estructuró para darle todo el poder a la Iglesia y, por tanto, al Derecho canónico, lo que llevó a que opositores anticlericales, como Juan Montalvo, la llamaron la “Carta Negra”.

JUAN MONTALVO (1832-1889)

En medio de esta oscuridad teocrática, surgió el pensamiento libre del radicalismo libertario del ambateño don Juan

Montalvo (1832-1889), al que el escritor colombiano José María Vargas Vila, en el prólogo de su libro, *La pluma de fuego* (2022), lo calificara como:

Excelso entre los Excelsos. Ocupaba la cima de los grandes espíritus, confinaba por un lado con los genios y por el otro con las multitudes... Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América Latina. Era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos. Su anatema mataba. No escribía, sino esculpía. Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos-relieves grotescos y sombríos, allí el frontis de la Historia. No viven por ellos sino por él. Así levantan las águilas a las serpientes en el pico y en las garras. García Moreno, Urbina, Veintemilla, allí están escupidos, y esculpidos por él. Su saliva inmortaliza. (Montalvo, 2022, p. 3)

Durante su estancia en Ipiiales, el brazo largo inquisitorio del Obispo Manuel Canuto Restrepo, desde Pasto, se dejó sentir; según informe fechado en mayo de 1871, que reposa en el archivo de la curia diocesana, en la ciudad de Ibarra, Ecuador, había infiltrado la casa de don Juan Ramón Rosero, donde Montalvo se hospedaba; así lo relata el periódico *El Comercio*, de Quito:

... para dar cumplimiento a lo que mandó mi Obispo, conseguí que el doctor Juan Ramón Rosero aceptara como peón, aguatero y mandadero de su casa a Manuel Arteaga, natural del pueblo de Pupiales, para que cuando el señor Montalvo saliera de su casa, con prudencia lo siguiera para conocer sus amistades, sobre todo cuando iba al puente de Rumichaca para pasar a Tulcán fortuitamente, ya que el señor Montalvo era asiduo visitante de ese pueblo, en donde se reunía con liberales de su país para tramar sus cosas contra los políticos del Ecuador.



Fotografía 45. Libro *la pluma de fuego*, Juan Montalvo. Biblioteca Nacional, Madrid 2022

Arteaga me ha dicho que incluso logró ser amigo del señor Montalvo y de vez en cuando le hacía ciertos mandados por los que jamás dejó de pagarle algunos pesos a pesar de que era una persona muy estrecha de recursos... ya pasando el Carchi, se reunía con el pupo Efraín Benavides, natural propio de las gentes de Tulcán,

quien le traía periódicos y libros que le mandaban de Quito... dice Arteaga que el señor Montalvo jamás habló mal de nadie y menos del señor Obispo y tampoco del padre Miguel de Ipiales; fue un hombre muy sereno e imponente... respetaba las creencias de las gentes y de ellas jamás se expresó en forma negativa... Dice que no le gustaba escuchar conversaciones de otras gentes por lo que el peón se cuidaba de no contarle nada de los habitantes del pueblo en donde todos les tenían gran estima y respeto... el señor Montalvo le hacía preguntas

muy generales sobre quiénes vivían a una cuadra de la casa, ya que tenía temor de los agentes del Gobierno del Ecuador que lo perseguían como perros...

Comenta que el padre Guerrero jamás olvidaría un episodio cuando se encontró con Montalvo en una calle, señalando que “sólo con verlo se le paralizó el cuerpo; sin embargo, Montalvo lo saludó sin decirle nada a través de un movimiento de su mano llevada a su sombrero y bajando su paraguas”. (*El Comercio*, 2016, párr. 8-9)



Fotografía 46. Plaza 20 de Julio, Ipiales, Nariño. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

Sin duda, este polémico y espiado escritor y ensayista ecuatoriano es el intelectual que más influyó en el sur del departamento de Nariño, en especial en la ciudad fronteriza de Ipiales, donde lo recibió bien su élite liberal, que siempre había recorrido caminos diferentes desde la independencia a las pacatas élites pastusas, pero, además, Montalvo era la conexión expedita entre lo profundo y tradicional de los Andes colombianos y el mundo europeo del humanismo y la modernidad. En esa ciudad escribió buena parte de su obra literaria y siempre tuvo los mejores recuerdos y palabras para su refugio andino:

Podría yo ser imputado de parcialidad al hablar de Ipiales, si todos supieran el cariño profundo que abrigo yo por este pueblo; mas como a pesar de mis afecciones, no soy más que extranjero para él, nadie me sindicará de juez y parte, ni mis honrosas memorias merecerán la tacha de vanos encarecimientos. Bajo cielo tan grande, pintoresco y hermoso como el que cobija ese fresco valle de los Andes... oiga usted, semblantes, le dije una vez a mi compañero de destierro, mirando a la bóveda celeste; ¿si yo escribiera que he visto NUBES VERDES, me creerían? (Montalvo, 1898, p. 219)

De esta forma, Montalvo bautizó en la pila del exilio a la ciudad de Ipiales, que lo acogió durante varios años. Pero, también, creó un referente distinto en el imaginario popular que, por antonomasia se le daba a Pasto, como la “Ciudad Teológica de Colombia”; en contravía, el sobrenombre montalvino destaca la belleza natural de la ciudad que lo acogió con fraternidad y cariño; así, la fuerza de la naturaleza sobrepasaba los mezquinos intereses terrenales de los hombres, elevar a los cielos el debate no resuelto en la tierra, crear un imaginario social a

partir del pensamiento de un intelectual liberal, radical y culto, contrario al espíritu inquisitorio de los sectores más retardatarios de Pasto y su Iglesia.

Esta diferencia entre la naturaleza y la teología solo se resolvió en los años 70 del siglo pasado, cuando Pasto empieza a conocerse como la “Ciudad Sorpresa”, en reemplazo del nombre “regeneracionista” anterior: de “Ciudad teológica”, lo que le da, con el tiempo, la razón al bardo ecuatoriano, la “Ciudad de las nubes verdes” aún permanece en el imaginario ipialeño como un referente de la lucha por la libertad religiosa y política y como un indicador diferenciador de los intereses e imaginarios teológicos regionales (Montalvo, 1898).

Pero Montalvo también fue un acucioso observador de las características étnicas del comportamiento social de los habitantes de los Andes nariñenses; en la recopilación de artículos de prensa y de correspondencia privada, elaborada por Juan de Dios Uribe, quien las denominó *Lecturas de Juan Montalvo*, por encima de sus diferencias políticas, le dedica uno de sus artículos a perfilar, desde la sociología, el carácter del pastuso; primero lo reconoce como indomable:

Pueblo eminentemente guerrero: en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador... el pastuso vigoroso, ni le rinde la fatiga, ni lo retrae el miedo, un puñado de habas tostadas, un cuscurro de panela son sus provisiones: con esto anda como gigante, se come distancias enormes cada día, entre pueblos, enemigos por fuerza de armas, y por la noche, cuando debería buscar descanso, toma su tiple o bandolín y sale al jacareo, haciendo temblar maridos desde la calle, con blandos enamoramientos a las mujeres.



Fotografía 47. Al centro, vestido de negro, el general Avelino Rosas, con el ejército Mambisi, en lucha por la independencia de Cuba. Revista Credencial, noviembre 2022.

... Cuando se da al trabajo por falta de guerra, el pastuso trabaja como un centauro; sus fuerzas no flaquean jamás, su ánimo está en el punto si la tarea dura veinticuatro horas. Son los cascarilleros de Colombia y el Ecuador: con el machete en la mano, no hay breña para él que no sea camino real: mueren víboras, huyen fieras, caen a sus pies árboles corpulentos. El pastuso es lo que llamamos todo un hombre. (Montalvo, 1898, p. 199)

Estas emotivas palabras muestran el grado de lucidez de este intelectual con un territorio que desconfiaba de su presencia y que lo espiaba permanentemente; este libro de Montalvo, como toda su obra, se ha traducido a varios idiomas, para convertirse en la primera visión internacional de un pueblo lleno de virtudes y, también, de temores, que se resistía a cambiar, y constituye uno de los insumos más importantes en la creación de una comunidad e “imaginarios inventados”, que denotan las contradicciones regionales en los albores de la nueva centuria que se aproximaba.



Fotografía 48. Soldado del Cuerpo Mecanizado Cabal, Ipiales, 1934.
Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

EL SIGLO DE LAS GUERRAS

Según uno de los fundadores de la Sociología en el país, Luis López de Mesa (1864-1967), durante el periodo decimonónico hubo más país que nación, lo que llevó a que se ingresara tardíamente al siglo XX, con el predominio del imaginario de una sociedad rural y pastoril, con un fuerte apego a divinizar la “armonía” de la estructura social y teológica del periodo colonial (López de Mesa, 1970).

Si el siglo XIX se caracterizó por interminables guerras civiles entre las élites nacionales y/o regionales, muchas veces emparentadas entre sí, fruto de una sociedad incestuosa, altamente politizada y polarizada en torno a las prebendas del poder como generadoras de riquezas, como nos dice Gonzalo Sánchez:

Se trataba, en últimas, de guerras entre caballeros de un mismo linaje y por eso al término de las mismas era frecuente una mutua complicidad en la preservación de sus respectivas propiedades: después de la derrota de Palonegro (una de las batallas decisivas de la guerra de los Mil Días) liberales acaudalados pusieron sus bienes bajo la custodia de amigos conservadores. (González, 2006)

Pero, también, hubo las guerras regionales o locales, bipartidistas, entre federalistas y centralistas, todas ellas con un componente religioso importante, por lo que se puede decir que la llamada guerra de los Mil Días cerró un periodo de guerras entre las élites y abrió otro periodo, el correspondiente a las guerras civiles “populares”, como fueron las diversas guerras del siglo XX.

Al ser hegemónico el pensamiento conservador en el actual departamento de Nariño, su dirigencia política se aglutinó en torno a la consigna de “Regeneración o Catástrofe”, en la defensa de la Iglesia y sus instituciones, que enarbolaba su mejor defensor, San Ezequiel Moreno, que, con sus sermones incendiarios contra el liberalismo pecaminoso y pervertido, servían de leña a la hoguera del conflicto:

Por ello, no era extraño que al final de sus pastorales fuera utilizado por un general conservador para arengar a sus tropas antes de entrar en batalla. Y el apoyo del obispo a la causa conservadora no se reducía al apoyo moral, sino que se concretó en ayuda financiera para los ejércitos, que hizo decir a uno de los biógrafos del Santo, el padre Toribio Minguela: “que el éxito del conservatismo en la campaña del sur se debió más a las intervenciones del obispo Moreno que a la bravura y pericia de los generales”. (González, 2006, p. 92)

Por tanto, la lucha del obispo Moreno pasó de la demagógica utilización del púlpito a la financiación del bando conservador, para abarcar su lucha santa contra un complot internacional de la masonería y del comunismo, a favor de la educación eclesiástica y las buenas costumbres cristianas, pero en esa misión el obispo de Pasto no estaba solo, pues lo acompañaba desde Samaniego el también

obispo de Portoviejo, Manabí, Ecuador, de origen alemán, Pedro Schumacher (1839-1902), refugiado inicialmente en el convento de los padres capuchinos en Túquerres y, luego, en forma permanente residenciarse en la ciudad de Samaniego, por su lucha contra las ideas liberales del presidente ecuatoriano Eloy Alfaro, quien lo acusaba de ser un factor activo contra las reformas liberales y de armar al contradictor del bando conservador del Ecuador.



Fotografía 49. Ingeniero, Fortunato Pereira Gamba, primer rector de la Universidad de Nariño. 1904.

De esta forma, el territorio del departamento de Nariño se convirtió en un escenario de guerra de dos grandes bloques ideológicos; con la muerte del general liberal Avelino Rosas (1856-1901) (ver fotografía 47), en Puerres, (a quien el general de la independencia cubana Antonio Maceo, lo llamaba el “León del Cauca”), se termina este sangriento conflicto en el sur del país, en el que ganan en esta ocasión los “perdedores” de las pasadas guerras de la independencia, la “clase señorial”, pre-moderna, conservadora, y de origen rural; y de paso, se liberan del pesado yugo administrativo y político de los “señores de la guerra” del Cauca, los cuales sufrieron las consecuencias de esta pérdida belica, cuando su territorio se fracciona para originar los departamentos de: Nariño (1904), Buga (1908), Cali (1908) y Cartago (1908), aunque estas tres últimas entidades territoriales, en el año 1910, se unen para crear el actual departamento del Valle del Cauca.

De esta forma, una de las primeras iniciativas llevadas al Congreso de la República por los vencedores fue la de modificar el mapa político de la nación y por lo tanto utilizar el nuevo ordenamiento territorial como trofeo de guerra, como arma arrojada, para castigar a los perdedores, liberales, belicistas y disfuncionales departamentos del Cauca, Tolima y Antioquia y para crear nuevas entidades territoriales afines a la ideología “regeneracionista” (Caldas, Huila, Nariño, Valle), modificando así la composición política en el manejo del Estado, alterando las fuerzas políticas en el Congreso de la República, debilitando aún más las conflictivas élites regionales perdedoras, lo que empodera a nuevos actores regionales ávidos de reconocimiento político, para que

reforzaran la representación de nuevos parlamentarios, afectos al conservadurismo en el poder legislativo, donde, por los procesos de urbanización e industrialización, estaban cediendo terreno a nuevos actores sociales más afines a las ideas liberales, que se estaban radicando en los principales núcleos urbanos.

Entonces, tenemos que el bautismo de sangre de creación del departamento de Nariño y de la Universidad de Nariño, es el resultado de estas incesantes luchas y guerras sociales y religiosas del siglo XIX y de principios del siglo pasado, como ya se ha dicho, en especial de la cruenta guerra de los Mil Días, que le dio paso a estas reprimidas élites señoriales, pero, al mismo tiempo, al romper con el Cauca, por primera vez les permitía adueñarse y responsabilizarse de su propio destino, donde tendrían que mostrar su capacidad y talento de dirección y mando en los nuevos territorios surgidos de este conflicto; el presidente Rafael Reyes (1904-1909), el primer presidente después del armisticio, acompañó este nuevo emprendimiento con la creación de la Universidad pública, con el fin de educar a sus pobladores para que enfrentaran estos nuevos retos, para ello se valió del Liceo Provincial, obra santanderina, en cuyos terrenos dieron origen a la Universidad de Nariño.

Se debe destacar que Nariño fue la única de las entidades territoriales recién creadas por el gobierno de Reyes a la que se le funda su propio centro de educación superior, puesto que, como lo manifiesta su primer rector, Fortunato Pereira Gamba, esta iniciativa correspondía a la escasa vida intelectual que se vivía en la ciudad y en la región a comienzos del siglo XX.



Fotografía 50. Entrada principal, Universidad de Nariño, sede centro. Foto: Martin Horst, 1940.

Según Miguel Triana:

En Pasto existe aún la nobleza, el clero director, el estado llano malcontento y la plebe servil, como en remedo de remota época. Cuando en el resto del país se embarcaron en la nave de vapor las familias selectas para seguir rumbo hacia adelante, allí, después de bogar contra el viento, se encastillaron en su teoría reaccionaria y parece todavía que aguardaran, como los judíos, llorando al pie de las murallas de la Jerusalén perdida.

No puede haber ciudad en el mundo donde haya más sacerdotes en relación con el censo: en cada cuadra se ve obligado el transeúnte a hacer la venia a un tonsurado de apariencia bondadosa y humilde. (Triana, 1950, p. 100)

En otras palabras, Triana observa que esta sociedad señorial se prolongaba con pocos cambios a las puertas del siglo XX, debido al “congelamiento” social, producido por su aislada geografía y su economía autárquica; en este paisaje se crea el imaginario de una sociedad armoniosa y pacífica, que un poco se asemejaba más al orden de inmovilidad social de “castas” de la India, que a la movilidad de las clases sociales generadas en el cambiante capitalismo; por ejemplo, la definición sempiterna de roles productivos bien establecidos, que incluyen a los cercanos cabildos y resguardos indígenas, a los que se les sigue asignando su papel de productores y abastecedores agrícolas para los empobrecidos mercadillos de sus centros urbanos.

Paradójicamente la nación llegó tarde y de la mano de otro conflicto, la guerra con el Perú (1932-1933); ante la necesidad de mover soldados y pertrechos, se construyó la carretera Popayán-Pasto y Pasto-Mocoa y, en los años 60's, con el surgimiento de una clase media que reclamaba un lugar en esta sociedad tradicional, casi toda ella, formada en las cenizas del viejo proyecto santanderino, en las aulas del Liceo y la Universidad de Nariño.

Esa misma visión de “armonía y paz” nos la trasmite contemporáneamente el magnífico pintor neorrealista Jairo Buesaquillo (ver fotografía 32), para el que, en su colorida producción artística, estos roles sociales están bien y detalladamente definidos para reforzar ese espíritu de felicidad pretérita, en que todo lo pasado fue mejor que el convulsionado y caótico presente, con la diferencia que este recrea las características de una sociedad mestiza, en la que los hidalgos y sus capas cedieron ante la abrigada ruana de sus mujeres indígenas; esta nostalgia por un pasado glorioso, con algunas variaciones, se mantiene hasta el día de hoy.



Fotografía 51. Al centro, Ezequiel Moreno Díaz. Pasto, 1900. Colección privada.

Por su condición eterna de ser frontera, la región fue refugio y paso obligado para viajeros acuciosos, como fueron las lentes de los profesores y fotógrafos: el alemán, Martín Horst (1902-1962) y el norteamericano Robert Swaton Platt (1891-1964), quienes, entre los años 20 al 40 del siglo pasado, registraron con sus cámaras imágenes del actual departamento de Nariño y, en general, de la región, en las que se observa que seguía aislado económica y geográficamente, ante todo por sus pésimos caminos y carreteras y por su arrugada topografía, lo que mantenía, a pesar del tiempo, a una sociedad bucólica y extremadamente

pobre, que incluso se puede observar en las imágenes del vestuario de sus personajes, que poco había cambiado en relación con el siglo anterior (Bastidas, 2020, p. 44), lo que lleva a que, al inicio del texto *Pasto a través de la fotografía* (1985), editado por el Banco de la República, denomine a la ciudad “como una ciudad solitaria en las montañas” (Londoño, 1985, p. 3), y el historiador Miguel Triana (1859-1931), en su libro *Por el sur de Colombia* (1907), al describir la actitud de sus gentes, nos dice que: “los pueblos escondidos en los cuencos recónditos de la montaña adolecen de un retraimiento que puede traducirse en una hostilidad para las personas que vienen de fuera” (Triana, 1950, p. 92).

Estas prevenciones contra lo advenedizo y desconocido lo sintió en carne propia, desde un comienzo, el ilustre profesor Pereira Gamba, cuando, al ingresar a la ciudad de Pasto, junto al recién posicionado gobernador Julián Bucheli (1865-1935), era él el punto de atención y del cotarro público, antes que el ilustre funcionario que venía a dirigir la suerte del nuevo Departamento; resultado de esta actitud, eran indudablemente la prevalencia de estos recelos ideológicos sobre la educación y la ciencia provenientes del pensamiento conservador y extremista que había triunfado y que había sido uno de los factores para el estallido de la guerra civil que aún tenía los cañones de los fusiles calientes. Precisamente, una de las razones que esgrimió el presidente Reyes para la fundación de la Universidad era ampliar y actualizar una élite política y social que se resistía a cambiar y el profesor Pereira Gamba justificaba su viaje al lejano sur, porque: “viajar por los campos de la existencia con ideales es la única manera de justificar el viaje” (Pereira Gamba, 1919, p. 18).

LA GENERACIÓN DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

Como lo señala García Márquez, en su novela *Cien años de soledad*, el siglo XX empieza con su bautizo de sangre, con la llamada guerra de los Mil Días (1899-1902), en la que pereció una tercera parte de la población, se modificó el mapa político de la nación con la pérdida del departamento de Panamá, con la firma del armisticio y el ingreso de un nuevo jugador internacional que marcaría hasta el día de hoy el devenir histórico de la nación, Estados Unidos de América.

Pero los efectos de este sangriento conflicto también tuvieron fuertes repercusiones a nivel interno; los ganadores de siempre, los invencibles conservadores, como ya se dijo, modificaron el ordenamiento territorial creado a partir de las realidades coloniales y gobernadas como una sombra larga por su clase señorial y la poderosa Iglesia católica; los triunfadores crearon nuevas entidades territoriales, al desmembrar los departamentos perdedores, en este caso el extenso y poderoso departamento del Cauca, del que surgieron dos nuevas entidades: el departamento de Nariño y el departamento del Valle del Cauca, ambos de raigambre conservadora, para dejar el centro del viejo Cauca disminuido territorial y que en lo económico girase en torno a su coloquial capital Popayán, a la que, al perder los privilegios monárquicos de “muy noble y muy leal ciudad”, y ante el ingreso de la industrialización y del capitalismo, en pocos años la desplazó la dinámica ciudad de Cali, cercana al puerto de Buenaventura y al centro del país.

La presidencia de Rafael Reyes (1904-1909) se caracterizó por ser un gobierno reformista, pero también

de grandes escándalos, pues, tras ganar las elecciones presidenciales de Colombia de 1904, clausuró el Congreso y lo reemplazó por una Asamblea Nacional, creó nuevamente las rentas estancadas, que provenían de la Colonia, lo que estableció el monopolio estatal del licor, el tabaco y el degüello del ganado; se fortaleció la inversión pública con el apoyo del gobierno central; ante las dificultades de comunicación entre regiones, impulsó la construcción de vías y caminos, además de los nacientes ferrocarriles; se restablecieron relaciones diplomáticas y comerciales con Venezuela, se creó el Banco Central, que buscaba el control monetario frente a la dispersión y circulación de diferentes monedas en el territorio nacional; saneó la deuda externa, mucha de ella proveniente de los empréstitos provenientes del post-periodo de la independencia; impulsó la industria y los créditos para exportaciones agropecuarias; modificó el ordenamiento territorial con la creación de nuevos departamentos y distritos; profesionalizó el ejército con la fundación de Escuelas militares; fue el primer gobierno, desde la expedición de la Constitución de 1886, que gobernó por más de cuatro años; fue presionado por sus opositores a renunciar por sus visos dictatoriales, pero, ante todo, por el escándalo de fraude electoral para su reelección, para que lo sucediera como presidente Ramón González Valencia (1909-1910).

Esta agenda presidencial, aunque justa y necesaria, remaba en contravía del pensamiento ideologizado y extremista de fray Ezequiel Moreno y sus áulicos en el sur del país, pero mostraba, ante todo, las contradicciones de la élite conservadora; sin duda, el programa de gobierno del presidente Reyes era de carácter pragmático y progresista, como una respuesta a los destrozos generados por la guerra

civil y, ante todo, para exaltar el pensamiento patriótico, herido profundamente por la separación del departamento de Panamá y ante el avance de las huestes liberales; en él se refería en forma directa a la implementación de tecnologías largamente condenadas por la Iglesia, como es el caso del ferrocarril y el telégrafo y la difusión de cualquier tipo de pensamiento técnico o científico.

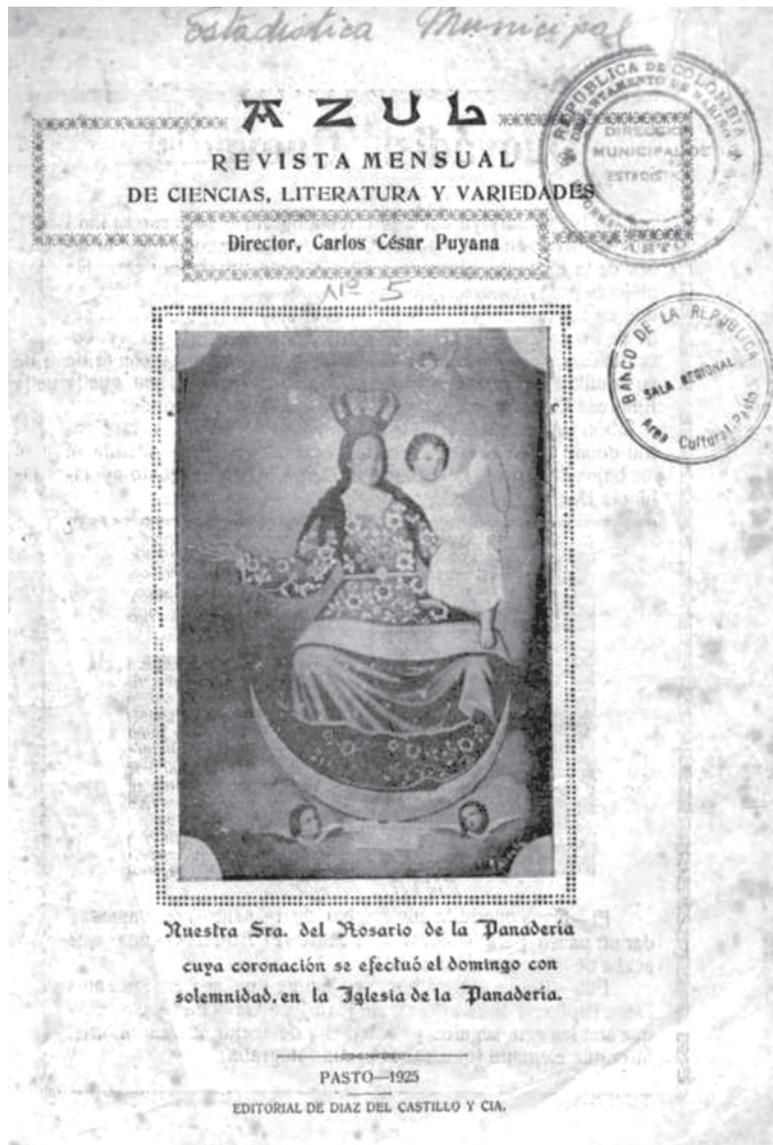
Esta generación entre siglos, surgió como parte ganadora del conflicto ideológico de dos grandes bloques de ideas y con el total respaldo del gobierno “regenerador” de la época y son hijos de la Constitución política de 1886 y de toda su influencia hispánica, casi todos sus miembros pertenecían a la resistente “clase señorial” del sur de Colombia, entre otros fueron: Alejandro Santander (1849-1905), jurista, egresado del colegio Académico (Provincial) de Pasto y uno de los pocos liberales de ideas reformistas. José Rafael Sañudo (1872-1943), egresado del colegio Académico, polémico jurista e historiador, el más importante intelectual para la época y casi el único que tiene un reconocimiento nacional e internacional, en especial, por sus escritos sobre la desmitificación de la vida de Bolívar, esta obra sirvió como referencia bibliográfica para el historiador español, Salvador de Madariaga.

El padre Benjamín Belalcázar (1876-1944), proveniente de un hogar de elevada alcurnia, desde muy temprano se une al cuerpo profesoral de la naciente Universidad de Nariño, donde dictó cátedra sobre filosofía, filología y fue rector de esta institución durante varios periodos, Ildefonso Díaz del Castillo (1855-1926), nativo de Barbacoas, historiador, político, poeta, periodista, rector del Liceo de la UDENAR, y profesor universitario en Pasto y Popayán y un destacado miembro de la sociedad del

sur de Colombia. Daniel Zarama (1865-1923), abogado, político, periodista y uno de los grandes impulsores para la creación del décimo Departamento, Eliseo Gómez-Jurado (1864-1951), jurista, periodista, historiador, fue gobernador (Ver fotografía 28).

Sergio Elías Ortiz (1894-1978), político, maestro, historiador, estudiante de la Escuela Normal de Varones de Pasto, donde se graduó de profesor, miembro destacado de la Academia de Historia, ejerció también las disciplinas de la antropología y etnología, de gran reconocimiento nacional, es de los pocos intelectuales nariñenses que abiertamente debatieron las tesis de Sañudo sobre Bolívar, profesor universitario en prestigiosas universidades nacionales, su obra aun hoy, es de gran actualidad. Leopoldo López Álvarez (1891-1940), egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Nariño, funcionario judicial y abogado litigante donde amasó una gran fortuna, coleccionista de: arte precolombino y colonial, numismática y de todo tipo de anticuayas, publicó los clásicos griegos en su idioma de origen, miembro fundador y destacado de la Academia de Historia de Nariño, además de tener una de las mejores bibliotecas del país para la época.

Todos ellos fueron polémicos a su manera, y fueron los responsables de crear los imaginarios sociales que aun hoy identifican a sus habitantes, todos sus escritos giraban en torno a la reinterpretación del discurso fundante de la nación, en la publicación de su producción intelectual, en el boletín de la Academia de Historia, de ejercer la cátedra universitaria y el derecho y casi todos ellos, provienen de la rancia sociedad sureña, de una u otra manera, representan el pensamiento de la hegemonía conservadora de comienzos del siglo.



Fotografía 52. Revista mensual Azul, 1925. Director Carlos Cesar Puyana, Biblioteca Banco de la República.

IMAGINARIOS DE PODER Y REGIÓN

El periodo entre la República decimonónica y la “Regeneración” fue extremadamente largo; Colombia fue el único país en Latinoamérica en el que no hubo una Revolución liberal en el siglo XIX. Por tanto, la vida intelectual del país era escasa y giraba en torno al minucioso manejo técnico del lenguaje como una forma de reconocer el apego histórico de la nación a la hispanidad, pero también como un lenguaje de la dominación ante una población en que, para la época, solo una tercera parte era alfabeta parcialmente (Triana, 1950), como lo señala el inglés Malcolm Deas; en esta época, en Colombia, la gramática y el periodismo van de la mano con el poder, como es el caso del conservador Miguel Antonio Caro (1843-1909), quien fundó el periódico *El Tradicionalista* (1871), tribuna desde donde defendió las políticas de la Iglesia y también fue miembro fundador de la Academia Colombiana de la Lengua (1871), fue redactor de la Constitución de 1886, presidente de la República, entre 1892 a 1898; según sus biógrafos, fue mejor como filólogo que como presidente.

El escritor William Ospina, en su texto, “Calidoscopio de identidad”, controvierde el pensamiento del expresidente Caro, al considerarlo ajeno a la tradición y a la formación del Estado colombiano”:

... Es que ningún país de Suramérica debería tener tanta vocación continental y tanto liderazgo continental como Colombia: país mestizo, país blanco, país negro, país indígena, país caribeño, país andino, del Pacífico, de los Llanos y de la Amazonía. ¿Por qué no los tiene? Tal vez porque no basta ser, también es necesario saber. No basta la existencia, es necesaria la conciencia y desafortunadamente el discurso que orientó nuestra

vida institucional durante más de un siglo fue el de Miguel Antonio Caro, brillante intelectual, erudito, gran orador, escritor, latinista y gramático que no sabía nada de este mundo americano porque vivía en las nubes del clasicismo y ni siquiera tenía el alma en Europa sino en la Roma de Virgilio. (Ospina, 2009, p. 12)

EL INTELLECTUAL EN EL PERIODO DE LA REGENERACIÓN

Según Le Goff (2005), el intelectual surge en medio de las grandes transformaciones urbanas y el surgimiento de la universidad moderna que se inician a partir del siglo XII; posteriormente, esta actividad se valora por la aparición de revoluciones “líquidas”, como el “Renacimiento”, que cuestiona y transforma la forma de pensar, Según este mismo autor:

... surge el etnocentrismo como “tipo ideal”, lo que genera nuevas narrativas, literarias, estéticas y de las Bellas Artes, crea nuevos símbolos e ideologías, que explicaban el quehacer del mundo desde las antípodas teológicas; convierte la actividad intelectual en cuestionadora del *statu quo* y en la esperanza de los cambios sociales de la nueva sociedad que aflora con la reactivación de una naciente economía capitalista, impulsada, entre otros factores, por el descubrimiento de América y, con este, el conocimiento del mundo y el surgimiento del colonialismo, que valida en nombre de la monarquía, como representante de Dios sobre la tierra, la legalización de las asimetrías sociales, que incluyen el anticristiano esclavismo. (Le Goff, 2005, p. 147)

El italiano Antonio Gramsci (1891-1937) se cuestiona si el surgimiento de los intelectuales se da por

fuera de las contradicciones de la sociedad o es parte de ellas, y si los grandes cambios sociales proceden de movimientos intelectuales que interpretan, cuestionan, los cambios sociales y tecnológicos generados desde la cultura y la economía, para crear sus propios intelectuales, que él denomina los “intelectuales orgánicos”, creadores de una epistemología que busca racionalizar desde la superestructura social el poder y así explicar la anomia social entre los agentes económicos y los políticos (Gramsci, 1967, p. 21).

En Europa y Latinoamérica, el caso típico de estos intelectuales orgánicos lo constituyen las élites eclesiásticas que, desde su origen, se ligan a la aristocracia rural y la explicación de sus privilegios, que cogobiernan con la nobleza de espada y posteriormente origina la nobleza de toga y, su mejor producto, el Derecho moderno, como instrumento supra-social para administrar justicia; por muchos siglos, esta “nobleza” de sotana fue prácticamente la única que tuvo acceso a la educación y a los códigos.

De otra parte, Según Weber (1989), la relación entre los intelectuales y el ejercicio de la política es casi siempre contradictoria, en la medida en que la actividad intelectual puede entrar a colisionar con las diferentes visiones de sociedad y del desarrollo del proyecto nacional, como es el caso de este estudio, en que, en medio de la “hegemonía conservadora”, reflejada en los principios de la Constitución de 1886, que definía a la nación como católica, unitaria y centralizada y su soberanía la representaba en Dios, su cancillería era tolerante con los enemigos históricos de la Iglesia católica, al mantener activamente relaciones internacionales con países de origen protestante (Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, etc.), pero, en el “frente interno”,

era ferozmente intolerante y violenta al permitir solo a los intelectuales y políticos afines a sus anacrónicas ideas difundir que el progreso y el desarrollo representado en el pensamiento liberal era pecado, lo que les posibilitaba su sobrevivencia, en algunas ocasiones al cooptar con sus más destacados cuadros al aparato burocrático del Estado y a otros ejercer profesiones “constructoras de opinión”, como el polémico periodismo.

Por tanto, el surgimiento de una generación de intelectuales a comienzos del siglo XX, en el sur de Colombia, solo se posibilitó en la medida en que su actividad sirviera de acicate a la visión conservadora de una sociedad que, en su aislamiento y autarquía, eran factores claves para el mantenimiento de su estructura señorial y así justificar sus asimetrías sociales como parte del designio divino de roles poderosos e inamovibles, como acertadamente lo señala el sociólogo Weber, en el caso de la India, en que las rígidas castas eran la garantía de una quietud social en la que descansaba toda su estructura social y religiosa, que sostenía una teocracia circular, en que el único cambio permitido era el generado por el karma en la tierra, reflejado en el castigo de una degradación en la reencarnación del alma en el cuerpo (Weber, 2002, p. 376).

Según el sociólogo Fals Borda (1925-2008), Colombia es un país de regiones, en que cada una de ellas ha desarrollado sus propias características fundantes, para crear una multiplicidad de visiones e imaginarios sobre su desarrollo territorial; su integración a un proyecto nacional también fue diverso y complejo; en el caso del Caribe, a finales del siglo XIX, la independentista Cartagena (1533) y la realista Santa Marta (1525), habían cedido su protagonismo histórico a la recién fundada Barranquilla (1803), que había surgido a comienzos del siglo XIX, en

años terminales de la Colonia y, por tanto, no tenía el pesado fardo histórico y religioso de sus otras dos acompañantes; su élite rápidamente se adaptó a las necesidades comerciales de la naciente República y se aireó casi desde su fundación y en forma permanente por olas de inmigrantes árabes y europeos que le dieron desde temprano su perfil de una ciudad cosmopolita, abierta al mundo y a sus ideas, lo que la caracteriza por estar más apegada al comercio de telas y baratijas que al oloroso incienso de los altares.

No es casual que en los años 60's del siglo pasado, en la barra de uno de sus numerosos bares, La Cueva, surgiera la generación literaria denominada el “Grupo de Barranquilla”, donde uno de sus ilustres parroquianos era el futuro Premio Nobel, Gabriel García Márquez, que, a su muerte, llevó a que los políticos más tradicionales y derechistas lo ubicaran en las pailas de infierno, por considerarlo ateo y comunista, todo un colofón para uno de sus cuentos de realismo mágico.

Como nos explica el norteamericano James Parsons (1915-1997), en su texto *La colonización antioqueña*, en el occidente de Colombia (1950), una de las características fundamentales de la llamada región antioqueña fue la implantación del sistema de plantación del café (paradójicamente implementado por los jesuitas), en la Cordillera Central, como motor de la ampliación de su frontera agrícola y de las exportaciones del Estado colombiano, que sirvió para romper los fuertes lazos económicos y religiosos de las rancias y racistas élites paisas originadas en los reales de minas; el café conectó a Colombia y Antioquia con el mundo, para generar toda una ética sobre el trabajo, que se resumía en la frase empírica de origen jesuítico, “trabajo y rectitud”, lema que llevaban en sus diplomas los recién graduados estudiantes de la

afamada Escuela de Minas (1886), que superaba de lejos las prevenciones de las normas religiosas que se mantenían respecto al trabajo como “castigo” divino a partir del mito bíblico de la expulsión de Adán y Eva del paraíso.

Lo cierto es que la pérdida del “temor” de la Iglesia al ingreso, en Medellín, del naciente capitalismo como un factor de cambio social, tuvo, en los factores demográficos (inmigración cafetera) y la influencia de la universidad (Escuela de Minas), sus pilares para el cambio, con la aclaración respecto a que nunca se dejó de lado su ética religiosa, como nos lo explica el sociólogo Alberto Mayor Mora, en su texto: *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (2000), en el que señala que la Iglesia diseñó todo un sistema corporativo de conciliación entre la patronal y los sindicatos de su naciente industria, para no permitir la “diabólica” lucha de clases, en busca del surgimiento de nuevas clases y dinámica social, la armonía y estabilidad social (Mayor, 1989, p. 365).

Esto contrasta con la tradición histórica del sur del país: Según Pereira Gamba (1919), los factores de inmigración extranjera, la vinculación al mercado internacional y el florecimiento del comercio no tuvieron el mismo impacto que en el norte de Colombia, aunque, a principios del siglo XX, el ingeniero Pereira Gamba destacaba que casi todo el comercio en la ciudad de Pasto correspondía a propietarios provenientes del Ecuador, por vía de uniones matrimoniales y/o por compartir por su vecindad ancestral una misma cultura y, además, la influencia que el presidente García Moreno había tenido en el imaginario binacional de apuntalar los principios antiliberales agenciados desde el púlpito por enardecidos sacerdotes antiliberales.



Fotografía 53. Nina S. de Friedemann. Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño. Revista ICANH: 1974.

Por tanto, no fueron estos inmigrantes vecinos un factor de cambio; al contrario, al asimilarse sin dificultad al aparato económico, social y cultural regional, reforzaron el imaginario de “armonía social”, en torno a una Iglesia altamente ideologizada y contraria a los cambios generados desde la ciencia y las transformaciones económicas.

Entonces, se creó un imaginario social cristiano a partir del sentido corporativo teológico del trabajo como obligación divina, generado desde la antigua hacienda, elemento del mundo rural que permanecía inalterado y mantenía el poder político a partir del manejo pre moderno de las relaciones laborales, donde el huasipungo,

los cacicazgos indígenas y el paternalismo hacia las comunidades negras eran las bases para la formación de extensas y bien aceitadas redes de apoyo clientelista para el manejo de la cosa pública, pero totalmente ineficiente para la inserción de la región en el mercado mundial de mercancías (Gutiérrez, 2007, pp. 158-187).

Mientras que en la sierra llovía, en la Costa Pacífica no escampaba: en los antiguos territorios de los reales de minas, de las tierras bajas del Pacífico, los “señores del oro” se habían opuesto radicalmente a la manumisión de esclavos decretada por el presidente José Hilario López, al ver afectada su mano de obra, base del duro trabajo de las minas: la esclavitud (Jurado, 1990).

Esta élite blanca la componían antiguos funcionarios coloniales, muchos de ellos de origen catalán y vasco que, por su actividad económica altamente especializada, requirieron de los productos de las tierras altas; por tanto, sus relaciones económicas siempre fueron simbióticas, puesto que desde allí se proveía al territorio de minas de los alimentos y vituallas que se requerían para el mantenimiento de las cuadrillas de esclavos. Con la libertad de los esclavos, la élite blanca, asentada fundamentalmente en Barbacoas, se traslada mayoritariamente a Cali, Popayán, Guayaquil, Quito y Lima, lo que deja a este territorio en las tinieblas económicas. (Jurado, 1990).

Pero la Llanura del Pacífico, a finales del siglo XIX, también se vinculó al mercado internacional con la recolección de caucho, tagua, maderas finas y pieles, lo que llevó a que se asentaran agentes comerciales de las casas extranjeras que comercializaban estos productos en el casco urbano de Tumaco, al comienzo del siglo XX; muchos de ellos se residenciaron y plantearon nuevas iniciativas, como fue el caso del pedagogo alemán Max Seidel (1882-1958),

quien llegó a regentar, en 1911, como Rector de la “Escuela Superior Pedagógica del Puerto de Tumaco”, para fortalecer la maltrecha educación del puerto y la Costa Pacífica, a partir de una propuesta educativa desde la visión prusiana, con lo que surge una nueva propuesta pedagógica externa a la intensa influencia eclesiástica predominante en la sierra de Nariño.

De esta manera, se puede decir que el ingreso al siglo XX, en las diferentes regiones de Colombia, fue desigual y a diversos ritmos, revoluciones, tiempos y momentos: mientras en el norte de Colombia, el comercio y el sistema de plantación fue fundamental para su ingreso al mundo moderno, como es el caso del café y la caña de azúcar, entre otros, en el sur, se consolida una élite frágil y temerosa se protegía de estos cambios sociales, que podrían sacudir su árbol de felicidad, al rodear a una institución fuerte y poderosa como la Iglesia, lo que trajo como resultado una prolongación de un mundo encantado, que duró hasta bien entrado el siglo pasado.

LA GENERACIÓN DE LA “REGENERACIÓN”, A COMIENZOS DEL SIGLO XX

El inicio del siglo XX trajo nuevas esperanzas al mundo y a Latinoamérica; la modernización y sus efectos llegaron para quedarse, pues el avance de la ciencia y tecnología eran evidentes; por primera vez, el poder económico y político se trasladaba de Europa a América, con el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial, donde se evidenciaba que el decálogo espiritual de Benjamín Franklin había triunfado y que se resumía “en el tiempo es oro” y, con él, la ética protestante que considera al trabajo como una virtud y profesión:

Su expansión por los principales países de Europa la favoreció un largo y continuo proceso educativo que, en especial, puso en práctica la religión protestante. Esta religión le ofreció a sus fieles elementos ideológicos, educativos y piadosos que los llevaron a cambiar su visión del mundo y de sí mismos, al proporcionar una coyuntura que fue cercando progresivamente la hegemonía del tradicionalismo económico. (Oviedo y Villamarín, 2022)

Según Max Weber, la ética protestante en Alemania dio como resultado la proliferación de profesiones técnicas que apuntalaran el desarrollo del capitalismo, con apoyo de la ciencia y la tecnología, mientras que los católicos se inclinaron más por el ejercicio de profesiones liberales, como la medicina, el Derecho o la docencia; entonces, según Weber, “el problema se encuentra en que, los católicos prefieren una vida tranquila, conforme, muy religiosa y comunitaria y resistente al cambio. Mientras el protestante prefiere comer bien, el católico opta por dormir tranquilamente” (Weber, 1985, p. 34).

El sur de Colombia estaba muy lejos de esta revolución económica y ética, pues aún el espíritu “encantado” y “regenerador” prevalecía; la influencia de una curia radical y triunfadora en el último conflicto civil, la guerra de los Mil Días”, la tornaba prácticamente hegemónica, lo que construye una visión totalmente ideologizada sobre el destino del país y de la sociedad, que aparta al naciente departamento del debate nacional que se empezaba a gestar con el ingreso inevitable de la modernización, encarnado por los versos libres de José Asunción Silva y la prosa aguda y mordaz de José María Vargas Vila, ambos acusados, por las huestes conservadoras, de incestuosos y masones.



Fotografía 54. Rafael Troya, La conquista; óleo sobre lienzo. Colección privada de Gloria y Martha Rosales. Quito, Ecuador, 1918.

Por tanto, para el estudio de la conformación de un imaginario regional en el siglo XX, se debe analizar el papel que jugaron instituciones como la Iglesia, la universidad y ONG, como la Academia de Historia, pilares de esa “super estructura cultural”, que va a posibilitar el surgimiento de una élite ilustrada que, por primera vez, se expresa como parte importante de esa comunidad inventada e imaginada colectivamente, base de la creación de ese espíritu nacional que nos explica el ya citado, Benedict Anderson (1993) y que va a influir a la sociedad del sur de Colombia hasta el día de hoy.

EL IMAGINARIO ACADÉMICO

Como ya se dijo, la universidad se instaure en medio del armisticio de la guerra de los Mil Días, como un reconocimiento del presidente Rafael Reyes al bando victorioso de los conservadores, pero, también, por la necesidad de crear conocimiento en una región con una casi nula experiencia académica y donde la educación de sus profesionales se realizaba desde la Universidad Central de Quito (1629) y, en algunas ocasiones, en la Universidad Nacional de Colombia (1867), ambas instituciones autónomas y con un gran espíritu liberal, contrarias al espíritu teológico regional que tanto le inquietaba al obispo Ezequiel Moreno Díaz.

Aunque la naciente República había fundado el Colegio Provincial en 1827, ante la solicitud de sus habitantes por establecer un colegio público donde pudieran ingresar estudiantes de los más diversos orígenes étnicos y sociales:

El gobierno dotó a esta institución de las herramientas administrativas y académicas que garantizaran su funcionamiento y la escogencia de sus profesores por concursos de oposición, algo desconocido en la tradicional educación de origen religioso que había predominado en la ciudad, tempranamente, en el año 1833, este proyecto cayó en manos de la curia, para entrar a formar parte de la maquinaria teológica y de la clase señorial de la ciudad, hasta la creación del departamento de Nariño en 1904, cuando la naciente institución absorbe el colegio santanderino en su estructura administrativa y académica y empieza a funcionar en la antigua sede del colegio.

Con la creación de la Universidad (1904), se nota la falencia de una élite ilustrada que pudiera dirigir este centro de Educación Superior y, ante la necesidad imperiosa de buscar un funcionario con algún grado de experticia en el manejo de estos temas, el recién posesionado gobernador Julián Bucheli contrata al ingeniero Fortunato Pereira Gamba para que asumiera este reto, según lo relata él mismo, su recibimiento no fue el más adecuado, pues tras años de negar las bondades de la ciencia y la tecnología se había hecho mella en las mentes de sus habitantes, como le manifestó el director de educación pública, Enrique Muñoz:

Imposible fundar Escuela de ingeniería, usted está excomulgado por el señor Obispo Moreno como padre de los masones de Colombia, el Gobierno no sabe qué hacer porque la dificultad es gravísima... Usted no sabe cómo es Pasto (Pereira Gamba, 1919, p. 168).

Según Pereira Gamba, estas opiniones lo llenaban de asombro, en medio del recibimiento magnífico y masivo que les brindaban, en que:

Un pueblo inmenso, lleno de auténtico entusiasmo, salía a recibir al primer Gobernador de Nariño festejando, tanto la autonomía departamental, como al ciudadano que la había defendido año tras año en tenacísima lucha. Arcos triunfales, conjunto de doncellas porta coronas, delegaciones de las Provincias con medallas de oro, todo aquello constituyó la ovación espléndida que, pueblos agradecidos, consagran a un buen ciudadano. (Pereira Gamba, 1919, p. 168)

Cuando el desfile de recibimiento iniciaba en las primeras calles de la ciudad, un alto funcionario del Departamento se le acercó sigilosamente y le manifestó en voz baja: “A usted lo miran más que al Gobernador, todos los ojos están clavados en usted, lo creen el diablo” (Pereira Gamba, 1919, p. 169).

Estas prevenciones intelectuales también se manifestaron años después, cuando se publicó el primer número de la *Revista de Ingeniería*; el doctor Gustavo Guerrero, dirigente político conservador, le manifestó sin ningún rubor: “Usted redacta esa famosa Revista de Ingeniería cuyo objeto es hacer conocer el departamento de Nariño; pero usted debe saber que aquí no les gusta que los conozcan” (Pereira Gamba, 1919, p. 170).

Ante estas opiniones adversas al ejercicio de la academia, Pereira Gamba, con gran visión de sociólogo, más que de ingeniero, observaba que: “Para organizar la facultad de ingeniería era preciso procurarse la mayor parte del material de Bogotá, pues en Pasto era desconocido lo relativo a enseres e implementos para la enseñanza

técnica”; a estas dificultades reales se sumaba la escasa preparación de los estudiantes en temas de matemáticas y cálculo, lo mismo que la exigua formación y discusión literaria, por lo que, según el ingeniero: “El nivel literario está en Pasto en la época de Escriche, no se ha llegado a la época de Dumas” y se quejaba respecto a que:

... La vida religiosa ocupa una gran parte de la actividad del habitante de la capital de Nariño... en el fondo de su corazón está la religión... para ponerse en pie de igualdad con el tipo corriente hay que someterse voluntariamente a una mutilación interior. (Pereira Gamba, 1919, p. 173)

Lo que el rector Pereira trataba de explicar era la formación de una ética surgida del hábito “teológico” originado en el espíritu anticapitalista del catolicismo, que veía amenazada su tranquilidad por el fundamento agitador del capitalismo, que tuvo un efecto revolucionario eficaz sobre las estructuras económicas señoriales que obtenían la riqueza en forma tradicional, la tenencia y especulación con la tierra; por otra parte, el capitalismo ofrecía su desarrollo en el ejercicio responsable de una profesión que privilegiaba el trabajo permanente, sistemático y responsable del conocimiento científico-experimental, por encima de la comodidad y la seguridad de la especulación con la tierra generada desde la hacienda improductiva; la experiencia económica en el sur de Colombia era indudablemente la primera opción, la señorial, proveniente de las entrañas mismas del colonialismo.

Por tanto, este razonamiento sociológico nos puede explicar la inclinación misional de la Universidad de Nariño por las carreras liberales antes que por las profesiones tecnológicas, y el surgimiento de una generación de ilustrados humanistas anti disruptivos antes que de

efusivos ingenieros, que entraran a resolver el problema histórico del aislacionismo geográfico, el arreglo de los caminos o la explotación de ricos minerales que reposan en las entrañas de sus montañas; esta ética religiosa nos puede advertir sobre el porqué del fin temprano de las carreras técnicas en la Universidad de Nariño y la perdurabilidad en el tiempo de carreras como el Derecho o las Licenciaturas, clasificadas como profesiones liberales y/o independientes.

Pero, además del ingeniero Pereira Gamba, también se unieron a la quijotesca labor de estructurar a la Universidad de Nariño, el doctor José Rafael Sañudo, educado por los jesuitas, que había dado sus pinitos en estudios jurídicos en el extinto Colegio Académico y, luego, se había vinculado a la rama judicial, para terminar como docente destacado en la Universidad, primer profesor en dictar sociología y uno de sus más eméritos educadores.



Fotografía 55. Parque Colón, Carrera de ciclistas, Tumaco, Nariño, sin año. Anónima, Colección privada.

Pero, aun así, con todos los vientos en contra, la Universidad sirvió como centro del debate para que un buen número de profesores y estudiantes se dedicaran, años después, al trabajo intelectual que permitió el surgimiento de un grupo muy sólido de historiadores y lingüistas, que se agruparon en torno a la naciente Academia de Historia (1909), para darle, de esta forma, una continuidad discursiva al relato realista y religioso, como un imaginario aglutinante, ante el fracaso político de una élite derrotada que había perdido en su lucha contra la República y que, con su victoria en la llamada guerra de los Mil Días, y la creación del Departamento, realizándose así: “Un viejo anhelo social, un objetivo por el cual habían trabajado varias generaciones de pastusos de ambos partidos: el deseo de gozar de alguna independencia y autonomía, ambas perdidas en las guerras de la independencia” (Montenegro, 2002, p. 134).

Pero lo cierto es que su dirigencia política no pudo asimilar y ser protagonista de su propio destino de la entidad territorial recién creada, lo que trajo como resultado una telaraña de prevenciones ideológicas para justificar este errático comportamiento, lo que resume muy bien el economista nariñense y exdirector de planeación nacional, Armando Montenegro (2002), al referirse en su libro: *Una historia en contravía: Pasto y Colombia*.

LA HISTORIA COMO ETNOGÉNESIS Y ESENCIA DE LA COMUNIDAD IMAGINADA

Como se ha visto, el origen de un sentimiento regional en el sur de Colombia se relaciona directamente con el fortalecimiento de la Iglesia católica como elemento cohesionador no solo colonial sino también interétnico; por tanto, este sentimiento moldea los relatos históricos

que no se construyen para fortalecer el “sentimiento y los imaginarios nacionales”, a los que se refiere Weber (2000), sino, ante todo, prevalece la construcción de supuestos culturales de las élites regionales para fortalecer, primero, lo local, como agente diferenciador entre los polos del poder colonial —Quito, Popayán—; segundo, en la naciente República, entre poder regional y el poder central y, tercero, en la actualidad, entre región y nación.

Según Anderson, el nacionalismo es una parte fundamental de la modernidad y se crea como un medio para lograr fines económicos, políticos y sociales de élites que, durante la construcción del Estado nacional, se sienten excluidas de los beneficios generados por el gobierno central (1993, p. 23), como nos explica el historiador pastuso José Rafael Sañudo, cuando se lamenta sobre las asimetrías del presupuesto nacional en cuanto a inversiones para infraestructura regional, en especial los recursos obtenidos por la indemnización de la pérdida de Panamá, que estaban originando el sistema ferroviario en departamentos como Antioquia, Cundinamarca y Santander y lleva a entrever que es el corte de cuentas por la posición anti-bolivariana y pro-realista histórica de sus gentes.

Al cuestionar a las élites sureñas, el relato fundacional del discurso libertador, en el cual se trata de justificar el surgimiento de un sentimiento nacional, se recurre a la decodificación puntual del discurso bolivariano y de la figura del Libertador; según el historiador Sañudo:

De Bolívar se ha hecho un mito, de modo que el concepto vulgar que de él se tiene, no corresponde a la realidad... sin que los historiadores, se hubieran preocupado en compararlos con un criterio moral; de modo que plasme uno, de que hasta graves crímenes se queden sin sanción,

antes sean asunto de alabanzas y de encarecimientos. (Sañudo, 1925, p. 2)

Por tanto, la construcción de la matriz de análisis al “padre libertador” no debería tener en cuenta solo el relato complaciente de las odas heroicas libertarias, sino debería pasar por el pulido y estrecho cedazo de la “moral de sus actos”, que indudablemente sacudieron los andamios en los que descansaba la frágil sociedad pastusa, abriendo la vía de la expiación como parte de la crítica histórica.

Con la aparición de la obra de Sañudo sobre Bolívar, a menos de cien años de su muerte, no solo se validaba el discurso de las élites derrotadas en el siglo XIX, sino trazaba el camino para la continuación del relato victimizante de las élites triunfantes en el siglo XX, con el ingrediente novedoso de que este nuevo esfuerzo para construir imaginarios sociales se efectuaba desde los recintos universitarios.

Con la publicación del libro de Sañudo: *Estudios sobre la vida de Bolívar* (1925), se cierra el círculo hispanista y regeneracionista, según el inglés, Malcolm Deas, en su texto: *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (1993), donde expone la tesis referida a que el periodismo y el estudio de la gramática van a la par con el poder, lo que empieza por el gobierno de Miguel Antonio Caro, pero se puede agregar que, con la obra de Sañudo, se extiende este argumento a la Historia, lo que derriba el mito del Libertador y, de paso, de la legitimación del Estado que surge de él y sirvió de inspiración intelectual para que el historiador y diplomático español Salvador de Madariaga (1886-1978) escribiera su biografía sobre Simón Bolívar (1951), en la que pretende, lo mismo que Sañudo, desmitificar la vida y obra del Libertador Simón Bolívar (Madariaga, 1975).

Paradójicamente, los intelectuales que habían surgido de uno de los periodos más oscuros de la nación, la “Regeneración”, que, entre otros planteamientos, tenía el referido a preservar los sentimientos de la hispanidad y la centralización extrema de lo político y social, pedían un espacio, vía la diferenciación ideológica y la expiación bolivariana, según Sañudo, para exponer su propia etnogénesis, como un proceso de lucha de una sociedad mestiza que lucha para preservar sus privilegios, reivindicando la diferencia del relato fundacional de la nación y de su protagonista más importante, Bolívar, ante un Estado cada vez más centralista, homogéneo y hegemónico y violento, que los estigmatizaba tanto en lo económico como en lo simbólico, al tiempo que los marginaba políticamente.

Debemos entender esta categoría como un proceso dinámico de identidad sociocultural de dos vías: una, la construcción de imaginarios sociales externos, como pretendemos que nos vean, y, la otra, referente a la creación de imaginarios internos, como queremos vernos; para ello se recurre a la decodificación del relato histórico, con un detallado estudio de fuentes primarias, para preservar el criterio colonial del valor jurídico de la prueba escrita, que nos permite cuestionar, desde lo “moral”, el comportamiento abusivo de los actores históricos y sus fatídicas consecuencias futuras para un colectivo social, por lo que surge una nueva georeferenciación cultural, y un “refrito” de interpretación del pasado, desde donde emana un nuevo discurso cuestionador “inventado”, que lo dota de nuevas características culturales, con alto valor de singularidades históricas, que sirven como hitos para recodificar nuevos hechos y mitos, que justificarían, entre otras cosas, la incapacidad de gobernanza de sus élites pre-modernas, que cogieron el testigo del vetusto

departamento del Cauca, para gobernar la nueva entidad territorial. (Anderson, 1993, p. 19)

Por tanto, este proceso de etnogénesis pasa, en primer lugar, por la aclimatación regional del mito cristiano, con la aparición mariana de la Virgen del Rosario (Las Lajas) y los milagros del sacerdote Francisco de la Villota, el imaginario de “quietud y armonía” de la época colonial y, por último, la decodificación de la imagen de Bolívar y, en forma paralela, el ascenso de la mitificación del coronel Agustín Agualongo, como defensor de una sociedad autárquica y mestiza, que se expresa fundamentalmente desde la Academia Nariñense de Historia (ANH).

CENTRO DE HISTORIA DE PASTO

Fundado el 4 de diciembre de 1910, por mandato de la Academia Colombiana de Historia, con su primer nombre, Centro de Historia de Pasto, adoptó el lema, de gran compromiso, *vitam impendere vero*, que, traducido del latín quiere decir: ‘consagrar la vida a la verdad’. Entre sus socios fundadores más destacados estaba el ingeniero y primer rector de la Universidad de Nariño, Fortunato Pereira Gamba, el jurista y profesor universitario José Rafael Sañudo, el presbítero Benjamín Belalcázar, el periodista y político Ildefonso Díaz del Castillo, el ingeniero civil, Daniel Zarama, Justo Guerra, Ángel María Guerrero, Gustavo S. Guerrero, Aristides Gutiérrez y Jorge Buendía; luego, en los años 40 del siglo pasado, lo dirigieron el abogado Leopoldo López Álvarez y el historiador Sergio Elías Ortiz; su medio de comunicación era el Boletín de Estudios Históricos, fundado en 1927, y se mantuvo su publicación hasta el año de 1940.



Fotografía 56. Boletín de Estudios Históricos de la Academia de Historia de Nariño. Números, 54 y 65. Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango. Banco de la República.

Este variopinto conjunto de intelectuales y profesional de sus miembros fundadores, algunos de ellos profesores, provenientes de la defenestrada Facultad de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad de Nariño, otros, abogados en ejercicio, ingenieros, periodistas, empleados judiciales y sacerdotes, le permitió su existencia en el tiempo, al representar a todos los sectores de la sociedad y de la “Regeneración”, con excepción de Pereira

Gamba que, por su formación de “libre pensador”, tenía una visión laica, más integral y universal, adquirida en años de debate en las aulas de la Universidad Nacional de Colombia, como lo plasma en su libro *La vida en los Andes colombianos*, de profunda visión sociológica, en que define muy bien el ambiente social y religioso de Pasto, como ese centro espiritual hindú, la ciudad de Benarés, un punto de

confluencias de varias líneas espirituales del hinduismo; en este caso, del catolicismo en Colombia:

... Para mí Pasto era –y a través del tiempo ha continuado siendo– La Santa Benarés Católica De Colombia; Un Thibet Romano Impenetrado, misterioso y santo. Allí vería a los flagelantes, los extáticos, los iluminados y todas las formas de las aberraciones místicas... (Pereira Gamba, 1919, p. 174).

Entonces, tenemos que, desde su fundación, la Academia Nariñense de Historia ha sido un dispositivo ideológico y arma arrojada de la sobreviviente y resistente clase señorial que, desde la academia, ha validado la visión de un mundo que se resistía a perder; por tanto, ya no se requería el relato de la guerra de independencia, de sus partes militares y sus trágicos resultados, ni amarrar templos contra Natura, como fue el caso de Francisco de la Villota; ahora, desde la producción de la academia, se reconfiguraba el imaginario regional para acomodarlo a las nuevas realidades; el afamado *Boletín de Historia* se convirtió en el “chasqui” de las ideas conservadoras e hispanistas y en un punto de referencia de esa comunidad histórica a una comunidad imaginada, a la que se refiere el ya citado Anderson.

Por lo tanto, desde su surgimiento, ambas instituciones, la Academia Nariñense de Historia y la Universidad de Nariño, han tenido una relación simbiótica, no solo por compartir académicos de ambas orillas ideológicas, sino porque la Universidad tempranamente renunció a su injerencia en la creación de estos imaginarios sociales; su cuerpo profesoral, experto en pedagogía, no ha producido una corriente de pensamiento crítico que,

desde la academia, aportara con metodologías y técnicas de investigación en las Ciencias Sociales y en especial, en historia, que se apartaran del relato historiográfico clásico, pleno de narraciones de hechos en forma lineal y acríticos, para pasar por la construcción de los estudios analíticos y comparados de alto sentido académico.

Hasta el día de hoy, a Academia Nariñense de Historia opera dentro de las instalaciones de la Universidad de Nariño; paradójicamente, la historia y la antropología, aun hoy, no han podido entrar en la vida institucional universitaria, al no existir departamentos especializados sobre estos dos importantes temas, que han sido definitivos para la creación de lo regional y sus imaginarios.

Entonces, tenemos que, ante la “delegación de facto” para la construcción del relato histórico por parte de la Universidad de Nariño a la Academia Nariñense de Historia, ha predominado el “estilo de trabajo” desarrollado desde la academia, lo que el historiador Jorge Orlando Melo denomina la “historia académica”, que define como:

Un trabajo centrado en la historia militar y política, con énfasis en los períodos del descubrimiento, conquista e independencia, dominado por una concepción moralista y de educación cívica de la historia, que llevaba a privilegiar las biografías de figuras con rasgos heroicos o ejemplares, desarrollado con una perspectiva metodológica relativamente ingenua y basada en la visión de que la realidad histórica existe independientemente del historiador, que la encuentra y narra con base en el testimonio del documento, y escrita ante todo por aficionados, usualmente vinculados a familias destacadas en el acontecer político nacional o regional. (Melo, 1999, p. 21)



Fotografía 57. Monos en Carnaval, Pasto, Nariño. Sin año. Foto Bravo.

Al contrario de los efectos de esta delegación, tenemos que el surgimiento de la Escuela de la “Nueva Historia”, en los años 70 del siglo pasado, se generó desde las aulas universitarias, donde sus miembros se caracterizaron por la aplicación amplia y rigurosa de métodos teóricos y académicos, de un trabajo de archivo crítico, la utilización de conceptos y categorías de las Ciencias Sociales más avanzadas y actuales, que se dieron en otros centros universitarios o de investigación externos a la región; este déficit de estudios sobre aspectos regionales, conflictos sociales, minorías étnicas, entre otros, lo han suplido

investigadores de otras latitudes, que han perfilado a la región como tema de estudio; aun hoy, los “destellos de la Edad de Bronce” de la llamada “historia académica” brillan a lo lejos intermitentemente, para tratar de mantener en el tiempo la visión de “armonía y paz” de una sociedad agrícola, que ya no existe.

FISURAS EN EL PENSAMIENTO SEÑORIAL

Entonces, tenemos que, en el inicio del siglo XX, los dispositivos que inciden en crear los imaginarios culturales y regionales germinan alrededor de la Academia Nariñense de Historia, con una variopinta pléyade de escritores e historiadores que van a reforzar la visión de nación del periodo de la Regeneración y la hegemonía conservadora, que arranca a todo vapor y este pensamiento “academicista” es el que va a definir el sentimiento regional durante el siglo XX, solo alterado por hechos inesperados, como el asesinato, en Bogotá, del estudiante de la Universidad Nacional Gonzalo Bravo Pérez (1929) y el conflicto con el Perú (1932-1933), que llevan a que los focos de la nación se dirigieran por primera vez al sur de Colombia, no como una región díscola que se resistió a la independencia, sino como un territorio estratégico para la preservación geográfica de la nación, donde su población era indispensable para la defensa de la integridad territorial de la patria.

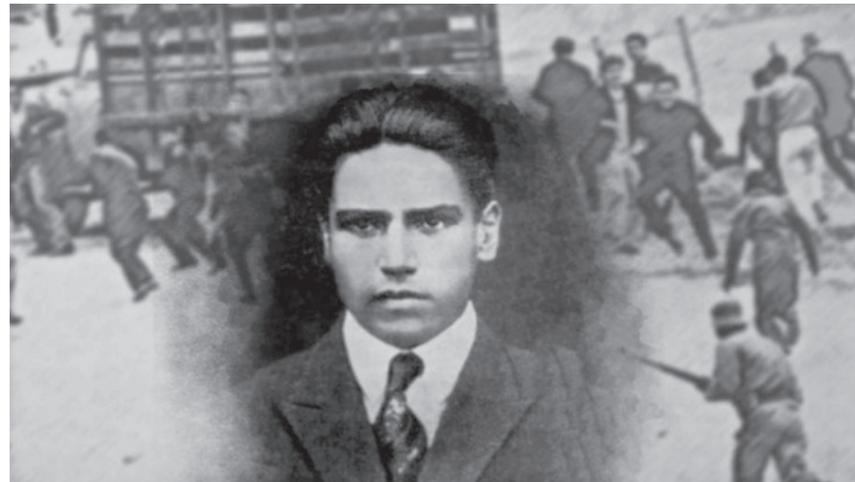
GONZALO BRAVO PÉREZ (1909-1929)

Gonzalo Bravo Pérez, ipialeño, estudiante de segundo año de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia, hijo de un industrial, militante liberal, dueño de la planta de generación de energía de Pasto, cae abatido por las

balas de la Policía Nacional, durante el agónico gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez (1926-1930), el mismo gobierno que había fusilado a decenas de obreros de las bananeras en el departamento de Magdalena; los estudiantes que luchaban contra la llamada “hegemonía conservadora” y reivindicaban el manifiesto de los estudiantes de Córdoba (Argentina), salieron a la calle y, cerca al edificio del Congreso, cae el estudiante Bravo Pérez, hecho que conmovió a la sociedad bogotana, como lo narra el periódico *El Tiempo*, citado por Ciro Quiroz, en su libro *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*:

Nada más solemne que el sepelio del estudiante Bravo Pérez, presidido por las más ilustres damas de Bogotá, y al cual asistió la ciudad entera. Desde la iglesia de San Ignacio, donde se verificaron las exequias, hasta el cementerio, las calles se apretujaron de gentes que vieron desafiar innumerables delegaciones de los más altos cuerpos, con hermosas coronas y banderas.

La multitud arrojaba flores sobre el féretro, de manera que éste llegó cubierto de pétalos al cementerio. Allí se hicieron cinco minutos de silencio. Es difícil extraer de las relaciones de la prensa y los recuerdos, cuando, eso sí, una noble añoranza lo invade, todos los detalles y nombres de esta bellísima gesta en que intervino todo Bogotá. Doscientos mil ciudadanos eran los que estaban haciendo la cosa, uno más, otro menos, pero todos nos batimos como buenos. La ciudad se batía contra los tranviarios y empleados del Acueducto, contra la policía, contra los funcionarios, parientes e íntimos del Presidente, pero no dejó un instante su sonrisa. (Quiroz, 2003, p. 96)



Fotografía 58. Estudiante Gonzalo Bravo Pérez. Fotografía: Periódico, Testimonio de Nariño. Año 2021.

Con el asesinato del estudiante Bravo Pérez, se visibilizan las ranuras “líquidas” en la hegemonía del pensamiento “conservador” del departamento de Nariño; el liberalismo se había consolidado, no solo en las bases populares, sino en la élite empresarial asentada en la rebelde y montalvina Ipiales; lo mismo sucedía en la costera Tumaco y en la gélida Túquerres, lo que contrariaba la intolerancia del obispo Moreno Díaz, que prefirió abandonar su nicho episcopal en Pasto antes que permitir la convivencia pacífica entre liberales y conservadores; en palabras del sociólogo Bauman, hasta donde los imaginarios señoriales pretéritos se convirtieron en categorías “líquidas”, que penetraron con sangre, en todos los poros de la región, y cada vez se mantenían menos “sólidas” e impenetrables en el corazón de los nariñenses.

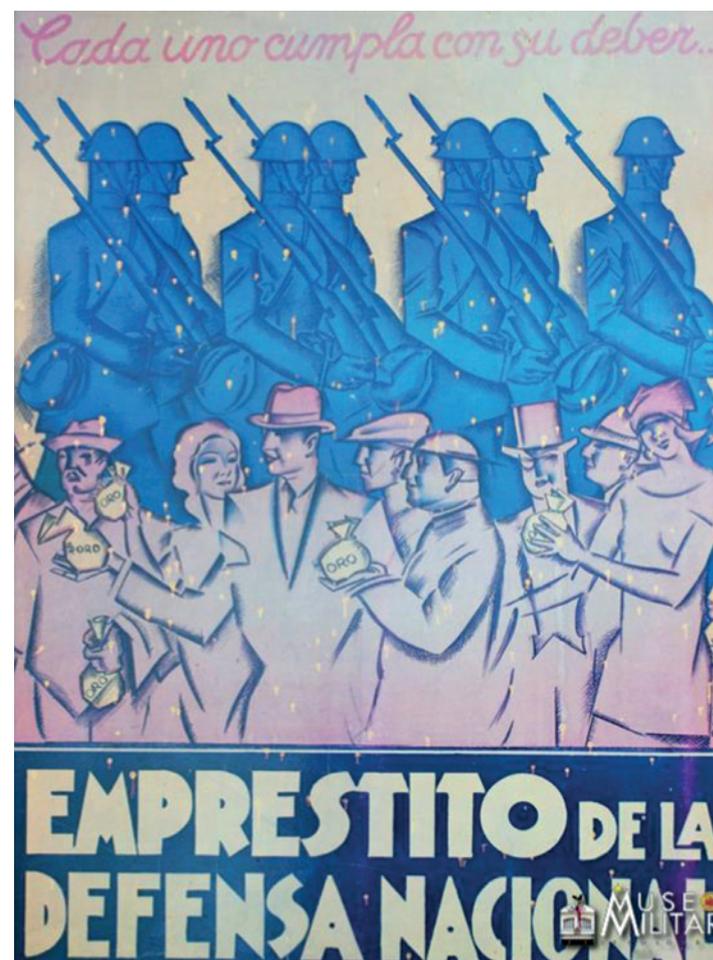
LA GUERRA CON EL PERÚ: HÉROES, IMAGEN, RENOVACIÓN Y SENTIMIENTO NACIONAL

Los antecedentes del conflicto colombo-peruano son diversos: el primero es el espíritu expansionista del gobierno peruano, que había declarado la guerra, junto a Bolivia, a su vecina Chile; este conflicto se denominó la “guerra del Pacífico” y ocurrió entre los años 1879-1884, del cual salieron derrotados militarmente, para perder, de esta forma, vastos y estratégicos territorios estos dos países andinos, pero, en particular Bolivia, a la que le cercenaron su salida al Océano Pacífico; de este modo, les salió caro el cuestionar la doctrina de *uti possidetis juris*, que reconocía las fronteras heredadas desde el dominio español como fronteras naturales de las nacientes repúblicas, para abrir, por tanto, la caja de Pandora de los nacionalismos extremos.

Pero, también, el conflicto tenía una poderosa razón económica en la explotación de las plantaciones caucheras en el Amazonas; las principales casas comerciales eran de propietarios peruanos y sus socios ingleses, como la mal recordada Casa Arana, posteriormente denominada The Peruvian Amazon Company, registrada en 1906, en Londres, con un capital de un millón de libras; su sede sería la próspera ciudad de Iquitos, en el actual departamento de Loreto, y su área de influencia sería el Putumayo, hasta donde desplaza unos cuarenta centros de acopio del látex para distribuirlo en Europa y Estados Unidos:

Arana se dedicaba al caucho desde hacía ya varios años, durante los cuales consolidó sus ganancias, su red de negocios y su reputación como hábil comerciante. Pasó de exportar 35.000 libras en 1900 a 1.4 millones en tan sólo seis años, para inicios de la década de 1910: «Arana estaba en la cima del mundo. Él tenía el control

de un vasto territorio productor de caucho de más de 10.000 millas cuadradas, el más grande de este estilo en Sudamérica, dentro del cual uno no podía aventurarse sin su conocimiento y su permiso». (Córdoba, 2013, p. 223)



Fotografía 59. Afiche para el financiamiento del conflicto colombo-peruano. Museo Militar. Bogotá.

La Casa Arana era propietaria de mal contados 6000 kilómetros cuadrados, que comprendían desde el oeste el río Tamboryacu, hasta el norteño río Caguán, en el hoy departamento del Caquetá y, por el sur, el actual departamento del Putumayo, hasta la casi totalidad del río Yaguas, y, por el oriente, buena parte del departamento del Amazonas:

En general, los indígenas vivían en casas colectivas ó malocas, practicaban la agricultura de roza y quema itinerante, cazaban y pescaban, y dedicaban gran parte de su actividad a la vida ritual o ceremonial. Hablaban

diversas lenguas –uitoto, andoque, bora, nonuya, etc.– y desconocían el español. Por lo común, una maloca estaba dirigida por un hombre cuya autoridad se basaba en el conocimiento del ritual y de la mitología. Como la piedra era escasa en la región, estas gentes apeteían las hachas de acero con las cuales se les possibilitaba abrir huertas o chagras más grandes. Los excedentes de la producción los dedicaban a la realización de rituales y ceremoniales, de manera que bien pudieron decirle al gran etnólogo alemán Theodoro Konrad Preuss, que visitó una comunidad uitoto en 1914: “Trabajamos para bailar”. (Pineda, 2003, párr. 15)



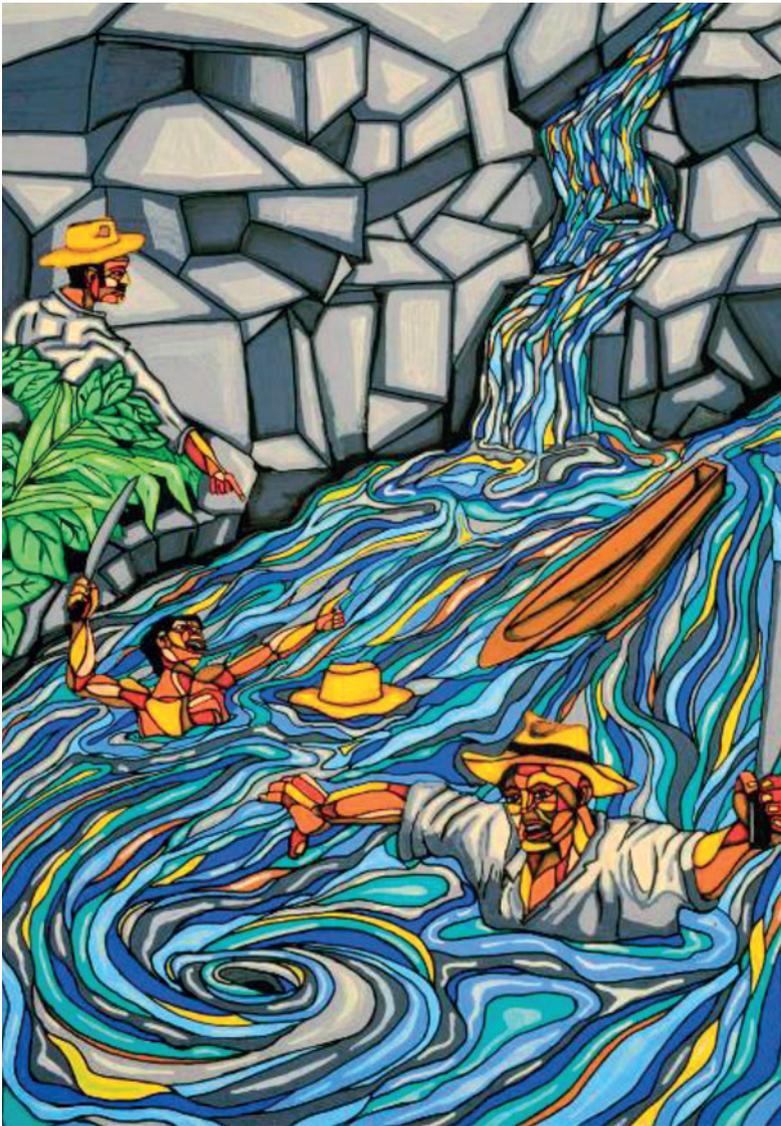
Fotografía 60. Primera página del periódico El Derecho, Pasto. Marzo de 1932.

Una de las primeras denuncias por el etnocidio cometido por la Casa Arana y las autoridades peruanas en el Putumayo y Caquetá fue la denuncia del joven ingeniero norteamericano Walter Hardenburg, publicadas en 1909, en el periódico londinense *Truth*; en el artículo, relataba sobre los abusos cometidos por los comerciantes contra los indígenas locales, hasta establecer, en la práctica, un sistema despiadado de esclavitud. Esta publicación llevó a que el gobierno británico delegara a Sir Roger Casement, cónsul inglés en Rio de Janeiro, para que verificara las denuncias; al trasladarse al campo de los acontecimientos, pudo observar, de primera mano, lo que él llamó “un verdadero régimen social del terror”; este informe se debatió en el Parlamento inglés y llevó a que los directivos de la Peruvian Amazon Company negaran los hechos y culparan por estos excesos a los caucheros de procedencia colombiana, donde, precisamente, don Elías Reyes, hermano del presidente Rafael Reyes, era uno de los propietarios más pudientes; además: “Se dice, con razón, que el gobierno, presidido por el general Reyes, miraba un poco despectivamente la situación como “cosas de caucheros”, y uno de sus altos funcionarios representaba los intereses de la Casa en Bogotá” (Pineda, 2003)

Estas denuncias sirvieron de insumo para que el escritor José Eustasio Rivera escribiera su novela, de corte naturalista y romántica, *La vorágine*, en la que relata estos excesos por intermedio de la aguda visión del pastuso Clemente Silva, quien busca sin rumbo alguno el cadáver de su hijo. Se debe destacar que, en la creación literaria de este personaje, resaltan valores éticos inéditos para los colombianos de comienzos del siglo XX, como eran: la gesta colonizadora de la Amazonía realizada

por este pueblo sureño, el alto grado de conocimiento de la floresta amazónica, el apego espiritual infinito al concepto de amistad y de familia y, ante todo, la valentía ante las injusticias; según Rivera, el estigma de ser un pueblo “realista” y altamente religioso pasó a un segundo plano, pues la audacia y el profundo sentido de dignidad, laboriosidad y valentía, al que se refiere don Juan Montalvo en sus Lecturas sobre el pastuso (1898), destaca en su verde relato, que se tornó un éxito latinoamericano y mundial, para dar a conocer las virtudes de un pueblo altamente estigmatizado por los imaginarios sociales creados por su clase señorial.

Al estallar la guerra en 1932, se dirigieron los ojos del país hacia la convulsionada y desconocida frontera amazónica, conocida más por viajeros extranjeros y escritores, antes que por el Estado colombiano; esto llevó a que el ejército nacional requiriera guías conocedores de la selva y recurriera a baquianos locales, para que los guiara por los inmensurables y enmarañados caminos verdes; uno de ellos fue el militar José María Hernández, nacido en la vereda Guachá, hoy lleva su nombre, Municipio de Pupiales, departamento de Nariño, el 19 de enero de 1892; tempranamente se fue a vivir al bajo Putumayo y, luego, se radicó en Leticia; en 1930 ingresa a la Policía Nacional y, durante el conflicto, sirvió como guía, soldado y espía; una vez detenido por las tropas peruanas, lo trasladan a Iquitos, donde se le realiza un breve juicio militar y lo fusilan el 17 de abril de 1933.



Fotografía 61. La vorágine, Ilustración, artista plástico, Canen García.
<https://canengarcia.jimdo.com/>

En el gobierno de Eduardo Santos, se expide la Ley 15 de 1940, en la que se ordena la repatriación de sus restos; al llegar a Bogotá, se les rinden honores militares y del alto gobierno, con una masiva presencia de ciudadanos, para depositarlo en el Cementerio Central; en su tumba reza el siguiente epitafio: “Colombia a José María Hernández, mártir de la Patria”.

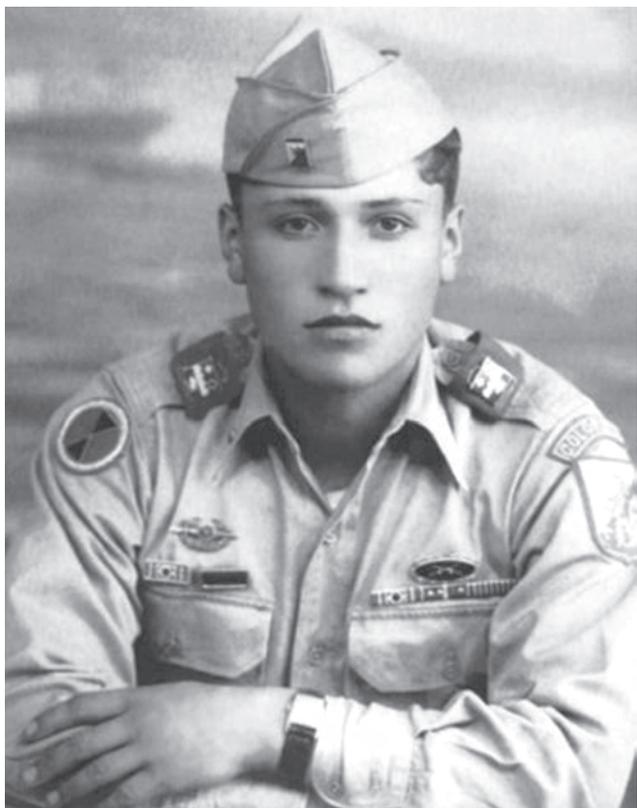
Entonces, tenemos que, para comienzos del siglo pasado, la región llama la atención e interés geopolítico y de estudio por parte del gobierno central, la universidad, los intelectuales, los viajeros extranjeros, como Walter Hardenburg, Sir Roger Casement, y militares, que llevan a que por primera vez surgieran nuevas visiones sobre el quehacer silencioso de sus más diversos actores; el relato de viajeros y diplomáticos que, horrorizados, refieren la esclavitud moderna en nombre del progreso, y los actores locales que nacen en las entrañas anónimas de esta sociedad profundamente estratificada y desigual. La vorágine, según Arturo Cova, solo se encuentra con los conocimientos herbolarios de Silva y la búsqueda de sí mismo; por tanto, lo desconocido, para los ciudadanos, es el conocimiento y sobrevivencia del colono amazónico; el sentimiento patriótico y el rumbo de un ejército solo es posible a través de los ojos sigilosos y patrióticos de un José María Hernández, que conoce de memoria los vericuetos de la manigua, pero, también, el cariño por su patria, avara en el tiempo para con su comunidad, pero que derrocha valor cuando se inmola frente al pelotón de fusilamiento, para defender a la patria agredida

De esta forma, a los esfuerzos titánicos de la élite intelectual para cercar ideológicamente el ingreso de las ideas liberales y del reconocimiento patrio los vence la realidad de estos actores anónimos, que muestran que algo está cambiando frente a los sucesos históricos del nacimiento de la república; lo “líquido” de las ideas y acontecimientos va penetrando en lo “sólido” del resentimiento histórico por el abandono; esta porosidad ideológica se va a acrecentar a mediados y finales del siglo XX, cuando las realidades políticas del país cambian, las vías de comunicación se consolidan e ingresa el espectro electromagnético para conectar a la región con la proliferación de emisoras y el ingreso de la televisión nacional, lo que produce un enfrentamiento entre los imaginarios locales y los imaginarios nacionales, además del ingreso de nuevas técnicas visuales modernas, como la fotografía, que populariza el efecto de las imágenes sobre la construcción de imaginarios sociales y donde por primera vez los “nadie”, podían ser recordados en el tiempo.

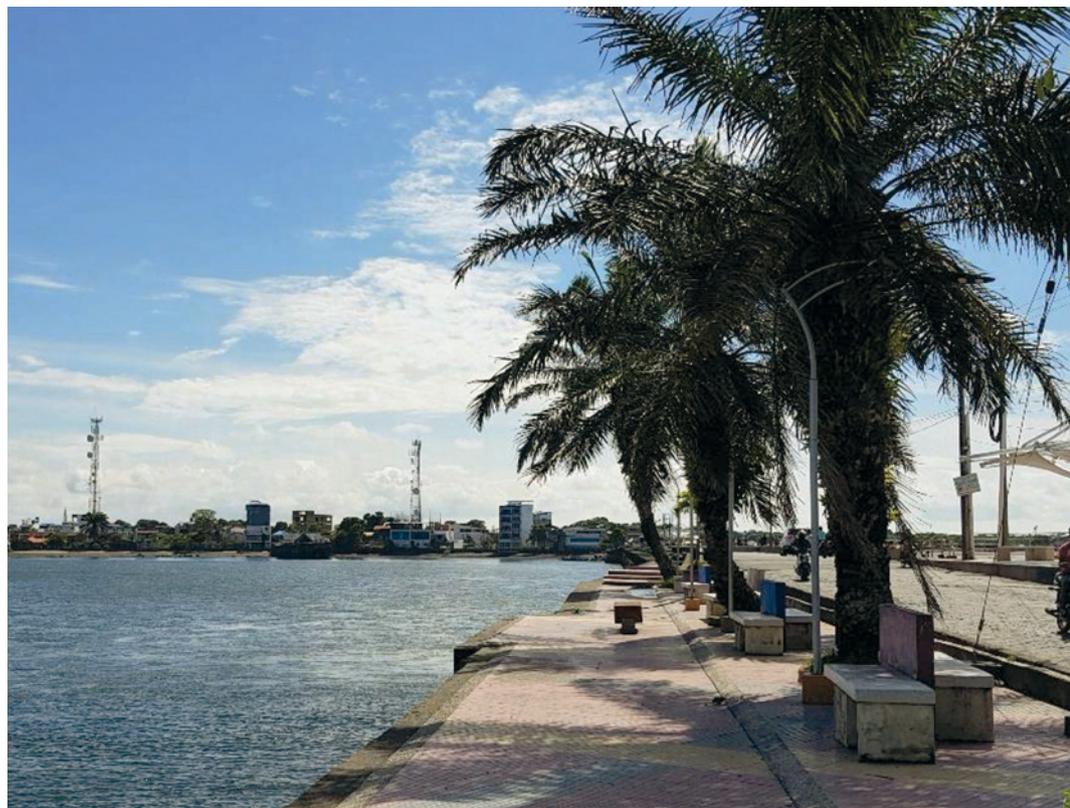
De esta manera, la fotografía se convirtió en un arte subversivo, expresado, ante todo, por uno de sus más destacados protagonistas, Teófilo Mera y sus sueños de influir en una sociedad profundamente regeneracionista y conservadora, en su estudio en la ciudad de Ipiales, se construían los sueños de una sociedad histórica a una sociedad imaginada. De esta hibridación, entre sociedad e imagen, surge el departamento de Nariño moderno.



Fotografía 62. El héroe nacional José María Hernández (1892-1933).



Fotografía 63. Soldado del Cuerpo Mecanizado Cabal, Ipiales, 1967. Foto-estudio: Teófilo Mera.



Fotografía 64. Malecón, Tumaco. 2020. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

CAPÍTULO

5

MEDIOS DE COMUNICACIÓN, MODERNIDAD Y FOTOGRAFÍA

LA IMAGEN REBELDE, LA FOTOGRAFÍA

El imaginario nacional, regional y local se construye simbólicamente a partir de las relaciones y la comunicación entre sujetos y el valor e importancia que se le da a objetos e imágenes; según Cornelius Castoriadis, esta categoría comprende las identidades y representaciones de una comunidad sociopolítica, en la construcción de una narrativa, lo que posibilita la relación entre personas, al identificarlas con sucesos importantes como grupo social, desarrollar un “sentimiento” de pertenencia y, al mismo tiempo, de diferenciación con sus vecinos, “el imaginario social”, se diferencia de la alienación que automatiza y cotidianiza la experiencia individual y grupal, para este autor: “lo imaginario es el pasado vivido como presente”, para Marx, lo imaginario es el eslabón “no económico” de la sociedad (Castoriadis, 2009. p. 3).

La imagen del sur del país, reproduce en muchos casos, esta sociedad hacendaria, tradicional, patriarcal y verticalista, que se resiste en el tiempo a dejar su ruralidad y, por tanto, muy ligado a los iconos religiosos, monárquicos e hispanistas, que explican, sin cuestionar, el origen de

esta autoridad a través de la aceptación de un orden social de origen sagrado e inmutable que revela sus grandes asimetrías sociales, políticas y económicas y sirve como combustible para justificar su lucha contra los avances de la ciencia y la tecnología, al rechazar tempranamente las corrientes positivistas y evolucionistas de mediados del siglo XIX, y se abraza en el hispanismo, como su tabla de salvación y que estaba en plena crisis económica y social para la época, al perder en 1898, sus colonias del Caribe y Filipinas, disolviendo en la práctica todo su poder económico y colonial como imperio.

Con el fortalecimiento de la ciudad, a comienzos del siglo XX, como centro económico, de conocimiento y de una mayor libertad de pensamiento, se necesita la construcción de nuevos lenguajes simbólicos masivos que tuvieran como base los conocimientos tecnológicos, antes que los religiosos o políticos; según el semiólogo Armando Silva, los centros urbanos, cada vez más laicos, también son:

Un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras. No debe extrañarnos, pues, que la ciudad haya sido definida como la imagen

de un mundo, pero esta idea se complementaría diciendo que la ciudad es del mismo modo lo contrario: el mundo de una imagen, que lenta y colectivamente se va construyendo y volviendo a construir, incesantemente. (Silva, 2006, p. 25)

Por lo tanto, la ciudad también construye su propio lenguaje simbólico arquitectónico, que para el semiólogo Silva es su construcción artesanal, que identifica a sus pobladores y les da sentido de pertenencia. Hasta bien entrado el siglo XX, los edificios monumentales por su diseño y volumen, fueron los templos religiosos, muchos de ellos erigidos desde la fundación de la ciudad y que son la línea del tiempo entre el origen y su posterior desarrollo y que afirmaban su pasado hispánico y ante todo teológico de Pasto, aun hoy en día son su referente urbano y paisajístico más importante, pero cada vez más competido con los nuevos hitos urbanos, los centros comerciales, que se convierten en la versión laica del crecimiento de la ciudad, que rompe la estructura monocéntrica de funciones heredada de la colonia, a una ciudad multicéntrica, donde sus funciones y por lo tanto su imagen abarca nuevos espacios territoriales, que reflejan el surgimiento de nuevas clases sociales; los centros comerciales y los edificios corporativos se convierten, de esta manera, en los nuevos templos del consumo y de encuentro social.

No en vano el obispo de Pasto, el valenciano, Antonio Pueyo de val, obispo de Pasto a comienzos del siglo pasado (1918-1929) se caracterizó por su afán de reconstruir los símbolos cristianos destruidos por lo terremotos de comienzo del siglo XX y que azotaron el sur del país y por construir otros nuevos, que se convirtieron en los nuevos

hitos urbanísticos de la ciudad como es el caso del pasaje del Sagrado Corazón de Jesús, que por muchos años sirvió de sede de la oficina de Correos Nacionales, o el impulso para la construcción del santuario de las Lajas en Ipiiales, en la práctica el obispo valenciano se convirtió no solo en un referente espiritual de su grey, sino en un gran constructor de los símbolos teológicos y cívicos de la ciudad que renacía después de los graves desastres naturales, podemos decir sin equivocarnos, que también fue su mejor “gobernador” y “alcalde”, como nos dice el boletín diocesano:

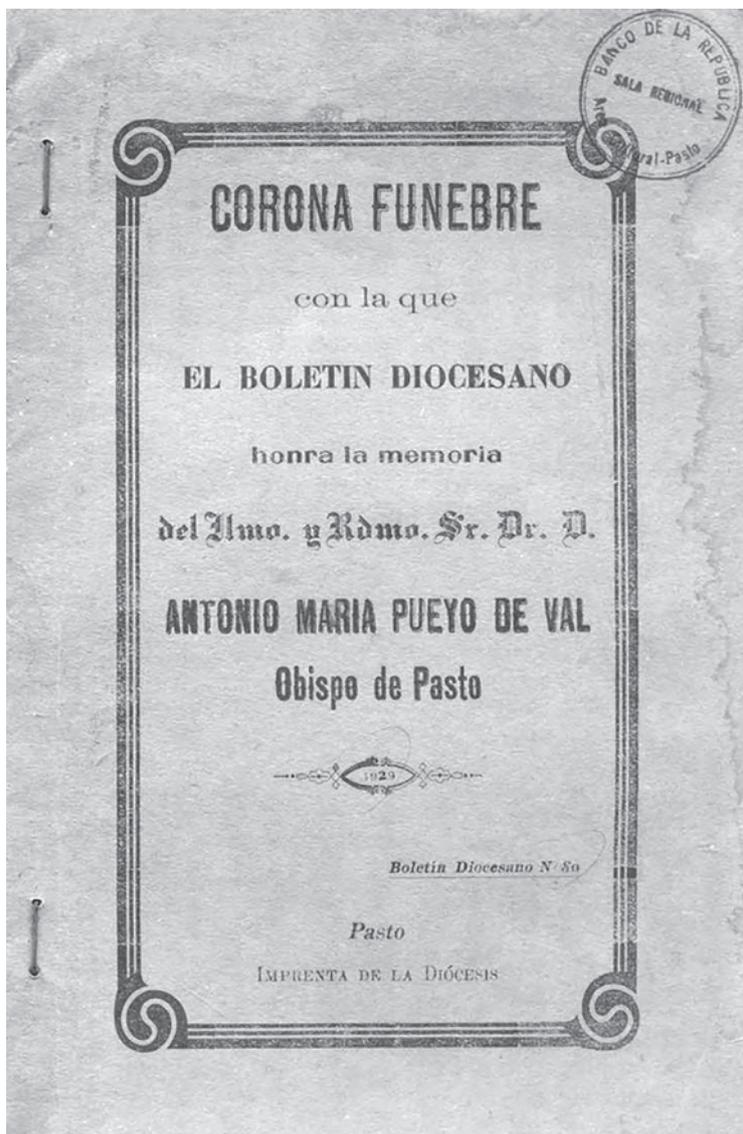
No hay parroquia grande ni pequeña que no deba a su iniciativa, y muchas veces a su erogación de su propio peculio, alguna obra de utilidad práctica; ya la construcción de una iglesia, o por lo menos el decorado del frontis o del altar, ya la apertura de un camino o de un acueducto, ya la edificación de nuevas casas, calles, plazas y avenidas.

Y sin ir más lejos, aquí en Pasto, hemos visto como a su empuje constructor surgieron de la nada una porción de casas en el barrio de La Panadería: los conventos de la Visitación, en San Andrés; de las madres Franciscanas, en Maridíaz y de los hermanos de San Juan de Dios, en San Rafael; el pasaje del Sagrado Corazón de Jesús y la casa del clero, dos obras hermosas que embellecen la ciudad; el colegio de San Francisco Javier y el orfanato de San José; los templos de San Andrés, la Merced y la capilla del Carmen; y sobre todos ellos está la hermosa iglesia de la catedral, a la que había dado todos sus cuidados y en la que tenía clavado su corazón.

Las comunidades religiosas que florecieron como nunca durante su episcopado, veían en él el mejor padre. (Boletín diocesano, 1929)



Fotografía 65. Carnaval de negros y blancos, 2019, San Juan de Pasto. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.



Fotografía 66. Boletín diocesano, diócesis de Pasto, No. 80. Banco de la República, Sala regional, Pasto.

La preocupación por el mantenimiento y creación de nuevos hitos de imaginarios locales estuvo en la agenda del religioso Pueyo de Val en su década como obispo, pero también fue un guardián celoso de la fé católica, cuando excomulgó al fotógrafo Teófilo Mera, por haber introducido el protestantismo en la ciudad de Ipiales y también por haber hecho de la fotografía la imagen rebelde y contestataria frente a los gobiernos teocráticos del departamento de Nariño.

La fotografía es hija de la revolución industrial y de la modernidad. Entonces, estos avances sociales y tecnológicos liberan la imagen de su influencia territorial, especialmente de la arquitectura, para crear su propio lenguaje y estética cultural urbano, que incluso, como en el caso del fotógrafo Teófilo Mera, construye un mundo inexistente de una sociedad afrancesada, en medio de los fríos Andes del sur de Colombia, con sus modelos, muchas de ellas originarias del entorno de su ciudad Ipiales y del norte del Ecuador que, al pasar por su estudio y su lente, llevan a que se borrara, debido a su arte, la ruralidad de sus gestos y de sus trajes, para convertirlas en personalidades universales, pero, al mismo tiempo, la imaginación del acucioso fotógrafo nos marca los efectos sociales que el conservadurismo eclesiástico y político marca en una sociedad que solo se libera en la fotografía, pero, al salir de su estudio, da paso a la dura realidad de una sociedad que se resiste a cambiar.

Por tanto, según Mera, su tema central es el hombre y no los cambios arquitectónicos de su ciudad natal. Como hereje luterano, busca en la representación de lo urbano su oposición a una Iglesia que lo estigmatizaba a él y a su arte como diabólico y “protestante”, que lo trataba de mancillar

con su excomunión y lo agredía moral y físicamente en sus actividades cotidianas; su nuevo mundo era su escuálido, pero creativo estudio, en el que ha logrado liberarse de las ataduras teológicas que le recordaban a su padre sacerdote y a su humilde madre, empleada del servicio doméstico; este padre ausente, párroco de Las Lajas, le pone el nombre de Teófilo (que, en griego, quiere decir amigo de Dios o, según otros, amado por Dios), lo que lo lleva, desde temprana edad, a que buscara nuevos caminos espirituales para corregir la falsa fe de un padre inquisidor y abusivo, que lo había negado en nombre de Dios.

De esta forma, su estudio, la ciudad de Ipiales, se convierte en la caja de sueños de un nuevo lenguaje, que no surge en las profundidades de la hacienda o de los fríos templos; su caja de sueños, como la caja de la mítica Pandora, se origina en la ciudad de Ipiales, cerca de uno de los hitos arquitectónicos y simbólicos más importantes para la cristiandad en América latina, el Santuario de la Virgen del Rosario, en el Corregimiento de Las Lajas; sus feligreses se convierten en sus mejores clientes y modelos de este nuevo lenguaje estético que, por su calidad, se amplía inexorablemente por las montañas y praderas andinas; Mera, desde su fe luterana y protestante, realiza su planteamiento cultural al construir una corriente estética que parte de una propuesta artística surgida desde los centros urbanos europeos: la fotografía.

Esto contrasta con los otros estudios fotográficos, que surgen, en particular, en la ciudad de Pasto, en la que se construye una imagen fiel, hasta cierto punto acrítica, de lo que representa su sociedad, como nos lo señala Patricia Londoño, en su texto, *Pasto a través de la fotografía*:



Fotografía 67. Autorretrato de Martín Chambi, en Machu Picchu, Cusco. Foto: Colección fotográfica fundación Martín Chambí, Cusco, Perú.

Lo más representado en la exposición es el paisaje urbano. La cámara enfocó sobre todo las principales edificaciones públicas. Luego, lo que más se muestra es el mundo linajudo, elegante y formal de su clase alta. En esto, los pastusos no son una excepción. Las otras ciudades sobre las que se ha hecho una más o menos amplia recopilación e identificación de fotografías viejas, también es el sector que compone la clientela que enfocan habitualmente los fotógrafos.

Figuran los caballeros, las damas, los niños con sus modas, sus ocupaciones y sus juegos. Posaron en los clubes privados, en las recepciones a políticos destacados y militares, en las fiestas del Carnaval, como equipos de fútbol, reinas de estudiantes, alumnos de los colegios

de los jesuitas o de las Bethlemitas, los franciscanos o cualquiera de las muchas órdenes religiosas de la ciudad. (Londoño, 1985, p. 52)

REFERENTES TEÓRICOS DE LA FOTOGRAFÍA

Casi desde el origen del hombre aparecen la pintura y la escultura como artes tradicionales, cuyo objetivo central era la mimesis o la reproducción casi perfecta de los objetos de la naturaleza; cada civilización nos ha dejado como legado técnicas, colores y estéticas que revelan su visión del mundo, de sus dioses, sus mitos y sus relaciones sociales; en 1839, el francés Louis Daguerre presenta en sociedad lo que se denominó el daguerrotipo, la evolución de la caja negra medieval, al agregarle una lente y una placa metálica con una superficie con plata pulida, que independiza la captura de imágenes de la vieja técnica de la pintura, que tenía como base los pigmentos naturales y, ante todo, la carga valorativa del pintor sobre el objeto escogido para su reproducción.

Si bien los primeros años lograr un daguerrotipo costaba mucho tiempo, lo que dificultaba su uso popular y se restringía a una pequeña élite, en pocos años se perfeccionó la tecnología y se popularizó la práctica, particularmente en el uso del retrato. En el año 1846 en París se vendieron unos 2000 aparatos y 500.000 placas, en 1853 hubo tres millones de fotos tomadas y entre 1840 y 1860 la producción supera los 30 millones de fotos. (Freund, 2017, p. 30-31)

Para que se pudiera capturar una imagen, el daguerrotipo utilizaba una combinación de técnicas provenientes de las ciencias naturales y de la física: una

placa de cobre recubierta en haluro de plata, que se exponía al vapor de yodo para lograr un compuesto fotosensible; en este proceso, utilizaba calor para mostrar una imagen de manera permanente, lo que lo convierte en un invento de la era industrial, que combinaba tecnologías utilizadas en la física, la astronomía y la óptica, además de los adelantos químicos de comienzos del siglo XIX, a lo que se sumaba la capacitación del fotógrafo para el manejo de estas técnicas.

Por tanto, la fotografía es una técnica que convierte en arte las imágenes capturadas a través de la luz; es, ante todo, un producto social que, bien analizado, devela estructuras, valores, jerarquías y modelos culturales, todos ellos parte de saberes sociales, construidos a partir del sentimiento sensorial del fotógrafo, que captura y trasciende la naturaleza de lo cotidiano, para elevar la imagen capturada hasta el mundo de lo simbólico y se convierte en un referente para la investigación sociológica:

Pero para extraer el contenido de una imagen no basta con observarla con pasión.

Se debe proceder sociológicamente construyendo un proyecto, acudiendo para ello a la teoría, al método y buscando dilucidar un problema empírico concreto. A este proceso de creación de conocimiento a partir de una foto es que llamamos sociología visual. (Suárez, 2008, p. 150)

Es en busca de reinterpretar esta realidad, en que lo social se muestra como algo que se interioriza en el individuo, su lienzo es la realidad que lo circunda que, al capturarla la lente de su cámara, transforma la imagen en un juego de luz y de un arco cromático, en que selecciona la realidad a transmitir a partir de la composición de los temas escogidos; en la realización de esta idea argumentativa y conceptual individual se convierte en un arte.

Según Jiménez, lo que se debe destacar es lo referido a que la fotografía, para observarse sociológicamente, debe atravesar por un procedimiento particular que la convirtiera en un objeto analizable científicamente. En este sentido, se debe considerar que, en primer término, una fotografía es un producto cultural; por tanto, responde a un agente social que la generó, cuya visión de mundo quedó plasmada en ella más allá de la voluntad del propio autor:

Detrás de la cámara se encuentra siempre el ojo culturalmente interesado del fotógrafo, quien selecciona y enfoca desde un ángulo determinado una realidad previa: lo fotografiable, lo que se desea fotografiar, lo que se puede fotografiar. (Jiménez, 2009)

Para Oviedo (2020) acercarnos a esta nueva realidad simbólica, el método de investigación debe contener nuevos referentes teóricos no tradicionales de disquisición semiótica y lingüística, por lo que surgen nuevas “expresiones” no escritas, pero de fuerte contenido social, como es el caso de la imagen fotográfica, que no solo es un producto o un medio, sino, también, es un objeto que se puede vender, coleccionar y, además, perderse en el tiempo, y que se compone de sombras, colores, puntos y líneas, que se complementan con un texto escrito que sirve de referencia del tiempo y el momento; en este diálogo no “homogenizado”, entre el texto escrito y la imagen, se encuentra el significado de esa nueva realidad, que requiere la intervención del sociólogo para interpretar y reconstruir este nuevo diálogo surgido entre el autor y la realidad que este captura, como nos lo señala el semiólogo, crítico, teórico de la literatura y filósofo francés Roland Barthes:



Fotografía 68. Estudio de Foto Mera, Ipiales, Nariño, 2011. Foto: Ricardo Oviedo A.

Como es natural, incluso desde el punto de vista de un análisis puramente inmanente, la estructura de la fotografía dista de ser una estructura aislada; mantiene, como mínimo, comunicación con otra estructura, que es el texto (titular, pie o artículo) que acompaña siempre a la fotografía de prensa. Dos estructuras diferentes (una de las cuales es lingüística) soportan la totalidad de la información; estas dos estructuras concurren, pero, al estar formadas por unidades heterogéneas, no pueden mezclarse: en una (el texto), la sustancia del mensaje está constituida por palabras, y en la otra (la fotografía), por líneas, superficies, tonos. (Barthes, 2009, p. 12)

Ante estas nuevas realidades simbióticas, de estas nacientes fuentes de investigación, que se basan en el uso la tecnología y la masificación de la imagen, con el surgimiento de una fuerte industria de la información, empoderada con la digitalización de la imagen y su transmisión sin límites por la *web* y su componente más dinámico, las llamadas redes sociales, según sociólogos como Manuel Castells (2005), en su libro *La era de la información*, se caracterizan las nuevas tribus digitales, componentes importantes de la sociedad informática del mundo contemporáneo, por lo tanto:

La fotografía permite preservar un fragmento del pasado, una imagen de algo que no volverá a repetirse, y que incluso puede haber desaparecido. Las personas en una foto quizá están muertas, los edificios son otros. Es posible que las personas vivan, pero no tienen ya la misma edad. Indefectiblemente toda foto se refiere al pasado efímero. El instante fotográfico es irrecuperable, en ese sentido es decisivo. La fotografía es profundamente democrática: trata a todos los sujetos y objetos por igual. Permite así estudiar la esencia abstracta de la variación humana, es decir, de los tipos humanos diversos. El mundo puede ser visto, mirado, estudiado a través de imágenes fijas. Permite analizar la realidad social desde una cierta distancia. Como con la letra impresa, la fotografía fija (traducción de *still photography*) permite que algo pueda ser vuelto a ver. Por eso genera nostalgia.

Las fotos antiguas, amarillentas, romantizan un pasado todavía visible en dos dimensiones y en formato reducido. (De Miguel y Ponce de León, 1998, p. 83)

La irrupción de este invento cambió para siempre las relaciones entre el individuo y la imagen, trasciende su origen místico de adoración a sus dioses y mitos, transforma el relato de los hechos históricos y, ante todo, los masifica,

a partir de la creación de un público y de un circuito de mercancías específicos, como es el caso de los medios de comunicación, y congela en el tiempo los deseos de eternidad de una emergente y rica clase media que, por sus costos y cambio de preferencias culturales, estaba por fuera del estrecho círculo de los afamados pintores de salón que proliferaban en las nobles cortes europeas, pero la sociedad surgida en el capitalismo reclamaba el derecho a que la recordaran en forma mucho más ágil y pronta; la burguesía se sentía más cómoda con la representación de su propia imagen, surgida de sus propios inventos; la fotografía tenía el poder de representar rápidamente los cambios de una sociedad en pleno movimiento, en cambio el pintor, con su paleta, reproducía la continuidad de una sociedad mucho más sosegada y señorial.

Por otra parte, el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002), nos dice que es necesario explorar nuevos acercamientos al objeto de investigación sociológico: “De hecho, las técnicas más rudimentarias de la sociología del conocimiento mostrarían que existe, en cada sociedad, en cada momento, una jerarquía de objetos de estudio considerados legítimos” (Bourdieu, 1979,) uno de ellos, sería la fotografía, debido a su importancia, como un nuevo elemento destacado para la investigación, y la incluye como parte indispensable de esa nueva caja de herramientas surgida desde la tecnología y de las nuevas realidades sociales, en la medida que ambas descansan en la subjetividad del actor y/o investigador, lo que da valor y constituye una jerarquización de cosas y objetos que lo rodean y que, por tanto, es indispensable analizar a partir de un nuevo diálogo interdisciplinario de nuevas disciplinas como: la antropología, la semiótica, la historia del arte, etc.



Fotografía 69. Manifestación de estudiantes, Programa de Sociología, Universidad de Nariño. Udenar Periódico.

Por otra parte, el sociológico norteamericano Howard Saúl Becker (2008), considera a la fotografía como “una herramienta de exploración social”, al tomar en cuenta que la sociología y la fotografía son hijos del siglo XIX y comparten un paralelismo histórico desde su nacimiento:

La primera en manos de Auguste Comte (1798-1857), que en 1853 publica su obra *Curso de filosofía positiva*, que abrirá las primeras puertas a lo que después será la disciplina que hoy conocemos; y la segunda en 1839, cuando Louis Daguerre (1787-1851) da a conocer en acto público y oficial su método para fijar imágenes en metal, lo que será el inicio de una amplia experiencia novedosa en términos de “retención” de la luz.

Estos dos eventos, claro está, son mucho más que un invento químico y técnico y reflexiones nuevas sobre la sociedad; lo que se vive en esas agitadas décadas es la constitución de una nueva forma de la vida social, que abarca tanto a las ideas como a los soportes materiales, que será llamada la modernidad. Así, fotografía y sociología son piezas fundamentales de la constitución misma de la sociedad industrial, no por su capacidad de incidencia en la producción o su influencia en la economía, sino porque introducen formas de conocer y explorar el mundo e ideas para comprenderlo. (Suárez, 2008, pp. 13-14)

Así, ambas, sociología y fotografía, se tornan una expresión de la sociedad industrial y del naciente capitalismo, que logra popularizar la imagen con la comercialización de la fotografía, y su hijo, el cine, como una industria de recuerdos, de creación de sueños y de entretenimiento de masas.

Además, la fotógrafa franco-alemana Gisèle Freud (1908-2000) introduce la fotografía como documento social, en la medida que es el resultado de grandes cambios tecnológicos y sociales del siglo XIX y por su característica “liquida” de penetrar y ser aceptado por todas las capas de la sociedad desde el más encumbrado burgués al humilde obrero o campesino y por su importancia y protagonismo que tiene en la vida moderna, la fotografía hoy es una actividad invasiva, “apenas existe la actividad humana que la utilice de una u otra manera. Se ha vuelto indispensable para la ciencia y como la industria” (Freund, 2017, p. 10).

Freud, en sus trabajos sobre las protestas sociales en Suramérica y en las calles de Estados Unidos, al afirmar que: “más que cualquier otro medio, la fotografía es capaz de expresar los deseos y necesidades de las clases sociales dominantes y de interpretar a su manera los

acontecimientos de la vida social” (Ibídem), en especial en la experiencia de la Francia prerrevolucionaria, cuando su pujante burguesía encontró en la fotografía el nuevo medio de auto-representación conforme a sus condiciones económicas e ideológicas. Su situación social determinaría, años más tarde, el cariz y la evolución de la fotografía. Por vez primera, ellos crearon una base económica sobre la que podía desarrollarse el arte del retrato accesible a las masas.

De esta forma, la fotografía se convierte en un referente metodológico indispensable para los estudios sociológicos, cuando las fuentes escritas son escasas.

Pero Weber (1864-1920) nos dice que la sociología no es solo una disciplina de generalidades, sino, ante todo, es la disciplina que estudia y analiza la acción social, en relación con el “otro” y, por tanto, el individuo escoge su tema de investigación, con el que trata de demostrar sus hipótesis iniciales (Weber, 2002) y, así, como la fotografía, la sociología no es una ciencia en solitario; según el sociólogo mexicano Hugo J. Suárez, el mismo sujeto selecciona sus imágenes y crea sus elementos de análisis, que llevan a que la imagen trascienda a lo subjetivo y, por ende, a la realidad, para generar una nueva relación con el tiempo y el espacio y en la relación con el “otro”, como cazador, actor y/o intérprete de imágenes; en esta forma:

no hay más arriesgado que mostrar una foto; es la invitación a recorrer laberintos personales, ocultos, espacios interiores fuertemente custodiados por múltiples candados. Las puertas mejor resguardadas por nosotros mismos muestran su fragilidad al enseñar una imagen (Suárez, 2008, p. 9).

Según el semiólogo colombiano Armando Silva, en su texto, *Imaginarios urbanos* (2006), propone el estudio de esas

nuevas puertas que se abren desde el estudio semiótico de la ciudad no solo como unas líneas continuas mapeificables, sino como unos puntos discontinuos y abiertos generados a partir del mundo de lo simbólico, que en últimas va a constituir nuevos imaginarios urbanos, al construir “un tipo ideal” de ciudad y de ciudadanía, que se manifiesta en lo cotidiano, por ejemplo, entre el mono cromatismo de los chalecos de los funcionarios de las ONG’s internacionales en Tumaco y el poli cromatismo de los trajes de sus habitantes, o en el ceño fruncido de los primeros y la alegría desbordante de los segundos, unos y otros tienen construcción de ciudades y territorios diferentes; según estos funcionarios, la ciudad es su trabajo; según los nativos, es su vida, como se revela en los recuerdos capturados en los roídos álbumes familiares de sus habitantes, en los que, en medio de la pobreza, hay alegría y buenas historias para recordar (Oviedo, 2020, p. 252).

Recordemos que precisamente por Barbacoas y la Costa en general ingresaron los primeros artilugios de la modernidad, las originales y vistosas cámaras fotográficas, autos, muebles, telas y todo tipo de mercancías, que conectan al sur de Colombia con los centros mercantiles, una región que aún no se había exorcizado del pensamiento positivista y neoconservador del siglo XIX; la fotografía no se libró de las prevenciones religiosas, cuando el obispo de Pasto, Antonio Pueyo de Val (1864-1929), excomulgó al fotógrafo ipialeño Teófilo Mera, a comienzos del siglo pasado, por considerar a la fotografía como un arte de origen “protestante” y, por tanto, pecaminoso, infiel y peligroso. (Oviedo, 2013, p. 155)

De esta forma, la fotografía, como en casi todos los lugares del mundo causó pánico en sectores de los más diversos, desde aquel fundamentalista religioso que criticaba a la foto como “diabólico artificio francés”, que es

una blasfemia porque “el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y ninguna máquina humana puede fijar la imagen divina” (Suárez, 2008, p. 15), hasta los conocidos recelos de Baudelaire, desde el mundo del arte:

En estos días deplorables una industria nueva se produjo, que no contribuyó poco a confirmar a la estupidez en su fe y arruinar lo que podía quedar de divino en el espíritu francés (...). A partir de este momento la sociedad inmunda se precipitó, como un solo Narciso, a contemplar su trivial imagen sobre el metal. Una locura, un fanatismo extraordinario se apoderó de todos estos nuevos adoradores del sol. (Suárez, 2008, p. 15)

LA FOTOGRAFÍA EN COLOMBIA

La fotografía ingresa al país tempranamente dos décadas después de su independencia, de la mano de espías, diplomáticos, viajeros y aventureros de todo tipo, en especial, los provenientes de Europa, Estados Unidos y Cuba, los cuales les llamaba la atención por la riqueza paisajística de su geografía, la composición social de sus gentes y ante todo por las periódicas guerras y revueltas civiles que ocurrían durante el siglo XIX y el XX.

Por lo tanto, el auge de la fotografía llega, para quedarse; como fuente de investigación en las Ciencias Sociales, se descubre la necesidad de integrar los documentos visuales y audiovisuales como fuentes primarias de investigación, ya que sin ellos no podemos acceder ni analizar numerosos fenómenos característicos de las sociedades de los siglos XIX al XXI, para estudiar los hechos que no pudieron quedar registrados en las fuentes escritas; el primer esfuerzo realizado en forma oficial sobre

la importancia de la ilustración en el mundo científico en Colombia, fue la Expedición Botánica, realizada en 1783 por don José Celestino Mutis (1732-1808), en la que se recopilan más de 20.000 especies de plantas y 7.000 de animales, muchos de ellos representados en magníficas ilustraciones, que destacaban sus principales características. Entonces, tenemos que lo gráfico es parte fundamental de las reflexiones científicas de esta expedición (Oviedo, 2013, p. 118).

En 1850, se destaca la realización de la Comisión Corográfica, por parte del gobierno de la época y dirigida por el ingeniero italiano Agustín Codazzi (1793-1859), que combina perfectamente las ilustraciones a todo color, que tienen como técnica la acuarela, y las reflexiones de orden científico; uno de sus capítulos se refiere exclusivamente a su paso por la Costa del actual departamento de Nariño. (Oviedo, 2013, p. 118)



Fotografía 70. Retratos, Isaac Santacruz. 1894. Colección privada.

En 1983, se edita el texto: *Historia de la fotografía en Colombia*, de Eduardo Serrano, publicada en 1983 por el Museo de Arte Moderno de Bogotá, que trata de resumir la historia de la fotografía en Colombia desde sus orígenes a mediados de los años mil ochocientos, hasta los años cincuenta del pasado siglo, contiene más de mil fotografías y dagarretipos, que ilustran diferentes periodos de la nación, desde la diversidad étnica, imágenes de la guerra de los Mil Días, de los sucesos del 9 de abril de 1948, del periodo llamado de la “violencia” eventos sociales, e incluía: “Trabajos de los fotógrafos de Medellín Jorge Obando y Melitón Rodríguez; imágenes del Bogotazo y de las guerrillas del llano, y concluye con una cortísima sección dedicada a Luis B. Ramos, Leo Matiz y Erwin Kraus” (Rueda, 2007, p. 152).

Para la misma época se publica por parte del Banco de la República los textos: *Pasto a través de la fotografía* (1985), y *Benjamín de la Calle* (1985), *Francisco Mejía Fotógrafo* (1985), *Fotografía en el Gran Santander* (1990), y *Tunja memoria visual* (1997), verdaderas monografías regionales, además la revista *Credencial* de la misma que periódicamente publica artículos especializados sobre este tema. En el año 2000, Pilar Moreno Ángel, publica la historia del dagarretipo en Colombia, esta investigación se centra en los protagonistas de las primeras fotografías en Colombia, el barón Jean Baptiste Louis Gros (1793-1870), el pintor Luis García Hevia (1816-1887) y el antioqueño Fermín Isaza (1820-1895); todos ellos pioneros de la fotografía en Colombia.

En la década de los 60 del siglo pasado, el retrato fotográfico cobra fuerza debido a los artistas que incluyen los nuevos adelantos técnicos y las tendencias artísticas

modernas; en los años 90, comienza el auge de la edición fotográfica digital, con programas especializados como Photoshop; en la misma década, las Academias de Artes incluyen la fotografía dentro de sus cátedras y nuevos artistas la utilizan como vehículo expresivo. En 1998, se funda el Foto Museo, organización dedicada a la visibilización en espacios urbanos de la fotografía nacional; muchos de estos fotógrafos e instituciones registraron los diferentes conflictos sociales de finales del siglo XIX y principios del XX; de esta forma:

... la fotografía en Colombia pasó de ser un pasatiempo lujoso y una novedosa herramienta técnica de la cual se valieron numerosos pintores colombianos a finales del siglo XIX y a comienzos del XX, para convertirse en nuevo lenguaje que utilizan no sólo los fotógrafos, sino también los artistas que hacen de ella un valioso medio expresivo.

En ese período las modalidades que habían surgido con los inicios de la fotografía alcanzaron un alto nivel de desarrollo; los fotógrafos se especializaron y los argumentos desde los cuales éstos se aproximaron conceptualmente a las distintas temáticas se transformaron. (Museo Nacional de Colombia, 2005, párr. 3-4)

LA FOTOGRAFÍA EN NARIÑO

Como hemos visto, Nariño era una sociedad sumida en el “encantamiento” social y político de la “Regeneración”. Aislada del resto del país, donde el manejo y difusión de la imagen era parte del proyecto de control social generado por el reinante conservadurismo, el apareamiento de la fotografía causó un gran efecto social, en especial, por su facilidad en su propagación, por sus bajos costos, por primera vez la reproducción de la imagen era accesible a

todas las capas sociales y no solo a su más excelsa clase señorial que recurría a la exclusividad de los cotizados pintores de la época, como el nariñense, Isaac Santacruz (1869-1956) y el ecuatoriano, Rafael Troya (1845-1920), por lo tanto, la pintura hacia parte del costoso y escaso mobiliario de mediados del siglo XIX y principios del XX.

La fotografía ingresó al departamento de Nariño en los años 60's del siglo XIX. Años después, en 1873, se registraban cinco fotógrafos activos: Ramírez Fernández (1873), R. Pérez e hijos (1880), José Francisco Zarama (1890), Benjamín Rivadeneira (1895), M. Carrasquilla (1895); para comienzos del siglo XX (1900-1930), estaban: Benjamín Guerrero, Jorge López Álvarez, Francisco Gómez Hernández, Francisco Benavides, Ramón Diego Ponce, Ángel Onofre, José Moreno y los siguientes estudios: Foto Mera, Foto Bayer, Foto Dávalos, Foto Posso, Foto Rodríguez, Foto Alemana y Luquemar. (Londoño, 1985, p. 4)

De los anteriores estudios, el que más se destacó por su calidad fotográfica en el manejo de la luz, cámara fotográfica y demás técnicas de estudio en general, fue la casa fotográfica de Teófilo Mera, en la ciudad de Ipiales. La extensa obra de Mera nos recuerda al reconocido fotógrafo peruano, Martín Chambí (1891-1973), de origen indígena, que, desde su estudio en la ciudad del Cuzco, retrató los cambios sociales y políticos del Perú; su obra trasciende sus orígenes étnicos y llega a interiorizarse en lo más profundo del sentimiento colectivo de su pueblo, y su lente se convirtió en un referente para el estudio social del Perú de principios del siglo XX; hoy, a Chambí se lo considera uno de los diez fotógrafos más influyentes del mundo.

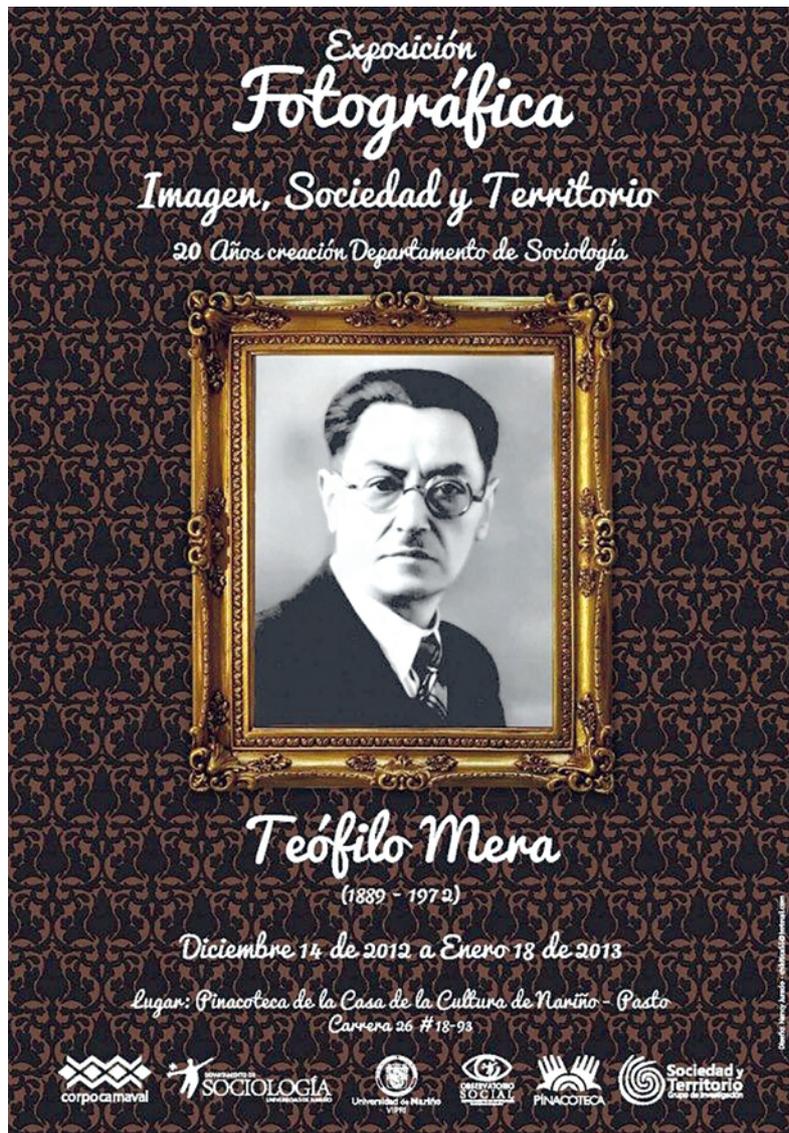
En el año de 1985, celebrando los 450 años de fundación de la ciudad de Pasto, el Banco de la República publicó la primera recopilación gráfica de la ciudad, *Pasto a través de la fotografía*, que abarca imágenes desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX; aunque la técnica de impresión y diseño dejan mucho que desear, es el primer intento institucional de preservar la memoria gráfica de la región.

El interés temático de la fotografía, por los fotógrafos regionales, es idéntico al su surgimiento en otros lugares del país:

Lo más representado en la exposición es el paisaje urbano. La cámara enfocó sobre todo las principales edificaciones públicas. Luego, lo que más se muestra es el mundo linajudo, elegante y formal de su clase alta. En esto, los pastusos no son una excepción. Las otras ciudades sobre las que se ha hecho una más o menos amplia recopilación e identificación de fotografías viejas, también es el sector que compone la clientela que enfocan habitualmente los fotógrafos.

Figuran los caballeros, las damas, los niños con sus modas, sus ocupaciones y sus juegos. Posaron en los clubes privados, en las recepciones a políticos destacados y militares, en las fiestas del carnaval, como equipos de fútbol, reinas de estudiantes, alumnos de los colegios de los jesuitas o de las Bethlemitas, los franciscanos o cualquiera de las muchas órdenes religiosas de la ciudad. (Londoño, 1985, p. 52)

Esta revista, con el transcurrir de los años, se volvió un punto de referencia sobre la vida social y de comportamiento de las élites nariñenses.



Fotografía 71. Afiche exposición sobre la obra de Teófilo Mera, Udenar, 2013.

TEÓFILO MERA, EL FOTÓGRAFO DE LA *BELLE ÉPOQUE*

La *Belle Époque* (1870-1914) es una expresión cultural que surgió en París, en el segundo tercio del siglo XIX y comienzos del XX, un periodo de grandes avances tecnológicos, económicos y sociales; también representa la consolidación de la burguesía y de la clase media, el surgimiento de la moda y, con esta, la masificación de la sociedad de consumo, pero, también, surgen las Ciencias Sociales y el marxismo, la mundialización del comercio y la industria y la mecanización de las actividades rurales llevan a soñar, en medio del romanticismo, a una sociedad el triunfo de la vida sobre la muerte.

De esta forma, surge una “sociedad del ocio”, con sus restaurantes, gimnasios, canchas de squash, piscinas, baños turcos, peluquería, biblioteca y el cuarto oscuro para los fotógrafos, y proliferan las salas de cine.

Pero esta época también tiene su lado oscuro: miles de inmigrantes, expulsados por la guerra y la exclusión económica, se dirigen a América, en especial a Estados Unidos, Argentina y Brasil, para iniciar las utopías fuera de sus países de origen; esta explosión de bienestar urbano opaca sus desiguales consecuencias.

Esta bella época llegó a Colombia, en primer lugar, a los centros urbanos ubicados en la Costa Caribe y, a ritmo de tren, se extendió al centro del país, como lo reseña el periódico *El Espectador*:

La apertura de la Estación de la Sabana (1889), trajo consigo la llegada de inmigrantes y, por lo tanto, la necesidad de adecuar la ciudad para los nuevos habitantes. Esta misma estación fue punto de llegada y de partida de la “*Belle Époque*” a la entonces “Atenas Suramericana”, y sería

el corredor de los grandes negocios y transacciones que se realizaban en los acogedores restaurantes y cafés de sus alrededores, los cuales eran el lugar predilecto de los “cachacos” de la época, como decía la revista *Identidad Propia* en un artículo publicado en 1997. (Peña, 2009, párr. 6)

En el sur del país, este movimiento cultural ingresa por la frontera con el Ecuador y por el camino de Barbacoas, por donde circulan los artilugios que caracterizan a esta época: muebles, lámparas, pianos, paños y cámaras fotográficas; Ipiales, como puerto fronterizo, es el final de muchas de estas mercancías, pero también allí se rompe la hegemonía de la Iglesia católica en la región con el ingreso de las ideas luteranas y del movimiento evangélico, que ya se había presentado en el vecino país del Ecuador.

De esta forma, el ingreso de la denominada *Belle Époque* no se corresponde con el desarrollo económico, tecnológico y político del departamento de Nariño, pero sí es una respuesta, una válvula de escape, a la quietud social que promulgaban la Iglesia y la clase política, al convertirse en una propuesta estética y cultural contestataria, que se origina en el intercambio de personas y objetos en la frontera de la región y que se estructura en el laboratorio y en el “oscuro” estudio fotográfico de Teófilo Mera, en la andina ciudad de Ipiales.

Según su hijo, y exalcalde de Ipiales, Julián Mera, nos ilustra sobre la vida del fotógrafo:

Mi padre fue hijo de un sacerdote que se apellidaba Guevara, párroco de Las Lajas, el lugar e icono más sagrado en el sur de Colombia, y su madre, de apellido Mera, originaria del norte del Ecuador, de la ciudad de Ibarra, él nunca tuvo buenas relaciones con su padre;

al ser este sacerdote, debía llamarlo tío, negándole, de esta manera, su paternidad; le colocó a su hijo el nombre Teófilo, que en griego quiere decir el hijo de Dios; así resumía lo dominante, patriarcal y machista sus relaciones familiares; por ser hijo de sacerdote, en voz baja, le decían “Candelabro”, para recordar mordazmente su origen “ilegítimo y pecaminoso”.

Mi madre visitaba con Teófilo al párroco cada semana en el despacho parroquial de la iglesia; en el respaldo de su escritorio tenía una escuálida biblioteca, donde el libro que más se destacaba por su pasta y volumen era la *Sagrada Biblia*; la insistencia de mi padre era que le prestara la *Biblia* para leerla y la respuesta era la misma: que él no entendería su contenido y que el mismo no era permitido leerlo a los menores de edad; tanto insistió, que por fin, un día, le dejó ver el libro deseado.

Cuenta mi madre, que Teo, se quedó mirando fijamente a su padre y lo retó para que le dejara leer el versículo que saliera al azar; el padre Guevara asintió; el niño acarició lentamente la *Biblia* y la abrió en el libro del Deuteronomio, donde se describen los diez mandamientos; lentamente se los leyó al prelado y, después de leerlos, le hizo la siguiente pregunta: ¿Por qué la Iglesia no cumplía con el segundo mandamiento “No te harás ídolos, no adorarás imágenes; sean de hombre o mujer, de aves, de animales o de peces. No te inclinarás delante de imagen alguna para adorarla de ninguna forma, porque yo, el SEÑOR tu Dios; soy un Dios celoso” (Deuteronomio, 5:8-9-10), y de paso le preguntó: “¿por qué la Iglesia estaba llena de imágenes que adoraban a Dios, si este las prohibía?” El padre le retiró bruscamente de sus manos la Biblia y le dijo que ese tema no era para niños, mi padre, le señaló el crucifijo y la imagen de la virgen de Las Lajas, que colgaban en la pared detrás de su escritorio.



Fotografía 73. Diario El Derecho, febrero de 1946.

Me cuenta mi papá, que desde ese día juró buscar por su propia cuenta al Dios bíblico y no el de los hombres, pero también se dio cuenta que, desde niño, contradictoriamente, había sido predestinado para vivir de las imágenes, no para adorarlas, sino como una vocación artística para comunicar sus más íntimos sentimientos personales; de esta manera, la religión y la fotografía hicieron de mi padre su misión de vida sobre la tierra.

Autodidacta, aproximadamente en el año 1912, comenzó con el arte del dibujo; desde muchacho comenzó a hacer retratos y caricaturas a lápiz: escogía un voluntario, que le servía de modelo, y lo dibujaba; así aprendió el manejo de la luz y de la anatomía del cuerpo; luego, se interesó

por la fotografía en forma profesional, y a hacerse conocer dentro de la sociedad, aprovechando los numerosos peregrinos que visitaban al santuario de Las Lajas.

Teófilo, fue bautizado católico; en 1926, se casó por la Iglesia católica con doña Raquel Sarasti Valverde, perteneciente a una distinguida familia ipialeña; aunque su rechazo al padre fue permanente, la religión fue muy importante en su vida; Mera era una persona a la que le gustaba leer e investigar mucho; así fue como abrió sus ojos espirituales y artísticos, así llegó al conocimiento de la fotografía y al conocimiento de la verdad del cristianismo; se convirtió en el primer miembro de la iglesia Alianza Cristiana y misionera en Colombia, como relata ese acontecimiento en su página *web* de la Alianza que, por azar del destino, se encontró un día en un parque en Ipiales, entabló charla con el asustado extranjero, que le relató como una turba enfurecida de fanáticos religiosos, lo habían agredido en Tulcán y se había visto obligado a pasar a la ciudad de Ipiales, era el mes de junio de 1923.

Al cruzar el puente de Rumichaca, el Rev. Crisman se encontraba a salvo y, luego de caminar otros dos kilómetros cuesta arriba, cargando su maleta llena de *Biblias*, Nuevos Testamentos y tratados, llega a Ipiales buscando posada.

Esa misma noche Teófilo y su esposa Raquel le piden al Rev. Crisman que les explique lo que enseña la *Biblia* ya que querían saber por qué ese libro era considerado tan peligroso por los sacerdotes católicos; antes de terminar la semana, Teófilo y Raquel se habían entregado a Cristo y, de esta manera, llegaron a ser los primeros creyentes de La Alianza Cristiana y Misionera Colombiana. (<https://laalianza.co/historia>)



Fotografía 72. Don Julián Mera, en el estudio de Foto Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo, 2011.

Liberado de su pasado católico, mi padre se afilia como militante activo al Partido Liberal y construyó su visión del mundo en su estudio que, por la calidad de su trabajo, era paso obligado de los peregrinos y visitantes de la Virgen de Las Lajas; como docente, sus choques ideológicos eran constantes con los profesores de teología; en el año de 1926, fue excomulgado por el obispo de Pasto, Antonio María Pueyo de Val (1917-1929), lo culpaba de luterano, enemigo de la religión católica.

Por este motivo, fuimos perseguidos durante decenas de años, nuestro hogar era agredido con piedras y palos, se nos amenazaba con incendiarnos la casa y decían desde



Fotografía 73. Foto-Studio Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo, 2014.

el púlpito que tomarse retratos en el Estudio Mera era hacerle juego al demonio, porque la cámara fotográfica de mi padre era un regalo de los protestantes luteranos de Alemania y que lo que buscaba Mera era robarse el alma de los ipialesños.

Al contrario de los efectos que buscaban, con la lectura de la excomuni3n, esta fue una bendici3n, porque las personas, por conocer al hereje, aprovechaban para llevar de recuerdo una hermosa fotograf3a de mi padre. Yo fui alcalde de Ipiales, por el Partido Liberal, y el primero en no pertenecer a la Iglesia cat3lica.



Fotografía 74. Don Julián Mera, junto a la cámara de Estudio Mera, Ipiales. Foto: Ricardo Oviedo A., 2011.

Gracias a la expedición de la *Constitución política de 1991*, cuando se dio la libertad de cultos y pudimos manifestar públicamente nuestro amor por Dios y a nuestra religión, mi padre murió en paz consigo mismo, con la sociedad que tanto quiso y lo protegió, y con su familia: murió como todo un hijo de Dios (Entrevista a don Julián Mera, Ipiales, agosto de 2011).



Fotografía 75. Sin título. Foto: Teófilo Mera. Sin fecha. Colección privada.

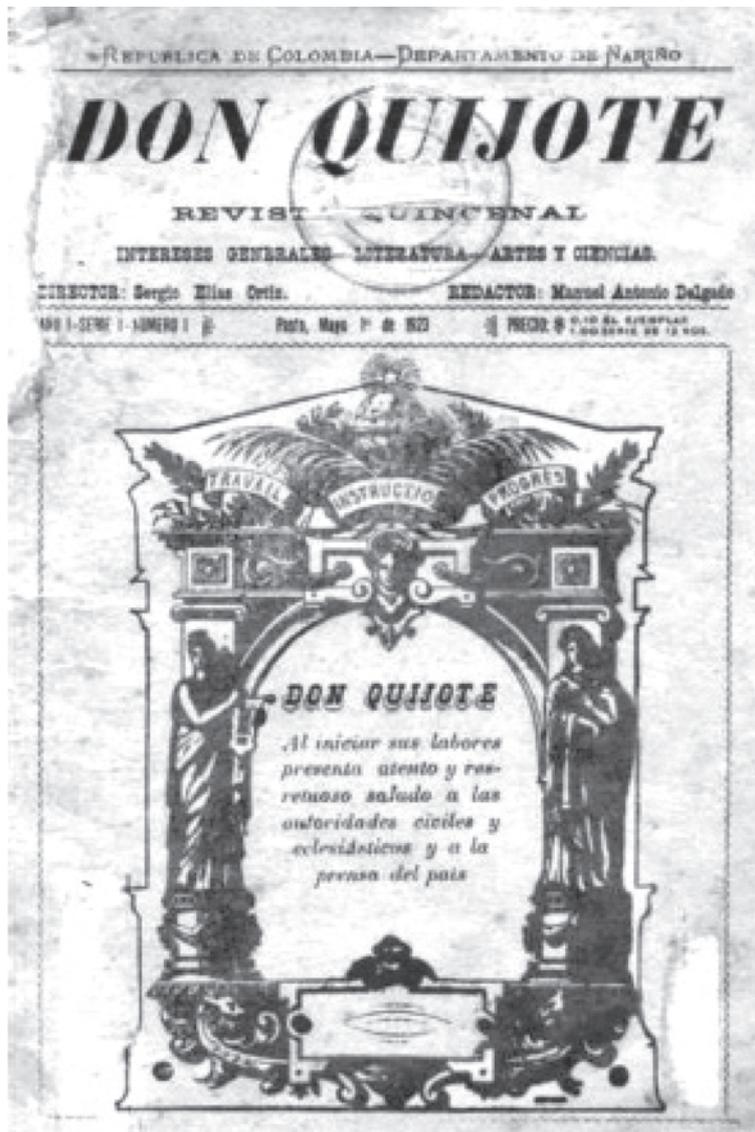




Fotografía 76. La bella época. Sin título, Teófilo Mera. Colección privada.



Fotografía 77. Fotografía familiar, sin fecha, Teófilo Mera. Colección privada.



Fotografía 78. Revista Don Quijote, director Sergio Elías Ortiz, Número 1, 1929. Banco de la República.



Fotografía 79. Hermanas, año 1955. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.



Fotografía 80. Comparsa carnestoléndica, Ipiales, sin fecha. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.



Fotografía 81. Hermanas, año, 1957. Foto: Teófilo Mera. Colección privada.



Fotografía 82. Hermanos, Teófilo Mera. Sin fecha. Colección privada.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA CREACIÓN DE IMAGINARIOS SOCIALES

Según el filósofo y sociólogo alemán Habermas (1986), los medios de comunicación surgen en una sociedad, en la medida en que exista el concepto de espacio público, como categoría originada en la sociedad civil, donde se delibera libre y críticamente sobre las propuestas surgidas de los diferentes actores sociales, independiente de su origen de clase o grupo social o actividad económica, pero el mismo autor nos señala que, a partir del siglo XVIII, cuando se introduce la publicidad como factor de financiamiento de diarios y revistas, los medios pierden valores éticos fundantes importantes, como son la neutralidad valorativa de la noticia, que lleva a que los medios se inclinen cada vez más por sus patrocinadores, antes que por sus lectores (Habermas, 1986, p. 94).

La manipulación de esta opinión pública ha llevado a que el sociólogo francés Pierre Bourdieu hubiera afirmado, que la opinión pública no existe, porque en forma permanente la manipulan los dueños de los medios y sus patrocinadores, lo que dificulta la generación de un consenso social sobre temas específicos que grupos de presión se interesan en llevar a cabo para crear una “opinión” favorable para la construcción de políticas públicas, como es el caso de la selección de noticias y de sondeos públicos, en que el autor o dueño del medio descarga toda percepción valorativa para tratar de influir en el lector, según sus propios intereses: “El conocimiento del mundo social es, sin duda, una de las condiciones más indispensables para un pensamiento crítico verdaderamente responsable” (Bourdieu, 2015, p. 267).



Fotografía 83. Entierro, Ipiales, sin fecha, Foto: Teófilo Mera. Colección privada.

Según la politóloga alemana Elisabeth Noelle-Neumann (1995), en la construcción de la opinión pública, cuando el individuo percibe que sus criterios no llegan a un consenso, casi siempre se expone al aislamiento social, lo que lleva a que en muchas ocasiones se guarde silencio frente a hechos relevantes en la construcción de imaginarios sociales; esta autocensura puede utilizar como válvula de escape la descalificación del medio de comunicación al dudar de su veracidad o simplemente ignorarlo, al no leerlo (Neumann, 1995, p. 51).



Fotografía 84. Portada del periódico El Guaitara de 1874, en su segunda época. Colección de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. (Sandoval, 2017).

Entre otros factores, el camino del comercio regional, nacional e internacional, es el vaso comunicante de las noticias; hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, dos terceras partes de la población era analfabeta y, por tanto, se quedaba por fuera de la lectura de los hechos importantes; según este autor, en las regiones se va creando una ontología y opinión pública oral, que poco conocemos, la noticia viaja a lomo de mula y es lenta, pero no impide la creación de imaginarios sociales por fuera del mensaje escrito, entonces, ¿cómo podemos explicar la estructuración de una opinión “realista popular” en el sur de Colombia, cuando una inmensa mayoría de su población era analfabeta?

La cultura de la reproducción escrita del lenguaje lleva implícita una red de imbricaciones simbólicas sobre el valor y la fuerza jurídica de crear imaginarios sociales y políticos a partir del documento tipográfico como un instrumento que perdura en el tiempo; frente a la volátil oralidad, lo escrito forma parte del acervo administrativo que generan los diversos compromisos de una sociedad cada vez con mayor complejidad burocrática y que convierten el archivo en parte del expediente administrativo fundamental para su funcionamiento.

El origen de la imprenta de tipos móviles de Gutenberg (1450) se liga profundamente a la génesis de la modernidad y de la transmisión y libertad de pensamiento, además del surgimiento de la masificación de los medios escritos y el fortalecimiento de corrientes del pensamiento contrapuestos a la posición oficial de las monarquías y la Iglesia; Lutero es el mejor ejemplo para esto, cuando

convirtió a la *Biblia*, de un libro sagrado a un motivo de discusión política y reformista.

La primera imprenta, a Colombia, la trajeron los jesuitas a mediados del siglo XVIII, en el año de 1738, cuando solicitaron a las autoridades coloniales un permiso para su funcionamiento; al ver su importancia para el buen funcionamiento del Estado, el virrey Antonio Flores contrató al impresor gaditano Manuel Espinosa de los Monteros; en 1787, se publica el primer libro *El Cristo paciente*, impreso en la Imprenta Patriótica de Antonio Nariño; en vez de papel, se imprimió en cuero de origen caprino y ovino. (Bastidas, 2011, p. 154)

Para mediados del siglo XIX, casi todas las ciudades importantes del país tenían una imprenta, como indicador del progreso y de asemejarse al referente cultural de la época, Inglaterra. En algunos de estos talleres surgió la prensa liberal y contestataria del país y fueron también la cuna de diarios centenarios, como *El Espectador*, en Medellín.

En el sur y, en general, en Colombia, el movimiento proindependen1queñas y artesanales imprentas; a Pasto ingresó en el año de 1837, en manos de un contestatario, artesano y analfabeta, llamado Pastor Enríquez, quien la realizó en su totalidad en tipos de madera, como nos lo relata el historiador Sergio Elías Ortiz:

... Construyó una imprenta de madera, la primera en Pasto, que fue como si nuevamente la inventase, si se tienen en cuenta los escasos medios de que podía disponer para una empresa de tales proporciones, sin contar con que Enríquez jamás había salido de las goteras de su ciudad

nativa, y no tenía, por consiguiente, la menor idea de lo que pudiera ser la maquinaria de una imprenta; solo conocía la parte material de los libros y periódicos que venían de fuera, nada más. En cambio, le tenía un grande amor a su pueblo y se propuso dotarlo, cueste lo que costase, de un elemento de civilización de que ya gozaban, desde hacía mucho tiempo, las ciudades rivales de Pasto: Quito y Popayán. (Ortiz, 1928, p. 227)

En 1872, Agustín Ramírez, exmilitar de los ejércitos de José María Obando, militante del liberalismo radical, establece una imprenta en Pasto, con el fin de difundir las propuestas de su partido y como respuesta a la pérdida de poder y del manejo de la imprenta del Colegio Académico, que quedó en manos de los conservadores, en la revuelta de 1870 contra Pedro Marcos de la Rosa, pero, además, por la necesidad de difundir las ideas del directorio regional del liberalismo, que:

Abogaba por la consolidación del federalismo, la formalización de la instrucción pública, la separación de la Iglesia y el Estado, la abolición de la esclavitud, el librecambismo y la disminución de los ejércitos en los nueve Estados que conformaban la Confederación Granadina. (Sandoval, 2017, p. 39)

Ramírez durante toda su vida se ligó a la imprenta y murió el 6 de mayo de 1893; días después de su muerte, la diócesis de Pasto emitió un boletín en que lamentaba su muerte y, supuestamente, se reconciliaba con el proceder político del impresor. Su taller funcionó muchos años más, manejado por sus parientes.



Fotografía 85. Portada del periódico La Unión Liberal, de 1884. Colección de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. Fuente: Cuadernos tipográficos, 2017.

En 1872, surge la Imprenta Ramírez, como la más importante de la región, enfocada más a la impresión comercial que a la política, aunque en sus instalaciones se imprimían periódicos y volantes agitacionales, tanto del Partido Liberal como del Conservador; por otra parte, en la imprenta del Colegio Académico, Alejandro Santander editaba su periodo el *Sur Liberal*; en 1876, el obispo importa de Francia su propia imprenta y edita el libelo *El Católico*; en 1882, se edita *El Termómetro*, periódico del Partido Liberal del Sur.

Según Sandoval (2017):

La dimensión del conflicto llevó a que una ciudad de diez mil habitantes, la gran mayoría de ellos analfabetos, tuviera en funcionamiento cinco imprentas al mismo tiempo. En esas condiciones, las ventas no podían más que cubrir los costos de producción. De hecho, Edouard André (1971), un naturalista francés que llegó a Pasto en 1876 en una exploración botánico-hortícola por la Cordillera de Los Andes, señalaba en su descripción que el ramo de la impresión en la región no era una industria floreciente. (p. 44)

Con la expedición de la Constitución de 1886 y el inicio de la “Regeneración”, los periódicos e imprentas de origen liberal en Pasto se confiscaron o los obligaron a que se vendieran a propietarios conservadores; en 1887, surge *El Precursor*, de tinte conservador, de tinta conservadora en la medida en que el proyecto político del presidente Rafael Reyes se fue consolidando.

Por tanto, el inicio de la tipografía y la prensa escrita, antes que un buen negocio, casi siempre se enmarcó en el gran debate político nacional de mediados del siglo XIX, con la aparición del liberalismo en el sur de Colombia, pero también llegó a su fin con su pérdida de poder, a partir del surgimiento de la “Regeneración” conservadora; curiosamente, muchos de los obreros y operarios de estas tipografías eran analfabetas (Sandoval, 2017), lo mismo que la inmensa mayoría de sus habitantes; las élites que luchaban y/o manejaban el poder, trataron de crear opinión pública a través del discurso escrito, como las obras débiles leyes de la libertad de prensa, donde participaban los diferentes actores que, en el siglo XX, iban a lograr un gran protagonismo: la Iglesia, los partidos políticos y la vida académica de la ciudad.

Con el surgimiento de un grupo fuerte de intelectuales, la actividad del periodismo y la imprenta se torna un referente social y comunicacional indispensable; aparece, entre otras, la revista, como un formato popular de información; ese es el caso de la *Revista Ilustrada* (1899), *Odeón* (1909), la revista *Ilustración Nariñense* (1924), revista *Azul* (1925), *El Progreso Nariñense* (1937), *Anhelos* (1944), *Revista Amerindia* (1952); todas estas publicaciones revelan la vida social y los hechos de ese tiempo y constituyen un buen reflejo del desarrollo social de los nariñenses; su recurso gráfico es el texto, acompañado profusamente por fotografías que refuerzan los artículos periodísticos, para ambientarlos en el tiempo.



Fotografía 86. Portada del periódico El Termómetro de 1882. Colección de la Biblioteca Nacional. Fuente: Cuadernos tipográficos, 2017.

LA IMPRENTA DESPUÉS DE LA GUERRA

A comienzos del siglo XX, tras el desastre de la guerra de los Mi Días, con la consolidación de una élite conservadora victoriosa apoyada por la poderosa Iglesia católica, con la creación del departamento de Nariño surge también la Imprenta del Departamento, que inicialmente serviría para la impresión y diseño de la papelería administrativa de esta entidad territorial y la liberaría de depender de los impresores particulares, muchos de ellos militantes liberales (Plazas, 2017, p. 37).

Esta imprenta, importada desde Europa, incluye un taller de diseño gráfico, que eleva la calidad del mensaje al incluirle, por primera vez, imágenes al texto escrito, lo que enriquece su lectura, pero, también, profundiza en el mensaje simbólico de sus páginas.

En los primeros años del postconflicto, el debate político, lentamente, va migrando de los campos de guerra y del púlpito a la palabra escrita (en que, en relativa tolerancia, se puede disentir y quedar con vida). Los “regeneradores”, ante la derrota de las ideas liberales y al crear el departamento de Nariño, se vieron en la necesidad de rediseñar su discurso político de enfrentamiento radical contra las élites liberales caucanas, y de la lucha nacional de los dos grandes bloques ideológicos, liberal-conservador, para crear un discurso regional que cohesionara las élites locales en torno a su origen, a un pasado ilustre que validaba la propiedad de su riqueza agraria, que llegaba a su mayoría de edad no solo por la vía de las armas, sino también por la vía de la razón histórica, en la reconstrucción ideológica de una comunidad imaginada en torno a la expiación de su

apoyo al antiguo régimen realista antes que a la república (Oviedo, 2012).

Según el historiador Jairo Gutiérrez, en la lucha por la independencia se libraron varias guerras: una de ellas fue la de los “indios realistas” que, como en el caso del sur del país, fue mucho más intransigente que la lucha de sus castas dirigentes:

No hay que dejarse confundir por la apariencia monarquista de las rebeliones indígenas, pues esta pudo no ser más que el mascarón que ocultó el estallido de tensiones locales inveteradas y no resueltas. Según sus propias palabras, “la Iglesia y el rey no eran símbolos de conformidad, sino de resistencia”. (Gutiérrez, 2007, p. 26)

Por tanto, la construcción del concepto “realista”, en muchas ocasiones, ocultó las verdaderas contradicciones entre los propietarios de la hacienda colonial y la ambición por las tierras de indios, que tenían como base el Cabildo y el Resguardo indígena; primero la religión, segundo la política partidista y, por último, la conjunción de religión y política, lleva a que temporalmente el enemigo se trasladara al campo de las ideas políticas internacionales, como lo relativo a la expansión peligrosa de las ideas liberales y comunistas, como lo resumió magistralmente un anónimo párroco de Santander en 1919: “San José fue el primer conservador y satanás el primer liberal”; de esta forma, los avances de la ciencia y la tecnología eran actividades satánicas y perversas, frente a la armonía social que promovían las ideas religiosas, que serían un factor de alteración de una sociedad que, al no cambiar, mantenía en el tiempo sus privilegios y desigualdades, según Gutiérrez, para crear una comunidad corporativa cerrada (Ibíd.).

Arthur Whitaker y David Jordán (1996) definen una tipología de nacionalismo para este arquetipo de sociedades agrícolas, como un nacionalismo rural tradicional y nostálgico, que tiene como característica principal el aislacionismo frente al flujo de ideas mucho más universales y cambiantes de un mundo externo que la amenaza; en este caso, Europa.

Por lo tanto, uno de los grandes logros de la imprenta a comienzos del siglo pasado fue la divulgación del mito de Agualongo, como un elemento indispensable del “nacionalismo nostálgico local”, alimentado desde el *Boletín de Historia* de la Academia Nariñense de Historia y la publicación de textos en la Imprenta Departamental, cuyo director, Rafael Delgado, a su vez era propietario de la revista *Ilustración Nariñense*, una de las publicaciones más exitosa en divulgar el “modo de vida” de la élite social regional; así, estos tres proyectos editoriales marcaron la creación de imaginarios y del nacionalismo nostálgico durante buena parte del siglo XX.

LA REVISTA ILUSTRACIÓN NARIÑENSE

De todas las publicaciones surgidas a finales del siglo XIX y comienzos del XX, de lejos se destaca la revista *Ilustración Nariñense*; esta revista es la que mejor representa la vida social y el pensamiento político de la clase señorial en el sur de Colombia, como lo expresa su editor y propietario Rafael Delgado, en la nota editorial del primer número, en el año 1924:

Abrigamos la irme esperanza, de que Ilustración Nariñense, a semejanza de otras revistas que circulan en regiones que disfrutan de más renombre de progreso y cultura que la nuestra, no cejará en la noble empresa que se propone de aportar su contingente para el progreso moral y material de esta sección de la patria colombiana. Expresado el ideal que se propone conseguir esta publicación, ofrece sus páginas a los intelectuales del departamento que quieran colaborar con escritos de interés general, que versen sobre los tópicos indicados. (Delgado, 1924, p. 1)

Como novedad, la revista incluyó la fotografía como parte de su estructura editorial, debido a la importación de un taller de fotograbado desde Alemania, para la poderosa Imprenta del Departamento; en la segunda gobernación de Julián Bucheli (1918-1922), para el funcionamiento del taller gráfico se contrató al español José Jordá y, posteriormente, lo dirigió el mismo Rafael Delgado.

Como lo reseña María Teresa Álvarez (2016):

Entre los colaboradores más asiduos se encuentran los sacerdotes Arístides Gutiérrez (1862-1938), Samuel Delgado Ch. y Alejandro Ortiz López y los religiosos Hermanos Antonio de Padua y Anacleto. Los tres primeros, muy cercanos a los aspectos literarios, participaron como jurados en los concursos convocados por la revista y escribieron acerca de jerarcas de la Iglesia católica o personas afines a ella. Abogados dedicados a la política como Federico Puertas, Manuel María Rodríguez (1868-1935), Ángel María Guerrero (¿-1934), José Elías del Hierro (1905-1991) y Olegario Medina tuvieron presencia frecuente con artículos acerca de la situación y

el desarrollo de Nariño. Otros, como Roberto Hinestrosa, escribieron sobre el Ferrocarril del Pacífico. (p. 273)

Todos ellos eran miembros activos y excelsos de la clase señorial y destacados miembros del Partido Conservador, lo que llevaba a que la revista incluyera, además, noticias del cotilleo y de los principales acontecimientos sociales; en esta revista se publicaron fotografías de Teófilo Mera y de los estudios fotográficos locales. Se populariza por primera vez el modo de vida no solo de la sierra, sino también de la Costa del joven departamento de Nariño, pues su diseño coincidía con el espíritu romántico de la “bella época” y de la difusión de la imagen y la forma de vivir de la élite conservadora del sur del país.

PERIÓDICO *EL DERECHO*

En 1928 del siglo pasado, se funda el periódico *El Derecho*, primero como semanario y luego como diario, de orientación conservadora; es el medio que introduce el periodismo escrito permanente en el departamento de Nariño; se imprime en una rústica imprenta manual a una sola tinta; fundado por el patriarca y dirigente conservador José Elías del Hierro y su equipo de colaboradores: Jesús Absalón Martínez, Carlos Moncayo Quiñones, Carlos L. Pabón, Rogerio Córdoba, Efrén Osejo Peña, Aurelio Caviedes Arteaga, Luis Eraso Sarasty, Carlos G. López, Alfonso Rodríguez, y Fernando Ortiz. Según su fundador, el eslogan era: “El Derecho, un periódico de Ideas”, en que se manifestaba, desde el primer número de lanzamiento, ser un agente de formación de opinión regeneracionista, pues “El verdadero papel del periodismo actual se cristaliza en el afán de formar entre sus lectores una agrupación ideológica

para conducirla con tino y seriedad al estudio y compromiso de los asuntos de interés general” (Tello, 2020, p. 2).

Internamente, el periódico tenía, entre otras, estas secciones: el editorial, correspondencia telegráfica, Orientación Pedagógica, Página Histórica, Alegría de escribir, Información Universal, Jurídica, página literaria y apuntes Sociales; el número de ejemplares era reducido (cerca de 3.000 ejemplares diarios) y casi siempre circuló exclusivamente en los municipios cercanos a Pasto; por los problemas de transporte y costos, su presencia en la Costa fue intermitente, pero influyente.

La aparición de este periódico nos indica los cambios que, aunque lentos, se estaban dando en la región; por la necesidad de informar a sus lectores sobre los principales acontecimientos políticos y sociales que se generaban en la región y el país, en sus páginas se publicaban las empresas de carácter estatal y algunas casas comerciales, que se hallaban presentes en Nariño.

En 1980, sale a la luz la primera edición de *Diario del Sur*, de orientación liberal, que se imprime en máquina offset y, como novedad, trae la impresión de fotografías en color; su circulación y cubrimiento opacó al viejo diario *El Derecho*, que dejó de circular en 1990.

EL BOLETÍN DE HISTORIA DE LA ACADEMIA NARIÑENSE DE HISTORIA

El otro dispositivo de creación de imaginarios locales, fue el Centro de Historia de Pasto (CHP), fundado en el año 1909 y creado por Acuerdo No. 1 de la Academia de Historia de Colombia (AHC), como parte de una organización nacional de centros que tuvieran como objetivo principal

la reconstrucción de la Historia de la República, a partir de la visión “regeneradora” de sus miembros; según la investigadora María Teresa Álvarez:

El proyecto filosófico-político del CHP, se proponía propiciar el cultivo de las humanidades, la historia regional y las letras dentro de la conservación de los valores tradicionales, reforzar la historia oficial como estaba previsto que lo hicieran las Academias y Centros de historia, profundizar en el proceso histórico la emancipación de América respecto al sometimiento español y revisar la historia independentista. (Álvarez, 2001, p. 128).

Desde su fundación, formó parte lo más granado de la intelectualidad del departamento de Nariño, que representaba a todo tipo de profesiones: ingenieros, abogados, profesores, sacerdotes y autodidactas; entre otros autores, se señalan: Fortunato Pereira Gamba, José Rafael Sañudo, el presbítero Benjamín Belalcázar, Ildefonso Díaz del Castillo (presidente del Centro de Historia), Daniel Zarama, Justo Guerra, Ángel María Guerrero, Gustavo S. Guerrero, Arístides Gutiérrez, el sacerdote Eliseo Villota y Jorge Buendía.

Según el historiador Jorge Orlando Melo (1979):

Estos caracteres tradicionales de la historiografía se reforzaron durante las primeras décadas del siglo XX, en especial bajo la tutela de un cuerpo destinado principalmente a la preservación y conocimiento de las tradiciones del país: La Academia de Historia, el *Boletín de Historia y Antigüedades*., (p. 21)

Aunque el mismo autor reconoce que:

La academia realizó una importante tarea erudita, sobre todo por medio de las publicaciones de varias colecciones de gran interés y utilidad.

Estos sectores académicos conciben a la Historia

Como un conocimiento eficaz, moralizante y ejemplar, cuya función principal es despertar, en sus electores y estudiantes, sentimientos patrióticos y de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras, las cuales pueden atribuirse mayor influencia en la conformación de las instituciones básicas del país. (Melo, 1979, p. 21)

Aunque sus intelectuales se caracterizaron por la diversidad de sus profesiones y orígenes sociales, su punto de encuentro era la identificación sobre la concepción de la construcción ideológica del Estado nacional, que surgía tras su victoria en la guerra civil de comienzos del siglo y que, con la creación del Departamento, su élite, supeditada a la poderosa Popayán, se sintió por primera vez libre y responsable de expresar su concepción conservadora y regeneradora de una sociedad que no había asimilado totalmente las causas de su derrota ante las tropas libertadoras y tampoco había asumido el liderazgo político y administrativo tras la victoria de la guerra de los Mil Días, y que veía con grandes recelos el avance de la modernidad y de sus consecuencias sociales: la fundación de la Universidad de Nariño y la consolidación del Partido Liberal, especialmente en regiones fronterizas con el Ecuador, como fueron las comunidades indígenas de Ipiates y Cumbal, la costera Barbacoas y Tumaco y el ingreso de personalidades de su élite, como Alberto Montezuma Hurtado (1906-1987) al liberalismo.

La Academia de Historia y su arma arrojadiza el *Boletín de Historia*, impreso en la Imprenta del Departamento, en el que sus autores publicaban referencias a los hechos más relevantes para reafirmar sus logros en el poblamiento de la región y su vinculación con España, como metrópoli colonial, y donde se pretendía decodificar el relato sobre la construcción del Estado nacional; este *Boletín* se convirtió en la caja de resonancia para la creación de nuevos mitos sobre el acontecer histórico de la región, con relatos que giraron en torno a la conquista, la genealogía, la fundación de ciudades, la filología y sucesos de la independencia; en este último tema, se polarizan los estudios en torno a dos protagonistas, Simón Bolívar y Agustín Agualongo: al primero se le da un tratamiento de un sujeto externo, dañino, que vino a alterar a una sociedad perfecta, armónica y en paz y, al segundo, lo tratan como el representante de la sociedad pastusa frente a los abusos de los revolucionarios.

Esta publicación, durante trece años (1927-1940), fue el referente cultural más importante, que moldeó el imaginario histórico y social del sur del país; su interés, antes que económico, fue mantener en el tiempo a una sociedad con altos principios conservadores, que se resistía a que la conocieran, con una élite política que se reproducía endogámicamente a partir de su aislamiento y el poder de la Iglesia sobre el sentimiento de sus pobladores; la gobernación, antes que una entidad territorial para el avance de sus habitantes, se había convertido en el centro de la agitación del pensamiento regeneracionista, como lo señala Zalamea, citado por Álvarez, en su visita a la ciudad de Pasto:

En ninguna parte de la República es quizá tan grande el problema educacional y tan perentoria y grave la

necesidad de entrar a resolverlo. Sobre Nariño ha caído con pesantez de montaña que no ha dejado movilizar los espíritus hacia las regiones de su propia concepción y grandeza, una oligarquía conservadora que se complació en mantener un estado de agresiva ignorancia y de sublevante estado de atraso, al campesinado y al obrero rural de esta sección. (Álvarez, 2010, p. 286)

Esta imagen sobre la marginalidad y el desgredo de una élite conservadora e “ilustrada” y un pueblo en la total ignorancia, como lo planteó Jorge Zalamea en su informe de la Comisión de Cultura Aldeana del Ministerio de Educación en los años treinta del siglo pasado, también la observamos en las fotografías de los viajeros y fotógrafos, el alemán, Martin Horst (1902-1962) y el norteamericano, Robert Pratt para las mismas fechas, sobre Nariño y la ciudad de Pasto, que se reproducen en este trabajo, además de los innumerables álbumes fotográficos de familia, en los que se pueden observar estas desigualdades sociales.

Entonces, tenemos que las imágenes, la palabra escrita y la imprenta fueron dispositivos de dominación y de exclusión que, en nombre de la derrota o la victoria de sus élites, funcionaron como arma arrojadiza para justificar las desigualdades contra un pueblo al que, empobrecido en todos sus niveles, le correspondió, a finales del siglo XX, emprender una ardua, pero eficaz lucha cívica por mejorar sus críticas condiciones de vida, a partir del surgimiento de su clase media y del ingreso de las ideas libertarias y progresistas desde los claustros universitarios, que han estremecido su estructura social y política, al modificar el poder local y desplazar a los partidos políticos tradicionales.

Así, con el surgimiento de esta clase media y su ingreso, en la cada vez más renovada Universidad de

Nariño, con la ampliación de su oferta educativa y el ingreso masivo de estudiantes de todo el Departamento y algunos del resto del país, la conexión de su territorio por la construcción de la nueva vía Panamericana y de la vía al Mar, la presencia de la televisión y la radio nacional, el ingreso de las ideas modernizadoras y progresistas que empiezan a difuminar los imaginarios moralistas de la regeneración, hoy Nariño está más cerca de un cambio generacional que garantice el sueño del gobierno de La Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo en el espíritu de la Comisión Aldeana de superar los efectos nocivos de la “Regeneración” conservadora y sus nefastos efectos que tuvo sobre el bienestar y la educación de los habitantes del sur de Colombia, hoy nos corresponde recrear nuevas propuestas para la consolidación futurista de una comunidad imaginada excluyente a una comunidad histórica crítica.



Fotografía 87. Tarjeta conmemorativa del político conservador Caucaño Julio Arboleda (1817-1862), asesinado en Berruecos, Nariño. Fue un esclavista, escritor, abogado, periodista, poeta, comerciante, miembro del Partido Conservador Colombiano.



Fotografía 88. Cantaoras, Tumaco, 2019. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

6

CONCLUSIONES

El actual departamento de Nariño lo poblaron, hace más de tres mil años, unas corrientes migratorias provenientes de la Costa del norte y centro del Ecuador, pero también en sus tierras altas unas migraciones periódicas desde la Amazonía. Sus características geográficas, de empinadas montañas y rústicos y peligrosos caminos, influyeron en el desarrollo de una sociedad económicamente autárquica y pobre, que hizo del aislamiento con el resto del país y en su propio territorio parte de su formación de imaginarios sociales y, en muchas ocasiones, se ha utilizado como una herramienta de dominación.

En lo geopolítico, siempre ha sido frontera, al formar parte del límite norte del Imperio Incaico, el Tahuantinsuyo, a comienzos del siglo XVI, tras la derrota de las comunidades Caranquis, en la actual provincia de Imbabura, por parte del inca Huaina Cápac, que visitó el sur de Colombia y lo incluyó como parte de su Imperio.

En las tierras altas, la comunidad Pasto fue la más numerosa, gobernada por una élite de comerciantes, denominados mindalas, que extendieron sus redes de intercambio hacia la Amazonía y la costa pacífica; en su numeroso acervo arqueológico se observa que a su

imaginario fundante lo influían con fuerza la flora, la fauna y las comunidades amazónicas.

Su poblamiento se realizaba en colonias extraterritoriales que servían de punteras para el inicio de nuevas rutas comerciales; su apropiación agro-ecológica tenía como componente básico el aprovechamiento de los múltiples nichos de microclima, para diversificar sus cultivos en espacios relativamente de corta distancia, lo que el antropólogo John Víctor Murra (2002) denominó la microverticalidad.

En las tierras bajas del Pacífico, la ocupación de territorio se da en lo que hoy se ha denominado comunidades pre-estatales de tribus y aldeas; su poblamiento ha girado en torno a la explotación de los recursos marinos generados por la riqueza de la corriente de Humboldt y por la captura y comercialización del caracol *spondylus*, endémico de la zona, que sirvió de moneda en las diferentes culturas del Ecuador y Perú y Centroamérica.

En el departamento de Nariño, la conquista fue desigual y, en contravía del norte del país, abundante en grandes ríos, se realizó a pie en dirección sur-norte; las primeras tierras pobladas por los españoles estuvieron en los pequeños valles interandinos de ricos suelos volcánicos.

La fundación de la ciudad de San Juan de Pasto (1537), y de diversos y pequeños centros urbanos, que giraban en torno al establecimiento de la hacienda y de las minas de oro, caracteriza su poblamiento, y fue uno de los inicios de su mestizaje cultural y de la creación de un imaginario mestizo propio, que va a definir al Departamento hasta el día de hoy.

Por lo tanto, el proceso de creación de imaginarios locales y de la conformación del Estado nacional se puede considerar como un proceso de transformación permanente de la identidad sociocultural, en el tiempo y en el espacio, de un determinado grupo humano, al tomar en cuenta sus propuestas: económicas, ideológicas, políticas y hasta, en ciertos casos, su ubicación y dificultades de comunicación geográficas que, en el tiempo, se expresan en unas variantes cohesionadoras endógenas y, en algunas ocasiones, incestuosas de desarrollo: ¿cómo pretendemos vernos?, y exógenas, ¿cómo queremos que nos vean? Para ello se reinventa un pretérito a partir del cuestionamiento ideologizado de la reinterpretación histórica y, por tanto, se crean las condiciones de nuevos relatos historiográficos, para reinventar su pasado para que se pudiera justificar su presente y la creación de imaginarios futuros; respecto a ello, debemos demarcar un contexto espacio-tiempo para “reinterpretar” los sucesos históricos incómodos, como, por ejemplo, justificar la pérdida de la monarquía debido a la maldad infinita del vencedor y no las propias limitaciones estratégicas o tácticas para ejercitar el arte de la guerra.

Para ello, metodológicamente, debemos reconstruir los principales hechos a partir de propósitos ideológicos muy definidos y contrarios al principio weberiano de la “neutralidad valorativa”, que constituye su argumento central para la construcción de tipos ideales que

desarrollasen la unidad de análisis por fuera de las intenciones del investigador; por tanto, la pasión es parte importante del relato en formación e invención de identidades socio-culturales, que tratan de diferenciarse a partir del tránsito desde una comunidad histórica hasta una comunidad imaginada.

Estos elementos los aprovechan sus élites gobernantes para mantener dentro de ciertos límites políticos a la sociedad que se pretende dominar, al ponerlos en la dicotomía de la seguridad de lo histórico, frente a las dudas y la desconfianza en el futuro.

Por tanto, esta etnogénesis es un proceso dinámico de creación y transformación de la identidad sociocultural de cada grupo humano, en el espacio y en el tiempo, desde necesidades económicas, determinaciones geográficas y decisiones políticas. Un proceso acumulativo de construcción, endógena (cómo pretendemos vernos), o exógena (cómo pretenden vernos) de la realidad identitaria de comunidades que: 1) consideramos diferenciadas en el pasado, al “inventar” historiográficamente sus rasgos definitorios principales a partir de determinados vestigios materiales, raíces lingüísticas o manifestaciones culturales; 2) ligamos a élites político-sociales que “inventan”, paulatinamente, identidades socioculturales sobre ciertos elementos etnolingüísticos distintivos, para reordenar colectivos dentro de ciertos límites o condicionantes geográficos; 3) comparamos desde el presente de forma específica, al “inventar” su devenir desde el cambio o la continuidad; y 4) localizamos en un contexto espacio-temporal, al “inventar” lugares, periodos y fenómenos que los dotan de singularidad, cuando se rastrear entre los hechos y los mitos (Riquelme, 2017).



Fotografía 89. Conjunto coreográfico, carnaval de negros y blancos, Pasto, Nariño, 2020. Foto: Ricardo Oviedo Arévalo.

En el periodo colonial, este territorio es un cruce de caminos obligado entre la gobernación de Popayán y la presidencia de Quito y, a comienzos del siglo XIX, un escenario intenso de guerra en la etapa de la independencia; estos factores van a influir directamente en la formación de una élite que busca su propio camino para diferenciarse ideológicamente de la dirigencia de estas dos ciudades, lo que reafirma sus compromisos clientelares y políticos con la estabilidad de un régimen colonial que había permitido su sobrevivencia a partir de la fuerte influencia eclesiástica y de un aparato colonial que garantizaba tierras y privilegios económicos a los hacendados y las autoridades indígenas y la sostenibilidad en el tiempo de estas desigualdades económicas y sociales generadas por el régimen colonial y bendecidas por la poderosa e influyente Iglesia católica.

En contravía de las desconocidas expectativas políticas y económicas de los ejércitos patriotas, que tenían como lema central la creación de nuevas ciudadanías en torno a los conceptos de modernización emanados de la Revolución Francesa de 1789 y que amenazaban los privilegios generados por siglos de régimen colonial, llevan a que la defensa de la monarquía fuese una parte importante de su sobrevivencia.

Por su importancia geoestratégica, Pasto y sus alrededores se convirtieron en un álgido escenario bélico, no solo rural, sino urbano; ante la pérdida de la guerra, sus élites no pasaron por un periodo de expiación y autocrítica constructiva que permitiera vincularse activamente a la creación del nuevo Estado nacional; al contrario, la influencia de la Iglesia católica, que prácticamente se

mantuvo en guerra contra la república hasta comienzos del siglo XX, llevó a que surgiera una élite intelectual ligada a los principios e imaginarios religiosos de lo que debería ser una república confesional, clasista e intolerante, que debía permanecer en la “armónica” sociedad colonial y su obediencia franciscana respecto a sus desigualdades.

Con la victoria de los conservadores en la llamada guerra de los Mil Días, y con la creación del departamento de Nariño y su Universidad, surgen unas nuevas expectativas de progreso y gobernabilidad, al ser los nariñenses, por primera vez, dueños de su propio destino; por tanto, se desamorra todo tipo de expectativas intelectuales; casi todas ellas se agrupan en torno a la creación de la Academia Nariñense de Historia, en la que se establece un gran esfuerzo para reinterpretar las bases fundacionales e ideológicas en las cuales se asienta la creación de cualquier Estado nacional, a partir de su narración histórica como génesis de grandes metarrelatos que crean una conciencia de lo nacional, que unifica y valida el Estado frente al ciudadano para que formara parte de los símbolos de la nacionalidad.

Los intentos de crear este nuevo discurso recurren, como referentes teóricos, a la experiencia académica de la llamada “Edad del Bronce”, en que se concibe a la Historia:

como un conocimiento eficaz, moralizante y ejemplar, cuya función principal es despertar, en sus electores y estudiantes, sentimientos patrióticos y de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras, las cuales pueden atribuirse mayor influencia en la conformación de las instituciones básicas del país. (Melo, 1979, p. 21)

Aunque la Universidad no fue el polo aglutinante de la élite intelectual, sirvió para acercar la región a los cánones académicos tradicionales de lo que Weber denominó la ética religiosa y optó, desde un principio, por las carreras liberales como el Derecho, la filosofía y, posteriormente, las Licenciaturas; el intento de crear una Facultad de Ingeniería fracasó ante las dificultades de encontrar docentes para sus cátedras especializadas.

Pero la Universidad de Nariño va a ser un factor importante en el “desencantamiento” del mundo “regenerador” que había prevalecido en buena parte de la historia del departamento, al ser una fuente inagotable del debate político progresista y de izquierda a partir de los años 60 del siglo pasado.

La Gobernación, desde su inicio, acogió la ideología conservadora como fuente de su origen; la élite triunfante en la guerra de comienzos del siglo pasado, se tornó más intolerante y segregacionista; aunque fue incapaz para desarrollar propuestas políticas en el Congreso de la República, para sacar del atraso a la región, desde su imprenta surgieron los medios de comunicación, revistas, periódicos y libelos, que difundieron las ideas conservadores para la reinterpretación de la Historia, la disciplina y el buen comportamiento ciudadano, y fue el arma arrojada de su clase señorial para validarse frente a los grandes cambios nacionales que estaban ocurriendo con la pérdida de la hegemonía conservadora.

Por ser Nariño un territorio fronterizo, la fotografía ingresó temprano por diferentes vías: Barbacoas en el

Pacífico, vía carretable con Quito y Guayaquil, además de los diversos aventureros, académicos y fotógrafos extranjeros provenientes de Bogotá que dejaron plasmada en sus placas la vida cotidiana de la ciudad y su área de influencia; desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, aparecieron diversos estudios fotográficos, pero, de lejos, el más influyente por la calidad de sus trabajos y la biografía de su autor es el ipialeño Teófilo Mera, autodidacta, dibujante, docente, liberal y pastor evangélico, que recrea en su estudio los sueños de una sociedad que quiere romper la jaula teocrática impuesta y recrea el romanticismo de la “bella época” europea, al conectar a sus clientes con un mundo lejano a partir de la imagen generada por pocos abalorios escenográficos, buen manejo de la luz y de la lente de su poderosa cámara fotográfica alemana de madera, con un potente cañón que potenciaba a sus clientes, casi todos provenientes de las sociedades hacendatarias del sur de Colombia y el norte del Ecuador.

Tenemos entonces, que el manejo del relato histórico, del discurso escrito y de los medios de producción gráficos, se convirtió en pesadas estructuras de dominación y de creación de imaginarios sociales; estos dispositivos justificaron y/u ocultaron la incapacidad de su clase dirigente para interpretar la derrota independentista y gobernar tras la victoria republicana regeneracionista; de una sociedad que poco ganó en cualquiera de estos dos escenarios históricos, solo quedó por fuera de su brazo censor la cámara fotográfica, y su producto, la fotografía, que tiene como base las habilidades y propósitos

individuales del fotógrafo, antes que la maraña burocrática de sus instituciones.

Con la fotografía, también perdió la Iglesia católica el monopolio espiritual y de la imagen en el sur del país, y sus habitantes se aproximaron al mundo real a partir del disfraz y del manejo de la luz de un estudio fotográfico, acompañado de una poderosa cámara alemana de madera; la mirada crítica en blanco y negro de un humilde y excomulgado fotógrafo luterano, llevó a que se viera la fragilidad de la monotonía cromática de la teocracia, y en sus placas fotográficas retrató el futuro de Nariño y sus gentes.

Ocurrió como con las esculturas de otro humilde artista nariñense, el escultor Marceliano Vallejo, para que surgieran, de entre los sagrados altares, el cemento armado, la marmolina y los viejos rieles del ferrocarril de Tumaco, para proyectar la figura majestuosa de un Bolívar que emerge de la tierra para volar sobre los Andes, acompañado de sus valientes llaneros; por primera vez los símbolos de la República compartían los cielos con los santos, creados por las mismas manos de Vallejo; santos y demonios, es lo que nos acompañan hasta el día de hoy.

Para concluir se puede afirmar que por el carácter disímil, variopinto de sus actores e intereses, económicos, políticos y sociales, el termino de imaginario social no pueden ser definidos en una forma precisa y única como sucede en las ciencias empíricas- analíticas, se acerca más a la definición weberiana de “tipo ideal” (*idealtypus*), donde la define como una construcción mental (o “*Gedankenbild*”)

que tiene el carácter de una utopía epistemológica, que se construye a partir de la exageración de determinados elementos de la realidad como parafernalia instrumental para la hipótesis e investigación planteada, que aunque no existe en forma “pura”, en la realidad, es un instrumento valioso para poder interpretar dicho escenario como un texto sociológico (Oviedo y Villamarin, 2022).

En el espacio regional, es donde danzan a ritmo de son sureño, una realidad regional que enriquece y contradice un desarrollo nacional con un relato único y donde lo regional es invisibilizado, en muchas ocasiones, por meta relatos unificadores de élites centralistas y señoriales, la dura realidad de estos actores, convierte estos imaginarios sociales en relatos “porosos”, en una piel de incontables relieves con muchas aristas ideológicas y sociológicas, interpretados por un grupo de ilustres desconocidos: artistas díscolos, luteranos conversos, hispanistas nostálgicos, sacerdotes guerreros, escultores que enriquecen el relato libertador con sus hermosas esculturas de santos y héroes libertadores, además, por instituciones académicas que refuerzan los frustrados sentimientos regionales de cambio y por un pueblo que cada día con su lucha cívica nos recuerda como en el verso del poeta Machado, “caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Cimarrones, Nariño, noviembre 29 de 2022



7. REFERENCIAS

- André, E. (1971) *Geografía pintoresca de Colombia. La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX*. Bogotá: Litografía Arco.
- Abric, J. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. México: Coyoacán.
- Acevedo, J. (2007). Iglesia y Estado en la conformación política de la Nueva Granada. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 37(107), 509-529.
- Agudelo, C. y otros (1999). *Hacer política en el Pacífico Sur: Algunas aproximaciones*. Cali: Clacso.
- Álvarez Hoyos, M. T. (2001). Años estelares en la historia de la cultura de Pasto 1904-1911. *Revista Historia de La Educación Colombiana*, 3 (3 y 4), 119-134.
- Álvarez Hoyos, M. T. (2007). *Élites intelectuales en el sur de Colombia*. Pasto: Universidad de Nariño.
- Álvarez Hoyos, M. T. (2010). La Campaña de Cultura Aldeana y su impacto en la cultura nariñense. Pasto: Academia Nariñense de Historia.
- Álvarez Hoyos, M. T. (2016). Ilustración Nariñense, la revista cultural del sur de Colombia 1924-1955. *Historia y Memoria* (13), 257-297.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arciniegas, G. (1965). *El continente de los siete colores*. Barcelona: Sudamericana.
- Arciniegas, G. (1980). *América en Europa*. Bogotá: Plaza & Janes.
- Baeza, M. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Red Internacional del Libro.
- André, É. (1884). *América Pintoresca (Colombia-Ecuador)*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Appadurai, A. (2001). La modernidad desbordada. Montevideo: Trilce.
- Ares, B. (1989), *Revista de Indias*, Vol. 51 (193), 1991, 633-642
- Bastidas, A. (2011). *Aproximaciones a una valoración estético-tipográfica de la imprenta de Pasto de 1837 a 1940*. Pasto: Vicerrectoría de Investigaciones e Interacción Social, Universidad de Nariño.
- Bastidas, J. (2020). *Pasto 1940: fotografía de Horst Martin*. Editorial Julián Bastidas U.
- Bauman, Z. (2005). *La vida líquida*. Barcelona: Austral.
- Barthes, R. (1986). Retórica de la imagen. En: R. Barthes (ed.). *Lo obvio y lo obtuso Imágenes, gestos, voces* (pp. 29-48). Buenos Aires: Paidós.
- Barthes, R. (1998). *La cámara lúcida*. Paidós.
- Barthes, R. (2009). Lo obvio y lo obtuso. *Imágenes, gestos, voces*. Paidós.
- Baczko, B. (1999) Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas. Edición nueva visión.

- Becker, H. (2008). *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Berrío Meneses, C. M. (2013). La formación del Estado en Colombia y el origen histórico de su debilidad coercitiva. Algunas aproximaciones. *Ciencias Sociales y Educación*, 2 (3), 85-106.
- Betancourt, C. y García, C. (2004). *Conquista y Colonización de la isla de Cuba (1492-1553)*. Instituto de Historia de Cuba.
- Boletín Diocesano (1929), *Obispado de Pasto*, p. 135-136.
- Boletín Museo Nacional de Colombia (2005).
- Bonilla, V. M. (2019). *Siervos de Dios y amos de indios*. Editorial Universidad del Cauca.
- Bourdieu, P. (1979). *La fotografía un arte intermedio*. Nueva Imagen.
- Bourdieu, P. (1998). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2008). *El oficio del sociólogo*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2015). *Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada*. Siglo XXI.
- Broseta, S. (2002). *Las ciudades y la guerra 1750-1898*. Universitat Jaume I, Servei de Comunicació i Publicacions.
- Carretero, A. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social* [Documento en línea]. Disponible: <http://cervantesvirtual.com/>.
- Castells, M. (2005). Era de la información. Vol. II. *El poder de la identidad*. Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad* (Vol. 1). Tusquest Editores.
- Córdoba, L. (2013). Libro Azul Británico: Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo. *Journal de la Société des Américanistes*, 99-2, 1-5
- Carrera, G. (2003). *Historia de la América Andina* (Vol. 4). Universidad Andina Simón Bolívar.
- Chaves, M. (1983). *Desarrollo de Nariño y su universidad*. Tercer Mundo.
- Centro de Investigaciones y Educación Popular - Cinep (1998). *Colombia, un país de regiones*. Cinep, Colciencias.
- Cervera, C. (2019). El caudillo indígena que se enfrentó a los ‘anticristos’ independentistas de América al grito de ‘¡Viva España!’. *Periódico ABC*. https://www.abc.es/historia/abci-caudillo-indigena-enfrento-anticristos-independentistas-america-grito-viva-espana-201904040145_noticia.html#:~:text=Huachaca%20fue%20un%20humilde%20arriero,y%20ten%C3%ADa%20fama%20de%20irreductible.
- Cieza de León, P. (2005). *Crónica del Perú, el señorío de los incas*. Biblioteca Ayacucho.
- Colmenares, G. (1969). *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada: siglo XVIII*. Tercer Mundo.
- Cortés Guerrero, J. D. (2019). Condiciones de la Iglesia para apoyar la Independencia. *Periódico de la Universidad Nacional de Colombia*. <https://periodico.unal.edu.co/articulos/condiciones-de-la-iglesia-para-apoyar-la-independencia/>
- Correo del Orinoco (1818). Banco de la República, Biblioteca virtual.
- De Miguel, J. M. y Ponce de León, O. G. (1998), Para una sociología de la fotografía. *Revista española de investigaciones sociológicas* (84), 83-124.
- De Friedemann, N. (1974). Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología*, 16, 10-52.
- Delgado, R. (1924). Editorial. *Ilustración Nariñense*. Editorial Díaz del Castillo y Cía.
- Descola, P. (1988). *La selva culta: Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*. Abya-Yala.

- Deas, M. (1993) San Ezequiel Moreno: El liberalismo es pecado; El santo del V Centenario no aprendió que la esencia de la política es la concesión. *Revista Credencial Historia* (46). <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-46/san-ezequiel-moreno-el-liberalismo-es-pecado>
- Deas, M. (2017). *Del poder y la gramática, y otros ensayos, sobre la política y literatura colombiana*. Tercer Mundo.
- Del Valle Gastaminza, F. (ed.). (1999). *Manual de documentación fotográfica*. Síntesis.
- Del Valle Gastaminza, F. (2001). El análisis documental de la fotografía. *Cuadernos de Documentación Multimedia*.
- D'Olwer, L. N. (1963). *Cronistas de las culturas precolombinas*. Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, E. (2008). *Marx y la modernidad, Conferencias de la paz*. Rincón Ediciones.
- Duverger, M. (2012). *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económico.
- El Comercio. (2016). *Juan Montalvo y su destierro en Ipiales*. <https://www.elcomercio.com/tendencias/juan-montalvo-destierro-ipiales.html>
- El Tradicionalista (1871). Biblioteca, Universidad Nacional de Colombia.
- Etter, A. (1990). *Introducción a la ecología del paisaje*. Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
- Fals Borda, O. (1981). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Punta de Lanza.
- Fals Borda, O. (1996). *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*. Tercer Mundo Editores, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Fernández, S. (2022). Etnogénesis de los pueblos eslavos. Historia de un concepto identitario, entre hechos y mitos. La razón histórica, *Revista Hispanoamericana de las Ideas* (55), 76-102.
- Figuroa Salamanca, H. (2016). Monseñor Miguel Ángel Builes, un político intransigente y escatológico (1925-1950). *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 21 (1), 237-259.
- Freund, G. (2017). *La fotografía como documento social*. Gustavo Gili.
- Friederici, G. (1973). *El carácter del descubrimiento y de la conquista en América*. Fondo de Cultura Económica.
- Giménez, G. (2009). Cultura, identidad, memoria. Hacia una sociología de la cultura visual. *Frontera Norte*, p.17
- Giraldo, H. (2011). San Ezequiel Moreno Díaz: “El liberalismo es pecado”. El catolicismo ultramontano en Colombia. *Revista Criterio Libre Jurídico* (16), 33-45.
- Goff, L. (2005). *Pensar en la historia, modernidad, presente, progreso*. Paidós.
- González Cueto, D. y Vidal Ortega, A. (s.f.). *La fotografía como documento histórico. El rescate de la memoria visual del siglo XX en el Caribe colombiano*. Universidad del Norte.
- González, J. A. (1999). La foto-antropología, los registros gráficos y sus sombras teóricas. *Revista de Antropología Social* (8), 57-55.
- González, F. E. (2006), *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia (1830-1900)*. La Carreta.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. Grijalbo.
- Granda, O. (2010) *Arte rupestre en Colombia*. Editorial Travesías.
- Gruzinski, S. (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español*. Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, A. (1929). *Biografía del reverendo padre Francisco de La Villota*. Imprenta del Departamento.
- Gutiérrez Ramos, J. (2007). *Los indios de Pasto contra la república (1809-1824)*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Guamán Poma de Ayala, F. (1992). *Crónica de buen gobierno*. Siglo XXI.

- Habermas, J. (1986). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Editorial Gustavo Gili.
- Hall, S. y Du Gay, P. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu Editores.
- Hall, S. (1999). Identidad cultural y diáspora. En: S. Castro-Gómez, O. Guardiola-Rivera, C. Benavides (eds.), *Pensar (en) los intersticios: teoría y práctica poscolonial* (pp. 349-361). Pensar.
- Harvey, D. (2000). *Espacios de esperanza*. Akal.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Hernández Moreno, J. (2016). La modernidad líquida. *Revista Política y Cultura* (45), 279-282.
- Hernández Patiño, H. (2014). Entrevista a Malcom Deas, Profesor Emérito del St Antony's College, Universidad de Oxford, Reino Unido. *Revista de Historia Local y Regional* 6 (12), 445-455.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983). *La invención de la tradición*. Editorial Crítica.
- Jaramillo, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Temis.
- Jurado, F. (1990). *Esclavitud en la costa pacífica, Iscuandé, Tumaco, Barbacoas y Esmeraldas, siglos XVI al XIX*. Ediciones Abya-Yala.
- Lander, E. (2005). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Larraín, H. (1980). *Cronistas de raigambre indígena*. Instituto Otavaleño de Antropología.
- Linch, J. (1976). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Ariel.
- Londoño, P. (1985). Pasto a través de la fotografía. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 22 (05), 48-60.
- López Medel, T., Solano, F. y Ares Queija, B. (1989). *Visita de la Gobernación de Popayán, libros de tributos (1558-1559)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- López Domínguez, L. H. (1992). Santander y la educación: los colegios republicanos, una herencia perdurable. *Revista Credencial Historia*. (28). <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-28/santander-y-la-educacion>
- López de Mesa, L. (1970). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bedout.
- Lotman, I. M. (2002). El símbolo en el sistema de la cultura. *Revista Forma y Función* (15), 89-101.
- Madariaga, S. (1975). *Bolívar* (Tomo I). Espasa-Calpe.
- Mantilla, L., (2010), El ideario de las órdenes religiosas en la Independencia de Colombia. *Revista Credencial Historia* (248). <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-248/el-ideario-de-las-ordenes-religiosas-en-la-independencia-de-colombia>.
- Mayor Mora, A. (1989). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Tercer Mundo Editores.
- Melo, J. O. (1979). Los estudios históricos en Colombia: Situación actual y tendencias predominantes. En J. O. Melo. (Ed.), *Sobre Historia y Política* (15-41). La Carreta.
- Melo, J. O. (1999). Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial. *Revista de Estudios Sociales* (4), 9-22.
- Meneses, J. P. (2015) *Una vuelta al tercer mundo: La ruta salvaje de la globalización*. Editorial Penguin Random House.
- Montalvo, J. (1898). *Lecturas de Juan Montalvo*. Escuela de Artes y Oficios.
- Montalvo, J. (2022). *La pluma de fuego de Juan Montalvo: sus mejores prosas [seguidas de algunos inéditos]*. Fundación Ignacio Larramendi.

- Mora Arboleda, C. (2021). Novenas y religiosidad popular en la independencia de Colombia. *Revista Cuestiones Teológicas*, 47 (107), 062-077.
- Montenegro, A. (2002). *Una historia en contravía: Pasto y Colombia*. Editorial el Mal Pensante.
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa.
- Mraz, J. (1985). Historia de la fotografía. Particularidad y nostalgia, *Revista Nexos* (91).
- Mraz, J. (1992). Más allá de la decoración: Hacia una historia gráfica de las mujeres en México. *Política y Cultura* (1), 155-189.
- Murra, J. V. (2002). *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Múnera, A. (1998). *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Banco de la República y Áncora Editores.
- Neumann, E. (1992). *El nuevo espacio público*. Gedisa.
- Neumann, E. (1995). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Paidós.
- Ocampo López, J. (2001). Los orígenes oficiales de las universidades republicanas en la Gran Colombia, 1826-1830. *Revista Historia de la Educación Colombiana* 3 (3 y 4), 27-44.
- Onffroy de Thoron, E. (1983). *América Ecuatorial*. Editorial Gallo Capitán.
- Ortiz, S. E. (1928). La imprenta en el occidente colombiano. *Boletín de Historia*. Vol. 8. Banco de la república.
- Ortiz, S. E. (1935). *Sobre la imprenta y las publicaciones del sur de Colombia durante el siglo XIX*. Imprenta del Departamento.
- Ortiz, S. E. (1974). *Agustín Agualongo y su tiempo* (Volumen 61). Banco Popular.
- Ospina, W. (2009). *Calidoscopios de la identidad*. Fundación el Libro Total.
- Ospina, W. (2020). Miguel Antonio Caro y los caimanes. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/william-ospina/miguel-antonio-caro-y-los-caimanes-column/>
- Ots Capdequi, J. M. (1982). *El Estado español en las Indias*. Fondo de Cultura Económica.
- Oviedo Arévalo, R. (2002). *Los comuneros del sur, levantamientos populares del siglo XVIII*. Departamento de Sociología/Observatorio Social Universidad de Nariño.
- Oviedo Arévalo, R. (2005). *Relaciones y visitas de tasación en las tierras altas del departamento de Nariño, durante el siglo XVI*. Universidad de Nariño, Alcaldía de Pasto.
- Oviedo Arévalo R. (2009) *Relatos, revueltas y desventuras de la gente entintada del Pacífico Sur*. Observatorio Social Universidad de Nariño.
- Oviedo Arévalo, R. (2012), *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 53, 329-249.
- Oviedo Arévalo, R. (2013). *Imagen, sociedad y territorio, en el departamento de Nariño*. Editorial Universidad de Nariño.
- Oviedo, R. (2012). Imagen, sociedad, y modernidad en el departamento de Nariño, 1870-2010. *Revista Tendencias*, Universidad de Nariño, p. 55-81.
- Oviedo Arévalo, R. (2019). *Relatos de tres tristes pargos rojos y una guerra desalmada*. Editorial Universidad de Nariño.
- Oviedo Arévalo, R. (2020) La fotografía, como fuente alternativa de investigación social. En: Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS. (ed.) XXXII Congreso Internacional Alas Perú 2019. *Hacia un nuevo horizonte de sentido histórico de una civilización de vida* (pp. 252-267). ALAS.
- Oviedo Arévalo, R. y Villamarín, F. (2022). *La sociología comprensiva de Max Weber: Una aproximación a sus aportes teóricos y metodológicos*. Editorial Universidad de Nariño.

- Oviedo Zambrano, A. (2005). *Ipiales: Historia, cultura, arte*. Fundación Antonia Josefina Obando.
- Parsons, J. (1950). *La colonización antioqueña*. Dirección Departamental de Educación de Antioquia.
- Patiño, D. (2017) Tumaco-Tolita: cultura, arte y poder en la costa pacífica. *Antropología Cuadernos de Investigación* (18), 40-54.
- Paz Dávila, E. (2010). *Marceliano Vallejo: Escultor de los vientos*. Alcaldía Municipal del contadero.
- Pereira Gamba, F. (1919). *La vida en los Andes colombianos*. Imprenta del Progreso.
- Peña, M. C. (2009). El nacimiento de la “Belle Époque”. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/bogota/el-nacimiento-dela-belle-epoque-article-121709/>
- Pintos, J. 1995. *Los imaginarios sociales. La nueva construcción de la realidad social*. Salamanca: Fe y Secularidad.
- Pintos, J. 1999. *Los imaginarios sociales del delito: La construcción social del delito a través de las películas (1930-1999)*. [Documento en línea]. Disponible: <http://web.usc.es/~jlpintos/articulos/delitocine.htm>.
- Pirrenne, H. (1975). *Historia económica y social de la Edad Media*. Fondo de Cultura Económica.
- Piedrahita, J. L. (2022). Juan Montalvo, el tratadista del barroco. *Revista Testimonio de Nariño*. <https://xn--testimoniodenario-uxb.com/juan-montalvo-el-tratadista-del-barroco/>
- Pineda Camacho, R. (2003). El caucho y el proceso esclavista. *Revista Credencial Historia* (160).
- Pita Pico, R. (2017). Las capitulaciones en las guerras de Independencia de Colombia: un estudio comparativo entre los casos de Cartagena y Pasto. *Taller de la Historia*, 9 (9), 58-79.
- Plazas, A. (2017), La cultura tipográfica en Pasto del siglo XIX: la imprenta de Agustín Ramírez, p. 37. *Cuadernos Tipográficos*, Universidad del Cauca.
- Quijano, A. (2013). El moderno Estado-nación en América Latina: cuestiones pendientes. *Revista Yuyaykusun* (6), 15-30.
- Quijano, A. (2020). *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Clacso, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Quiroz, C. (2003). *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Riquelme, F. (2017). La teoría en la Intervención social. Modelos y enfoques para el Trabajo social del siglo XXI. *Revista de Política social y Servicios Sociales*. V. I/Nº1 [9-43], 77.
- Revista Ilustración Nariñense* No. 40, febrero de 1931. Editorial Díaz del Castillo y Cía.
- Roca, L. y Aguayo, F. (2005). *Imágenes e investigación social. Estudio introductorio*. Instituto Mora.
- Roca, L. (2004). La imagen como fuente: Una construcción de la investigación social. *Razón y Palabra* (37). <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n37/lroca.html>
- Rosero, E. (2012). *La carroza de Bolívar*. Tusquets Editores.
- Rueda, S. (2007). *La fotografía en Colombia, estudios e interpretaciones: una breve bibliografía*. Universidad Nacional de Colombia, 12, 151-167.
- Sánchez, G. y Peñaranda, R. (1986). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec.
- Sandoval Sarmiento, L. J. (2017). *Estudios y prácticas en torno a la tipografía en el Suroccidente colombiano 2014-2016*. Editorial Universidad del Cauca.
- Salabert, P. (1997). *Inimágenes, representación y estilo*. Editorial Universidad del Valle.
- Salas, F. (2021), *Arte y sociedad. Una mirada a través de la pictografía*. Editorial Universidad de Nariño.
- Sañudo, J. R. (1925). *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Editorial Díaz del Castillo.

- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Ariel Geografía.
- Seidel, O. y otros (2020). *Max Seidel. El pedagogo alemán* (s.e.)
- Sougez, M. L. y Pérez Gallardo, H. (2003). *Diccionario de Historia de la Fotografía*. Cátedra.
- Sougez, M. L. y Pérez Gallardo, H. (1979). *La fotografía: un arte intermedio*. Nueva Imagen.
- Silva, A. (1993). *La ciudad como arte*. Tecer Mundo.
- Silva, A. (1998). *Álbum de familia*. Norma.
- Silva, A. (2003). *Bogotá imaginada*. Convenio Andrés Bello.
- Silva, A. (2006). *Imaginario urbanos*. Arango Editores Limitada.
- Suárez, H. J. (2008). La fotografía como fuente de sentidos. *Cuaderno de Ciencias Sociales*. No. 150. Flacso, San José, Costa Rica.
- Tello, J. (2020). La hermosa historia del periódico “el derecho” de Pasto. *El Derecho*. <https://elderecho.com.co/la-hermosa-historia-del-periodico-el-derecho-de-pasto-2/>
- Triana, M. (1950). *Por el sur de Colombia, excursión pintoresca y científica al Putumayo*. Libreros Editores.
- Uribe Uribe, R. (1913). *De cómo el liberalismo colombiano no es pecado*. El Liberal.
- West, R. (2000). *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. ICANH.
- Whitaker, A. y Jordan, D. (1966). *Nationalism in contemporary Latin America*. The Free Press.
- Weber, M. (1989). *Política y ciencia*. Editorial Leviatán.
- Weber, M. (1985). *La ética protestante y el origen del capitalismo*. Ediciones Orbis.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Whitaker, A., Jordan, D. (1996). *Nationalism in contemporary Latino America* (Second edition). Free Press.
- Zabala, I. M. (1992). *Discurso sobre la “invención de América”*. Amsterdam: Editorial Rodopi.
- Zambrano, F. y Bernard, O. (1993). *Ciudad y territorio: El proceso de poblamiento en Colombia*. Academia de Historia de Bogotá, Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia, Instituto Francés de Estudios Andinos.





Editorial
Universidad de Nariño

**Imaginarios sociales, en el departamento de Nariño,
hasta mediados del siglo XX**

Año de publicación 2024
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Este trabajo es un aporte original dada la correlación de elementos conceptuales e históricos, abordando una profunda bibliografía y revisión de datos ricos para entender la configuración del Departamento de Nariño por medio del lenguaje, los símbolos y los imaginarios sociales, atravesado por la historia, la colonialidad y la modernidad, lo cual es muy coherente con la idea de la conformación de lo nacional y la influencia de aspectos relacionados con la academia y la fotografía como recurso simbólico que plasma parte del imaginario.

Este libro proporciona una profunda caracterización de elementos que se van articulando y dando como resultado la identificación de los elementos clave de la identidad territorial del Departamento de Nariño, lo cual, además de ser un libro con un importante bagaje histórico, va construyendo en sí mismo un relato de esta región y sus vínculos con el resto del país, Ecuador y en parte Suramérica.



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1904

ai
Universidad de Nariño

ACREDITADA EN ALTA CALIDAD
RESOLUCIÓN MEN 000022 - ENERO 11 DE 2023

120
Universidad de Nariño

Editorial
Universidad de Nariño